

ILLUST — fame

美浜ヨシヒコ

II

炎まみれの
騎士

Author: Yoshihiko Mihama
ILLUST: fame

— CHARACTER —

シーラ・ラルセン

鳥飼部隊隊員。
回復術士。物静かだが、
ロルフには皆と同じく差別的。

ラケル・
ニーホルム

鳥飼部隊隊員。
大らかな性格だがロルフには
皆と同じく差別的。

エステル・
ティセリウス

第一騎士団団長。
国の英雄。強く厳格な本道を行く騎士。
個の武勇にも軍略にも優れる。

イエルド・克蘭ツ

鳥飼部隊隊員。
実力者だがロルフへの差別意識は
とりわけ強い。

フェリシア・バックマン

ロルフの妹。控えめで心優しい少女。
だが、最も低い地位にあるロルフの
姿を見るにつれ、
辛辣な物言いもするようになる。

ロルフ・バックマン

剣と知略に優れる青年。
だが魔力を授かることができず、
“煤まみれ”として迫害される。
冷静で筋が通っており、極めて強い精神力を持つ。

エミリー・メルネス

ロルフを愛する婚約者であり、
天真爛漫な少女。
しかし、婚約破棄や、ロルフの上官としての
立場のなかで心に影が差し始める。





魔族。

悪辣な怨敵。

滅ぼすべき邪悪。

誰が言ったんだ、そんなこと。

女神の手先か？

だったら俺がそいつとカタをつけてやる。

俺は約束したんだ。

ミアと約束したんだ。

俺に約束を守らせないつもりか？
そうはさせるか。そうはさせるものかよ。

煤まみれの 騎士

II

美浜ヨシヒコ
ILLUST—fame

Soot-Steeped Knight

Knight Covered in Soot

Susu-mamire no Kishi

煤まみれの騎士

Autor

[Mihama Yoshihiko](#)

[美浜ヨシヒコ](#)

Artista

[Fame](#)

I

Está hecho.

La Quinta Orden de Caballería consideró oportuno expulsarme de sus salones.

Un polluelo sin alas para ser arrojado del nido, solo que no inmediatamente.

No, las Órdenes son cada una una organización militar, que componen las armas del vasto ejército real. Ni siquiera el proceso de purgar a uno de los suyos podría escapar a la carga de la burocracia. Y aunque había perdido mi afiliación con la Orden, por no hablar de mi exiguo destino como galán de muchos años, todavía era un soldado de Londosius.

¿Y adónde más sería enviado un soldado sino a un campo de batalla?

En nuestras tierras es costumbre expulsar a un caballero caído a las fronteras, donde arden con más fiereza los fuegos del frente. No fui caballero, por supuesto, pero no traiciona la razón ni la ensoñación pensar que me esperaba el mismo destino.

La vida en una tierra lejana...

¿Pero cuál, exactamente?

Incluso ahora, los altos mandos estaban deliberando al respecto. Me llevaría diez días enteros, tiempo durante el cual me pondrían bajo arresto domiciliario.

Una sentencia bastante desdentada, para ser franco. No tenía una casa, mucho menos una habitación propia para ser arrestado dentro. Y así pasé mis días holgazaneando en la biblioteca.

A pesar de que me advirtieron que no me aventurara ni un paso fuera del edificio del cuartel general, salía rutinariamente de sus límites para mi entrenamiento habitual matutino y vespertino. Ni siquiera esta triste situación pudo disuadirme del rigor diario.

Ese era el patrón, realmente. Tal vez fue en el consuelo de saber que me iría para siempre que los otros oficiales fueron generosos, o indiferentes, más bien, de mi descarado incumplimiento de las reglas. Afortunadamente, ningún alma pensó en cuestionar mis acciones todo el tiempo. Sí. Por suerte.

"...¿Afortunado? Soy un exiliado, e injustamente así, nada menos. ¿Qué soy yo, sino arrugado y seco de toda suerte?"

Esas palabras las dejaría en el aire a medida que transcurrían los días sin incidentes. El décimo de ese lapso me comunicaron por fin mi destino.

Baluarto de Balasthea: en la lejana marcha de Ström se levantaba el fuerte, y era bastante distinguido, además. Infame por la tasa extrema de mortalidad entre sus soldados, Balasthea custodiaba un territorio muy disputado, uno etiquetado correctamente como uno de los campos de exterminio más sanguinarios de todo el reino.

La propia Balasthea estaba a cargo de la Guardia Feudal del Margrave Ström, que administraba el fuerte a través de fondos y el apoyo de Central. No se encontraron vestigios de las Órdenes en su tierra; todo a lo que me he acostumbrado a lo largo de los años probablemente contrastaría con las costumbres de esa frontera. El solo pensamiento de eso fue suficiente para desgarrar mis nervios.

Y si soy honesto, los últimos diez días fueron una tensión para mi corazón. Una sombra se proyectó sobre él, de nuevo más oscura de lo que jamás podría haber imaginado, un crepúsculo nacido de tener que separarme del lado de Emilie.

No me arrepiento de haber tomado esa fatídica decisión. Pero el dolor hace lo que hace, y las heridas son heridas al final.

Conozco a Emilie desde que mi mente podía saber cualquier cosa, desde el día en que la luz de la conciencia amaneció sobre mí por primera vez. Ella era la única mujer a quien le prometí una vida de amor y felicidad.

tantos años...

...y ahora a reflexionar sobre olvidarlos a todos.

El corazón no es cosa tan sencilla, me temo, para poder romper de repente un lazo tan querido.

Pero el pasado muere para siempre, el presente está aquí para siempre y el futuro espera para siempre. Verdades inquebrantables para la familia del Hombre, por lo que debo seguir adelante.

Mi destino está decidido. No puedo permitirme revolcarme en mis problemas mucho más tiempo. La muerte es donde va mi camino; no sería bueno encontrarme con él sin mi frente en alto.

†

El día oficial de mi exilio.

Inmaculados e infinitamente cerúleos eran los cielos de la mañana, como para llover bendiciones sobre mi partida. Si eso fuera realmente así, entonces sospecho que quien maneja el clima debe ser una deidad bastante tonta. Después de todo, ¿de qué sirve exaltar a un exiliado cuando emprende un camino tan peligroso?

Allí me paré en el rastrillo principal, donde hace cinco años pasé con Emilie cuando comenzamos nuestras nuevas vidas aquí en el quinto. Nunca pensé que lo dejaría en circunstancias tan sombrías.

La vida de un hombre es verdaderamente incierta, por lo menos.

Misericordiosos fueron los destinos por haber adornado mi suerte con tal variedad de sorpresas. Debería agradecerles. Aunque el gesto podría fingir una cara demasiado valiente, lo siento.

“Se ha enviado un mensaje a Balasthea Stronghold”, dijo uno de los dos líderes que estaban frente a mí. “Dales los papeles cuando llegues”.

“Mantén esa nariz tuya en la piedra de afilar esta vez, ¿sí? Y trata de que no te echen de nuevo”, dijo el otro. De hecho, diría que los dos parecían bastante molestos por quedarse con la tarea poco envidiable de oficiar mi eliminación. “Ja. ¿A quién estoy engañando? No me extrañaría que un sin gracia consiguiera la bota dos veces.

Con esas palabras, los líderes se dedicaron a sus asuntos, apresurados en sacarme de su vista lo antes posible. Por supuesto, no me proporcionarían ningún caballo. Debía viajar a la ciudad a pie y allí hacer uso de diligencias para el resto del camino.

No es que me preocupara mucho. Mi espada, un poco de sustento y un odre de agua de confianza que había estado usando durante mucho tiempo ahora, más allá de esto, llevaba poco.

El aire golpeó. Los cascos resonaron cerca. Miré, y encontré una formación de caballeros montados que entraban al galope. Todos eran líderes, y el primero entre ellos: Emilie. Esta era la primera vez que la veía en los diez días desde la audiencia.

"¡Señora!" saludó a uno de los líderes anteriores. "Vino a despedir a los sin gracia para siempre, ¿supongo?"

"...Supongo que sí", respondió ella. Allí, desde lo alto de su corcel, me miró desde arriba.

Nuestros ojos se encontraron.

Un largo rato, sin palabras en todo momento, hasta que me volví de espaldas.

"Cuidate."

Un simple adiós de mis labios, uno no correspondido de los de Emilie. Su silencio se mantuvo cuando atravesé y salí del rastrillo.

Y así se ejecutó mi destierro de la 5ª Orden de Caballería.

†

Llegar a Ström fue en sí mismo un viaje. Pero, por supuesto, tenía que serlo. Fue una marcha de Londosius, para la cual su marca de "provincia fronteriza" apenas era un espectáculo. Dada la amplitud del reino, pasaron no menos de siete días entre mi partida de los terrenos del 5º y mi llegada a la frontera.

A través de Londosius había pasado, viajando en una diligencia tras otra. A veces, se detenía en una estación de etapa para un cambio de caballos. Otras veces, me transfería a otro servicio por completo y reanudaba mi camino tirado por caballos. Ocurrió esto innumerables veces, y para el séptimo día de esa larga cadena, finalmente crucé las extensiones montañosas y siempre verdes de Ström.

Al desembarcar de mi última parada, pasé otro día entero a pie, caminando solo a través de los traicioneros tramos hasta que encontré el fuerte que se cernía ante mí.

Fortaleza de Balasthea.

El reducto temible. Un verdadero edificio frente a los Nafílim aterriza de lleno. Sus murallas estaban compuestas por piedra maciza, mientras que el fuerte propiamente dicho estaba construido en roble. Un lugar bastante monótono y lúgubre en comparación con la grandeza de la arquitectura de la Orden. Y no estaba intacto: Balasthea estaba plagado de cicatrices, recordatorios de batallas pasadas y abrasadoras.

Más allá estaban los territorios Nafílim, una extensión cubierta de bosques que cubrían la base de una montaña escarpada. La disposición de esta tierra inmediata era tal que ninguna hueste nafílim podía aventurar una ofensiva sin ser canalizada a través de un solo punto geográfico.

Pero lo mismo podría decirse de las propias fuerzas de Londosius. Y entonces, ¿qué construyeron tales hombres sobre ese punto imperativo sino Balasthea misma?

No muy lejos del fuerte se extendía el feudo de Arbel, el centro administrativo urbano de la frontera de Ström. Y en esa ciudad-burgo estaba la residencia del propio margrave. Sin duda, Arbel estaba bien defendido por derecho propio, pero si carecía de la sombra protectora de Balasthea, entonces bien podría ser una oveja estremeciéndose sola en un desierto de lobos.

No es de extrañar, entonces, que los Nafílim fueran completamente feroces y centrados en su ofensiva, una semilla de violencia que hizo brotar la reputación de Balasthea como un campo de batalla de trampas mortales hace algunos años.

El propio margrave no era de los que se detendrían en responder a tal agresión, como lo demuestran sus incursiones ocasionales en las tierras de Nafílim. Pero los hombres que componían el ejército del margrave eran de un tipo diferente a los que estaban estacionados en Balasthea.

No se equivoquen, la soldadesca de Ström era toda del margrave: el Fiefguard. Sin embargo, se debe hacer una distinción entre los que estaban estacionados en Balasthea y los que el margrave comandaba directamente: los primeros estaban estrictamente encargados de la defensa del fuerte, su propia carne se convirtió en escudos para protegerse contra su caída.

Y ese mismo fuerte iba a ser mi nuevo lugar de trabajo.

"¡Granizo!" Llamé al guardia de la puerta. "Soy Rolf Buckmann, una transferencia de la 5ta Orden. El vicecomandante es consciente de mi llegada, ¿lo entiendo?"

"Eso es él", respondió. "Por aquí, ser."

Las puertas gimieron al abrirse. Luego, el guardia me guió por los terrenos del fuerte. Pronto entramos en el torreón y, después de serpentear por sus pasillos, salimos a una habitación donde esperaba un solo hombre.

"Ebbe es el nombre. Vicecomandante de este fuerte —se presentó—. Hombre huesudo de unos treinta años, este "Ebbe" era dado a mantener un ceño fruncido constante y sarcástico. "Has recorrido un largo camino, ¿eh?"

"Rolf Buckmann", fue mi breve introducción. "Un largo camino de hecho".

"Afortunados somos de tenerlo, buen Comandante. Esperemos que no hayas venido hasta aquí en vano —respondió Ebbe, ya molesto por mi llegada—.

"Comandante interino," corregí.

Así es. En cambio, se me encomendó una posición de liderazgo, libre del temor y la monotonía de ser soldado.

Los hombres del fuerte estaban cada uno al servicio del margrave; ninguno, y nada, tenía algo tangible que ver con las mismas Órdenes de Caballería. Sin embargo, según las leyes de Londosius, Balasthea y todos los demás fuertes como este están subordinados a la institución caballeresca.

Íntimo es el vínculo entre Central y las Órdenes, para bien o para mal. Por el contrario, las fuerzas de un fuerte están bastante alejadas del control del reino, ya que están compuestas solo por soldados comunes de la región circundante.

Pero esta tierra, por derecho, pertenece al rey mismo, y el margrave es simplemente su mayordomo. Todo lo que está bajo la jurisdicción de este último, entonces, está sujeto a la voluntad de Central, y por extensión, las propias Órdenes, cruces de los militares reales que son. Esto, naturalmente, incluye el dictado de los recursos humanos y la dotación de personal, y el manejo de mi exilio.

Pero eso no fue todo lo que sustentaba mi cargo aquí. El actual comandante de Balasthea estaba acosado por una dolencia crónica, por lo que por el momento fue puesto a pastar. Fue allí donde la propia Emilie vio la oportunidad de hacerme comandante en funciones de este fuerte.

Sus designios no se atenuaron: sin duda pensó que moriría de inmediato y sin ceremonias si emitía un gruñido regular en un campo de batalla tan letal.

Todos los soldados de este fuerte provenían de la ciudadanía común. Por lo tanto, era completamente razonable asignar a un aristócrata de la Orden para ocupar el puesto de comandante. Ese era un proyecto de ley que encajaba perfectamente: a pesar de que nunca había ascendido más allá de la categoría de fanático y de que se me había negado la herencia de la baronía de Buckmann, todavía era un noble proveniente de la Orden.

Dada la forma en que encajaron tantas piezas del rompecabezas, fue fácil ver por qué Emilie se sintió tan impulsada a colocarme en esta publicación. Aunque, si soy honesto, ser exiliado directamente a una posición de poder fue en sí mismo suficiente semilla para una historia extraña.

Tenía la esperanza de que Emilie no hubiera pisado demasiado los dedos de los pies para que se aprobara este asunto. Afortunadamente, este iba a ser el último. Nunca más tendría que poner en peligro su posición. Sin embargo, era muy probable que ella hubiera acumulado una enorme deuda con Central en el proceso... todo solo por mi bien.

Estaba claro como el agua, entonces, por qué el comportamiento de Ebbe fue tan confuso en nuestro encuentro. Un segundo al mando como él es ciertamente de quien uno esperaría que asumiera las funciones de un comandante ausente. Sin embargo, aquí estaba yo, un recién llegado ennoblecido y exiliado, arrebatándome repentinamente el mismo privilegio.

La sola vista de mí debe haberle dolido mucho, estoy seguro.

"¿Y cómo le va al antiguo comandante?" Yo pregunté.

"Oh, él viaja. El más allá está ocupado extendiendo la alfombra roja para el pobre maestro, te alegrará saberlo", respondió Ebbe con desdén, antes de girar un par de ojos burlones hacia mí. Pero aquí hay otro Comandante justo en esta habitación, y le pica los bigotes a Ebbe, el gato curioso... ¡una pregunta, señor!

Mis ojos se entrecerraron. "¿Qué te hace cosquillas?"

"Tu expulsión. ¿Qué otra cosa?" Ebbe sonrió mientras continuaba. "Una linda patada fue lo que envié tu trasero hasta este cuello del bosque. ¿Qué *te hizo cosquillas* en la rodilla, hmm?"

"Una picazón que deberías conocer bien".

¡El que está sobre el trasero del caballo! ¡Ah ah!" Las risitas chirriantes del vicecomandante llenaron la habitación. ¡Escondes bastante la marca de un casco en tus ancas, verdad, mi dolorido Comandante! ¡No eres un ratero ni un traidor! ¡No no! Un mozo de cuadra demasiado 'hábil' en su manejo de un caballo, ¡apuesto a que! ¡Y ahora el corcel es un fugitivo, mientras que tú eres el náufrago aturdido! ¡*Hoh!* ¡Nunca más payasadas ni payasadas!".

"Slapstick de hecho".

Mi simple humor provocó una sonrisa cabrona en el rostro huesudo de Ebbe. Si sus incesantes risas fueran algo por lo que pasar, diría que se lo estaba pasando en grande a mis expensas.

"¡Cómo ahora, buen caballero! ¡Animar!" graznó. "¿O debería decir, 'buen galán'?"

"Entonces has dicho bien."

¡Buen *galán!* ¡Debe haber sido un tiempo tan corto con la Orden!" Ebbe gritó con los brazos abiertos, antes de meterlos en jarras. "No más de medio año, ¿verdad?"

"Cinco."

"¿Mmm? ¿Qué es eso? ¿Cinco? ¿*Cinco* años, dices?"

Has leído mis registros. ¿Por qué jugar esta farsa?"

"¡Había perdido mis anteojos para leer, ya ves!" sonrió, con más dientes ahora que nunca con deleite. El hombre ciertamente se estaba revelando a sí mismo como una marioneta articulada de sus propias emociones. "Vamos, comandante. Digas. ¿Cinco años, fue? ¿Como un enamorado? ¿Qué inició *esa* carrera, eh?"

"Tú bien sabes por qué".

“¡No sea tan frío, comandante! Venir. Déjanos escucharlo. ¡ Directamente de la *boca del caballo!* chilló con una risa contenida. “¡No puedo rascarme esta picazón, ey! ¡Su secreto, señor! ¡ Tu *secreto!* ¿Cómo cocina un hombre a fuego lento el estofado de galán durante cinco largos inviernos? ¡Oh, ilumíname! ¡Te lo ruego!

Con la teatralidad de un actor, Ebbe se encogió y se inclinó, con las manos entrelazadas en señal de súplica. Sin embargo, su rostro permaneció siempre feo con su burla.

Haz el papel de bufón todo lo que quieras, Ebbe. Me importa poco —repliqué. Pero incluso un bufón tiene un oficio al que debe servir bien, y haré que tú sirvas el tuyo... como es debido.

De la garganta del vicecomandante salió una carcajada estruendosa, como una sierra devorando un árbol.

“¿i'Oficina', dijiste!? ¡Ajá! ¡Diría que usted mismo es todo un payaso, comandante! ¡Un tipo ciego y torpe no tiene más que levantar el dedo para que le digan que ha servido en su cargo mejor que usted, buen hombre!

Con esas palabras, las carcajadas del gruñido como un demonio resonaron una y otra vez.

†

El fuerte baileys.

Tamborileando en el aire se oían gruñidos y ruidos metálicos, el pisoteo y el deslizamiento de pesados pies, los resoplidos y silbidos de las armas. Porque allí se reunió la soldadesca, ocupada en sus ejercicios a mi orden; antes que nada, necesitaba medir el poder de estos hombres, o la falta del mismo.

¿Qué opina usted, comandante? preguntó Ebbe, su rostro tenso con una gran sonrisa.

Los hombres están escasamente armados, pero se mueven bastante bien, cada uno por su cuenta, eso es. Una bandada de pollos sin cabeza se coordina mejor que ellos”.

“Coordinar"! ¡Ja! Ebbe resopló. “Ojos de águila, ¿verdad, comandante? Dime, qué dulce fue sobre ese pico tuyo graznar palabras tan señoriales, ¿eh?

"Esta soldadesca está extrañamente ordenada, para empezar", continué, sin prestar atención a la virulencia del vicecomandante. "Y los pelotones... Veo una gran diferencia en la destreza entre cada uno de ellos".

Quien haya organizado a estos hombres había abandonado hacía mucho tiempo cualquier noción de equilibrio. Más clara que el sol de verano era la intención de hacer coincidir a los fuertes con los fuertes y dejar que los débiles se revolcaran en el camino. Era un trozo de madera torcido, que necesitaba un buen cepillado. Dejadlos de lado como estaban, los hombres seguirían siendo incapaces de coordinarse, incluso si sus vidas dependieran de ello.

"¿Sabes?" Ebbe suspiró. "Cántame más de esta canción de cuna, mi querido baladista".

Tú primero, Ebbe, esos hombres de allí. ¿Qué son?" Pregunté, moviendo mi barbilla hacia un lado. Allí en la distancia se reunió otro grupo de hombres, una veintena y media en número, cada uno envuelto en armaduras de plata. Solo por su aspecto, me di cuenta de que eran los más destacados de la soldadesca: bien armados y bien entrenados.

"Bueno, son míos, por supuesto. Guardias del vicecomandante, atentamente —explicó Ebbe, pero al ver mi respuesta poco impresionada, parpadeó—. "¿Mmm? ¿No están a tu medida, hombre mío?"

No se puede encontrar ningún defecto en rodear a un comandante con un grupo de soldados selectos, altamente calificados y separados del resto de la manada. Los Owlcranes de las Órdenes dan fe de esto. No, el problema estaba en otra parte.

"No en números, lo son. ¿Porqué tantos?" Pregunté intensamente.

—Porque muchos es lo que necesito —respondió Ebbe con pompa—. "¿Qué? Tus ojos de águila no logran espiar por qué, ¿verdad?"

Bueno, que los perros durmientes mientan, como dicen.

Balasthea era un fuerte, siendo la defensa su cargo principal. Si una batalla estallase en sus muros, ciertamente estos hombres bajo el mando de Ebbe podrían resultar útiles como reservas, enviados para enfrentar espadas con cualquier agresor demasiado ambicioso. Además, dejar solo treinta hombres en la retaguardia no equivaldría necesariamente a un defecto táctico de importancia.

Era evidente que los guardias personales de Ebbe eran motivo de orgullo para el hombre; a cambio de hacerles la vista gorda, haría que el propio vicecomandante consintiera en otro asunto.

"Bien entonces. Son tus hombres; No los moveré de un lado a otro —cedí. "Pero de los demás, todos ellos, serán míos para reorganizarlos como mejor me parezca".

"Sí, sí, todopoderoso maestro de ajedrez. Juega con tus piezas *como quieras*".

Como yo pensaba.

Ebbe es un hombre celosamente protector sólo de lo que es suyo. Todo lo demás es trivial para él. En ese mismo momento. Por fin se vislumbraban cambios para bien, sin que Ebbe impidiera su implementación.

"Bien. Se le informará sobre los resultados una vez que termine la reclasificación".

"Oh, tómese *su* tiempo, comandante", Ebbe saludó desinteresadamente. Una tenue sonrisa permaneció en su rostro, sus esquinas apuntaladas por el desprecio.

"Ebbe, ya he dicho esto una vez: eres libre de dejarme caer como quieras, *en privado*. Todos ustedes arriesgan la vida y la integridad física para defender este fuerte, lo sé, y lo sé muy bien. El hecho de que su asiento de comandante haya sido reacondicionado sin contemplaciones para los diseños de la Orden es sin duda algo despreciable. Sin embargo—"

"¡Bueno, bueno, amable halcón o 'comandante! ¿Es una rama de olivo lo que veo en tus garras? ¿Hmm? Un fuerte no es más que un retoño que brotó lejos de las ramas de la Orden, oh, ciertamente. Ser tomado por un noble, frutas podridas y deshonoradas, la mayoría de ustedes, no es un espectáculo tan raro, ¿sí?"

Esa sonrisa tonta suya se arrugó más profundamente mientras continuaba.

"Sin embargo, Balasthea es una égida esencial para la defensa de 'Londosius'. ¿Pero tu? ¿Qué sois sino una hoja rota, sin caballero, mal emparejada con el pavés de Balasthea? Y quieres que te *respete*. Que hermoso."

"Precioso en verdad, respeto. Un hombre se lo paga a quien le plazca, seguro —concedí, antes de dirigir una mirada furiosa a Ebbe—. "Pero soy su oficial superior y *no* toleraré la insubordinación".

"¡Bien! Yoná, sé misericordioso— *¡oh!* ¡El graznido de este halcón! ¡Cómo espanta mi alma mansa!" el farsante chilló sonriendo, retrocediendo y agarrándose los hombros con gran teatralidad. "Sí, *sí*, comandante. ¡Coloca tus garras! Prestaré atención a *cada una de tus* palabras.

Lo que es un dolor en el culo.

Seguramente seguirían más problemas con este pierrot mordiéndome los talones a cada paso. Pero nunca se logró un bien mayor sin mucho trabajo: la situación de Balasthea debe revertirse, para que no siga siendo un cementerio que siempre se amontona con los vanamente fallecidos.

Reforma.

Eso era lo que necesitaba este fuerte, y lo que resolví hacer.

†

Un día gris llevó al siguiente.

Bajo la luz opaca y brumosa del día siguiente, los pelotones estaban reunidos en las afueras del fuerte. El aire de la madrugada se vio interrumpido por ladridos que no eran sino los propios hombres de Ebbe, que paseaban de un lado a otro, orgullosos de sus armaduras plateadas.

“¿¡Qué pasa ahora, eh!?” chilló uno de esos élites. “4.º pelotón: ¡salió tarde para patrullar! 5.º pelotón... ¡todavía no hemos terminado de tallar la maldita muralla! Ustedes idiotas, ni siquiera pueden hacer el trabajo de un andyman, ¿¡verdad!?”

“S-señor, justo sobre la marcha, estábamos”, balbuceó un miembro del pelotón del 4to. “Pero verás, luego recibimos órdenes repentinas de patrullar algún otro lugar, y er...”

“No tenemos muchas ayudas para el trabajo, señor”, intervino un miembro del quinto pelotón. hombres, vean.

“¡Excusas! ¡Todo lo que escucho son excusas mojadas! ¡Hijos de viento gimoteantes, todos vosotros!

"¡Aa-disculpas, s-señor!"

Una y otra vez, esto fue. Una lamentable repetición de los ataques de los altos rangos, respondidos con nada más que disculpas desde abajo.

"Ebbe", llamó, mirando sin una pizca de calidez. "¿Qué pasa con esta tontería?"

"Asamblea matutina. ¿Qué, no puedo decir, buen Comandante? ¿eh? ¿Qué te parece? ¿Té al amanecer? bostezó Ebbe. Los reunimos todos, ¿sabes? Perfora en ellos todo lo que hicieron mal ayer. De esa manera, saben lo que es correcto hacer hoy y mañana. Una tradición comprobada y verdadera, por decirlo así.

Un resumen engreído. Parecería que él fue el mismo culinario que cocinó este lamentable ejercicio.

“Lo intenté, sí. ¿Verdadero?” Negué con la cabeza. —No, Ebbe. No más de esta farsa de aquí en adelante.

La sonrisa se desvaneció. "...¿Qué? ¿Cómo es una farsa, ey?"

no es una farsa, es más la pregunta. Usted sólo alinea a estos hombres y ahoga sus oídos con las sutilezas más extrañas. Vaya, apuesto a que haces todo esto solo para acariciar tus egos contra tus subordinados, para perforarlos en lugar de quién es drogado y quién es un sabueso”, fue mi amarga evaluación. "Nada más que un *árbol* que da mal un solo *fruto* es todo esto".

“¡Oye tú! Piensa en convertirnos *en tus* sabuesos, ¿¡verdad!?” llegó un chillido, uno de la garganta venosa un Ebbe-elite.

Por su aspecto, parecía el más joven de esa guardia: un rastro de infantilidad aún permanecía en su rostro humeante mientras se acercaba pisoteando.

"¡Eso es bastante lengua para un Comandante *en funciones*, sí!" continuó salvajemente. ¡Y bien hinchado! Muérdete en negrita en tu camino hacia abajo, ¿verdad? ¡Cuando te patearon el culo de la silla de montar de la Orden! Bueno, puedes callarlo f'good, ¡te alegrarás de saberlo! ¡Que el Maestro Ebbe sea el que dirija el espectáculo por aquí!

“Karl, hijo mío. Muestra un poco de piedad por el hombre, ¿quieres? Ebbe tranquilizó al joven con una calma inusual.

"¿Lástima? ¿Qué es esto, Maestro Ebbe? parpadeó este 'Karl'.

“Nosotros, el buen comandante aquí presente, no tenemos la gracia. Un muchacho triste y empapado de ingenio que sabe que no se fue de la derecha en el campo de batalla.

“¿'Sin gracia'? ¿Qué es eso entonces, eh?

“Despreciado por las buenas gracias de Yoná, por así decirlo. El hombre no tiene ni un ápice de odilo en él, ¿ves? Una bofetada completa en el culo fue todo lo que recibió de ella, creo.

Una revelación que inspiró un silencio atónito tanto de Karl como de las otras élites. Pero otro momento, y todos ellos estaban de puntadas, riendo a carcajadas.

“¡W-wo—hwaha! ¿¡Qué es esto!?' '¿Cómo está vivo, eh?'

“¡Eso es un poco de broma, Ebbe! ¡Y mira, me enviaron a este 'agujero de todos los lugares! ¡Muy triste para este muchacho triste!

En medio de esa conmoción cortó el sonido de una espada desenvainada. Sujetándolo estaba Karl, quien luego apuntó su punta hacia mí.

“¿Qué le parece, comandante? ¿Reservar un pequeño mástil para el buen Karl? ¡Te prometo que será fácil, sí!” el asqueroso joven sonrió, su amenaza provocó un alboroto entre las élites.

“¡Bwahah! ¡Le enseñas una lección apestosa, Karl! ¡Muéstrale qué colegial estelar eres!

“¡Vamos, Karl! ¡Retirarse! ¡Estás haciendo llorar al comandante!

"¡Ah ah! ¡Ah ah ah!"

Los guardias de Ebbe continuaron con sus carcajadas, agarrándose el pecho por la hilaridad de todo. Mi deber era ciertamente reprender sus tonterías, pero era dolorosamente evidente que no tenían intención de prestar atención a su comandante sin gracia.

El otro deber que me quedaba, entonces, era producir resultados. Decididamente así.

“No más asambleas matutinas a partir de este día”, anuncié bruscamente. “Y al 5º Pelotón le faltan manos, demasiado para apuntalar algunos muros de piedra. Eso en sí mismo exige una reestructuración completa de cada pelotón. Me encargaré yo mismo de que se haga en los próximos días. Eso es todo. ¡Despedido!”

Con mi motivo aclarado, dejé la escena siempre riendo.

†

Menos de una semana después me encontré de pie en la sala de mando, con los ojos fijos en unos papeles en la mano.

“Ebb. Este informe, quienquiera que lo haya escrito, ciertamente no tenía prisa. No en definir la brecha entre los daños proyectados y verificados, es decir. ¿Porque eso?”

"¿Por qué tanta prisa por no ir a ninguna parte?" Ebbe se encogió de hombros. “Conocer solo las realidades es suficiente. ¡Eres un pelos de punta, comandante!

"Estoy dividido en pelos para que podamos sobrevivir otro día, *vicecomandante*", le respondí, sin quitar un ojo del informe. Tú y tus hombres. Me gustaría que todos fueran más minuciosos de aquí en adelante”.

Una burla resoplando. “¿*Exhaustivo*? ¿Qué es esto ahora?

“Asegúrese de escribir en sus informes tanto los resultados proyectados *como* los reales”, elaboré con firmeza. “Y ya que estás en eso, ve e informa a los pelotones que de ahora en adelante deben incluir en sus informes las razones de tales disparidades”.

Balasthea estuvo a la altura de su nombre: una faceta del vasto frente de Londosius como esta tuvo una buena cantidad de escaramuzas en los últimos días. Normal para el curso, pero lo que había cambiado era el número de muertes, menos ahora que antes de mi llegada.

Hice todas las paradas: se reorganizaron los pelotones, se recompusieron las cadenas de mando, se repositionaron los puestos, se reprogramaron los turnos. Fue mucho ruido, pero los resultados fueron inconfundibles. Balasthea vio por fin su lado positivo, y además era vívido.

Sólo que la actitud de Ebbe hacia mí no había mejorado en lo más mínimo, como atestiguó tristemente nuestra conversación.

“¡Vamos, comandante! ¡Somos guerreros! ¡Hombres de batalla! ¡No tacaños tenedores de libros!” se quejó.

“Podrías haberte convertido en un guerrero más afilado si hubieras aprendido a llevar un libro, Ebbe. Tus años de servicio todavía te encuentran débil para seguir órdenes, ahora es un buen momento para aprender, diría yo.

“...Hmph. Charla gorda para un sin gracia...

El sarcástico comentario de Ebbe se ahogó en el aire rugiente. Levanté la vista de los papeles. Los cuernos de advertencia sonaron: un ataque estaba sobre nosotros.

Me levanté de un salto y me acerqué a la ventana, encontrando hombres moviéndose de un lado a otro en los cuarenta metros de abajo. En poco tiempo, un capitán de pelotón irrumpió en la habitación.

"¡Comandante! ¡Tenemos enemigos en la puerta! ¡Atacan desde el este!"

"¿Sus números?"

“¡Nosotros, los topógrafos, estamos contando hasta este momento, pero el número de Nafílim es el mismo que el de ayer, por lo que parece!”

“No se puede desplegar el 1°... sus heridos aún no se han recuperado”, pensé en voz alta. “¡Haz que los pelotones 2 y 3 defiendan la puerta oeste! ¡El 6 va hacia el este!”

Palabras desagradables para Ebbe.

—¿Tiene relleno de cera en esos oídos, comandante? bromeó, desconcertado. “Los demonios han llegado a la puerta *este*”, dijo el hombre. ¿De qué sirve proteger el oeste con tanta fuerza, eh?

“Nos hace mucho bien olfatear artimañas dondequiera que susurren. El ataque de ayer: los Nafílim también atacaron la puerta este. Un truco para entrenar nuestras narices allí, para que hoy no percibamos su olor proveniente del oeste”, razoné. “Un cebo y un cambio. Será mejor que estemos alerta.

Una vez más, Ebbe resopló con desprecio por mis palabras. Sin prestar atención a sus risitas subsiguientes, me volví hacia el soldado.

"Capitán. Tienes tus órdenes.

"¡En seguida, señor!" saludó y salió rápidamente de la habitación.

Preparándome, lo seguí poco después. No servirá holgazanear, seguro y divorciado de la lucha; Dictaría la batalla justo en el centro de su agonía.

Fortaleza de Balasthea: el fuerte fatal y el verdadero montículo de los muertos en la guerra. Ya no sería tan temido. Esto, lo juré. Pero por ahora, me aseguraré de que a partir de este día, ni una sola alma se pierda en la lucha.

†

El ruido metálico y el clamor de la batalla florecieron. Pero su crescendo ahora llegó desde una dirección diferente desde el principio: tal como había pensado, las fuerzas principales de los Nafílim llegaron desde el oeste en su lugar. Por órdenes mías, teníamos nuestras filas defensivas reforzadas en consecuencia antes del enfrentamiento. Los preparativos dieron sus frutos: nuestros hombres se enfrentaron al enemigo, impasibles ante su artimaña.

"¡Mantén las filas llenas!" Llegó mi mando a un capitán. "¡Mantengamos nuestros números y nosotros mantendremos la ventaja!"

"¡Ya ya señor!"

Una faceta de mis reformas vio la formación de un nuevo pelotón de centinelas, su cargo era observar la batalla desde la alta seguridad de una torre de vigilancia. Allí, encontrarían cualquier brecha en el número de nuestras fuerzas y las del enemigo. Esta valiosa información se informaría y transmitiría a cada capitán, quien luego dictaría su pelotón según las demandas de la batalla. Un verdadero corazón, cuyas arterias palpitantes permitieron que nuestro número cambiara rápidamente entre las diferentes secciones del fuerte según fuera necesario.

Esto no hubiera sido posible sin una coordinación disciplinada. Para lograrlo, se fomentó la comunicación abierta a nivel organizacional, luego de lo cual se revisaron y reensamblaron los propios pelotones. A partir de ese momento, cada uno estuvo sujeto a rigurosos simulacros y ejercicios, todos destinados a mejorar sus capacidades de coordinación.

Los resultados fueron inequívocos: sin importar dónde cayó el enemigo sobre nosotros, nuestros hombres pudieron enfrentarse a ellos de frente con un gran número a remolque.

Lamentablemente, la anterior falta de flexibilidad y rapidez había engendrado a un número no reducido de soldados que se dedicaban a jugar con los pulgares en el fragor de la batalla. Y, ¿quién podría culparlos? Fueron situados en los lugares equivocados en los momentos equivocados, después de todo, a causa de un comando complaciente.

Todo eso fue cambiado. Ahora, los hombres de Balasthea eran como espadas afiladas de nuevo, sin que el menor tramo de sus filos quedara sin cuidar.

Las batallas que estallaban en nuestros baluartes comenzaron a perder fuerza a medida que mis reformas daban más frutos. En medio de esta alentadora tendencia estaba yo, juzgando que el enfrentamiento de hoy pronto sería otro éxito.

†

Tres vueltas del reloj de arena después. La victoria era nuestra.

“¡Los enemigos se están replegando!” informó un capitán. “¿Podemos darle caza, señor?”

Negué con la cabeza. “Déjalos.”

“¿¡Déjalos!? ¿¡Qué pasa ahora, ah!?” —llegó Karl irrumpiendo—. ¡Vamos, tenemos que sacrificarlos aquí, antes de que vengán a mordernos el trasero para ganar!

“Un carnicero no gana dinero cortando carne que huye rápido de su cuchillo, Karl. Además, tenemos asuntos más apremiantes en nuestras manos,” respondí con severidad, antes de mirar a los demás. “¡Revisen si hay bajas! ¡Infórmenme de sus hallazgos!”

“¡Tch! ¡Pollo de hígado amarillo, tú! azotó la lengua de Karl, tras lo cual tanto él como el resto de los hombres de Ebbe se ausentaron de la escena. Manteniendo el lado de mi mirada sobre ellos, aceleré los esfuerzos para contar las bajas.

Pero no habría ninguno ese día, un hecho que se descubrió poco después.

†

Había pasado una hora desde que salí corriendo del fuerte a caballo. El final de la carrera me encontró en el propio feudo de Arbel. La noche se había puesto; los pubs estaban completamente iluminados y animados.

Empujé la puerta de uno de esos establecimientos y rápidamente encontré en sus ruidosas entrañas el chillido de cierto joven.

“¡Toma esto! ¡Corrieron! ¡Con las colas metidas debajo de los cojones como los perros que son! Luego vine a cortarlos a todos, ¡lo hice!

Carlos.

Allí estaba el joven, con una jarra de cerveza en la mano, lanzado por los aires. Rodeándolo estaban Ebbe y los guardias de élite, a quienes les cantó sus hazañas ese mismo día.

Proezas de perseguir a los Nafílim en su retirada.

"¡Tienes uno bueno, te digo!" él chismeó. "¡El más grande de esos bastardos pensó en quedarse atrás y dejar que sus hermanos se fueran corriendo! ¡Un buen tipo con un hacha gigante! Luego le di un buen rasguño en la espalda por el noble acto, ¡lo hice! ... ¡Con el lado afilado de mi espada, eso es!"

El aire se llenó de risas.

"¡Desde *atrás!*" un guardia de Ebbe jadeó por la hilaridad. ¡Karl el Cobarde, cortador de cuartos traseros! ¡Ponle una cresta de gallo y una barbilla y se verá como un ave de corral! ¡Ja ja!"

"¡Sí, mueve esa lengua todo lo que quieras, hermano!" Karl bromeó. "¡Esto es guerra, ey! Preocúpate por los campeones y las gallinas entre nosotros y pronto estarás en la carnicería, ¡lo harás!"

"Oh-! Entonces estaré pasando el rato con los cerdos de jamón muy pronto, ¿jeh!? ¡Haré un encantador corte de charcutería! ¡Hwahah!"

"¡La gran carnicería es todo lo que es, no! ¡Guerra! ¡Ah ah ah!"

Un soldado al que le pregunté en el fuerte tenía razón: Ebbe y sus brutos solían frecuentar este pub inmediatamente después de una batalla. Allí estaban todos, enloquecidos, con las barrigas llenas de amargos tragados.

No tenía intención de unirme a ellos. No, interrogar a estos hombres fue precisamente la razón por la que vine a este abrevadero en primer lugar. Me acerqué a su tumultuosa mesa y planteé un asunto a uno de los que estaban sentados.

¿Tienes algo que derramar, Ebbe? Gruñí al vicecomandante, que estaba sentado tranquilo y contento, empapándose del regodeo de Karl.

"...Ninguna, Comandante. No de esta taza vacía mía", desvió.

"Déjalos", dije", fue mi cortante recordatorio. "Solo que no lo hiciste".

Un encogimiento de hombros. "Lo que haga con *mis* hombres depende de *mí*, comandante".

Y lo que *haga* depende de *mí*, vicecomandante. Sobre todo cuando estamos en medio de la batalla. Solo prometí mantener a tus guardias fuera de mis reformas. Nada más."

Mis palabras parecieron picar los oídos de Ebbe mientras forzaba un suspiro de dolor.

"¡Comandante! ¡Comandante!" ladró Karl desde un lado. "Danos un respiro, ¿quieres? ¡Bien, si fuéramos de 'avin t'cut and kill the devils, todo mientras te sientas cómodamente en tu culo sin gracia!

—Insubordinación, eso es lo que has cometido, Ebbe —llegué a un ladrido propio, sin dedicarle a Karl ni un momento de mi mente. Preséntate en mi cámara mañana a primera hora.

Presionar más el asunto aquí fue inútil. Con mi orden dada con firmeza, me di la vuelta de los hombres y me dirigí a la puerta, captando un chasquido de la lengua de Ebbe.

"¡Oh, vaya! ¡Vamos, comandante! ¿Dónde estás 'leadin'? Toma un trago con nosotros, ¿sí? Por qué, incluso lanzaré una conferencia gratis: '¡Cómo blandir una espada como es debido!'

Una vez más, ignoré las bromas de borracho de Karl cuando me separé del bullicioso pub.

†

A la mañana siguiente.

Estaba en la cámara del comandante, después de haber recibido un invitado especial de Arbel.

"Buckmann", dijo él, un hombre nada menos que el señor de esta tierra: el mismísimo margrave Aaron Ström. "La primera de nuestras reuniones, ¿sí?"

"Y uno superado; Mis más sinceras disculpas, Su Excelencia," hice una reverencia. "Mis manos estaban atadas para cambiar la fortuna del fuerte; Espero que su generosidad me considere apto para el perdón".

"En forma o no, me importa poco. Incluso *mi* generosidad puede ser puesta a prueba al tener que seguirle la corriente a un deshonorado. Soy un hombre ocupado, ¿sabes? —se quitó de encima, con una sonrisa doblando su semblante bigotudo.

Parecía poco más que un burgués ennoblecido: convencional hasta el extremo, sin una pizca de inspiración escrupulosa en los ojos.

"¿Crees que las acciones de Ebbe carecen de 'legalidad', supongo?" prosiguió el margrave. "Él es un comandante bastante capaz, quiero que lo sepas. Harías bien en aprender un par de cosas de un hombre como él.

Para eso, no tenía palabras. La sonrisa del margrave se desvaneció.

“No te dignes disciplinarlo por sus hechos”, advirtió. ¿Me he dejado claro, comandante?

“...Sí, mi señor,” cedí. Yo no era más que un exiliado de la Orden, un soldado atado a esta tierra fronteriza; la desobediencia no sería tolerada por su señor delante de mí. ¿Y también has venido por otros asuntos, supongo?

"Estoy en ello. Una despedida, por así decirlo.

A la ventana, señaló. La vista desde la cámara del comandante abarcaba la puerta que conducía a las tierras nafílim. Allí, encontré una congregación conspicua, sus constituyentes perfectamente alineados.

Eran doscientos hombres y más, recién desplegados desde el feudo.

Mis ojos se estrecharon ante la vista. “¿Se mueven para atacar? Mi señor, no he oído nada de esto.

Balasthea no era más que un baluarte, el escudo de Ström y nada más. Por lo tanto, es lógico pensar que la fuerza que se formó ante mí no era la del fuerte, sino la del margrave: la Guardia Feudal.

—He acelerado el horario —observó el margrave—. “Últimamente, el fuerte está bien defendido, y los Nafílim parecen contentos con lamerse las heridas y revolcarse en su cobardía. Sobre todo gracias a la persecución de ayer por parte de Ebbe y sus hombres; Fue una ruta fructífera la que lograron”.

En la vista exterior, una peculiaridad me llamó la atención.

"Su excelencia. ¿Un asunto, si me lo permite?

"Hablalo."

"Los vagones cubiertos", señalé, con la mirada fija en los vehículos de abajo. Bastante grandes, ¿no? Sin embargo, no soportan una carga sobre sus cubiertas. ¿Cuál es su propósito?

"Incluso uno tan tonto como deberías saber".

Me volví hacia el margrave.

"... ¿Para saquear, mi señor?"

Mis palabras ganaron un giro propio para mí. Había perplejidad plasmada en su rostro, pero pronto se congeló en una mirada de lástima.

“Veo que a ti también se te ha negado la gracia del ingenio, Buckmann”, se burló suavemente. “Espantoso en verdad, ser abandonado por una madre tan cálida como Yoná. ¡Oh, misericordia!

“Me temo que no te sigo”.

“Buckmann... ¡pobre y lamentable Buckmann! No *saqueamos* los Nafílim, ¡no! ¡Hoh! ¡Tu paté ha separado demasiados passūs de sus vías, mi querido y descarrilado carro de Comandante!

Las palabras del margrave estaban lejos de desacoplarse. Era el sentido común mismo, ya fuera dentro de Londosius, o en la mente del Hombre.

Estamos en guerra con los Nafílim.

Saquear su propiedad o su persona no es un acto para criticar, sino para alabar. Después de todo, la extinción de nuestro enemigo es el objetivo mismo de esta guerra. No importa si son soldados o ciudadanos, un soldado de infantería o un infante, una guarnición sombría o un hogar humilde. Todo está para estropearse. Ninguno debe ser perdonado.

Por supuesto, tal cosa no se sufriría entre naciones de hombres. Sería catalogado como un “crimen” o una “injusticia”, una afrenta a la dignidad humana. Pero el tono cambia rápidamente si los Nafílim son el objetivo, “bárbaros funestos”, como se les llama. Esta es la conciencia colectiva del Hombre, su verdad inquebrantable e indiscutible.

Pero es uno que no puedo, por mi vida, comprender ni afirmar.

¿Por qué debemos merodear a los mansos?

Y eso por no hablar de los ciudadanos que secuestramos y enviamos a quién sabe dónde.

Esta es nuestra “justicia”, un estandarte sagrado levantado para nuestra propia conveniencia, su trama no está manchada por el escupitajo de la disidencia.

Esas carretas cubiertas estaban vacías ahora, pero seguramente rebosarían de riquezas a su regreso.

¿Y incluido en ese botín?

esclavos

Los trabajadores serán condenados a un contrato duradero.

Esto también es “justo”, actos ante cuya barbarie el Hombre está felizmente ciego, porque le traen bendiciones de demasiado beneficio.

Pero mis ojos no estaban nublados, y no podían soportar la vista.

—Excelencia —dije con severidad. “Con el debido respeto, encuentro sin sentido ensuciar un premio tan ganado con tanto esfuerzo como la paz. Saquea, y nos vilipendiamos a nosotros mismos más allá de toda vindicación. Tales vicios no se corresponden con el señorial nombre de Londosius, incluso si las víctimas fueran los Nafilim.

El rostro del margrave se arrugó. “‘Saquear’ el Nafilim no le sienta bien al término mismo, Buckmann. La sutileza se te escapó, ¿verdad?

“‘Virtud’ es lo que se ha escapado de todo esto, mi señor,” le respondí. “Ninguno se encuentra en tomar de aquellos que no pueden defenderse. Sin embargo, diga que las víctimas son de un tipo diferente, una sangre diferente, y no solo elogiaría el acto, sino que también participaría en él. ¿Seguramente el sofisma no se te escapa?

—¡Buckmann! ladró el margrave. “¡Es el *Nafilim* del que hablamos aquí! ¡La némesis del hombre! ¡Los parientes y parientes de las bestias reptantes! ¡Nuestros enemigos jurados desde los días del mismísimo San Rakliammelech!

Incluso ante tanta furia, no pude retroceder.

“Su Excelencia, le ruego que preste atención a estas humildes palabras: acostumbrémonos a violar y robar sin sentido, y nos corromperemos el corazón en el acto. Somos hombres de guerra; son nuestras vidas las que apostamos en el frente, no nuestra moral”.

“¡Hmph! ¡Sofisticación, en efecto! ¡Veo al sofista delante de mí!” gruñó, golpeando con el pie y apuntando un dedo hacia mí. “¡Violar y robar a los demonios es la moralidad *misma*! ¡Harías bien en recordar eso, tú!

“¡La victoria puede ser nuestra sin esta villanía, mi señor! ¡Eso es seguro!

“¡Comandante!” espumeaba los labios del señor. “¡Sus trabajos, sus lujos, los hacemos todos nuestros, para que sus hermanos, nuestros enemigos, puedan fracasar y nosotros, prosperar! ¡Por cada premio que consigamos, por cada demonio que contratemos, otro de nuestros mansos y desdichados podría librarse de la pálida mano de la Muerte! ¡Graba estas palabras en tu alma maldita! ¡Porque hace mucho que me he quedado sin toda generosidad para seguir discutiendo una verdad tan evidente!”

“¡Pero, mi señor!”

"¡¡Suficiente!!"

...Qué fútil.

La razón no puede alcanzarlo.

Apenas podía verme estar equivocado aquí. No importa cuán dolorosamente miré. No importa cuánto reflexioné. Sin embargo, todo lo que aireé fueron como los aullidos de un hereje, palabras separadas por mucho tiempo de la perversa sabiduría del Hombre.

Y por eso el margrave y yo no podíamos estar de acuerdo. Al darme cuenta, me encontré en silencio, con las manos y los dientes apretados con fuerza.

Posteriormente, el margrave hizo su regreso a Arbel, mientras que la Guardia Fiefguard se canalizó a través de las puertas y marchó hacia las tierras Nafilim.

Me quedé allí en soledad.

Abrumado por la impotencia, observé cómo los carromatos cubiertos rodaban detrás.

†

La luz del sol plateada bendijo a la bella Redelberne, ciudad de esplendor y capital de Londosius. Sus murallas y paseos relucían con el aparente brillo de la propia autoridad real.

El marquesado de Norden, hogar del cuartel general de la 5ª Orden de Caballería, era vecino de este bastión del Hombre. Y así, no era nada extraño que Redelberne encontrara una visitante bastante regular en la cacareada Lady Emilie Mernessee, Dame Mareschal de los caballeros del 5to.

Solo que tales viajes no se hacían por placer. No no no del todo. El negocio la llamó, y era una llamada muy ocupada.

A muchos londoneses les encantaría darse el lujo de visitar la ciudad marmolada y maravillada. Pero la Señora era diferente. Donde deseaba ir, donde anhelaba estar, todo se encontraba en otra parte.

Ciertamente, cualquier alma que aspire a la grandeza daría un brinco de alegría, al recibir así una convocatoria de Central. Esta no es una oportunidad para quedarse sin saborear. Sin embargo, lo que Emilie aspiraba no era la fama y la fortuna, sino su propia y humilde porción de felicidad. La niña que una vez sonrió tan brillantemente sobre la colina de los nenúfares era ahora una dama, apática en su paseo por las calles no buscadas.

De hecho, estaba cansada. Cansado de las reuniones con los ministros y magistrados de Central. Cansado de confraternizar con los cortesanos de clausura del palacio real. Cansado de las fintas, las fachadas, las sonrisas falsas.

Pero Emilie era una mujer joven decidida a enfrentar los desafíos de su oficina de frente. La suya era un alma de sinceridad, un imán de mucha confianza de todos los que la rodeaban.

Un mariscal meteórico.

Un héroe para la nueva era.

Quién *no* querría forjar un compañerismo con la bella dama? Solo unos pocos, si es que hay alguno, para estar seguro.

En las multitudes cautivadas se encontraban no solo adultos, sino también niños, como los que la rodeaban en este momento. Sus ojos brillaron con fascinación cuando contemplaron ante ellos a una dama de mucha distinción. Por su parte, Emilie se había acostumbrado a esos fenómenos con cara de bebé.

Esta ocasión en particular, una de muchas, fue engendrada a instancias de los propios pequeños. Tenían suficiente influencia para ello, hijos y nietos de altos funcionarios como eran. El anhelo de presenciar la maravillosa destreza de la dama fue su excusa. Una inocente, si no frecuente.

Por extraño que parezca, los niños ya contaban con el lujo de tener sus propios instructores, cada uno distinguido y destacado en su tutela. Baste decir que los pequeños apenas necesitaban instrucción en los caminos de la espada.

Emilie fue sabia en esto, por supuesto, pero también en sus propias deficiencias como maestra. De hecho, esa misma humildad la había llevado a rechazar la oportunidad de conocer a los niños. Pero la tormenta de insistencias no cesaba. Al final, el joven mariscal solo pudo ceder. Y aunque vio la redundancia de la situación, al principio no percibió los verdaderos deseos de los propios niños.

La hoja de la Aureola seguramente era digna de exhibición, pero los pequeños difícilmente estaban aquí para una lección de esgrima. Vaya, simplemente deseaban conocerla, porque ella era, en los cielos primaverales de sus corazones, una estrella de mucho asombro y admiración.

Pero al complacerlos así, Emilie finalmente vio la idolatría en sus ojos. Su entusiasmo, que nació del deseo de contemplar su danza de espadas, fue, de hecho, simplemente un malentendido de su parte. Los cielos de verano de su propio corazón se sonrojaron al darse cuenta.

Sin embargo, su excusa se aireó de todos modos. —Un golpe de espada, por favor, señora. Y así Emilie obedeció, tal vez una broma para ocultar su vergüenza.

Pilares de relámpagos repicaron y relampaguearon, pintando de blanco puro la amplia amplitud de los campos de entrenamiento. Un momento, y el asombro zumbó a través de la joven multitud.

Al poco tiempo, un par de adolescentes se acercaron al mariscal, con los ojos vueltos hacia arriba y el corazón lleno de curiosidad.

"P-perdónenos, señora", preguntó el chico de los dos. "¿Podrías tener un momento libre?"

"La Ronda de Oraciones", comenzó la niña. "¿Es cierto lo que dicen? ¿Que has sido bendecido con la Aureola de los ritos?"

Una pequeña pausa. Una leve sonrisa. "... Tan cierto como puede ser, supongo".

La conversación continuó, durante la cual la pareja reveló que solo tenían catorce años. La Ronda de Oraciones los recibiría al año siguiente, ocasión próxima que seguramente infundió en sus corazones tanto expectativa como ansiedad.

"¿Cómo fue todo?" preguntó el chico. "¡Apenas puedo imaginar el espectáculo, y mucho menos los nervios!"

"Hmm, me lo pregunto a mí misma", Emilie miró a lo lejos. "Ha pasado mucho tiempo, demasiado tiempo, en realidad".

"Nosotros dos, tenemos la intención de darlo todo y más, para que Yoná sea generosa en Su gracia", dijo efusivamente la niña. "¡Lo suficiente como para que podamos luchar por nuestras familias, nuestros compañeros, por toda la buena gente de este buen reino!"

"Mi objetivo es ser caballero", intervino el niño. "¡Grande y fuerte es en lo que me convertiré, y haré todo lo que sea necesario para ser nombrado caballero!".

A eso vino la alegría de Emilie, gentil, frágil. "...Ciertamente lo harás, amor."

"Porque si no puedo, bueno, preocúpese de que sus medias se enreden".

"¡Q-quié es un preocupado, ahora!"

Qué cálidos eran el uno para el otro. Emilie no pudo evitar sonreír ampliamente. Sin embargo, el matiz de tristeza en ellos casi escapó del conocimiento de la joven pareja.

A continuación, se impartió una breve lección sobre los conceptos básicos del trabajo con cuchillas. Sin duda, Emilie era, para entonces, plenamente consciente de que esto realmente no era lo que los niños querían, pero terminar la reunión en ese momento con solo una demostración de su levinblade habría sido de mala educación.

Afortunadamente, ella no estaba sola. Los Owlcranes la acompañaron ese día, y ciertamente resultaron útiles, Gerd y Raakel en particular. Numerosas fueron las sesiones de práctica que organizaron en el 5, por lo que instruir a los niños con los ojos muy abiertos no fue, para ellos, una tarea demasiado elevada.

Muy pronto, el sol se durmió. En la evanescente luz del atardecer, la mariscal y sus Owlcranes se separaron de los campos de entrenamiento, con los oídos todavía hormigueando por la viva gratitud de los niños.

Luego pasaron por las calles iluminadas por las estrellas de Redelberne, hasta que la cálida convivencia de un pub atrajo su patrocinio. Allí, reflexionaron sobre los acontecimientos del día con vasos de cerveza dorada.

"Realmente lamento haberlos arrastrado a todos a la capital hoy", bromeó Emilie. "Es una gran molestia, lo sé, pero solo la idea de tener que manejarlo solo fue suficiente para ponerme nervioso".

"No hay necesidad de preocuparse por eso", aseguró Gerd. "Vimos mucho e hicimos aún más. Fue tiempo bien invertido."

"Sí, Gerd tiene razón", agregó Raakel. "Enseñarles a los niños de ojos brillantes un par de cosas es todo un honor, si soy honesto".

"Vaya, señorita Raakel. Qué diferente de ti para ser tan honorablemente honesto. ¿Qué ha suavizado ese descaro tuyo, me pregunto?"

"Eh, cállate, Sheila".

Sin embargo, era seguro, tal como lo había revelado el autorreproche de Emilie: este tipo de salida apenas requería la asistencia de toda la Brigada Owlcrane. La función del día se basaba más en la política y las zalamerías de la alta sociedad que en otra cosa. Los Owlcranes eran soldados, después de todo, almas que se ganaban la vida arriesgando sus vidas. Y Emilie era del tipo que se sonrojaba de vergüenza al arrastrarlos tan lejos de su lugar de trabajo.

Pero entre la comandante y sus combatientes, había camaradería, una fomentada durante años: amigos del alma, eran. Así, los Owlcranes respondieron rápidamente a la llamada de Emilie en su momento de necesidad, confiados en saber que ella habría hecho lo mismo por ellos.

"Y te debo una disculpa especial, Sheila", continuó Emilie. "Insistieron en que también podría traer a toda la brigada si iba a traer a alguien, ya ves".

"No hay nada que lamentar", se rió suavemente el cirujano. "Pero si se presenta otra ocasión así, ciertamente me gustaría saborear la oportunidad de enseñar a más jóvenes con mentalidad mágica".

Sonrisas, alrededor de la mesa, iluminadas aún más por los amargos rebosantes en sus copas. A ellos se acercó un mesero, trayendo muestras de exquisita cocina.

"¡Ahora aquí están las cosas! ¡Venado asado, tierno y jugoso! Raakel salivaba. "¡No puedo volver a casa desde la capital sin mi barriga llena de esta comida!"

"Buena gracia, Raakel", Gerd negó con la cabeza. Viniste solo para rellenar tus mejillas con esos trozos de venado, ¿verdad?

"¡Ja! ¿Por qué me has estado tomando, Gerd? ¡No soy un santo, ya sabes!

Los labios flojos bromearon y se rieron al unísono. Un ambiente embriagado de jovialidad y alegría. A medida que avanzaba su jolgorio, también avanzaba la hora tardía, todo dentro del seno ensombrecido de la hermosa Redelberne.

†

"...Haa..."

Un cálido aliento, soplado desde las mejillas azoradas, resplandecientes como estaban después de muchos sorbos de cerveza. La brisa de la noche, fresca y vigorizante, corría contra ellos y les daba la bienvenida.

Emilie se fijó en el paisaje urbano de crepúsculo perlado, después de haber tomado un momento del pub para recuperar la sobriedad. Estaba tranquilo. Las calles estaban dormidas.

Sin duda, las calles y los paseos de Redelberne no estaban menos llenos incluso en la oscuridad de la noche. Pero el de Emilie era un rostro demasiado famoso por esos lares. Así fue que los considerados Owlcranes habían elegido en su lugar un establecimiento alejado de los caminos trillados, para poder pasar las horas de luz de la luna en relativa paz y privacidad.

Este pub no era más que un agujero en la pared, humilde y pintoresco, pero rebosaba tanto de brillo de luz como de ligereza. Incluso afuera, los oídos de Emilie podían distinguir débilmente el jolgorio. Ella encontró el momento más romántico, en cierto modo, para contemplar tanta vivacidad desde una posición tan tranquila.

"Haa..."

Qué delicia, esta noche.

Sí. Encantador, de verdad.

Deshacerse de un molesto día de trabajo, y luego con amigos a cuestas, comer, beber y mezclarse hasta que la luna se apetecía un poco de sueño, no era nada, sino delicioso.

Si no...

Si solo...

Emilie estaba en silencio mientras miraba hacia el cielo siempre distante.

Un cielo que se arqueaba una y otra vez, hasta las tierras fronterizas más allá.

Entonces recordó al chico y la chica que había conocido ese mismo día. Qué emocionados estaban, con solo un año hasta su propio cómputo en el Roun of Orisons. Le habían preguntado sobre sus propias experiencias en los ritos. No recordaba, era la simple suma de su respuesta.

Una pequeña mentira, eso fue.

Emilia recordó. Todo demasiado bien.

De cómo su corazón se hinchó con anticipación. De cuán profundamente pensó que a partir de entonces sólo le esperaban días de esperanza y felicidad. Una era de sueños inocentes para un futuro inocente.

Solo que ese futuro nunca llegó.

Antes de los ritos hubo días pasados bendecidos con dicha, todos y cada uno. Sin embargo, el Roun of Orisons fue una puerta que lo abandonó todo. Emilie lo había cruzado, seducida, y cuando se cerró de golpe, se encontró anhelando todo lo que se perdía detrás de su cerradura.

Y por eso, los ritos, para ella, no eran un recuerdo grato.

Pero eran un recuerdo que ella recordaba bien, no obstante. Un recuerdo que nunca podría olvidar. Oh, si tan solo pudiera.

"Emilie amor".

Una voz resonó a través de los espesos pantanos de sus pensamientos. Emilie se volvió y vio que Raakel se acercaba. En su rostro también había rubor por haberse emborrachado con demasiados amargos.

"Raakel," respondió Emilie. "Vine a estar un poco sobrio, también, ¿lo entiendo?"

“No puedo evitarlo,” sonrió el guerrero. “Que Sheila tiene un jodido pozo de estómago, mientras que Gerd es un tonto por tratar de mantener el ritmo. Lo dejé por un tiempo, ¿ves?”

Una risa tranquila. “...Por supuesto.”

El silencio inundó el paisaje nocturno. Contra tal enormidad, las damas eran como dos briznas de hierba que se mecían contentas contra la brisa iluminada por las estrellas. El aire era delicioso y Raakel estaba feliz de participar. Después de una bocanada, exhaló y movió sus labios una vez más.

“Entonces.”

“¿Mm?”

“Estás pensando en la ganancia de músculo-paté, ¿eh?”

“Oh, yo... he estado, sí...”

De poco serviría ocultarlo ahora. Emilie lo sabía muy bien: después de todo, muchos suspiros habían salido de su boca últimamente. Tal vez incluso su semblante estaba visiblemente nublado, un manto sombrío por el que todos se preguntaban y se preocupaban.

Pero no eran tontos. Para ellos, la fuente era más clara que el cristal sin color.

Apuesto a que ambos podrían haber sido una buena pareja; la comidilla de la ciudad, incluso — admitió Raakel —, si fuera ordinario como el resto de nosotros, odyll y todos, eso es.

Ante esto, Emilie guardó silencio. Era, a estas alturas, un mundo con el que había soñado demasiadas veces para contarlo. Un mundo donde a Rolf se le dio su merecido.

De Yoná a él, una medida de odyll no mayor que la de un hombre común.

No. Incluso menos hubiera sido suficiente. Siempre y cuando no fuera nada en absoluto. Si fuera tan bendecido, aunque sea escasamente, entonces tal vez...

Solo tal vez...

Qué infructuosa y en barbecho era una fantasía. Pero para Emilie, era algo que no podía haber pasado mucho tiempo sin complacer, incluso para su propio pesar.

“Bueno, el destino no bendecirá a un hombre y una mujer a la vez solo porque sean cálidos el uno con el otro, deberías saberlo. La vida es un poco más voluble que eso, tengo miedo.

“...¿Qué quieres decir?”

"Era cálido conmigo mismo, una vez", confesó Raakel, ligeramente desolado. "Un hombre que pensé que era mi destino. Realmente."

"¿Oh?"

Una docena de inviernos entre nosotros, por así decirlo. Pero lo amaba. Realmente lo hice. No podía pensar en mí en los días futuros sin que él estuviera en la misma imagen".

Que unas palabras tan dulces pudieran salir de los labios de Raakel fue un asombro abrumador para Emilie. Ciertamente, el mariscal calculó que la guerrera Owlcrane era joven y justa a su manera. Pero Raakel era un alma que buscaba y encontraba un propósito en la batalla y nada más. Ésa era la estimación que Emilie tenía de ella desde hacía mucho tiempo, aunque había que admitir que estaba teñida de vergüenza por lo superficial que era.

Era un hijo bastardo, ya ves. Un vizconde, nada menos. No había nada en absoluto que pudiera haber impedido que fuéramos felices juntos... bueno, eso es lo que pensé, de todos modos", relató Raakel, inusualmente tranquilo. Sus medios hermanos, herederos, todos ellos, murieron, uno tras otro. Así que su pa aguantó y lo llamó a casa. Lo hizo heredero y todo eso.

"Yo... ya veo. Y entonces... le dieron una novia, entonces."

"Ese era él, sí. Casado con una delicada dama. No fui una buena elección. No es lo suficientemente noble, ¿ves?"

"¿Y Qué dijo?"

"Bueno, todo el asunto fue un mordisco en su trasero, por supuesto, pero esa es la aristocracia para ti. No pude hacer nada al respecto, de verdad. Raakel parpadeó lentamente hacia las estrellas. "Tuvimos un último momento juntos. Me abracé y lloré durante mucho tiempo... y eso fue todo.

La guerrera Owlcrane, en sus años más frágiles, apretada en los brazos de un hombre, sus lágrimas hablan de la dolorosa despedida que se avecina. Difícilmente una escena fantásica, ciertamente, pero había una mirada en el semblante de Raakel, una de ojos suavemente distantes y una sonrisa lista para desvanecerse en cualquier momento. Al verlo, Emilie supo entonces que lo que su amiga contaba era la pura e intachable verdad.

Las cosas... difícilmente resultan. Y esa es la esencia de todo.

"Oh, Raakel..."

“Eres el mismo, ¿no es así, amor? Lady Emilie Mernessee, dama mariscal de la 5ª Orden de Caballería. Tienes a tu familia que proteger y caballeros a los que dirigir. Todos los atavíos de una trampa, encadenados a vuestros tobillos.

Renunciar a su cacareado puesto era un pensamiento frecuente en el corazón de Emilie, pero nunca fue así. No mientras ella todavía tuviera que encontrar un punto de apoyo para su familia. No mientras hubiera un compromiso que consumir. Es más, sus responsabilidades como mariscal últimamente se habían disparado junto con el apetito de guerra de Londosius. Por lo tanto, el momento de huir de todo eso se había ido hacía mucho tiempo; incluso considerar la idea era vano.

Estos problemas y más nunca se mencionaron a los Owlcranes. Pero en el fondo, lo sabían. Después de todo, cada uno de ellos era, a estas alturas, demasiado íntimo con su mariscal como para no darse cuenta.

“La vida es un montón de cosas sobre las que no podemos hacer nada, cosas que salen como nunca pensamos que podrían. ¿No?”

Para el Rey y la Patria.

Por tu propia Familia y prójimo.

El feudalismo es la base de esta sociedad. Renunciar al Deber es imprudente. Desafiar los Caminos es la muerte. Un curso de lo más natural, como el flujo y reflujo de las mareas, el arco del sol y la luna, las idas y venidas de las estaciones. Tal era el significado de las palabras de Raakel.

Pero airearlos así no era fácil, porque ciertamente ella no era de las que se involucran en conversaciones íntimas. Solo con la ayuda de muchas raciones de cerveza, Raakel pudo reunir la voluntad de consolar a Emilie. Nada de esto pasó desapercibido para el mariscal; al darse cuenta, no pudo evitar sonreír.

"Entonces... supongo que has tenido tu propia parte justa de angustia, ¿no es así?"

“No te andes con rodeos, Emilie”, le devolvió la sonrisa Raakel.

"¿Vete por qué arbusto, ahora?"

“No puedes verme con un hermoso vestido, ¿verdad? Una vez fui *una* princesa remilgada y remilgada, ya sabes. Bueno, tímido y protegido, más bien.

"...Tienes razón. Realmente *no puedo* verte con un vestido.

Mazo en mano, un torbellino de mujer — Raakel el rufián. Tal como era ahora, no había ni rastro de su pasado principesco. Una mirada a ella y uno sería perdonado por creer que nació con un hacha de guerra envuelta en sus dedos de bebé. Emilie ciertamente lo había hecho, y dudaba que fuera la única que cometiera el error.

“Con un equipaje como ese, pensé en dejarlo todo atrás. Entonces, me corté los lazos. Vine a la Orden”, continuó Raakel. “Fue todo dolor al principio, para ser franco, como si me estuviera castigando a mí mismo por mis locuras pasadas. Luché y luché, una y otra vez”.

Hay quienes vieron el mundo tal como era, y se desesperaron al verlo. Las almas arrepentidas a menudo se entregaban a la vida en un convento, enclaustradas por las idas y venidas del más allá. Pero se puede encontrar otro camino, uno que se adentra en las entrañas de los campos de batalla. No son pocos los que lo eligen en su lugar.

Sin embargo, Emilie nunca podría haber adivinado que Raakel contaba entre ellos.

Uno nunca puede conocer verdaderamente a otro, pensó.

“Y así es como forjé mi nuevo lema. La fuerza sea todo. Fightin 'ser ev'rythin'. Nada más importa.

Raakel negó con la cabeza, como para silenciar los ecos de un pasado que había dejado atrás hacía mucho tiempo. Los dos se quedaron allí por otro rato, sumidos en sus pensamientos.

"Es por eso..." Raakel comenzó de nuevo, en voz baja, pero firme, "... es por eso que lo *odio*, y todos los debiluchos lloriqueantes como él".

Palabras de resolución. Una resolución con el nombre de "ira". Porque Raakel fue una mujer que renunció a todo para buscar una sola cosa: fuerza.

Emilie era un mariscal, inigualable en todo el 5to. Pero no solo eso, ella cumplió bien los deberes de su cargo y sus obligaciones sociales en tándem. Tal era la fuerza, concluyó Raakel, y por eso, Emilie era sin duda alguien digno de respeto.

Y luego estaba Rolf. El hombre sin gracia, un debilucho que optó por huir en lugar de luchar. Para él, Raakel no conocía nada más que ira.

Pero la debilidad no fue el único crimen que cometió.

De hecho, era un perro cobarde que no estaba dispuesto a enfrentarse ni siquiera a esa misma debilidad. Tal semblante de cetrina mansedumbre era precisamente lo que Raakel detestaba, y por eso Rolf se ganó su hirviente desprecio.

"Raakel... yo... nunca lo supe".

Cosas sobre las que nadie puede hacer nada. Cosas que no salen como deberían. Estas fueron las propias palabras de Raakel. El desafío era barato en un mundo tan implacable; esto también lo entendía bien.

Aun así, o, tal vez, fue precisamente por eso que buscó fuerza en el campo de batalla, el único lugar libre de las cadenas de la sociedad. Ser fuerte era ser humano. Luchar era ser humano. Esta era la brújula de la conciencia de Raakel, de una mujer que veía en la batalla la vida misma.

Rolf es débil.

Emilia es fuerte.

El que es débil, que no está dispuesto a afrontar sus propias faltas, lo es para dolor de la que es poderosa.

Sí.

Los débiles tejen tristeza para los fuertes.

La mala ironía no pudo encontrar aceptación en el corazón de Raakel.

"...Nos arriesgamos la vida, ¿no? Para que el mundo vuelva a ser como antes, como dicen las escrituras", comenzó a razonar Raakel. "Por eso *digo* que la fuerza sea íntegra y santa, y la debilidad no sea más que un vicio, un *pecado*. Pero mira al viejo mickle-berk. Todo ese músculo y él no se atreve a hacer frente a su propia debilidad. Eso..."

Una punzada impalpable recorrió el aire frío de la noche. Emilie se estremeció, aleccionándose ante lo sombrío del momento.

"... Ese es el tipo de pecado que no perdonaré, nunca".

Un polluelo débil que voló el gallinero. Ese era Rolf, el tonto. Preocuparse por él no valía nada. El tiempo era precioso, para gastarlo en otro lugar, en cualquier lugar, en realidad, siempre y cuando no fuera sobre él.

Esa fue la esencia del mensaje de Raakel. Cuando Emilie le prestó atención, se encontró congelada por su animosidad desnuda. En su propio corazón, había ira por Rolf, por supuesto. Pero no era más que una vela antes de la conflagración que era la ira del mundo por el hombre sin gracia.

Emilie volvió a recordarlo, mientras detrás de su persona muda, el pequeño tumulto en la pequeña taberna clamaba en silencio durante la noche.

He contado tres lunas llenas desde mi llegada aquí al margraviato de Ström.

En ese tiempo, la tasa de mortalidad entre los soldados del fuerte se había desplomado. Estaba hecho: Balasthea por fin había perdido su lugar entre los campos de exterminio más notorios del reino.

Informar al margrave Ström de tales tendencias y tejemanejes se contaba entre mis muchas funciones. Hoy, también, me encontré cumpliendo con ese oficio, mientras estaba de pie ante el señor en su residencia de Arbel.

"...Muy bien entonces. Mantenga el rumbo, comandante —dijo, y se volvió hacia la ventana.

"Sí, mi señor".

Lo saludé, terminando lo que había sido un informe bastante conciso. Sin más asuntos allí, abandoné sumariamente la mansión.

Quizá merezca poca mención que el margrave siempre estuvo de mal humor en nuestras reuniones. Sin embargo, estaba fuera de toda duda que mis hazañas le proporcionaron mucho provecho: Balasthea se mantuvo más firme que nunca, y con sus bajas reducidas, también lo fueron los gastos militares del margrave. Por esa razón, a pesar de mi denostada reputación como un sin gracia, ni una sola vez intentó deshacerse de mí.

Igualmente indudable, sospeché, era la indignación que rodeaba mi asunción como comandante en funciones de Balasthea, ya fuera albergada por el margrave o por la propia Central. Probablemente pensaron que el desgarbado sin gracia cometería un error muy pronto, dado un puesto tan prestigioso. Una pena que sus "expectativas" fueran traicionadas.

Sin embargo, en verdad yo era, para ellos, un peón bastante conveniente como comandante, uno que era mejor dejar en el tablero de juego hasta que se agotaran sus movimientos. Una amarga medicina de la verdad para sus gargantas, seguro, pero una que tragaron de todos modos. Y por el aspecto de las cosas, sería un gusto diario en sus lenguas.

Hablando de gustos, se me hizo evidente que los comandantes de fuertes de otras provincias solían ser invitados a fiestas organizadas por placer de sus señores. La sola idea de tanto comer y beber era un exceso demasiado amargo para mi paladar. Por lo tanto, se puede decir que compartía la conveniencia del margrave, aunque no tan incómodamente: nuestras interacciones eran estrictamente comerciales, rápidas y breves, y cuando tales asuntos se hicieron y se resolvieron, estaba más que feliz de dejar su compañía pendenciera.

Seguí estos pensamientos mientras me dirigía a casa. Bueno, "hogar" en este caso era una residencia amueblada oficialmente al comandante de Balasthea. Al estar también dentro de los límites de Arbel, el viaje no fue demasiado terrible.

Y quizás “residencia oficial” es un término demasiado intelectual para lo que no era más que un catre bastante pequeño. Un hogar digno de uno solo, en el que ostensiblemente se quedaron los muchos comandantes que me precedieron. Mi antecesor, enfermo como estaba, había regresado a su casa en otro lugar, por lo que se me asignó el catre.

De ninguna manera era un hogar recién fundado. Pero incluso sus polvorientos espacios eran preferibles a los sudorosos barracones del 5. Curioso en verdad que mi nivel de vida mejoró solo con el exilio.

Hoy, sin embargo, iba a ser el comienzo de muchas más curiosidades, porque me encontré detenido frente a la calle principal que conducía a casa. Cerrado, estaba. La gente del pueblo reunida habló de una llama que ardía más adelante y de los bomberos que bloqueaban el tráfico para mantener a los transeúntes alejados de su peligroso trabajo.

Así, por esta pura coincidencia, me vi obligado a tomar un desvío por un callejón fuera de mi viaje habitual.

†

A través de los callejones sombríos fui. Hacía tiempo que se había puesto el sol y el cielo de arriba era de un fucsia desvanecido, reducido a una franja elevada por los techos desordenados y agitados. Por lo tanto, me enfrenté a este verdadero laberinto con una linterna en la mano. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que me topé con un hombre de mediana edad, de pie encorvado, con el aliento demacrado, su propia mano empuñando un cuchillo, uno empapado de sangre.

Las gotas no repiquetearon ni sobre tierra ni sobre adoquines, sino más bien sobre su yo rojo. Porque a los pies del hombre había otra figura, más joven, pero plácida y postrada sobre un charco de flujo carmesí. Una mirada al tipo derrumbado encontró grabado alrededor de su tobillo un tatuaje revelador.

Levanté la linterna para ver mejor.

"... ¿Ese muchacho allí es un esclavo?" fue mi pregunta cautelosa.

El hombre se volvió hacia mí, gruñendo. "Sí. Y un maldito criminal —dijo arrastrando las palabras. “Shog'd off 'is grilletes, 'lo hizo. Y trató de llevarme el cuchillo, así que le mostré el extremo puntiagudo, jejeje. Bueno, bromeo, pero el tipo está muerto, y yo me beneficio con él. Y eso *no* es una broma.

Grilletes, ganancias: un traficante de esclavos, el hombre era. Luego lo encontré inclinado, limpiando su cuchillo sobre el cadáver fresco. Envainándolo, se volvió hacia mí de nuevo, con el rostro medio arrugado.

“... ¿Qué? Piensa que soy el villano aquí, ¿verdad? Os alegrará saber entonces que este pecador se apagó dos almas él mismo en su tiempo. Tengo lo que se le ocurre, digo.

Un tono bastante defensivo. Parecería que vio un aire de condenación en mi rostro, mis cejas se habían doblado amargamente sin que yo lo supiera.

Debe decirse que las leyes de Londosius consideran la esclavitud una práctica sana, siempre que esté destinada al trabajo manual. Pero esas mismas leyes también decretan que nadie excepto los delincuentes y los “frutos de la guerra” pueden estar sujetos al grillete.

Los primeros, "esclavos criminales", se les llama, son típicamente aquellos cuyos pecados se consideran graves, aunque no lo suficiente como para justificar una ejecución. El cadáver que tenía ante mí era de este tipo desagradable, si había que creer al traficante de esclavos.

No te culparé por el hecho. Solo que...” dije, señalando detrás de él, “...ese también, ¿es un 'pecador'?”

En efecto. Otro esclavo apareció en escena. Silencioso.

“¡Ja! ¿No puedes decirlo, muchacho? Un esclavo de guerra, este es. Lo peor de lo peor. ¡El mal encarnado!” sonrió, pero con una mirada al esclavo mencionado, la sonrisa amarga se desvaneció en la oscuridad. “Eh, lo retiro. El 'mal' no es suficiente para juzgar a este demonio.

Esclavos de guerra: personas arrastradas del fuego de la batalla a cadenas de hierro. En otras palabras, cautiva Nafílim. El que señalé fue un claro ejemplo, y también el primero que vi más allá de los límites de un campo de batalla.

Solo que esta Nafíl no era más que una niña.

Entonces recordé la pelea con el margrave tres meses antes.

Sin duda, es el credo común del Hombre, compartido entre los hijos de sus muchos reinos, que los Nafílim no deben ser libres de ninguna crueldad, ya sea violencia o encarcelamiento.

No importa si las propias víctimas de Nafílim son combatientes o no.

Le expliqué mi caso al margrave entonces, y ahora no ha cambiado: este credo no encontró hogar en mi corazón.

La chica que tenía delante atestiguaba el “por qué” de ello: nadie, ni siquiera un devoto yonaísta, podía fingir mirarla y decir con sensatez que nada en ella se convertía en “combatiente”.

No. Era solo una niña pequeña, tal vez de diez años, no más de doce.



Detrás de su cabello negro, sucio y despeinado había ojos ámbar, los cuales no hacían más que mirar al suelo, como privados de cualquier chispa de espíritu. Y las ropas, los ligeros tenné de su piel, no eran más que harapos raídos y raídos.

Ella se quedó allí, inmóvil. Oh, muy quieto. Como si hubiera renunciado a todo, incluso a la vida misma.

—Terriblemente joven para ser un esclavo —observé cortante.

"¿Sí? ¿Qué hay de eso? el esclavista retrocedió. "Un *Nafil*, sea".

"...Por supuesto que ella es."

Me volví hacia ella una vez más, iluminando su semblante sin luz con mi linterna. No se encontró respuesta. Simplemente se quedó de pie, silenciosa y abatida, con los pies descalzos y encadenados plantados sobre los fríos adoquines.

"Míralo", el esclavo negó con la cabeza. Todo sombrío y melancólico. No puedo venderlo por mi vida. ¡Bah! Maldita *alga*..."

"¿*Alga*?"

"Sí. '*Alga*' sea como yo lo llamo. Temblando en una estufa, por así decirlo, cuando los ladrones vinieron a robar. Lo sacaron a rastras y lo encontraron todo empapado de hollín.

Alga...

Que curiosa conexión.

¿Fueron los susurros de los destinos que escuché hace un momento?

¿O algo que sentí desde lo más profundo de mi corazón?

Una agitación interior, brotando hasta salir de mis labios.

"La compraré".

†

De mis labios salieron aquellas palabras, sencillas, pero no impulsadas por la imaginación ni por la motivación. Sin duda, ni una sola vez antes se me ha ocurrido la idea de comprar un esclavo para mí.

Y sin embargo, aquí estaba yo.

"B... *comprar*, ¿dijiste?"

"Hice."

¿Qué fue lo que escribió mis palabras? Que los puso al aire? ¿Eso fortaleció mi determinación?

¿Fue simpatía? ¿Empatía? ¿Un grito desafiante contra el capricho y la crueldad de este mundo?

¿Quizás una punzada de compasión por la pobre chica, que tanto sufrió el desprecio de los demás, como yo?

¿O fue la culpa?

¿La pesada carga llevada por un hombre de batalla, cuyas mismas palabras y acciones obligaron a la creación de estos esclavos de guerra?

"Un millón de reugoles. Y doscientos mil más. Dame el precio", dijo el esclavista, con los dedos levantados. "¿Cómo te parece? ¿Tu bolso está lo suficientemente lleno, muchacho?"

"Es."

No es barato, pero tampoco está más allá de mis posibilidades.

Si bien mi tiempo en la Orden me había ganado casi una miseria regular, también era bastante tacaño. Añádase a eso el salario de mi puesto aquí en Ström, con el que he hecho poco más que dejar que se acumule, y no se encontró ninguna mentira en mi breve declaración al traficante de esclavos, cuyo rostro se iluminó cuando sus oídos se lo tragarón.

"B-bueno, entonces, oh, pero er... una palabra de advertencia antes de que acordemos el trato", dijo, ahora con humildad. No vayas a decirle tu nombre, ¿eh?"

Parpadeé. "¿Y por qué es eso?"

"Éste. Tiene una habilidad especial para la magia, del tipo del pacto, eso es. No se puede convertir a un esclavo en tejedor de magia de batalla, eso es seguro. Pero no es así con este. Bueno, digo eso, pero los convenios son propiamente malvados a su manera, ¿sí?"

Ya veo. Me parece bien.

Para consumir la compra de un esclavo, primero se debe tejer una especie de pacto mágico, vinculando al esclavo con el amo. Un "hechizo de esclavitud", por así decirlo. Esto también está decretado por la ley de Londosia.

Sin embargo, alguien que, desde el principio, está dotado o conoce la magia del pacto puede, naturalmente, sobrescribir la esencia de tales hechizos de esclavitud. Para hacerlo, solo se necesita el nombre de la otra parte. De ahí la advertencia del esclavista: si se conoce el nombre del amo, el esclavo tan dotado puede cambiar las tornas y hacerse dueño de su propio amo.

"Así que er... ¿aún tenemos un trato, buen muchacho?"

"Hacemos."

"¡Ja! ¡Estoy contento de haberlo oído! el esclavista brilló de alegría. "Haa. Aquí pensé, t'day be 'other stinky' day, wot with *that* one dead and 'burning' a hole in my pocket. Pero el destino sea justo, tráeme un comprador para *este*, ¡todo en el mismo momento, nada menos! ¡Hwahah!" Después de una carcajada con dientes, se volvió hacia la chica. "Oye, alga. Te vendí a este amable ser, lo hice. Bien por ti, ¿eh?"

Silencio.

"*Tch*. Oi, qué tal una sonrisa, al menos, ¿eh?"

"¿Tiene un nombre?" Yo pregunté.

Un movimiento de cabeza. Maldita sea si lo sé. 'Alga' sea todo lo que yo llamo. Y vosotros también deberíais, si os place. Si no, bueno, llámalo como más te guste, jejeje."

En el curso despreocupado de las palabras del esclavista, la niña nunca se movió en lo más mínimo.

†

El día siguiente.

Terminados mis deberes en Balasthea, regresé a Arbel al anochecer. Allí cumplí un deber más del día: pagar el millón y más de reugoles, hacer encantar el hechizo de servidumbre para la niña Nafílim y para mí, etcétera. Todos fueron manejados por el esclavista de ayer, a quien me aseguré de preguntarle si evitaba ese hechizo encadenador. Pero como era de esperar, se apresuró a exponerme la ilegalidad de la idea misma.

No se pudo evitar. No estaba acostumbrado a infringir ninguna ley, por lo que, sin insistir más en el tema, cerré el trato y pronto me encontré en casa. Allí, en la sala de estar, estábamos la niña y yo.

Ciertamente tuve los modales de ofrecerle un asiento para descansar sus doloridos pies, pero fue en vano. La chica simplemente se quedó de pie y de pie, silenciosa y estólida de alma.

Y entonces me arrodillé ante ella. Con mis ojos al nivel de los de ella, hice mi primera pregunta.

"¿Cómo te llamas?"

"..."

Sin respuesta.

Una triste rendición ancló su mirada vacía al suelo.

"Bien. Los nombres vienen después. Deberíamos lavarte primero —cedí—.

Luego fui a calentar un poco de agua, con la cual llené una palangana grande. Después de dejarlo al lado de la chica, me arrodillé ante ella una vez más.

"Mira, he dejado una franela aquí", dije, señalando una toallita que colgaba del borde de la palangana. "Puedes limpiarte con él. ¿Harás eso por mí?"

"..."

No te haré daño. No te preocupes —le aseguré. "Bueno, puede que no lo parezca, lo admito, ya que acabo de vaciar mis arcas por un esclavo, pero... lo digo en serio".

"..."

En primer lugar, se necesitaba algo de comprensión entre los dos, pero como temía, mis palabras fracasaron. En lugar de responder, siguió mirando el suelo de madera, con los ojos vacíos de emoción.

"...No te haré daño. Realmente."

Otro intento. La misma línea, por cierto.

Qué vacío vocabulario tenía. Una maldita vergüenza; incluso yo estaba exasperado conmigo mismo. Busqué y busqué en mi interior, pero todas las palabras correctas se me escaparon, palabras con las que llegar a su corazón.

Indefenso.

Eso era lo que era. Indefenso.

¿Había algo que pudiera hacer por ella?

Los campos de batalla exigen hechos, de los cuales estaría dispuesto a complacer. Pero aquí se necesitaban palabras.

Esperar.

¿Andanzas?

¿Quizás la acción podría servirme aquí? ¿Para comunicarle lo que las palabras no pueden?

Valió la pena intentarlo. Yo era demasiado retorcido en la lengua cuando se trataba de cosas sensatas que decir.

Y así, estiré lentamente una mano hacia ella. Un acto decidido, deliberado y delicado.

Parecía la más frágil de las figuras, una que podría hacerse añicos al menor empujón. Pero si alguno de nosotros permaneciera temeroso del toque íntimo, entonces ciertamente ese día nunca podría llegar. El día en que nuestros ojos puedan encontrarse con alegría, y nuestros corazones junto con ellos.

Suavemente, y aún más suave...

... mi mano callosa se posó sobre su suave mejilla.

Y por el más mínimo momento, sentí un temblor en sus ojos.

Por mucho que ella pareciera un alma entregada a toda vida, aún había calidez brotando de esa mejilla suya. Así me quedé como estaba, rendido de toda palabra. Una larga pausa se prolongó. En él: silencio, excepto por las respiraciones que salen de nuestros labios.

Sin embargo, ¿cuánto tiempo de calma exactamente? ¿Dónde nos enfrentamos, conectados por un simple toque? No podía saberlo, pero al final, los ojos de la chica lentamente, oh tan lentamente, buscaron los míos.

Nuestras miradas se encontraron por fin.

Me quedé allí, devolviendo mi mirada, sin pensar en pronunciar una palabra. En cambio, intenté con una pequeña sonrisa, aunque torpe. Nunca pude confiar en mí mismo para sonreír con alguna gracia. Un asunto torpe, siempre lo ha sido.

Su propia mirada, una mirada ámbar dorada, se fijó en la mía, negra como el ónice. De hecho, los suyos eran redondos y sinceramente rubios... solo que arrojaban un destello de lo más desconsolado. Un reflejo, vacío de cualquier esperanza para el mañana.

Con todo lo que pude reunir, puse en mi mirada una simple promesa.

Una promesa de nunca lastimarla.

Y mientras lo hacía, deseé fervientemente que llegara a su corazón.

Al final de esos muchos momentos, mi mano dejó su mejilla con la misma cautela con la que la había alcanzado.

—Tengo algunas compras que hacer —dije al fin. “Comida, ropa, lo que sea. Sé bueno mientras no estoy, ¿quieres? Y lávate para mí.

Dicho esto, me levanté y salí de la casa.

†

El suave cielo de la tarde comenzó a brillar mientras caminaba por la calle que conducía a los mercados. Sin embargo, no tenía ganas de contemplar el paisaje urbano al anochecer. Mis pensamientos fueron entrenados en otra parte.

No sabía qué me impulsaba a comprar a la chica como lo hice. Y sabía aún menos de lo que deseaba hacer de ahora en adelante.

¿Realmente creía que podía beneficiarla de alguna manera?

¿Soy siquiera capaz de forjar para ella, o para cualquiera, alguna apariencia de futuro?

¿A mí?

¿Un sin gracia?

¿Un peón musculoso que sabe poco más allá de un poco de esgrima?

¿Qué podría concederle? ¿Qué podría enseñarle? ¿Qué podía *hacer* yo por la pobre chica? Parecía completamente perdida, un alma que se había rendido.

Y, sin embargo, ni siquiera sabía su nombre.

No sabía por quién, y por qué caminos oscuros fue conducida para llegar a este lugar.

De donde una vez vivió.

De la vida que alguna vez tuvo.

De lo que ella amaba.

De lo que ella soñó.

De la gente que conocía.

De la familia que amaba.

...Y de qué circunstancia eso la convirtió en lo que es hoy.

“...‘No lo sabrás hasta que lo intentes’, dicen”, pensé en voz alta.

Caía la noche. Una oscuridad no muy diferente a la oscuridad del callejón donde nos conocimos por primera vez. Casi se quedó allí, vacía de todo, incluso de miedo por su esclavista, por el cuchillo ensangrentado que apretaba en su mano, por su compañero esclavo que yacía muerto en el suelo.

Por tonto que fuera, sabía de todo corazón una cosa: simplemente dejarla, nunca había una opción.

La vida de un esclavo de guerra es aplastante. Agudísimo. Implacable. Sin embargo, por mucho que sufran, sus números están lejos de ser pocos.

Salvar a la niña no hace nada para cambiar esa trágica verdad.

Salvar a la niña no era más que un consuelo egoísta.

Sí.

Seguramente.

Y todavía...

Otra vez más seguro fue que hice lo que hice porque creí que era lo correcto.

La salvé porque *quería* . Y simplemente eso.

"Vagabundos descarriados, tú y yo. Una cosa feliz si podemos llevarnos bien".

La vaga esperanza, en una voz medio fuerte, se desvaneció en el cielo nocturno.

†

Había una vez una niña pequeña.

Una niña Nafílim.

Tierno y brillante. Un niño de mucho amor.

Su madre era hermosa como una flor y famosa por ello. Y de ella heredó la hija una mirada de ámbar y mechones de obsidiana.

Ojos, grandes y encantadores.

Pelo, largo y lustroso.

Durante las próximas lunas e inviernos, ella misma seguramente se convertiría en una resplandeciente belleza.

Seis era su familia.

Su padre, gigante pero gentil.

Su madre, hermosa pero benévola.

Su hermano y dos hermanas —mayores para ella, todos ellos— eran abundantes en conocimiento y principios en su carácter.

Y la niña, un brote primaveral, siempre sonriente.

Sonriendo, sonriendo, en medio del sol que era su familia.

En él estaba el calor.

En él estaba la serenidad.

En ella estaba la felicidad.

Pero más allá giraban las ruedas de la guerra.

De cualquier manera. En todos los rincones del continente.

Una gran guerra librada con los Hombres.

Su madre y su padre hicieron todo lo posible para mantener a raya las noticias, para que su querida hija no supiera un momento de preocupación. Una dificultad, porque más allá de su bosque natal se extendían los campos y salones del Hombre.

Y de vez en cuando de esos lugares salían Hombres con sus armas y armaduras, con codicia en sus ojos, con sombría en sus corazones.

De esto, la niña sabía. A pesar de los dolores de sus padres, ella lo sabía.

Su gente se defendió. De hecho, se defendieron. Intacto. sin miedo

Solo, un fuerte temible confundió su camino. Y así, sus retiros se repitieron, una y otra vez. Y así, el fuerte perduró, una y otra vez.

Érase una noche, la niña estaba profundamente dormida. Pero entonces, un cosquilleo la despertó. En su vista estaba la mano de su padre, grande y confiable, nudosa y nudosa, los dedos de una rama orgullosa.

"¿Despierto?" él susurró. "Perdóname."

Allí estaba sentado su padre, junto a su cama, acariciando tranquilamente su cabeza.

"Qué precioso tu rostro, cuando duermes. ¿Qué padre no puede adorarla?"

Una sonrisa en sus labios. Lo siento a medias. Medio agrídulce.

Sin embargo, en lugar de perdonarlo, la niña tomó la mano de su padre con las suyas.

Manos diminutas, entrelazadas con fuerza alrededor de dedos callosos. El agarre de la hija no podía aspirar a rodear al del padre.

Pero también había una sonrisa en sus labios cuando acercó su mano. Rápida en su calor, cerró los ojos. Alegremente, en silencio, su padre observaba, hasta que una vez más su hija cantó los sonidos del sueño.

Cuánto amaba a su padre.

¡Cuánto atesoraba la seguridad de sus manos!

¡Cuánto llegaría a extrañarlo!

∴

Su padre se fue a las brumas del amanecer.

Era un leñador. Pero también un guerrero. Así fue con todos los hermanos del pueblo. De hecho, cada uno de ellos llevó su propia carga de batalla.

Durante días, la casa estuvo sin su padre. En el tercero, debería estar de vuelta.

Solo que no lo estaba.

Un poco tarde, tu padre. Pero relájate. Antes de la próxima puesta del sol, estará de nuevo en casa con nosotros.

A sus hijos en la mesa del comedor, las palabras entretejidas de esperanza de la madre.

Confianza en ellos, la niña bebió su guiso. Oh, qué favorito era.

Pero entonces se me ocurrió un pensamiento. Y entonces, a su madre, ella le dijo esto sonriendo.

"¡Mamá! ¡Hagamos el favorito de papá mañana! ¡Sopa de lentejas caliente, caliente!"

Sí.

vamos

La sonriente respuesta de su madre. El acuerdo sonriente de sus hermanos. Pero lo que enturbiaba su alegría era la inquietud. Uno que la chica aún era demasiado joven para sentir.

El sol volvió a despertar, y ella también.

Se levantó de la cama de un salto y atravesó la casa volando, tan ansiosa por encontrar a su padre de nuevo en casa.

Solo que no lo estaba.

Llegó a la cocina, donde su madre se ocupaba de preparar el desayuno.

El pan se estaba horneando. El suave aroma del centeno.

"¡Buenos días, mamá!"

"Buenos días, mi pequeña flor".

Una sonrisa soleada de su madre. Cálido. asegurando Como siempre

Pronto, sus hermanos también se reunieron, y la familia de cinco se sentó a la mesa para comenzar el día llenando sus estómagos.

"Muchas gracias por esta comida."

"¡Muchas, muchas gracias por esta comida!"

Palabras de gracia de la familia. Brillantemente de la niña.

La sabiduría de la acción de gracias, dada a los hijos tanto por la madre como por el padre.

Con modales mesurados, la muchacha tomó a mano una pelusa de pan y mordisqueó su miga acolchada.

"Papá aún no está en casa..."

Ella anhelaba en voz alta.

Pero la esperanza estaba sana en ella. Esta noche, cinco serán seis una vez más. Seis felices, todos cenando juntos. Y así, una vez más, se enfrentó a la ausencia de su padre.

La niña luego tejía sus horas matutinas.

Quilting era un oficio que mejor se dejaba a los artesanos. Ciertamente no era algo de lo que los niños del pueblo fueran capaces.

Pero su madre y sus hermanas eran hábiles con la madeja. Amándolos a todos y todo lo que hacen, los imitó durante mucho tiempo. Esas muchas lunas de diligencia habían impartido a la muchacha cierta destreza en el arte.

Un sombrero.

Lo que días atrás era solo un hilo de lana, pronto sería una corona tejida a ganchillo para su madre.

La parte del padre ya estaba terminada.

Un regalo para sus padres. Para ser entregado cuando estén juntos de nuevo.

Calcetines era lo que la niña quería hacer al principio. Pero podría ser demasiado difícil, dijo su hermana mayor. ¿Qué tal un sombrero?, sugirió entonces.

Esa misma hermana ahora miraba a la niña cálidamente. Las diminutas manos domesticaron la aguja mientras el sombrero tomaba forma.

Tal espectáculo para sonreír.

Pero también un secreto a guardar.

Hasta que los regalos no estuvieran completos, ninguno de los padres podría saberlo.

Así lo pidió la niña de su hermana al principio, respondió con risitas de aceptación. Una promesa protegida hasta el día de hoy.

Llegó el mediodía y, por fin, se enhebró el último hilo. Dos sombreros juntos, sin gracia en la forma, pero llenos de gratitud. Dos líos de hilo, pero para la niña, dos obras maestras.

“Sombreros encantadores, hechos con amor. ¡Madre y Padre estarán muy contentos!”

El sello de aprobación de su hermana.

Qué felices serían, tanto la madre como el padre. Soñando con el momento, la niña sonrió brillantemente.

Un poco más tarde, un aldeano visitó.

Madre lo recibió en la puerta. Las palabras se compartieron por un rato, y tomada por un poco de inquietud, salió de la casa.

A sus hijos, una promesa de volver al anochecer.

Hasta entonces, las dos hermanas dieron su tiempo: una o dos horas de juego con la niña.

Se acercaba la hora de la cena. Seguro que mamá ya estaría en casa.

Solo que no lo estaba.

“¡Lentejas, lentejas! ¡Sopa caliente de lentejas para la cena!”

La niña cantó con emoción.

Esta noche, y juntos, estarían todos reunidos, para darle a su padre su favorito, y disfrutarlo ellos mismos en su añorada compañía.

Sería un momento cálido y encantador. Uno que la chica esperaba con ansias.

Y luego vino un murmullo en todo el pueblo. El hermano parecía bastante serio.

Pero la hermana mayor no pudo soportarlo más. Se puso de pie y se levantó.

"El orfanato... debo ir a mirar", dijo. "No te preocupes. No tardaré.

Caritativa, era su hermana mayor. Siempre prestador de manos amigas para el orfanato, donde vivían los niños de padres perdidos en la tragedia.

Había preocupación en su rostro cuando salió de la casa a toda prisa.

Ni una sola vez antes hubo una orden de preocupación.

¿Qué podría ser?

La niña pensó.

Pasó una hora.

Ni la madre ni la hermana fueron devueltas.

Por ahora, el pueblo estaba velado por un tumulto. El hermano se preocupó en silencio. Su rostro estaba arrugado. Su corazón estaba pesado.

Un bramido. Más allá de la seguridad del hogar. Enojado. Haciendo eco.

La hermana mayor sostuvo a la niña con fuerza, levantándola.

El hermano se puso en pie de un salto. Sus ojos se movían.

La estufa. Un hogar de mucha alegría, de tierra, grande. Suficiente para cocinar para su familia de seis.

A él, señaló.

A ella, la hermana se apresuró.

En ella se escondió, con la niña envuelta en sus brazos.

"¡Estate quieto! ¡Guarda silencio! ¡Quédate ahí, pase lo que pase!

Los susurros de advertencia del hermano.

Para ellos, la hermana asintió. Gotas de sudor frío resbalaron por sus mejillas. Por un instante, brillaron. En ellos, un reflejo de la espada desatada del hermano.

Luego, con su mano, selló la estufa. Dándose la vuelta, dio un paso hacia la entrada. Pero antes de que pudiera salir al exterior, a su casa irrumpieron visitantes no buscados.

Tres.

Tres parientes del Hombre.

Espadas frías en sus manos. Una armadura fría uniendo sus cuerpos.

Se convirtieron en bramidos borrones de hierro, enviando acero al hermano. Allí, los enfrentó con su propia agudeza.

El sonido de espadas chocando. Una primicia para los oídos de la niña. Su hogar, una vez lleno solo de felicidad, ahora resonaba con la agonía de la guerra.

Con más y más fuerza aún, la hermana la abrazó conteniendo el aliento. En verdad trató de alejar a la niña de la violencia exterior. Pero fue en vano. La estufa estaba demasiado estrecha adentro.

Qué triste, entonces, que la niña pudiera mirar a través de las rejillas y ver por sí misma la batalla más allá.

Contempló en esos huecos la vista de su hermano derribado a sangre fría. Era diestro con la espada, pero no lo suficiente como para luchar contra tres a la vez.

Y así cayó el hermano, cruelmente cortado.

Y entonces la hermana supo el dolor.

Pero evitando que el grito saliera de sus labios, abrazó a la niña con más fuerza.

"Pe. Justo dolor en el culo, el flacucho sinvergüenza.

"Oye. ¿Crees que hay más?

"¿Más? Bueno, no veo... espera... ¿oíste eso?

Las frías palabras de los Hombres, afiladas agudas.

"... uu... hic..."

Las cálidas lágrimas de la niña, mojando el seno de su hermana.

La felicidad era todo lo que conocía. Y también, los deliciosos días que pasó con su cálida y amorosa familia. Tanta inocencia no estaba preparada para soportar la vista de cómo todo se desmoronaba.

La tapa se abrió.

Las sonrisas enfermizas de los Hombres.

"Bien bien bien. ¿Qué tenemos aquí, eh?

"¡Ja! ¡Míralos! ¡Empapados en hollín, los diablos!

Manos frías entraron.

La niña y la hermana fueron arrastradas.

Con una cuerda los dos fueron atados.

A la plaza del pueblo fueron conducidos abajo.

"¡Uuaah! ¡Aaaaah!"

Los sollozos estridentes de la niña. El dolor incesante de su hermana. Las sádicas sonrisas de los Hombres.

En su destino se encontraron los aldeanos, atados y reunidos. Rodeándolos estaban los soldados de los Hombres, burlándose.

"Eso es todo de ellos".

Dijo un Hombre, trayendo a la niña y su hermana ante los demás. Luego, con un fuerte empujón en la espalda, los envió a los dos al suelo.

"¡Aek...! ...hic... uu..."

La niña siguió llorando.

Y allí, haciendo eco en el aire, estaban sus nombres.

Una voz conocida. La voz de su madre, saltando, desesperada.

A ella la niña miró. Madre también estaba ligada entre los aldeanos.

"¿Oh? ¿Qué es esto, ahora? Esos dos mocosos son tuyos, ¿verdad?"

¡Tu buen padre ha venido a casa! ¡Pero está haciendo un poco de ida y vuelta! ¿Por qué no... eres una buena mamá, sí? ¡Dícales a sus hijos dónde está escondido el padre!

Palabras pecaminosas de sonrisas pecaminosas, dijo a la madre. Eligiendo no obedecer, ella negó con la cabeza.

"Oye. ¡Oye! Dije, ¡ *díselo!* ¡Perra, tú!

"¿Por qué tienes que ser una gran patada en el culo, eh? Maldito Naffílim. ¡Diablos, todos vosotros!

"Bueno, está bien, entonces. Les diremos por ti, lo haremos. Oye ¿Cuál es su papá, ey?"

"Debería estar eh... en esa pila, creo. El que tiene todos los fugitivos de la batalla de ayer.

"Este de aquí, ¿sí?"

La conversación indiferente de los Hombres.

"¡No! ¡No! ¡Detener! ¡¡Detener!!"

Los gritos casi enloquecidos de la madre.

Allí, un carro sentado, cubierto. Luego, por la mano de un soldado, no se cubrió más.

Al principio, la niña no podía comprender lo que veían sus ojos.

Porque vieron un montón de cabezas.

Todos y cada uno de ellos, un rostro que conocía.

Y entre ellos, un rostro que amaba. Una cara que echaba de menos.

El rostro de su padre.

Su aliento fue completamente robado.

El frío control de los destinos parecía apretar tanto su corazón como sus pulmones.

Junto a ella estaba su hermana, presa del mismo susto.

Abajo y abajo, lenta y silenciosamente, la mirada de la chica cayó.

“Vamos ahora. ¡Ahí está tu papá!

Llamó uno de los Hombres, quien luego agarró la barbilla de la niña con su mano de hierro. De vuelta al horrible montón que hizo mirar a la chica.

¿Lo ves? Bonita sonrisa en su cara, ¿eh? ¡Jeje!

“¡Detener! ¡¡Detente!!”

Los llantos borrascosos de la madre.

Pero la niña había dejado de llorar.

Sus ojos.

En sus ojos ya no estaba la luz de su corazón.

“Sí, sí. Se acabó la hora de jugar, gilipollas. ¡Vuelve al trabajo!

“Bien bien. ¡Oye, diablos! ¡Entrad aquí todos!

Y así los Hombres hicieron que la niña, su hermana y algunos otros se dirigieran a otra carreta cubierta.

Pero la chica no se movió un poco.

“Oye, enano. Muévete.

El comando de un hombre. Sin embargo, los pies de la niña no se movían.

“Tch. ¡Oi, mira aquí, tú! ¡Entra, digo!

Sin resultado. En su frustración, el Hombre llamó a otro, quien luego colocó una cuchilla en el cuello de la madre.

“¡Oye, maldito mocoso! ¡Muévete con tu hermana! Soy un conteo ahora, y si no estás en el carro a las tres, bueno, haré que tu mamá se una a tu papá, ¡lo haré!

Oh, querida hija. Cómo lloraba y lloraba la madre.

Al ver la espada colocada contra ese cuello, la chica comenzó a moverse lentamente.

Tal dolor y tristeza en el rostro de la hermana, mientras levantaba a la niña. Se dieron caricias temblorosas. Luego, en la cubierta abordaron.

La hermana sabía bien adónde irían los carromatos.

¿A dónde más sino al sufrimiento sin sol?

Sin embargo, incluso entonces, solo pensó en consolar a su hermanito.

"Bien. Los tengo todos cargados ahora. ¡Movámonos!

Con una señal, los carromatos partieron.

“Oye, hermano. ¿Qué hay de estos, eh?

“Eh, olvídalos. Tienen magias de batalla, lo hacen. Apenas puede convertirlos en esclavos. Tío.”

Una conversación cruel entre hombres aún en la plaza del pueblo.

“Basura, serán, ¿eh? ¡Oye! Fuera con sus cabezas ahora, ¿¡sí!?”

Órdenes dadas. Las espadas se balancearon.

El pueblo Nafílim, atado e indefenso. Cada uno fue talado. Uno después del otro.

Hogar.

Ahora distante.

Siempre distante.

La última vez que la chica lo vio no podía olvidarse.

La vista del momento final de su madre.

Sostenida con fuerza en los brazos de su hermana, la niña perdió toda fuerza.

Algo permaneció en sus mejillas, y ahora corrió hacia abajo.

“...sombreros... mamá... papá...”

Sus ojos ámbar se apagaron.

Ahora vacío.

Oh, tan vacío.



Hacia donde los carros llevaban a la niña había una ciudad de piedra.

Del idilio de los campos y bosques, y en las fauces metropolitanas del Hombre; allí, en los colmillos del feudo, fue atrapada, su destino era convertirse en esclava.

Pero no inmediatamente así que no. Había que hacer tratos. Los precios tenían que ser prometidos. Todavía no fue fijada y vendida.

Mientras tanto, fue encadenada y enviada a las jaulas de un campo de concentración. Un lugar frío y desagradable donde se guardaba a sus parientes y afines, a la espera de cualquier adversidad que pudiera venir, ya fuera la muerte por trato cruel o una vida de esclavitud.

Se le proporcionaban escasas sobras de comida. Pero estaba más allá de la voluntad rota de la chica reunir cualquier tipo de apetito. Sin embargo, lo intentó, por temor a que le sirvieran una comida de otro tipo. Uno de furia, de inmundas afrentas.

Ciertamente, los soldados de allí se resistían a mantener con vida a un solo Nafíl. Solo que su paga salió de las arcas del margrave, que se llenaron aún más a medida que entregaba los cautivos a los traficantes de esclavos.

Por lo tanto, la niña no era un perro para ser sacrificado, sino una mercancía que debía mantenerse intacta, es decir, hasta la mínima suficiencia. Con sus salarios en juego, los soldados perdonaron este “producto” de su temprana muerte cada vez que tenían la intención de castigarla. En los momentos en que tenía mal estómago su comida, le abrían el apetito con el látigo, lívidos latigazos enviados para acuchillarla la espalda.

No pasó mucho tiempo antes de que la encontraran sintonizada con las magias del pacto. El descubrimiento lanzó a los soldados a un ataque de ira, porque tener un talento tan desgarrado era realmente perjudicial: su precio potencial era ahora una miseria.

Como castigo, le clavaron puños y pies en el vientre, hasta que se derrumbó sobre el frío suelo de piedra, vomitando el poco sustento que había tragado hábilmente.

Pero hacerlo era como no haberlo comido en absoluto. Así, otro castigo estaba en orden. Los Hombres, con su ira desatada, arrojaron antorchas sobre sus muslos.

Allí, ella se retorció.

Ella gritó.

Ella lloró.

Un espectáculo muy lamentable, ostensiblemente suficiente para ablandar las venas de los soldados, porque pronto abandonaron la celda.

En él, ella estaba completamente sola, dejada para llorar los días. Una cárcel más oscura, donde resonó el dolor de la niña para siempre.

Pero había un alma dentro de la soldadesca que no actuaba como los demás. Uno de los muchos encargados de mantener la paz en las prisiones, el guardia parecía el tipo de persona que simpatizaba con la difícil situación de la niña.

"Bueno, er... Tu hermana sigue viva, ¿sí?" reveló en voz baja, "... 'adelante, si no para la muchacha, al menos".

Con eso, siguió su camino. El Hombre, quizás de unos cuarenta años, al parecer también mantenía bajo su vigilancia a la hermana mayor de la muchacha. Por lo tanto, cada ocasión en que cruzaba la celda de la niña era también una oportunidad para extraer de su corazón, aún tibio, la condición de su hermana, del único vestigio de su querida familia.

Según sus palabras, la hermana estaba demacrada y sin aliento, una mujer joven que se estaba consumiendo. Solo que todavía tenía la voluntad de participar de sus comidas, y eso era suficiente esperanza.

El momento en que las niñas entraron por primera vez en el campo de concentración fue el momento en que fueron separadas unas de otras, para ser encerradas en celdas separadas. Para entonces, la pequeña había perdido todas las fuerzas para levantar siquiera un susurro de protesta. Así que no pudo hacer nada más que derramar lágrimas, viendo cómo los soldados despedían a su hermana.

Los días desde entonces fueron una oscuridad larga y duradera, vacía de nada más que dolor y castigo.

Y de preocupación.

De hecho, gran parte de las horas de vigilia de la niña las pasaba pensando profundamente en su hermana. En el fango de circunstancias tan inciertas, ¿qué podía hacer ella sino preocuparse? Y así se preocupó, una y otra vez, de lo que podría ocurrirle a su querido hermano.

Esto siempre fue así para cualquier miembro de su familia. En cada uno de ellos se inculcó una simpatía desinteresada por el otro. Quizás más cierto para la niña, siempre una niña que pensó más en su familia que en sí misma.

Más de una vez tal compasión la obligó a hablar con los soldados, pero sus respuestas fueron siempre de fría violencia.

La única excepción es el guardia antes mencionado.

En él, sintió alguna posibilidad de discurso. Así reunió el escaso coraje que le quedaba en el corazón y le preguntó qué destino le esperaba a su hermana.

Y efectivamente, lo que se movió no fueron sus puños, sino sus labios, en silencio.

“Igual que tú, me parece. Será una esclava de guerra, hecha para cumplir las órdenes de su amo.

Siguió un silencio pensativo, en el que se encontró al Hombre con los ojos llenos de nostalgia.

Tengo una muchacha propia, sí. No pasaron más de diez años antes de que ella fuera a servir a un señor,” habló de nuevo. “Mm... ¿Cuántos años han pasado, eh...? No la he visto desde entonces. ¿Estará bien, me pregunto...?”

Y con esas palabras, la chica se quedó sola una vez más.

::

Al final de muchos días sin sol, finalmente se decidió dónde se entregaría a la niña. No más de una semana hasta que un traficante de esclavos viniera a recogerla.

Noticias de presagio desconocido, sin duda. De servicio durante la noche que se le dio no era otro que el mismísimo llave en mano compasivo.

"No estoy seguro de si esto te alegrará el día o no, pero...", abordó, antes de contarle a la chica más noticias: que ella y su hermana se reunirían y venderían juntas.

Una luz, entonces, sintió la niña.

Una luz dentro de toda la oscuridad.

Débil, sí, pero uno se encendió al fin.

No había día sin dolor. No había día sin sufrimiento. No había día sin tristeza. Pero su hermana aún estaba viva, y eso era motivo suficiente para soportarlos. Para mantener la memoria de la familia. Para respirar la vida que se le ha dado.

Para ella, el único vínculo que le queda.

Para su cálida y amorosa familia. Tan querido. Tan querido.

Ya había perdido suficiente. No podía soportar más.

"...Hermana hermana..."

Susurros en la oscuridad. Lágrimas dentro de la soledad.

Unos diferentes a los anteriores.

Oh, estar juntos de nuevo.

Solo dos ahora, pero juntos de todos modos.

"...Bien. Bien por ti, ¿eh?"

Desde más allá de las rejas de hierro, una cálida sonrisa.

::

"¡Oye, *alga!* ¡Fuera contigo!"

Alga.

Un epíteto ganado por la peculiaridad de su cautiverio. Una niña empapada de hollín, escondida en el hogar de tierra de su casa, solo para ser arrastrada por las manos del Hombre.

El aire todavía resonaba por su pronunciación cuando Hombres la sacaron a rastras una vez más, esta vez de su celda sin sol y hacia los terrenos iluminados por el sol. Una escena matutina para anunciar su compra.

La muchacha siguió el camino descalza, con grilletos en los tobillos y las muñecas y nada más que harapos comidos por las ratas como vestimenta. La condujeron a las puertas de servicio del campamento, tirada por cadenas a manos de los soldados. Allí, tendría que esperar. Los esclavistas aún no habían llegado.

Inquieta era su mirada mientras miraba a su alrededor.

Su hermana no estaba por ningún lado.

En medio de la confusión, vio al Hombre de piedad. Sus ojos se encontraron, y ella pensó en hablarle.

"Eh... eh..."

"¡Cierra la trampa, enano!" aulló su manipulador de cadenas.

"Ahora, ahora, hermano, todo está bien. Hablamos de esto —lo tranquilizó el amable guardia—
.

"¿Ah? Entonces, ¿ella es la elegida?"

Miradas cómplices. Asiente con la cabeza. El hombre luego se volvió hacia la niña.

"Preocupado por tu hermana, ¿sí?"

"S...sí..."

"Mirar."

El Hombre adelantó su pulgar, señalando una esquina del campo de concentración.

Allí se cavó un hueco.

En su borde había algo preparado para ser arrojado a sus profundidades.

"Una tumba, eso es," explicó el Hombre. "Los presos que se 'rompieron las alas', bueno, ahí es donde caen, todos ellos".

Ningún ojo podría confundirlo con otra cosa.

Una fosa común, sin una lápida para marcarla. Y la "cosa" para ser arrojada en él, nada más que un cadáver.

“El entierro se atrasó un poco, murió hace mucho tiempo, ella lo hizo. La neumonía se puso bien. Nunca mejoró, por supuesto.

"... un... ah..."

La niña tembló.

“¿Qué? No es que nither'd 'aquí, ¿verdad? Oh, ¿tu hermana? Ja. Sí, no está bien y lo expulsan con usted, una pequeña mentira graciosa, es todo.

“...”

Ella se puso de pie. Todo menos estar de pie.

“No puedo ayudarme a mí mismo, ey,” sonrió el mimoso de un Hombre. “La vigilancia en la cárcel es un trabajo aburrido y jodido, eso es. Tienes que hacer algo para pasar el tiempo, ¿sí? Es por eso que a mí y a los muchachos, a veces nos gusta hacerles bromas a los prisioneros, jejeje.

“¡Ja! ¡Jajaja! ¡Oh, siempre el cruel, no es así, hermano!

¡Que fuera una momia extraordinariamente hermosa, hombre! ¡Si fuera más tonto, diría que eres un padre bastante solitario! ¡Qué pasa con toda esa basura de 'hija'!”

“Sí, yo: ¡un *soltero bastardo* de un 'pa'! ¡Ja!

"¡Ajajaja!"

Su broma. Sus burlas. Todo menos un alboroto lejano para la niña mientras miraba a lo que una vez fue su hermana.

Solo una sola mirada.

Uno solo.

Y supo entonces y allí la verdad inamovible.

Que el cuerpo ya no albergaba en su interior un jirón de vida.

Su hermana era siempre rubia, con su tez de color tostado pastel y una cálida sonrisa lista en cualquier momento para alegrar el día de la niña.

Siempre le había dado tiempo para hablar y jugar.

Siempre había escuchado con una sonrisa graciosa.

Siempre fue una hermana cariñosa.

Hasta ese momento, donde ella no era más que una figura inerte y sin vida, ennegrecida por una plaga despiadada, silenciada por un sueño sin sueños.

Hasta ese momento, cuando fue arrojada a la penumbra del pozo.

"... ah..."

Entonces el mundo quedó ensombrecido.

El corazón de la niña se rompió entonces.

†

Cayó en manos de un traficante de esclavos.

Ningún hombre de este oficio, a saber, se atrevería a comprar para sus propios manejos y tratos a un esclavo con afinidad por la magia del pacto. Pero de afinidades, el tipo mercantil parecía despreciado de este negrero. De hecho, estaba desprovisto de influencia y perspicacia, un comerciante sin reputación en su oficio. Así, este tonto se vio obligado a comprar a la chica desgarrada, y los traficantes de la Guardia del Feudo no estaban acostumbrados a tolerar las quejas.

Una esclava a la que se le inculcó el potencial de convertir a su amo en su propia esclava. Que mala fortuna. Estar condenado con un material tan muerto, con un producto tan defectuoso, era, para el esclavista, un dolor de cabeza acosador.

"Oye. *Alga* —le gruñó—. "Maldita sea. Incluso tu boca estará rota, ¿verdad? ¿eh?"

A menudo eran los momentos en que su reticencia encendía su rabia. A menudo, su silencio precipitaba una paliza de sus manos.

Pero no era nada por lo que valiera la pena preocuparse.

No a la chica.

Ya no.

La media semana de este infierno no tenía prisa por pasar. Al final, la chica se encontró caminando por un callejón sin sol, tirada por el traficante de esclavos. A través de los fríos adoquines, sus pies desnudos corrían, las cadenas tintineaban con cada paso, cada una tan vacía de velocidad como lo estaban sus labios de habla.

Luego, un vendaval de movimiento.

El compañero esclavo que tenía delante, un delincuente en su tiempo, de alguna manera se deshizo de sus grilletas y atacó al esclavista.

"Wot-b-bastardo, tú!"

Un destello en la oscuridad. El sorteo de un cuchillo.

Los dos Hombres lucharon y se esforzaron el uno contra el otro. Una pelea tan breve como sangrienta, porque cuando el polvo se asentó, el agresor fue abatido. Su seno sangró. Sus días, contados.

"... ¡Maldita mierda!"

Un sello del pie. Un escupitajo sobre el cadáver. El esclavista, lívido por la pérdida de su mercancía.

Fue entonces cuando una luz iluminó el callejón. Otro Hombre llegó a la escena. La linterna en su mano reveló su imponente figura y la juventud de sus facciones.

∴

El esclavista fijó el precio y el joven pagó. Un trato sellado y resuelto; en adelante, éste fue su amo, y la muchacha su esclava, en derecho, suerte y vida.

La noche siguiente, ella no estaba en los callejones obstruidos ni en las calles frías y despreciativas, sino en los barrios pintorescos que eran la casa del joven.

Pero de los hogares, el miedo no encontró ninguno en ella. Golpes, quemaduras o latigazos. Escarnio, engaño o ira. La chica no sabía lo que estaba por venir, pero pase lo que pase, no importaba.

Porque el dolor ya no era doloroso.

Sin embargo, el joven dijo algo bastante peculiar.

"No te haré daño".

De hecho peculiar. Sentir dolor era ahora su propósito. ¿Por qué otra razón estaba ella aquí?

Esto, pensó la chica.

Pero lo que el joven intentó a continuación escapó de toda razón y expectativa que el ingenio de la muchacha pudiera reunir.

Su mano se posó en su mejilla. Delicadamente así.

Y allí, se quedó por muchos un momento.

La niña había perdido todo interés y curiosidad por el mundo, y ciertamente no sentía nada por el joven. De ahí por qué hasta ahora no le había dirigido ni una sola mirada.

Y por lo tanto, por qué ella no podía comprender cómo llegó a ser que su mirada vacía, en el curso de esa larga pausa, subió cautelosamente para encontrarse con la de él.

Entonces y allí, una sonrisa en su ruda mirada.

Al final de esos innumerables momentos, el joven se ausentó. Salió a las calles para, según sus palabras, comprar algo de comida y ropa.

Un recado bastante abrupto.

Tal vez se había saltado una comida durante el día.

Tal vez no tenía un cambio de atuendo para el día siguiente.

La chica no podía saber. Y la verdad sea dicha, ella no tenía el corazón para preocuparse.

Y por alguna razón, el joven se había ido de casa sin pensar en poner cadenas sobre ella, como esclava que era. En cambio, se dijeron palabras. Que ella iba a “lavarse”.

Efectivamente, una palangana de agua de baño había sido preparada y colocada a su lado.

¿Una orden del joven, tal vez?

Sí. Las órdenes deben ser obedecidas. Una enseñanza que realmente le inculcaron durante su tiempo en el campo de concentración. Su corazón puede estar demasiado roto para actuar en consecuencia, pero su cuerpo recuerda lo suficiente como para moverse por sí mismo.

De su cuerpo maltratado se le deslizó la ropa harapienta.

Luego, con la franela en la mano, se metió lentamente en la palangana.

Sentada en el baño, comenzó a lavarse.

“...”

Agua más caliente.

Un consuelo que no se sentía en tres lunas.

¿Cálido?

Ah, sí.

Cálida, también, era la mano del joven.

Un calor suave y deliberado, puesto sobre su mejilla.

A ese mismo lugar fue la propia mano de la chica, la caricia de sus dedos atravesándolo.

†

Con un saco en la mano, lleno de comida y un juego de ropa, regresé a la residencia. Al abrir la puerta, se vio a la chica Nafílim casi parada allí, completamente desnuda, acabando de terminar su baño.

Manteniendo la compostura lo mejor que pude, rápidamente le entregué una prenda y un juego de ropa interior.

"Aquí. Ponte esto —dije, antes de darme la vuelta. Muy pronto, el susurro de las telas llegó a mis oídos. No fue hasta que terminó que pensé en volverme hacia la chica una vez más.

Allí estaba ella, envuelta en una sencilla camisola, sencilla y blanca.

Por supuesto, ningún alma como yo podría fingir una sensación de las complejidades de la moda femenina, por lo que me había ido con la selección de ropa más segura. Y me alegré de haberlo hecho, porque parecía que mi sentido no estaba equivocado.

La tela blanca combinaba espléndidamente con el bronceado claro de su piel, únicamente Nafílim en su tono cálido.

"Te queda bien".

Mi conclusión concisa no recibió una respuesta abierta por parte de la chica. Solo que nuestros ojos se encontraron en ese momento.

Mientras estábamos cara a cara, me di cuenta de que, aunque todavía era bastante joven, su rostro era realmente encantador de contemplar. Nunca antes podría haber percibido tal gracia, manchada como estaba por sus anteriores dificultades.

Continué mirándola a los ojos, dándole todo para encontrar incluso la más mínima pizca de emoción en ellos. Y en el curso de tratar de unir nuestras mentes lo mejor que pude, encontré que sus labios se abrían lentamente.

"... Yo... yo soy... Mía..."

Por fin.

"Desaparecido en combate".

Su nombre.

Y un anillo encantador en las orejas, además.

Había alegría en mi corazón. Para escuchar su nombre. Para escuchar su voz. Por lo tanto, no podía pasar mucho tiempo sin algunas palabras propias.

"Encantado de conocerte, Mía".

∴

Y luego hubo alegría en el rostro del joven.

Una sonrisa hecha con sinceridad reunida.

Porque no estaba en su naturaleza sonreír mucho. Y su vida últimamente daba pocos motivos para sonreír.

Pero una sonrisa era, no obstante.

La alegría de un Hombre grande brillando sobre una niña pequeña.

Por su parte, se lo había ganado haciendo poco más que mirar hacia atrás detenidamente y airear su nombre por pura cortesía.

Sí.

Una cortesía, hace mucho tiempo una vez enseñada, ahora recordada.

"... Ahora, Mía... Primero, tu nombre... a quienquiera que conozcas..."

Recordado, desde dentro de las nieblas en algún lugar muy adentro. Una voz muy querida, y muy querida partió.

Y por eso le dijo su nombre. Y solo por eso.

Sin embargo, el momento en que llegó a los oídos del joven fue el momento en que su corazón se llenó de calidez y alegría. Para él, fue un momento trascendental, de hecho. Un vínculo nació entre ellos por fin, sintió.

Su regalo de la prenda blanca brilló sobre su persona, respirando la alegre luz del hogar cercano.

Pero sobre la propia persona del joven había varas de cuero y planchas de hierro. Atuendo parecido al que vestían los Hombres que merodeaban su casa. Por lo tanto, fue, más allá de toda duda, un Hombre de guerra.

Y lo que le esperaba de aquí en adelante sin duda serían más batallas por venir, ardiendo y floreciendo cada vez más.

El joven arrodillado ante ella—

¿A quién desnudará la espada?

¿Y por quién blanderá la espada?

Las respuestas, ninguna, podría haberlo sabido la niña.

II

"Encantado de conocerte, Mía".

Me alegré de escuchar su nombre por fin. Y para tal ocasión, el sentido común dicta que le devuelvo el favor de la misma manera. Solo...

"Escuché que estás en sintonía con la magia del pacto. Y eso, bueno, me espera 'mal' si te digo mi propio nombre. Aunque... ciertamente me gustaría, la verdad sea dicha."

Mis palabras resultaron ser de poca utilidad, ya que al escucharlas, Mia sacudió la cabeza fugazmente.

"...Maestro..." murmuró, "...tu nombre... por favor no..."

Hmm... "Maestro", ¿es ahora?

El anillo de la misma se sentó bastante mal. De hecho, prefería que me llamaran por mi nombre, pero ¡ay!

Era bien sabido que un hechizo de esclavitud podía ser frustrado por uno capaz con los pactos. Pero para un alma esclavizada como Mia, también había peligro: si se descubría que conocía y pronunciaba libremente el nombre de su amo, seguramente sería eliminada a toda prisa.

No por mis manos, por supuesto, sino por aquellas revestidas de hierro, a saber, la de la legislatura de Londosius. Así, más aún por su bien, no pude darle mi nombre.

"Bueno, lo pensaré, entonces," cedí.

Sin embargo, en verdad nuestros ojos se encontraron y su nombre se escuchó. Había luz al final de este túnel, por débil que fuera, por lejana que fuera. Pero había poca prisa en alcanzarlo. Suavemente ahora, un paso a la vez.

"Bien. Entonces cenemos —dije, poniéndome de pie—. "Desaparecido en combate. ¿Qué tal si te pones cómodo mientras preparo algo?"

Señalé una silla en la mesa del comedor. Los ojos de Mia lo siguieron. Solo que sus pies no. No por un tiempo. Durante esa pausa, lo miró fijamente, hasta que por fin, lentamente dio un paso adelante y se sentó.

Satisfecho con la vista, di un paso adelante y entré en la cocina.

Sería una gran mentira decir que Mia gozaba de buena salud. No sabía cuánto tiempo había estado cautiva, pero sin duda debe haber sido un momento muy difícil, por decir lo menos, durante el cual nadie pensó en su cuidado y comodidad.

Por lo tanto, para su cena, un tazón de avena, tibia y suave para el estómago.

Precisamente el otro día en los mercados me topé con una calabaza, de tamaño y olor sensoriales. Y había leche disponible. En el diario, nada menos.

Está arreglado entonces. Para Mia, una comida de dulzura suave: arroz con leche, lecho de leche y calabaza. Con una atrevida nuez de mantequilla derretida, seguramente será una delicia.

Resuelto, preparé una olla y me puse a trabajar.

†

Volutas de dulce vapor se arremolinaban en el aire cuando llevé los tazones a la mesa. Uno para Mia, colocado justo delante de ella, relleno con rico arroz con leche. Efectivamente, llamó su atención, aunque su mirada parecía vacía como siempre de emoción.

"Desaparecido en combate. Vamos a comer —dije, sentándome. Sin embargo, incluso entonces, la encontré impasible. "...Desaparecido en combate. Una comida levanta el ánimo tan bien como llena el estómago, ya sabes. No tengas miedo. Tienen en él."

'Ánimo' era la esencia de lo que quería decir, demasiado descarado de mi parte, tal vez. Ciertamente su mal humor no era algo que pudiera resolverse con tan poco esfuerzo. Pero Mia necesitaba comer, y esa era la simple verdad. Solo con un cuerpo curado puede el corazón mismo comenzar a curarse.

En poco tiempo, Mia apartó los ojos del cuenco y me miró.

"... la cena..." comenzó, desapareciendo. "... Hora de la cena del maestro..."

"No, Mia", negué con la cabeza. Es *nuestra* hora de la cena. La tuya y la mía.

"...mesa... la misma mesa... ¿por qué...?"

Palabras de duda.

¿Cómo podría un amo tolerar a un esclavo en la misma mesa y en la misma hora de la cena, nada menos? Para Mia, esta era seguramente una situación de lo más impensable. Que cualquier buena voluntad alguna vez llegara a ella era evidentemente una esperanza perdida para ella.

Y todavía...

'...por qué...?'

...había esperanza, que se encontraba en esa sola palabra, verdaderamente pronunciada.

Preguntar 'por qué' es expresar una necesidad de conocimiento; aún quedaba en Mia una brizna de asombro por el mundo. En otras palabras, todavía tenía ganas de vivir. Enterrado bajo su pecho, ardía, diminuto y tenue. Y sería mi deber buscarlo y despertarla a su calor.

“Cenar en la misma mesa significa que somos amigos, Mia”, fue mi respuesta.

“...pero yo... yo soy una esclava...” razonó ella.

Y yo soy hijo de una casa noble, repudiada, eso es. Y también un soldado de un fuerte cercano. Ah, y vivo de la navaja y me gusta disfrutar de los libros”, me dije largamente. “¿Y tú, Mía? ¿Qué despierta tu imaginación?

“...”

"Bien. Entonces, tema para otro día. Venir. Ahí está tu cena. Comer hasta."

“...comida adecuada... no sobras...” observó. “... ¿Puedo comerlo...? ...en realidad...?”

“Claro que puedes, Mia”, respondí con suavidad. “Con cuidado ahora. Hace bastante calor.

Muy pronto, tomó su cuchara con mucho cuidado, la sumergió en el arroz con leche y se llevó la cucharada a la boca. Y, que el destino sea amable, ella lo repitió, por fin comiendo el pudín, poco a poco.

Miré atentamente, o tal vez con asombro. Pero mientras lo hacía, una pregunta surgió desde adentro: ¿por qué, exactamente, la compré?

Mia es una esclava de guerra.

Por la agonía de la guerra, librada entre el Hombre y Nafílim, ella se vio obligada a llevar las esposas.

¿Y yo mismo?

¿Qué más soy sino un pariente del Hombre? ¿Un participante deliberado en esa guerra, obligado a luchar contra los parientes de Mia?

De hecho, dentro de todo lo que he forjado se puede encontrar algún acto discreto, ahora el origen de su lamentable situación.

¿La compré pensando en expiarla?

Muy bien debería haber sabido, siempre, incluso, que mientras la guerra fuera mi sustento, mis acciones engendrarían muchos otros no muy diferentes a Mia: víctimas de destinos más desesperados.

Pero saber equivale a contemplar. ¿La carga se hizo insoportable sólo después de haber visto por mí mismo adónde conducía el largo curso de mis actos? Si es así, entonces yo no era más que un niño perdido, un tonto ciego a su propia locura.

O...

¿Fue esto una venganza?

¿Un ataque de odio contra un mundo de odio, tan obstinado como es al rechazar mi propio ser?

¿Un acto de venganza, velado como compasión por una niña que sufre el mismo desprecio que yo?

Si ese fuera el camino, entonces Mia, para mí, sería simplemente un medio para un fin. Incorregible, sí. Terriblemente así. Y, sin embargo, no me atreví a negarlo por completo.

Una y otra vez puse sobre mi alma estas preguntas confusas. Momentos sumidos en la duda mientras observaba cómo Mia se llevaba a la boca una cucharada cubierta de pudín, lentamente en silencio.

†

Humilde esta morada pudo haber sido, pero fue, al final, una residencia reservada para el respetable comandante de Balasthea. Por lo tanto, no era extraño que la casa tuviera una habitación de invitados propia, una de la que yo nunca había disfrutado, por cierto, porque ni una sola vez tuve que dar la bienvenida a un visitante a través de mis puertas. Pero tanto mejor, porque esta casa ahora albergaba a dos.

"Usa esta habitación, si quieres, Mia", le dije, mostrándole el interior.

"¿...?"

Poco de mis palabras parecía tener sentido para ella.

"Es tuyo a partir de ahora", reafirmé. "Y también, por allá, una cama para tu hora de acostarte".

"...habitación...?" preguntó tímidamente. "...Yo no... necesito una habitación... o una cama..."

"No, Mía. Lo haces muy bien.

"...pero..."

"No te preocupes. No he usado esta habitación ni una sola vez. Además, nadie debería quedarse sin cama.

"...Puedo dormir... en un sótano... o afuera..."

"Yo también. En los campos, en las rocas, en todas partes hay una cama, de verdad. Pero esta casa tiene todas las comodidades, así que duermo en una cama con sábanas y almohadas, como tú deberías, Mia.

"..."

¿Era correcto tomar su reticencia como aceptación? Saber que no era una prueba punzante de mi insensatez para la comunicación común. ¿Pero ser tonto *ahora*, de todos los tiempos? La autocompasión dolía más por segundos.

Me arrodillé junto a Mia.

"Desaparecido en combate. Descansar en sí mismo es también un deber por cumplir. No importa tus medios o tu suerte en la vida," intenté de nuevo. "Y cuando duermes, es mejor hacerlo en una cama". Al encontrarla sin cambios, me levanté de nuevo. "Bien. Es tu hora de dormir. Pero si necesitas algo, solo di la palabra.

Con eso, salí de la habitación, dejando escapar un profundo suspiro al cerrar la puerta detrás de mí.

†

Un nuevo día amaneció sobre Arbel. Los chirridos iluminados por el sol aún no se habían perdido en el bullicio de las calles que seguramente vendrían. En esa hora cubierta de rocío se oyó el crujido de una puerta al abrirse.

—Mia —saludé desde la cocina. "Buen día."

"...buen día..."

Una respuesta adecuada. Terriblemente tímido todavía, pero no poco alivio para mí. Animada, comencé a dar los últimos toques a nuestro desayuno.

"Toma asiento. Tengo un poco de sopa lista.

Fue una vista alegre ver a Mia sentarse correctamente. Ante ella, pongo su parte de la comida de la mañana: un tazón de sopa caliente, algunas rebanadas de pan recién horneado, una porción de higos partidos por la mitad y una taza llena de leche.

Luego tomé mi propio asiento frente a ella.

"Bien. Comamos. El desayuno es importante, ¿sabes?"

"..."

Una pausa en sus labios. Pero no por mucho.

"...muchas gracias... por esta comida..."

Acción de Gracias—ostensiblemente una costumbre exclusiva de los Nafílim, dicha antes y después de cada comida. Agradecimiento expresado tanto por las bondades de la naturaleza como por los grandes esfuerzos realizados para ponerlas en el plato.

Ninguno de los ciudadanos de Londosia encontró prudencia o beneficio en tal práctica. Después de todo, ¿qué se ganaba dando gracias a un alimento que apenas podía ofrecer palabras propias? Esa era la mente de este reino, y una que compartí, para ser franco.

Hasta ahora, eso es.

Solo después de escucharlo con mis propios oídos, la epifanía cayó sobre mí. Palabras sencillas de belleza sencilla, deseosas de serenidad, agradecidas por el sustento. Y entonces la pregunta ya no era de 'por qué', sino de 'por qué no'.

"Muchas gracias por esta comida", fue mi mano para imitarla.

¿Parecía el mummer sensiblero? ¿Para imitar sin pensar los modales de un folklore extranjero? Apenas podía saberlo, pero lo que sí sabía era que eran buenas palabras para pronunciar, y que me alegraba mucho de hacerlo.

Y frente a mí estaba Mia, mirándome con un aire bastante curioso, si no hipnotizado, en su rostro.

Luego partí el pan junto con ella. Una comida de la mañana, sin conversación. Como siempre, nunca he sido el tipo de hombre al que no le gusta el silencio, pero este momento me encontré sintiendo lo contrario. La quietud era como un pozo vacío, y allí estaba yo, incitado a tratar de llenarlo.

Así abordé lo único que me pareció adecuado en ese momento.

“...Las frutas para el desayuno son una bendición para el cuerpo. ¿Sabías eso, Mía?”

“...”

“Aunque lo admito, no he preparado ninguno de verdad hoy”, continué. “Así es. Los higos no son frutas. ¿También lo sabías? Los pedacitos rojos del interior son flores, en realidad.

“...”

“Florecen hacia adentro. Todos sin un pétalo sobre ellos. Curioso, ¿no? Higos.

“...”

Hasta el momento, no se obtuvo respuesta de Mía. Parecería que la delicadeza de la improvisación también estaba casi muerta en mí. Entonces sentí como si realmente no supiera nada con lo que despertar en ella la más mínima curiosidad.

“...Mamá...” murmuró de la nada.

“¿Hm?”

“... 'los higos... son infructuosos!...'”, luego pareció recordar. “Mamá... mamá también lo dijo...”

“¿Lo hizo, ahora? Y aquí pensé en jugar al erudito puntiagudo, pero veo que tu madre se puso la gorra antes que yo.

Un intento de ligereza. Una máscara para la preocupación.

‘¿Dónde esta tu madre ahora?’

Una pregunta que no tuve el coraje de hacer. ¿Algún día amanecerá cuando yo pueda? ¿Y no solo de su madre, sino de todos sus seres queridos?

Esto, me pregunté. Pero por ahora, las palabras de Mia fueron más que suficientes.

Fue medio paso.

Solo la mitad.

Pero una mitad feliz, una que cierra la distancia entre los dos.

†

“...Hay algo que pueda hacer...?”

Un fruto que nace de mucho esfuerzo.

Con coraje y persistencia había estado compartiendo mis palabras con Mia, para que ella, con el tiempo, pudiera compartir conmigo más de las suyas. Aunque para ser precisos, era más un flujo de un solo sentido, ya que todavía era dada a la timidez y la quietud.

Pero el progreso realizado fue innegable, como lo demuestra su inocente pregunta, formulada al día siguiente de nuestro quinto día juntos. Una petición de hacer algo, lo que fuera, sin duda debe haberle resultado insoportable para entonces, tener tan poco con lo que llenar sus días además de holgazanear.

Tal vez le daría eso. El momento parecía adecuado.

Mia era, por naturaleza, una niña imbuida de un espíritu independiente. Pura conjetura por mi parte, por supuesto. Pero últimamente, el sentimiento siempre estuvo ahí: aunque todavía hablaba muy poco, vi en ella algo así como un brote, que lentamente, muy lentamente, comenzaba su curva hacia rayos más brillantes.

Como tal, darle algo que hacer por el mero hecho de hacerlo no habría sido suficiente. En cambio, le pediría que hiciera algo *por* mí. Una lección en tándem, para enseñarle que todavía era un alma valiosa: alguien a quien se necesitaba, alguien en quien confiar.

Y así, para ella, un deber que le es propio. Un poco de limpieza simple, pero vital, seguramente encajaría a la perfección. A decir verdad, una casa humilde e independiente como esta apenas necesitaba un ama de llaves. Pero no me importaba. Después de todo, el 'qué' de su trabajo debería importar menos que el 'por qué'.

Limpieza de la casa era, entonces. Para hacer en las horas de sol. Estaría en el fuerte desde la mañana hasta mi regreso al anochecer. Mientras tanto, el cargo de Mia sería ordenar la casa. Y una vez que se haya acostumbrado a la conversación, pienso confiar en ella un poco más. Tal vez con un poco de ropa y cosas por el estilo.

"... sin cadenas...?"

Una pregunta hecha de repente. Pero, por supuesto, no la encadenaría.

Admito que tenía reservas, dejar a Mia sola durante el día. Pasar tantas horas en soledad seguramente enfermaría a una niña en crecimiento como ella, pero mis opciones eran pocas. Arbel era un bastión del Hombre, después de todo, y traerla conmigo a Balasthea seguramente traería problemas más allá de mi arbitraje.

Por lo tanto, lo mejor que pude hacer antes de mi partida diaria fue reservarle un almuerzo. Una comida de pan, frutas variadas, y tal. Y hablando de comidas, dos al día era la costumbre

común, ya fuera para los parientes de Man o Nafilim. Por mi parte, preferí tres y participé en consecuencia incluso durante mi tiempo en la Orden.

Así fue que hice que Mia hiciera lo mismo. Tres comidas al día para la niña en crecimiento. Aunque, a decir verdad, la mera idea de que ella almorzara sola en esa mesa de comedor era bastante desalentador. Pero lo más desalentador fue brindarle muy poco en un momento tan importante: su corazón y su cuerpo aún estaban sanando, y un sustento abundante fue clave para su corroboración.

Para compensarlo, hice todo lo posible para asegurarme de que compartiéramos nuestros desayunos y cenas juntos. Y, por supuesto, cada ocasión era una oportunidad para conversar: en cada comida se incluían muchas cháticas de mi parte. Testaruda, sí, pero era por su propio bien.

Sin embargo, en todas las cosas hay límites, y lo mismo ocurre con las palabras. Yo sabía esto bastante bien, y por eso me esforcé por tocarla de vez en cuando. Ciertamente, ninguna dama debería sufrir un golpe de mano no permitido sobre su persona. Pero Mia era un caso especial. Su corazón estaba lamentablemente roto, y mi ingenio me convenció de que el contacto cálido era el remedio necesario para curarlo.

Todo bien y bien. Aunque en la mayoría de las medidas, mi figura era imponente. De hecho, yo mismo me había convertido en un molde bastante tosco y amenazante a esta edad de veinte años. Y así, para Mia, yo podría haber parecido la presencia imponente.

Por lo tanto, con toda la cautela, con toda la mansedumbre de la alegría que pude reunir, le daría a Mia un golpecito en el hombro o una caricia en la mejilla. Gestos de dulzura, dados al encomendarle algún deber o al agradecerle su cumplimiento. Y por supuesto, todos con una sonrisa, sin falta.

“...”

Incluso entonces, habría poco de lo que uno llamaría una "respuesta" de su parte. Solo que, a menudo, levantaba la vista para encontrarse con mi mirada. Y en esos ojos ámbar, descubría la luz de una vela de emoción, diminuta, temblorosa y desvaneciéndose.

Y ahí estaba el abrazo. Un paso por encima de los gestos anteriores, pero con el que no podía comprometerme. De alguna manera, tuve la inquietante sensación de que un abrazo desenterraría de ella un recuerdo cargado de miseria.

Para ser yo mismo por su bien.

Atribuir todo tacto a su consideración.

Amabilidades, estos eran. Sin embargo, sólo unos superficiales. Unos a los que nunca desearía retirarme. La intimidad es verdaderamente espantosa, pero no podía permitirme el lujo de estar encadenado por tal miedo. El papel del marica de hígado pálido, que se presenta a sí mismo como el hombre prudente confundiendo la distancia con la discreción, era un papel que estaba decidido a rechazar.

Un incapacitado sin gracia, un tonto de un exiliado arrojado a los confines del reino, estos puedo ser, pero ¿un cobarde? No. No puedo y no abrigaré cobardía, ya sea en mi conducta o en mi conciencia.

Sin embargo, allí estaba yo. Congelado.

El momento: cuando por primera vez tuve ganas de darle un abrazo a Mia. Pero cuando me acerqué, una visión me detuvo en seco. Uno de vidrio, a la vez completo pero frágil, y luego fracturado en muchos fragmentos. Al final, cedí, petrificado.

Una vez más, me di cuenta de que aún quedaban muchos obstáculos por superar y, en los próximos días, una verdadera montaña de dilemas por deliberar.

†

"...Bienvenido a casa..."

El saludo manso de Mia cuando abrí la puerta, ahora en casa de mis deberes en el fuerte.

Tal etiqueta probablemente resultó de la educación del propio esclavista. Aún así, fue uno sobre el que Mia actuó por su propia voluntad, un hecho que nadie podía negar. Y el hecho me alegró no poco, porque era la primera vez que escuchaba el saludo de sus labios.

Ya han pasado dos semanas desde que la acogí; ¿Quizás el frágil capullo que era su corazón había comenzado a florecer? Si incluso por un poco?

"Desaparecido en combate. Es bueno estar en casa."

Agradecida, me agaché y pasé mis dedos suavemente por sus mechones.

Y entonces un pensamiento me golpeó. De hecho, el cabello de Mia era fino y rubio, flotando como hebras brillantes de telaraña, tanto que de repente me vi grosero por tocar algo tan delicado sin reservas.

Por supuesto, todavía estaba comprometido a volver a familiarizar a Mia con el toque suave. Pero las propias trenzas de una mujer eran para ella un tesoro muypreciado. Así que poner una mano sobre la de Mia con tanta libertad quizás fue una imprudencia por mi parte.

Abrumado por la epifanía, me encontré congelado una vez más mientras una pausa silenciosa se extendía entre nosotros.

"..."

Mientras tanto, la mirada de Mia apuntaba hacia arriba, firmemente fija en la mía.

"...Maestro...?"

"Ah, lo siento, Mia. Tu pelo, parecía seda. En el buen sentido, quiero decir, suave como es y todo —tartamudeé. "Y er... sus hebras negras brillan bien. Hermoso, de verdad.

Mis palabras, aunque fueron apresuradas, hicieron eco de mis sinceros sentimientos. En verdad, su cabello de marta era como satén de seda, aunque ciertamente debería haber sido más ingenioso al articular en voz alta mi medida. Para ser franco, el fracaso podría haberme hecho parecer vanidoso, si no vulgar.

"...gracias..."

Y, sin embargo, Mia fue lo suficientemente gentil como para ofrecer esas mismas palabras a cambio.

Que patán fui. Un fiel hazmerreír de los destinos, sin duda.

†

"¡Estimado Comandante! ¡Un asunto!"

¿Qué pasa ahora, Ebbe? Espero que no venga a presentar su propuesta de nuevo.

Fortaleza de Balasthea. Allí estaba yo en la sala de mando, con la mirada clavada en unos organigramas, hasta su conmoción por la llegada de Ebbe.

Por supuesto, esta no fue la primera de tales intrusiones no anunciadas. Ebbe se había empeñado últimamente en un plan para desplegar las fuerzas del fuerte en tierras nafílim. Una contraofensiva, para ser exactos, una que él vio que prometía muchas ganancias, ahora que las fortunas de Balasthea eran bastante favorables, y con nuestros hombres actualmente capaces de repeler la agresión Nafílim sin problemas.

Y no estaba solo en su sed de sangre. Muchos otros en el fuerte se hicieron eco del llamado a la beligerancia de Ebbe, viendo el buen estado de las cosas. Eso no quiere decir que sus sentimientos fueran frescos. No, la difícil situación de Balasthea antes de mi llegada, por espantosa y mortal que fuera, ardía amargamente en la mente de los hombres, y tenían la

intención más que nunca de abalanzarse vengativamente sobre esta nueva oportunidad que se les presentaba.

“¡Cómo ahora, comandante! ¡Por favor, destapa tus oídos y préstalos a la razón sin nubes! Ebbe reanudó su teatro. “El enemigo mengua y vacila en este momento, ¡así que debemos atacar! ¡Venir! Mientras el hierro arde, ¡ey!

Nuestro enemigo estaba menguando de hecho. Pero eso no quiere decir que la victoria estaba cerca.

Refresca esas venas junto con ese hierro tuyo, Ebbe. ¿Necesito recordarte, una vez más, que esto de aquí es un fuerte, y su defensa es nuestra única responsabilidad? Declaré con firmeza. “Balasthea es nuestra base. ¿De qué nos sirve a ninguno de nosotros abandonar sus murallas por alguna incursión temeraria?

Fueron los hombres del margrave, el Fiefguard, quienes blandieron la espada de Ström, mientras que nosotros, los del fuerte, nos pusimos el escudo al hombro. Esto debe enfatizarse, ya que aparentemente no estaba en la cabeza embotada de Ebbe. Partir alegremente de nuestras filas defensivas y dejar vacías las murallas de Balasthea (simplemente debido a una nueva ventaja) no es más que una estrategia inmundada.

"Bueno, entonces, supongo que me iré a esta 'incursión temeraria' por mi cuenta, con mi unidad a cuestas, eso es", Ebbe se encogió de hombros. “¡No se preocupe, comandante! Nuestras espadas han cantado en el aire de Nafilim no pocas veces antes, lo han hecho.

Negué con la cabeza. “Simplemente clavaste esas espadas en la espalda de nuestros enemigos mientras huían, Ebbe. Sin embargo, aquí tienes la intención de invadir, otra maniobra completamente diferente, una que exige números de los que careces.

“¿Qué es esto ahora, ey? ¿Cree que Balasthea es una cuna, comandante? ¿Y nosotros sus bebés, apenas capaces de obtener una victoria sin sus paredes mimosas? ¡Yo creo que no!”

“El único bebé que veo aquí eres *tú*, Ebbe. Uno bebió de su rara botella de victoria, balbuceando y dando tumbos tras el cebo de la 'invasión'. Una y otra vez, las mejores fuerzas de Londosius han tropezado en ese camino familiar, para su propio pesar. En lugar de hundirte donde una vez cayeron sus pies y su carne, podrías hacerte un bien para crecer. Cambia ese babero tuyo por un borgoña, ¿por qué no? Y aprieta sus correas con más fuerza si alguna vez encuentras el adormecedor sabor de la victoria dulce en tu lengua de víbora.

"¡Tch...!" La ira se contrajo en su rostro. “Bien entonces, Comandante. Me inclinaré ante tu espíritu, lo haré. Pero dime esto primero, ¿sí? Nuestros planes para las cabeceras, ¿por qué derribarlo, hm?

Las cabeceras: un manantial descubierto por nuestros exploradores hace no más de unos días. Ubicado en los bosques detrás de las líneas enemigas, supusimos que era una fuente de agua dulce para los Nafílim, y los más despiadados de nuestras filas propusieron que lo envenenáramos. En sus inmediaciones se encontraron huellas que corroboran, las que indicaban su uso por civiles de Nafílim. Así, ensuciar las aguas engendraría su extenso desperdicio y aflicción.

Eso fue lo que me informaron. Pero al final, rechacé actuar en consecuencia.

“Es una táctica lucrativa, llena de solo un pequeño peligro para nuestras fuerzas”, continuó Ebbe. “¡Vaya, una vez lo hicimos con gran efecto, antes de su llegada! Así que vuelvo a preguntar: ¿por qué?”

Permanecí en silencio, mirando a Ebbe solo para ver en sus propios ojos una pizca de salvajismo.

“No... Esa mirada en tu cara. Veo una lengua bien dispuesta a soltar las mismas tonterías que antes. Algunos escupen sobre quitarnos las manos de los civiles. ¡Diga que no es así, comandante!”

Mis cejas se fruncieron.

“...Contaminar esta hermosa tierra es nuestro último recurso. Le debemos mucho a la tierra, a sus vientos y aguas. No podemos ser tan desenfrenados al arrasarlo, sobre todo cuando el impulso de la guerra ya gira a nuestro favor”.

Una sonrisa. “¡Ah, entonces lo *admites*, ey! ¡Que sea un plan muy digno de acción, dado un pretexto con un precio igualado!”

“...Sí.”

“Hmph. Bueno y bueno. Bien y bien, de hecho... —dijo desvaneciéndose— ... por ahora.

“Ebbe”, le llamé mientras me daba la espalda. Lo diré hasta que quede grabado en esa coronilla tuya. No *actúes* según ningún plan que haya encontrado mi rechazo. La próxima vez que te pases de la raya, no habrá una 'próxima vez' para ti”.

Un clavo clavado, por si acaso.

Una vez antes este hombre se insubordina, llevando consigo a sus lacayos para perseguir a los Nafílim en su retirada, después de mis órdenes expresas de no hacerlo. Sólo por la intervención del margrave fue liberado del anzuelo. Pero nunca más.

“Por supuesto, comandante. Soy un soldado, después de todo. Obedeciendo las órdenes, sujeto al imperio de la ley”, Ebbe miró con lascivia y se burló. “Pero las órdenes tienen sus límites. Las reglas tienen sus excepciones. Oh, digamos, si mi querido Comandante fuera demasiado incapacitado y tonto para hacer su oficina, por ejemplo.

¿Y en qué te convierte eso, Ebbe? Eres un bebé tan sano e ingenioso que solo piensas en delatar entre lágrimas a tu margrave —le respondí. “Solo después de que asumí el mando, la suerte del fuerte cambió. Su querido señor sabe bien de esto y de mi insustituibilidad.

“...Palabras agraciadas de un no agraciado. Pero no es menos bebé que yo, comandante. No te emborraches demasiado con tu propia botella de mérito lechoso, ¿eh? No sea que encuentres la mañana después de un ácaro demasiado para tu estómago.

“Ebb. Su plan para envenenar las cabeceras está muerto. *No* actuarás en consecuencia. ¿Ha quedado claro?”

"Oh, muy bien, comandante", sonrió, dirigiéndose a la puerta. "Muy bien lo haces".

Una obra por hacer, debe ser.

Incluso cuando está acosado por la vacilación. Incluso cuando se quedan con preguntas persistentes.

Mientras crea que debe hacerse, así se hará.

Esto, me encontré reflexionando mientras miraba la presencia de despedida de Ebbe.

†

Ahora que las brechas provocadas en Balasthea habían sido cerradas y el fuerte se había salvado de su destino, me encontraba libre de mis deberes diarios con bastante regularidad. Bueno, "regularmente" es la palabra aquí, porque en este día en particular, el trabajo se había acumulado, y mis horas en el fuerte lo acompañaban. Así llegué a casa ni un minuto antes de la medianoche.

En el porche, abrí la puerta y comencé a entrar, pero no di más de un paso antes de que mi cuerpo se sacudiera, sobresaltado. Porque allí, de pie en la penumbra sombría, iluminada sólo por la luz de mi linterna, estaba Mia.

“...bienvenida a casa...” fue su saludo tranquilo.

"Mia", respondí, algo sin aliento. Me acerqué a ella, me arrodillé y dejé la luz en el suelo. “Estoy contento de estar en casa. Me alegro aún de que no me hayas esperado, no en noches como esta. Pero, de nuevo, no te lo he dicho antes, ¿verdad? Lo lamento.”

A pesar de mis palabras, Mia hizo todo menos quedarse allí. El ámbar iluminado por la linterna de sus ojos estaba fijo en su mirada sobre mí, en medio de la oscuridad anaranjada de nuestra casa, que de otro modo no estaría iluminada.

“Mi trabajo ocupa mi tiempo como le plazca, para bien o para mal”, continué. “He llegado a casa bastante temprano últimamente, lo sé, pero habrá días de lo contrario, como hoy. Así que no te preocupes por esperarme. Cuando haya terminado con sus deberes, puede retirarse a su habitación cuando lo desee. ¿Puedes hacer eso por mí, Mia?”

“...Sí...”

Dicho esto, me levanté y encendí unas lámparas de aceite, llenando la casa con su humilde resplandor.

Retírese a su habitación como quiera.

'Enciende las lámparas como necesites.'

Que se me hubiera olvidado decirle eso significaba que Mia no sabía hacer nada más que quedarse aquí en la oscuridad, esperando, esperando, esperándome a través de los muchos momentos de silencio.

Piensa por ti mismo y haz lo que quieras. Esto, ciertamente no podría decir. Si fuera tan simple, pero por desgracia. Mia era una niña cuyos privilegios fueron saqueados; no sin su consentimiento podría siquiera atreverse a hacer algo.

Todos tenemos dentro de nosotros las libertades más fundamentales, eso también se aplica a Mia. Especialmente Mia, más bien. De esto, ella debe estar iluminada. Pero hasta que llegue ese momento, debo hacer mi parte y guiarla con la debida diligencia.

Que tonto de mi parte por no darme cuenta de esto antes.

“Las lámparas, te mostraré cómo encenderlas más tarde”, dije, volviendo al lado de Mia. “Y en cuanto a la cena, bueno... nada me gustaría más que cenar contigo siempre que sea posible. Pero si mi trabajo me retrasa, me temo que tendrás que cenar solo. Tenga paciencia conmigo, ¿de acuerdo, Mia? Me aseguraré de dejar pan y tocino para que comas como desees.

“...está bien...” respondió suavemente.

"Muy bien. Bien, hora de cenar entonces. Espérame un rato, ¿quieres Mia? Cocinaré algo rápido.

Con el asunto resuelto, inmediatamente comencé a preparar nuestras comidas.



Habiendo dispuesto las vituallas, me uní a Mia en la mesa del comedor. La comida recién cocinada estaba deliciosamente al vapor, pero los ojos de mi compañera de cena siempre estaban vacíos de emoción mientras miraban su plato.

Al verla tan quieta, seguramente debe haber estado igual de callada mientras esperaba mi regreso a través de esas muchas horas lentas. Diligentemente así. ¿Y dónde más sino en la soledad a oscuras y sin luz de nuestro hogar?

El mero pensamiento fue suficiente para despertar un dolor en mi corazón.

Y la ira, además, la ira, para ser entregada a nadie más que a mí mismo.

Solo deseaba cuidar bien de Mia, pero parecía que mi destino fallaba cuando y donde más importaba. De hecho, explicaba bien por qué me exiliaron en primer lugar: siempre fui de los que titubearon en formar y nutrir lazos significativos con quienes me rodeaban. Después de todo, ningún peón puede cosechar nada de los campos sin sembrar.

Cómo me resentía tanto conmigo mismo en este momento, al descubrir que no había crecido ni un poco en estos últimos meses.

...No.

No debo ser dado al arrepentimiento. Nunca sale nada bueno de una emoción tan corrosiva.

Reflexionar sobre las faltas pasadas para mejorar las acciones futuras es un hábito muy fructífero, sin duda. ¿Pero arrepentirse? Nada más que una semilla de malos frutos, arrepentimiento.

Un cobarde, ese era yo.

Un cobarde desde el principio, grosero, desafortunado al ayudar a una chica que lo necesitaba con urgencia. Por eso, el corazón de Mia seguía sin ser alcanzado.

Un carpintero, entonces.

Este cobarde será como un carpintero, libre de sus grilletes de vergüenza. Un puente que construirá, para cruzar por fin el abismo y llegar hasta la niña tan abandonada.

La misma chica que ahora se sentaba frente a mí en esta misma mesa.

"Lo siento, Mía. No fue tan rápido como prometí," hablé por fin. "Bien entonces, vamos a comer".

“...muchas gracias... por esta comida...” dijo, y yo hice lo mismo.

“Muchas gracias por esta comida.”

Cuchara en mano, me serví la comida nocturna de lentejas, un estofado cálido y sustancioso acompañado de la deliciosa legumbre.

Ah, sí. Las legumbres, y además los guisantes y las alubias, sencillas pero soberbias. Verdaderos ladrillos y mortero para el cuerpo en crecimiento, una comida que seguramente será de gran utilidad para la salud de Mia. Vaya, incluso había oído que la cocina de su propia familia hace que las lentejas y cosas por el estilo sean un alimento básico.

Alentado por el pensamiento, miré a Mia, listo para responder por las virtudes de nuestra comida. Solo que la encontré congelada en su asiento. Su plato de lentejas permaneció intacto mientras lo miraba fijamente, sin pestañear.

“...le... lentejas...” murmuró, casi en un susurro.

"...¿Desaparecido en combate?"

El momento permaneció impasible.

Pero luego se produjo un cambio, porque en las mejillas de Mia brillaban las lágrimas...

"... uu... hic... auu...!"

...y el sonido de su suave sollozo.

Emoción, la primera que he visto de Mia.

¿Qué la aquejaba?, me pregunto.

¿Con qué palabras podría consolarla?

Pensamientos tan inútiles nunca cruzaron por mi mente. No. Fui un tonto, pero en este punto, lo suficientemente sabio como para no ser detenido por la vacilación.

De inmediato, dejé mi asiento y corrí al lado de Mia. Allí, la tomé en mis brazos y la estreché contra mi pecho.

“...u... uu... uu...”

En mi pecho, sus desgarradores hipos y gritos resonaron. Una y otra vez, Mia lloraba con nostalgia y, después de un rato, me rodeó con sus propios brazos. En sus pequeñas manos había una fuerza adolorida mientras se aferraban con fuerza a mi camisa.

"...uu... juaaah! jaaaah...!"

Lo que una vez fue un llanto quejumbroso ahora se convirtió en un gemido salvaje de lágrimas.

Me encontré con eso, convoqué un poco de mi propia fuerza, para mantenerla aún más cerca. Ahora, no había ningún pensamiento, ningún miedo que parpadeara en mi mente de que pudiera destrozar su frágil persona con un abrazo tan fuerte.

No. Le di todo de mí a Mia en este abrazo, completo en su aliento, lleno de un simple deseo. Un deseo de que supiera en este momento que yo estaba aquí para ella.

"...uu... hic... auu..."

Una y otra vez, Mia lloriqueaba y sollozaba.

Una y otra vez, la sostuve cerca de mi pecho. Una vigilia para su lamento, que se mantuvo hasta que su voz saltando se convirtió en un suave movimiento y sus lágrimas fueron domesticadas por fin.

†

Más profunda ahora era la hora de la oscuridad.

Se hizo la cena. Ahora me encontraba en mi propia habitación, sentado en mi propio escritorio, hojeando algunos informes. El trabajo del día en el fuerte se había desbordado; parte de ella, tuve que llevarla a casa conmigo.

Sin embargo, por mucho que lo intenté, las palabras y las letras quedaron atrapadas en los mismos papeles en los que estaban garabateadas, ya que ni siquiera una pizca de sus significados se abrió paso en mi mente. En cambio, en mi corazón estaba el recuerdo de momentos antes, del llanto lamentable de Mia.

"... Haa".

Suspiré, dejando caer los papeles sobre el escritorio.

Mis ojos miraron hacia el techo, viendo allí una visión de Mia una vez más.

Todavía me zumbaban los oídos por sus sollozos.

Mi corazón aún estaba dolorido por el peso de su sufrimiento.

...golpear.

...golpear.

Un golpe en mi puerta, un sonido suave, uno que podría haber pasado por alto si mi ingenio estuviera más ocupado. Me dirigí a la puerta y, al abrirla, encontré a Mia parada allí en pijama.

-Mía -dije-. "¿Qué pasa?"

"...um..." vaciló, mirándome. "... Yo... um... lo... lo siento..."

Palabras vacilantes. Al final, Mia pareció darse por vencida, por lo que se dio la vuelta para irse.

"Mía", la llamé. Ella se detuvo.

"..."

"¿No podía dormir, lo tomo?"

"...Yo..."

"No muchos pueden, creo. No después de traer un recuerdo tan triste. No estando solo, con miedo de ser tragado por algo invisible. ¿Me equivoco?"

"..."

Ella se volvió hacia mí. Una sorpresa silenciosa estaba escrita en su rostro.

Habiendo conocido enemigos aún más poderosos que yo, ya sea en lo profundo de sus guarniciones erizadas o en las entrañas ensangrentadas de su guarida, sabía algo del miedo. Más que la mayoría, además.

"Está bien, Mía. Venir."

Las palabras dichas con agrado, solo, inspiraron todo excepto la quietud en Mia. Así fui yo el que se aventuró. No de repente, sino con suavidad en mis pasos, como si atravesara un puente angosto, precario en su tramo entre nosotros.

A su término nos reencontramos. Su mirada ambarina me miró. Como si buscara alguna compra. Como si preguntara, '¿puedo confiar en ti?'

No con palabras respondería. En cambio, la tomé en mis brazos y la levanté.

"... ah..."

Entramos en mi habitación y luego, con toda dulzura, la dejé acostarse en mi cama.

"...Vaya..."

Sin preocuparme más por los informes que quedaban sobre el escritorio, apagué la lámpara y me acosté junto a Mia. La cama era humilde y para uno solo, amueblada junto con el resto de esta pequeña residencia. Y así, compartirlo conmigo, con lo corpulento que soy, seguramente fue un asunto cómodo para Mia, pero tendría que funcionar.

Solo que había una sola almohada sobre esta cama. Ciertamente pensé en dejar que Mia lo tuviera todo para ella sola, pero luego sentí que podría haber tenido lástima de mí si lo hubiera hecho. De hecho, lo supuse, con sus emociones ahora haciendo su regreso constante por fin.

Y así, con un pequeño levantamiento de su cabeza, dejé que mi brazo le sirviera de almohada.

"... eh...?"

"Lo siento, Mía. Aquí solo hay una almohada. Mi brazo tendrá que hacer."

"...Oh, todo bien..."

Tímidamente entonces, Mia se apoyó sobre mí, y allí sentí el suave peso de su cabeza.

"...estrellas..."

"¿Hmm? ah Así es. Bonita vista, ¿no?"

En el techo, justo encima de nosotros, estaba la claraboya. A través de él se revelaba el velo de la noche, sin nubes y ricamente estrellado. Una vista, brillante para la vista. Desde la estrecha comodidad de la cama, la admiramos juntos en silencio. Alguna peculiaridad celestial pareció entonces picar su vista, la maravilla de la cual movió sus labios.

"...Stöhr..."

"Buen ojo, Mía. Sternbild de Stöhr, ¿verdad? Repetí, encontrando lo que ella encontró. Una secuencia de estrellas, formando algo así como una imagen, "Sternbild", como la llamaban los Nafílim, y la en cuestión representaba una figura famosa de muchas fábulas. "Stöhr, bella doncella de tiempos pasados. Ella está bien contada en los cuentos de Nafílim, ¿no es así?"

"...Vaya...?"

Entonces sentí que la mirada de Mia se giraba hacia mí. No encontré qué emoción los llenó, pero es justo decir que probablemente no fue más que asombro.

"Tradición Nafílim. He leído un par de cosas sobre él en mi tiempo libre."

"...los libros... te gustan los libros... dijiste..."

“Recordado, ya veo. Así es. Soy un poco ratón de biblioteca”.

“...Stöhr... ¿cómo se llama ella aquí...?”

“Nada en absoluto, de hecho. Los Hombres de esta tierra no son dados a nombrar estrellas, ¿sabes?”

"...Vaya..."

“‘Oh’ de hecho. Es una pena, de verdad. Mirando a lo lejos... entregando tus pensamientos y sueños al cielo nocturno... Una cosa maravillosa, diría yo. Y poético, también, nombrar estrellas como las cosas más queridas.”

“...Me gusta Stöhr...”



Por fin. Este sería el primer favorito que conozco de Mia. Anhelar saber más de otro, y luego escucharlo de sus propios labios...

¡Qué honor!

Que bendición.

“Hermoso Stöhr. Belle-Doncella del Hinternorth —le conté en voz alta. Y un salvador, además, uno que guió a miles de nafilim en un éxodo hacia tierras más fértiles. Un mito para mover el corazón. Y no menos conmovedoras son sus historias con el caballero Aurél”.

“...sí... la admiro... mucho...” dijo Mia, con un dejo de alegría en su timbre.

Tomado con eso, señalé hacia arriba. “Mirar. El Sternbild al lado de Stöhr's. Está Gweil'qrr, mi favorito. El gran *gamalldrekinn*... Dicen que su ardiente aliento convierte incluso el acero en cenizas.

“... dragones... a los chicos les gustan... mucho...”

“Lo hacemos, en eso. Dragones... figuras bienvenidas en nuestras fantasías, lo son.

Al pronunciar esas palabras, yo mismo me giré para mirar el lado del semblante de Mia. Allí, encontré el ámbar familiar de sus ojos, una vez completamente vacíos de nada, pero ahora bellamente brillantes, porque reflejados en ellos estaba el mar de estrellas volando por encima.

Un momento precioso. Un tiempo precioso. Uno más adelante se llenó de maravillosas conversaciones entre nosotros, hasta que por fin los párpados de los ojos de Mia cayeron pesadamente, y las canciones del sueño comenzaron a brotar de sus labios.

†

Un nuevo amanecer.

Cielos plateados, perfumados con lluvia. En ellos, las nubes se enroscaban en una fina cortina, y se arrancaban de sí una suave llovizna. Un golpeteo húmedo estaba por todas partes, como un zumbido en el aire, atravesado por el silbido de una espada balanceada muchas veces.

Una última barra. El acero se detuvo. La lluvia se reanudó.

Con el entrenamiento de la mañana terminado, entré desde el patio trasero, el cuerpo y la espada estaban empapados de lluvia, que sumariamente limpié. De hecho, incluso en el exilio, blandí la espada sin cesar.

Ya seco y con una muda de ropa, comencé a preparar el desayuno, uno un poco más elaborado de lo habitual. Después de todo, era un día libre. Tenía tiempo y más de sobra.

Fue en el curso de mi cocina que noté que Mia estaba de pie a mi lado. Sus ojos parecían fuertemente tomados de mis manos mientras preparaba los ingredientes.

-Mía -dije-. "¿Quieres echar una mano?"

"...Sí..."

A ella le entregaron un rallador y una patata pelada.

Vamos a desayunar panqueques. Del tipo de patata, es decir, 'pez tattie', se les llama 'alrededor de estas partes'. Sin embargo, no hay un pez en ellos. Pero para hacerlos, primero necesitamos unas patatas ralladas. ¿Crees que estás preparado para la tarea?

Asintiendo, Mia tomó la herramienta y el tubérculo y se puso a trabajar con paso firme. Aunque el mostrador de la cocina era bastante alto en comparación con la humilde altura de Mia. Se paró contra él, como para mirar por encima. Una posición incómoda, sin duda, y que me convenció de la necesidad de un taburete en adelante.

"... Haa... Haa..."

Mia trabajó con ingenua laboriosidad, dándolo todo para rallar una papa más grande que la mano que la sostenía, tanto que no pude evitar observar la precariedad de sus esfuerzos, por muy serios que hayan sido.

"Cuidado ahora," le recordé. "No querría los dedos rallados con las papas".

"...si señor..."

Contento, me puse manos a la obra, picando una cebolla antes de poner un poco de harina y una sartén. El susurro de la lluvia arrasó con la quietud de la cocina mientras Mia y yo nos sumergíamos en preparar el desayuno juntas. Al poco tiempo, sus esfuerzos dieron sus frutos: las papas estaban todas perfectamente ralladas.

"Un trabajo bien hecho, Mia", comenté. "Bien. Ahora, sal. Hay algunos en el estante allí. ¿Me lo puedes traer, Mia?"

"... oh... lo intentaré..."

Lo que se necesita para la preparación es grasa de codo, y además delicadeza y buen ojo, porque luego viene la cocción. El rebozado estaba hecho: una mezcla de cebollas picadas, papas ralladas y harina, sazonada con sal. Se metió en una sartén caliente y el chisporroteo

resultante fue delicioso para nuestros oídos. Y aparentemente también a los ojos de Mia, hipnotizados en su mirada ante la tentadora vista.

“Calor, esa es la clave”, abordé a la masa que cantaba. “Fríe bien el pescado tattie y se volverán crujientes. Si no, te espera una comida triste. Es por eso que un poco de audacia es muy útil: cocínalos como si quisieras quemarlos. Bueno, casi, de todos modos.

En medio de mi explicación estaba Mia, mirándome fijamente, asintiendo con la cabeza y balanceándose con mis balbuceos. Bien. Para la próxima vez, una lección, entonces, sobre cómo manejar el fuego del hogar, para complementar su nuevo taburete.

“Y están listos. ¿Puedes poner los platos para mí, Mia?

Con el “pescado” frito a la perfección, nos trasladamos a la mesa del comedor. Después de servir las tortitas de patata, nos sentamos uno frente al otro. Pero aún no queríamos profundizar: en nuestras tazas, vertí una buena porción de leche caliente.

Sin duda, la bebida bovina no es un acompañamiento común en las mesas de comedor de Londosius. En cambio, muchos entre las provincias dispares encuentran la leche más apropiada en una poción que en una poción. La baronía de Buckmann, sin embargo, se opuso a la tendencia, ya que su gente se entrega a la bebida con bastante frecuencia. Por mi parte, yo también lo bebí con no menos fervor, ya que era realmente agradable a mi paladar.

Quizá este corpulento cuerpo mío le debía mucho a los milagros de la leche. La suposición parecía bastante sólida: después de todo, los nutrientes que contenía nutrían bien al cuerpo en crecimiento. Y por suerte, aquí en Ström la leche era un bien común. A menudo ofrecí monedas por él en mis visitas al mercado; más aún últimamente, porque me aseguré de que Mia tuviera su buena parte en el diario.

“Muchas gracias por esta comida.”

“...muchas gracias... por esta comida...”

Con nuestras gracias habituales dadas, finalmente comenzamos a desayunar. En mi boca entró un bocado.

ah Delicioso.

La corteza crujiente: sabrosa y aromática. El centro: rotundamente rico y cremoso. Sin duda el desayuno perfecto para un día gris como este.

"...delicioso..."

Un cumplido de mejillas llenas de papas.

"¿Piensas eso también?" repetí. "Son como terciopelo por dentro. Y todo gracias a ti, Mia. Hiciste un buen trabajo al rallar las papas."

"... la próxima vez... yo también fríe..."

"Ambiciosos ahora, ¿verdad? Alegra oírlo."

Abajo su mirada fue. "... Lo siento... por tenerlo cocinando, Maestro..."

Todo está bien, Mia. Limpiando y lavando todos los días, ya haces bastante por aquí, diría yo. Ciertamente no me sienta bien pedirte demasiado. Además, como todo lo demás, cocinar no es fácil.

"... cocinando... yo también quiero aprender..."

"Entonces tienes algunas lecciones que esperar," sonreí, contenta por su espíritu. "Ah, Mía. No olvides tu leche."

"...Vaya..."

Así transcurrió nuestro desayuno, servido y saboreado a nuestra mayor satisfacción. A partir de entonces, ambos nos dedicamos a nuestras tareas dispares: Mia con sus tareas antes mencionadas y yo con el trabajo que traía a casa.

La arena de la hora fluyó hasta el mediodía, cuando encontré a Mia entrando en mi habitación.

"¿Hmm? Correcto. Gracias, Mia —dije, aceptando su oferta de té, cuya preparación había tomado recientemente. "...Ah. Una buena taza, esta es."

Y mientras tomaba un sorbo del brebaje escarlata, mis ojos vagaron hacia la ventana y descubrí que las lluvias del día siguiente habían amainado. De hecho, salpicaduras de cielos cerúleos ahora asomaban entre las nubes que se separaban.

"Mia", comencé de nuevo, inspirado por la vista. "¿Qué tal si vamos a dar un paseo?"

†

Por las avenidas y por las vías caminamos. Los adoquines mojados husmeaban conspicuamente sobre los estanques y charcos de agua de lluvia, como fardos de tortugas que se demoran en un estanque. Y cuando los atravesamos, se levantó en el aire el perfume de las lluvias ahora pasadas.

Las calles empapadas en sí mismas eran como un espejo moteado, reflejando el moteado azul plateado de los cielos de arriba. Flanqueando los senderos estaban las tiendas y los puestos, sus

aleros y toldos chorreaban colectivamente con el rocío de la llovizna, cada gota era una gema deslumbrada por el sol plateado.

La belleza de los bulevares, recién despedidos por la lluvia; si la memoria no me falla, alguna vez vivió un dramaturgo en particular que escribió canciones de grandes elogios para escenas idílicas como esta. Un esfuerzo bien inspirado, diría yo, porque yo compartía su admiración.

Y en medio de todo estábamos Mia y yo, justo ahora acercándonos al centro de la ciudad, donde esperaba el mercado.

Debo decir que Mia era libre de aventurarse afuera cuando quisiera. De esto ya le había informado mucho antes, aunque la verdad sea dicha, no era un asunto tan sencillo. Mientras era una esclava legal, era todavía una Nafil, y el destino siempre estaba dispuesto a hacer llover la desgracia sobre un alma de su especie, aunque estuviera sola en sus vagabundeos por las madrigueras del Hombre. Y eso por no hablar de la mente de Mia, cargada como estaba de miedo por la mera presencia de mi propia familia.

Por esa razón, había sido mi ferviente intención llevarla a dar un paseo así si alguna vez se presentaba la oportunidad. Y hoy, finalmente lo hizo.

"Hmm", me pregunté en voz alta mientras hojeábamos los puestos de las tiendas de comestibles. "Luego... compraremos algunas salchichas. Y también una cabeza de repollo, buena como guarnición en escabeche, eso es."

Después de un viaje a la carnicería y la frutería, encontré mi bolso un poco menos cargado, pero mis manos aún más.

"... ¿Puedo llevar, también...?"

"Ah bien. Aquí estás, entonces. Mis agradecimientos."

Mia no aguantaría este coloso de repollo. Para ella, un paquete de albaricoques secos en su lugar, seguro que será una delicia en las próximas comidas. Como si supiera esto, sostuvo el paquete con toda su delicadeza, hasta que hubo una quietud en su mirada, fija como estaba en algunos puestos más adelante.

"¿Es la primera vez que los ves, Mia?"

Un movimiento de cabeza.

Si mis lecturas son ciertas, entonces es seguro que los mercados al aire libre como este también son una comodidad común en la esfera cultural de Nafilim. Aunque mirando a Mia, parecería que ninguno de ellos ofrece el tipo que a los hombres nos gusta llamar "comida callejera".

Una oportunidad perfecta, entonces. Hay una primera vez para todo, como dicen.

"Bien. Parece que el almuerzo está en orden, y sé exactamente el menú para nosotros".

Y nos dirigimos a los puestos de comida, donde nos recibieron vistas y olores deliciosos por sí solos. Un momento después y con unas monedas menos, salimos con el almuerzo a cuestas: dos brochetas de cerdo, a la parrilla y glaseadas con salsas dulces y saladas. Luego, en un banco cercano nos sentamos, habiendo dejado nuestras compras.

"Aquí está el tuyo, Mia."

"...gracias..."

Después de tomar su parte con bastante torpeza, estábamos listos para comer.

"Muchas gracias por esta comida."

"...muchas gracias por esta comida..."

Hombro con hombro, comenzamos a mordisquear nuestro almuerzo. Una sabrosa, además. Por muy divorciado que estuviera Arbel de las costas del continente, lo compensaba con creces con su ilustre industria ganadera. Por lo tanto, uno difícilmente podría equivocarse al seleccionar cualquiera de las innumerables muestras de carne de cerdo de esta provincia. Vaya, la propia Mia parecía bastante interesada, porque su parte pronto se acabó.

Aunque un poco demasiado rápido, tal vez. ¿Fue una comida demasiado escasa? Entonces era una visita más a los puestos de comida. De todos modos, no serviría nada más que carne para componer su comida.

Mi mente se centró en los menús que llenaban más, tal vez un rollo de salchicha en un palito sería suficiente. Reflexionando sobre eso, busqué cualquier puesto de comida que pudiera ofrecer la delicia, hasta que mis ojos vieron a Mia mirando a lo lejos.

Porque allí, en su opinión, había una familia.

Uno de cuatro, lleno de calidez y felicidad. Madre e hija, manos entrelazadas. El hijo, sentado sobre los hombros de su padre. Dentro de la creciente luz del sol, sus sonrisas, sus risas, radiantes, rebosantes.

"..."

Hacia abajo se volvió la mirada de Mia. Una densa penumbra veló entonces su rostro. Incluso desde un lado de su rostro era dolorosamente evidente. Y así mi mano se posó sobre su cabeza.

"¿Estás bien allí?"

"...Sí..."

Una respuesta más tranquila.

"Ya sabes, Mía. El dolor no es algo que se deba sufrir solo —bromeé—. "Compártelo con un amigo. Puede que le resulte una carga más ligera que antes.

"..."

"Compartir, eso es lo que hacen los amigos. Ya sea comida o diversión. Felicidad o dificultad. O risas y lamentos —continué—. "Por eso, estaría muy contento si compartieras conmigo tu carga, Mia".

Su mirada lánguida, una vez caída, luego siguió su camino hacia mí. Lentamente, pero sin seguridad.

"...tu eres mi amigo...?"

"Sí. Eso soy yo.

"... a pesar de que... eres mi Maestro...?"

"'Maestro'? No realmente, diría yo. Por el pacto, seguro. Pero del vínculo entre nosotros, bueno... me gustaría pensar que somos más cálidos que eso".

"..."

"¿Qué te parece, Mía? Prestaré ambos oídos a todo lo que tengas que decir, si tienes el corazón para ello —dije tan suavemente como pude. "Tu historia. ¿Puedo oír hablar de ello?"

"..."

Por un momento enredado, Mia me miró fijamente. Sus ojos no tenían la cualidad vacía y sin alma de antes.

No.

En ellos estaba la emoción.

Emoción estremecedora, impregnada de tristeza.

Pensé en liberarla de ese dolor profundo, una parálisis en su corazón como era. Quizás entonces, con su pecho aliviado, su verdadera y antigua naturaleza encontraría el espíritu para brotar una vez más.

En poco tiempo, después de un rato de mirarse, Mia finalmente separó los labios con toda tranquilidad.

"... Maestro... yo..."

Lo que siguió fue de hecho su historia. Su viaje. Su lucha. Dicho de la manera más tímida, sus palabras aumentaban y disminuían con el dolor en su corazón.

Entonces supe que Mia fue una vez una de seis.

Seis almas, unidas tanto por la sangre como por el amor: una familia.

Su padre era leñador y se ganaba la vida para su querida familia. Pero con los tiempos tan bélicos e inciertos como eran, su padre también era un soldado en servicio.

"...Papá... Papá era el más fuerte...", recordó Mia, "...nadie más en el pueblo... usaba un hacha tan grande como él... y él... a menudo iba... a la batalla con ella..."

"¿Un hacha de guerra? Impresionante. Ningún hombre común puede empuñar tal cosa", comenté.

"...pero... pero un día... papá no volvió a casa..."

Lo que vino en su lugar fueron las filas y filas de Londosius, allí para saquear y saquear su aldea.

Mia continuó con su historia, su voz a veces vacilante y quebrada. De hecho, una voz de la calidad más gentil y entrañable, hecha para relatar los detalles más discordantes y lúgubres.

De cómo su hermano se enfrentó a los soldados que asaltaban su hogar, solo para morir cortado.

De cómo su padre había regresado como un cadáver caído en la guerra, solo para que le presentaran su cabeza como prueba de su muerte.

De cómo ataron a su madre y la dejaron gritar por sus hijos, solo para ser golpeada hasta la muerte.

De sus dos hermanas. Uno, abandonado a un destino invisible. El otro, capturado junto con la propia Mia, solo para temblar hasta su muerte.

Las tragedias de su familia, todas contadas con una particularidad espantosa. Solo que Mia decía muy poco de sí misma, y menos aún de lo que había sufrido en cautiverio. Entonces supe, más que nunca, que Mia era en verdad una niña que amaba a su familia más que a sí misma.

Pero no hace falta decirlo: este niño también fue víctima de la maldad y la crueldad, más de lo que la mente puede concebir. De eso estaba seguro.

"Mia... Has pasado por mucho. Realmente."

"...Sí..."

Allí nos sentamos, el peso del pasado presionando nuestros espíritus. Después de ordenar en silencio todo lo que ella había dicho, hablé una vez más.

"...Desaparecido en combate. Lo hecho, hecho está. Ninguno de nosotros puede esperar cambiar eso. Todo el dolor, todo el sufrimiento... El dolor del pasado nunca desaparece —dije pesadamente. Pero ya sabes, Mía. El futuro es diferente. Se puede cambiar, y por mis manos, me encargaré de que se haga".

"..."

"Tus días aún por venir, todos estarán libres de tristeza. Y me aseguraré de ello. Prometo."

"...Maestro..."

En mi seno la abracé entonces. El tiempo que siguió, largo y sin palabras, estuvo lleno de su llanto. Lo que presagiaban esas lágrimas, no podía saberlo. Pero para ella, algún consuelo, al menos, para despojarse de ellos en compañía de otro.

"¿Dime una cosa más, si puedes, Mia?" pregunté al ver que sus sollozos se calmaban. "El día que tu aldea fue atacada, ¿cuándo fue?"

"...séptima..." respondió ella contra mi pecho. "...el séptimo... de *Visdrekmanuðr*..."

"... Hace mucho tiempo, ¿verdad?"

Últimamente, cierta posibilidad rondaba por mi mente. Solo que algo tácito en mi corazón impidió que mis labios hablaran de ello.

"*Visdrekmanuðr*": un mes del calendario Nafílim. Eso sería hace cuatro lunas a partir de este momento.

Eso significaba sólo una cosa.

Se llevaron a Mia, no, *la secuestraron*, bajo su vigilancia sino la mía.

Rolf Buckmann, comandante interino de Balasthea Stronghold, permitió que esto sucediera.

†

Esa noche.

Una vez más Mia estaba dormida sobre mi cama.

No hace mucho fue la cena que compartimos de potaje de lentejas. Recordaba muy bien cómo se echó a llorar tan repentinamente entonces. Sólo después supe que a su padre le gustaba mucho la legumbre antes mencionada, y que una comida de ella se iba a comer con toda la familia a su regreso.

Una tragedia, entonces, que tal nunca sería. Perdió para siempre en la guerra, y con él, la felicidad de una familia cenando junto a su querido padre.

Esto fue lo que Mia recordó. Las penas, desenterradas. Las lágrimas, despertaron.

En la hora de acostarse que siguió, Mia había pensado en visitar mi habitación, demasiado conmovida como estaba por el peso del trauma. Fue entonces cuando compartí mi cama con ella, y juntas miramos las estrellas hasta nuestro profundo sueño. A partir de entonces, Mia me visitaba de vez en cuando de la misma manera, cuando los recuerdos eran un recuerdo demasiado vívido, cuando la soledad de la noche resultaba demasiado aterradora para que su corazón la soportara.

Hoy temprano, en el curso de nuestra salida, Mia finalmente me contó su situación y su pasado. La gentil persuasión de hacerlo se basó en mi simple deseo de aligerar la carga de sus penas, aunque fuera un poco. Pero al igual que antes, recordar la miseria de tal poder era un impuesto demasiado caro para la mente de Mia. Así fue que de nuevo, ella ahora dormía a mi lado.

Serenamente así.

Sus respiraciones adormecidas no cesaron. Parecía que sus sueños habían encontrado una compra pacífica.

Pero no se puede decir lo mismo de mi corazón.

Porque las tragedias que le sucedieron, entre ellas su cautiverio y su contrato de arrendamiento, ocurrieron solo después de que asumí mi puesto como comandante interino de Balasthea.

Por supuesto, esa posibilidad no era un pensamiento que no pasara por mi mente. Pero pensar seriamente en ello sólo ahora... Sí. Al final, puede que simplemente haya tenido miedo de confrontar una verdad tan fría.

Por sus palabras, la aldea de Mia fue violada hace cuatro lunas.

Visdrekmánuðr.

Dentro de los primeros días de ese fatídico mes. Una época que recordaba demasiado bien. Uno que me encontró todavía poco acostumbrado a mi nueva vida y deberes aquí. Uno que me encontró en fricción con el margrave. De hecho, las palabras y los ideales que intercambiamos fueron como un choque en un campo de batalla.

Sin embargo, ninguno de nosotros cedió al final. El margrave se adelantó y envió a sus hombres a través de las puertas de Balasthea, con el corazón acerado con el singular objetivo de saquear todo lo que encontraran en el dominio de Nafílim. Ya fueran baratijas y tesoros, o almas inocentes para ser vendidas como esclavas por una bonita moneda, nada se salvaría de sus ansiosas garras.

Oh, demandé por la permanencia de esas manos. Pero mis razonamientos eran extraños en estas tierras como lo eran para la mente del margrave. Así fue que no pudimos estar de acuerdo unos con otros. Así fue que no pude hacer nada más que mirar, impotente para detener la violación y el saqueo que se produjo a partir de entonces.

Un alivio para mi corazón, si el secuestro de Mia fuera un asunto bien ocurrido antes de mi cargo.

No hace falta decir que no me atrevería a imaginar tal locura.

Incluso entonces, perduraba en mí algún lamento o recelo indeleble que me dejaba sin aliento. Como una piedra de solicitud colocada de lleno en mi pecho, para oprimir mis pulmones hasta su asedio.

¿Por qué estaba tan retorcido? Bien...

Solo había una razón.

No más de unos pocos días después de mi discusión con el margrave, encontré a sus guardias feudales regresando de su codiciosa excursión.

Atravesaron el fuerte corriendo, sus carros y carruajes llenos de botín.

Pasaron frente a mi presencia, rumbo a casa, a las entrañas de Arbel.

Y dentro de uno de esos vagones seguramente estaba Mia, su hermana también.

Recién llegados de la masacre de su familia. Sus corazones, fracturados. Sus destinos, ensombrecidos para siempre.

Los dos pasaron justo...

...justo a mi lado.

Lo que ahora brotó dentro de mi corazón, no sabía la naturaleza de. Ya sea el resentimiento hacia uno mismo. O si se trata de simpatía por esas víctimas inocentes. Pero lo que sí sabía era el alcance superficial de mi comprensión. El verdadero valor de un hombre completamente impotente. Ahora, más que nunca.

Los Nafílim son una especie para ser asesinados, si no encarcelados y esclavizados. No importa si llevan armas o amistad.

Tal es el credo del Hombre, común a todos sus reinos.

Esto, lo sabía.

Que los carros que pasaban bajo mi vigilancia posiblemente iban ataviados con prisioneros...

...esto también lo sabía.

Sin embargo, no fue sino hasta que se me presentó un ejemplo viviente que el peso de esa verdad se impresionó primero y plenamente en mi conciencia. Un ejemplo sin otro nombre que "Mia". De hecho, no fue hasta nuestro encuentro casual que me di cuenta de lo que mis acciones exigían de mis víctimas. De qué tribulaciones mis batallas precipitaron más allá de sus límites.

*'... nadie más en el pueblo... usó un hacha tan grande como él...
y a menudo iba... iba a la batalla con ella...'*

De su padre muerto en la guerra, Mia habló así.

Palabras, pasando familiares.

El día antes de la incursión de la Guardia del feudo. Rechacé severamente el desenfreno de Ebbe por perseguir a nuestros derrotados enemigos Nafílim. Sin embargo, a pesar de esto, salió con sus hombres e hizo exactamente eso.

Carlos.

El joven más verde de la unidad de Ebbe. Verdaderamente estaba ebrio entre sus compañeros empapados, celebrando los frutos de esa misma búsqueda en uno de los pubs de Arbel. Sus divagaciones revoltosas me sonaron claras, incluso ahora.

*'... ¡Toma esto...! Ellos corrieron...!
... ¡Con las colas metidas debajo de los cojones como los perros que son...!
... ¡Luego vine a cortarlos a todos, lo hice ...!*

*'... ¡Tienes uno bueno, te digo...!
...¡El más grande de ellos, bastardos, pensó en quedarse atrás y dejar que sus hermanos se fueran corriendo...!
...¡Un buen tipo con un hacha gigante, era...!
...¡Entonces le di un buen rasguño en la espalda por el noble acto, lo hice...!
... ¡Con el lado afilado de mi espada, eso es...!'*

A sangre fría, Karl mató al padre de Mia.

Los puntos ciertamente se alinearon.

Yo era el comandante de estos hombres. Sin embargo, mandarlos, yo no podía. Así cedieron a su sombría sed de sangre. Así mataron al padre de Mia.

Hombres.

Nafílim.

La guerra era lo que unía a estos dos.

Y mientras esa cadena caída no se cortara, también continuarían las crueldades. Las pérdidas. las tragedias

El hombre y sus parientes también fueron sacrificados en números lamentables. Eso, nadie lo puede dudar. Y por esa misma razón toma la espada y la magia, para contener las mareas de confusión. Para él, la espada está afilada no solo para matar. Con un golpe puede proteger a sus seres más queridos. Con un golpe puede defender su amada patria.

Tal hombre, atado a la batalla como está, se encuentra obligado a su país, y sólo a su país. Engendrar generosidad hacia su enemigo, ser negligente en sus deberes para con su señor y su tierra, equivale a nada más que traición. Lo que debe proteger debe ser siempre y para siempre nada menos que su querido prójimo.

Uno no se equivoca, al pensar así.

Uno no se engaña, para creer así.

Y todavía...

“...”

Miré el rostro dormido de Mia.

El rostro de un niño, inocente, impecable en este asunto sangriento.

Qué...

¿Qué debo...?

†

Al día siguiente.

Se reanudó el trabajo. Así estaba de vuelta en el fuerte, sentado dentro de mi cámara, con la nariz hundida en los registros de cuatro meses antes. Se incluyeron copias de los informes operativos de Fiefguard, compartidos por su comandante. A regañadientes, es decir, pero con mi insistencia en que la defensa de Balasthea solo se beneficiaría si yo estuviera al tanto de todas las actividades militares de Ström, no pudo más que cumplir.

La incursión de la Guardia del Feudo.

Su camino de guerra había atravesado el tramo noroeste de los bosques más allá, más allá de los cuales se encontraba una aldea Nafílim. Allí los hombres masacraron a cualquier Nafíl que no fuera apto para la esclavitud; el resto fue capturado y llevado.

Tesoros, monedas y mercancías también fueron saqueadas. El pueblo en sí, las estructuras y todo, se consideraron no esenciales y, por lo tanto, no quedaron más destruidos de lo que ya estaban.

En la actualidad, el pueblo era un mero recuerdo de sí mismo, una guarida sin habitantes.

Con los informes leídos, comencé a reconstruir todo lo que había aprendido con lo que Mia me había contado.

No más de media semana antes del fatídico ataque, su padre se había embarcado con sus compañeros Nafílim en una campaña para romper los muros de Balasthea. Empeño efímero, pues al final esperaba la derrota, y en su retirada, los asaltantes de Nafílim fueron perseguidos por la unidad de Ebbe. Fue entonces cuando el padre de Mia fue derribado.

La incursión de la Guardia del Feudo comenzó al día siguiente.

Pero en la luz menguante de la tarde, unas horas antes de la llegada de los Fiefguardsmen, la madre de Mia abandonó su hogar. No mucho después la siguió su hermana mayor, para ver cómo estaba el orfanato, donde a menudo ayudaba.

Cuando llegó la noche, también lo hizo la Guardia del Feudo. Los soldados atacaron la casa de Mia, y su hermano, terrible en su acción para proteger tanto a ella como a sus hermanas, fue asesinado. Con no menos de tres hombres midió espadas.

...Un muchacho valiente. Si todavía estuviera vivo. Sin duda me gustaría conocerlo.

Indefendible, Mia y su hermana mayor fueron arrastradas y llevadas a la plaza del pueblo. Allí se presentaron los restos contaminados de su padre, y más tarde mataron a su madre.

Después de ese calvario vino otro: las dos niñas fueron llevadas a Arbel. A saber, un campo de concentración en el mismo, donde la hermana mayor enfermó hasta su último aliento.

Enterré mi cara en mis manos.

La verdad, una tragedia. Y tanta fuerza había en la pequeña Mia. Para sobrevivir a todo. Para volver a contarlo.

Y fue gracias a su fuerza que persistió una verdad desatendida.

La hermana mayor.

Todavía no se había establecido su mal final.

Los hallazgos de la Guardia del Feudo no cuentan que más Nafilim queden en esa tierra. Una mente sana pensaría que el orfanato también fue atacado, y la hermana mayor de Mia junto con él. De hecho, volver a pisar este camino ensangrentado seguramente no haría más que invitar a nuevas pesadillas al corazón atormentado de Mia.

Sin embargo, al final de este hilo desenredado puede haber esperanza, aunque sea débil. Y mientras lo hubo, pensé que era un esfuerzo digno de buscarlo y conocer su naturaleza.

Y espíe si presagiaba alguna apariencia de consuelo.

O desesperación.

†

"... Un enigma, esto".

Reflexioné, confinado en casa.

No sin visitar ese pueblo destripado podría yo, o cualquiera, conocer el destino de la hermana restante de Mia.

De hecho, han pasado cuatro lunas llenas desde la llegada de la redada. Lo más probable es que no se encuentre nada. No se sabría nada.

Pero supongamos que encontré a alguien. Ni por mis facultades sería capaz de distinguir a la hermana de Mia de la de un simple extraño. Y eso por no hablar de dejar a Mia sola durante la cantidad de días que tomaría el viaje.

Mia es clave en esto. Debo llevarla conmigo.

Sin embargo, el camino no está exento de peligros; esos bosques suelen albergar a su sombra cualquier tipo de bestia o behemót. Y para empezar, soy un pariente del Hombre. Vagar sin vigilancia por tierras Nafílim equivale a suicidarse.

No se menciona aquí: esos territorios son hostiles ahora como siempre lo fueron antes.

Es más, tengo que considerar mi posición: como comandante en funciones de Balasthea, estoy en deuda con mis hombres tanto como lo estoy con Mia.

¿Soy un tonto, entonces? ¿Uno empapado con la idea de abandonar su oficina, todo para proteger a una niña lamentable? ¿Un sin gracia, caballeroso no por ocupación, sino por engaño? Un caballero blanco, ¿sindrómicamente así?

Que broma más asquerosa.

Inmerso en tales pensamientos, me encontré llegando a mi porche. Con la puerta abierta, Mia salió a saludarme.

"...Bienvenido a casa..."

"Me alegro de estar en casa, Mia".

A ella, miré. El tema mismo de mis preocupaciones, ¿qué pensaba ella misma de todo esto? No había optimismo en sus palabras cuando me contó lo que le había sucedido a su familia. Ninguno, ni siquiera por su hermana desaparecida.

No.

Fue por esa misma tragedia que se concibió tal pesimismo. Mia se vio obligada a renunciar a toda esperanza que tenía para el mundo. Últimamente, sus emociones se estaban despertando poco a poco, por supuesto, pero su corazón seguía dividido. Todavía no había encontrado un ancla. Todavía no estaba dispuesta a creer en nada.

Así había renunciado a la idea misma de pisar una vez más su tierra natal. No hay forma de escapar de este reino del Hombre, probablemente pensó. Ya no. Así que para Mia, reflexionar sobre la simple posibilidad de que su hermana aún pudiera respirar no era más que una semilla de fatiga para un corazón ya fatigado hasta la médula.

Pero en ese mismo corazón.

En su esencia misma. En su fondo.

¿Había alguna esperanza de que todavía se nutriera? ¿Por una querida hermana tan desaparecida? ¿Tenía todavía la fuerza para partir hacia lo desconocido? ¿Y dar a conocer el destino de su último familiar? ¿Conocimiento que solo se puede encontrar en su tierra natal, el corazón de la tragedia misma?

¿Qué se debe hacer?

Según mi estimación, las posibilidades de que su hermana aún viviera eran extremadamente bajas. Pero "extremadamente bajo" no era "cero". Aunque, a decir verdad, mis conjeturas, mis consideraciones, todo estaba basado en esta frágil fantasía. Uno listo para romperse en pedazos colocados en nuestros corazones, si no encontráramos lo que esperábamos.

"... Haah..."

Un suspiro pesado de mis pulmones lánguidos. Últimamente, mi mente casi no funcionaba, desde que escuché la historia de Mia.

Rolf Buckman.

Un hombre tan gigante como un ingenioso, siempre y siempre vacilando cuando más contaba.

Y fiel a su naturaleza, no en esta noche, como en tantas otras noches, encontraría su resolución.

†

El amanecer de otro mañana.

El comienzo de otro día de trabajo.

Con un control de mis botas, comencé mi viaje al fuerte.

"...estar a salvo..."

"Lo haré, Mía. Estaré en casa lo antes posible.

Mia, últimamente, ha sido dada a aventurarse más allá de nuestra puerta solo para despedirme. Allí estaba de pie en nuestro porche, mirando en silencio mientras caminaba hacia la carretera. No puedo decir con certeza qué motivó tal cortesía, pero me gustaría pensar que fue una señal de nuestro cálido vínculo.

...Era el curso de mi pensamiento, hasta que en ese momento, un carro de un solo caballo rodó por el camino.

"... ah..."

La voz mansa de Mia, escuché mientras veía pasar el carromato. Sus ojos se volvieron hacia un asunto diferente, porque a su vista había una flor.

un lirio de los valles—

—aplastado contra el suelo.

La delicada flora campanilla se dedicaba a crecer en grandes macizos con sus hermanos. Por lo tanto, era extraño que un espécimen brotara al borde del camino sin ceremonias, no entre sus parientes, sino solo.

Una soledad desafortunada, entonces. Para crecer en un camino que un día sería atropellado por un carro, y en el movimiento involuntario de las ruedas, sería derribado. Aplanado: una mancha blanca y verde sobre el surco fresco.

"...flor pequeña..."

Había pena en el semblante de Mia. Un profundo dolor por la muerte de una flor. Aunque ella misma fue víctima de tragedias más sombrías y graves, todavía tenía el corazón para compadecerse de una flor.

A ella, ella fue. Y luego sobre él, sus dedos acariciadores. Entonces, suavemente, comenzó a estirar su tallo, para que pudiera estar de pie una vez más.

Solo que no pudo.

El lirio de campana se rompió para siempre.

"...pobre...pequeña flor blanca..."

El Nafílim.

Los perros astutos.

Los enemigos del Hombre.

Un mal que hay que extinguir.

¿Quién fue?

¿Que emitió por primera vez tales maldiciones?

¿Un esclavo de la Deiva? ¿Algún santo siervo de Yoná?

Me gustaría conocerlo. y acaba con sus perversas artimañas.

Porque he hecho una promesa.

Una promesa a Mía.

'...Pero sabes, Mia... El futuro es diferente...

...Se puede cambiar...

...y por mis manos, lo veré hecho...

...Tus días por venir...

...estarán todos libres de tristeza...

...Y me aseguraré de ello...

...Prometo...'

¿Soy incapaz de cumplir mis promesas?

Por supuesto que no.

Mantengo mis promesas.

Abajo, al lado de Mia, me arrodillé y puse sobre su hombro una mano inquebrantable.

"Desaparecido en combate. Debemos hablar."

III

Siempre fue Rolf nuestro modelo.

Para todos, el modelo londosiano, desde sus días más verdes.

Si algo pudiera saberse, él lo sabría.

En todo lo que se proponía, lo conseguía.

Entre sus compañeros, su espada no tuvo rivales. En sus peleas con los adultos, ellos también conocerían la humildad de vez en cuando.

Y como con la espada, Rolf estaba con el libro. Ni siquiera los ensayos más crípticos sobre el gobierno provincial se libraron de su curiosidad. Y no era un espectáculo tan raro sorprenderlo en un discurso mundano con nuestros padres, aunque fueran barones.

Él era perfecto. Como un noble en ciernes. como un hijo querido. Las perspectivas de la Casa Buckmann parecían casi aseguradas. Ninguno dentro de sus pasillos se atrevió a contradecir esto. Tenían escasas razones para hacerlo.

Y a tal prodigio estaba yo prometida.

Había una promesa entre nosotros. Un horizonte al que ambos miramos rápidamente. En esos alcances resplandecientes aguardaba un feliz para siempre. Un tiempo que compartiríamos con toda certeza por años y años y años por venir.

Estar a su lado, desde ahora y para siempre, qué bendecido me sentí. Qué orgullosa estaba.

Los muchos días que pasamos en la compañía del otro. Los muchos días más que anunciaríamos, juntos.

Todo parecía tan brillante.

Hasta que apareció un punto de oscuridad.

Uno con el nombre de "Roun of Orisons".

El día que fuimos recibidos en los ritos divinos fue el día en que encontramos a Rolf "sin gracia". Sólo se arrodilló allí ante la Reverenda, su pecho frío por el calor odílico de Yoná, el cuarzo en sus manos sin brillar por Su luz. Y fue así en ese mismo día, que la misma mancha negra se abrió bostezando, como una boca debajo de mis pies, para tragarme entera.

Fue entonces cuando conocí la oscuridad.

Fue entonces cuando vi sombras que crecían sobre el horizonte que compartíamos.

La nuestra es una sociedad empeñada en la guerra contra los Nafílim. Por muy estudioso y sabio que uno sea, por hábil y maravilloso que sea con la espada, estar vacío de odyl era estar vacío de promesa.

Cuánto creía que Rolf habría hecho que todo saliera bien de alguna manera. Que habría sido capaz de defender su honor. Que se las habría arreglado y más con su mala suerte. Para un niño prodigio como él, seguramente podría haber sido así. Es decir, si fuera agraciado con la más mínima astilla de odyl.

Pero no lo estaba.

No tenía *nada*.

Ninguno... ninguno en absoluto.

Y sin él, no era más que forraje para ser arrojado a los Nafílim.

La magia solo puede ser superada por magias mayores, ya sea en ataque o en defensa. Para Rolf, esta era una conclusión inevitable. No pudo atacar. No pudo defender. No podía conocer la victoria cuando más importa. No podía frustrar la derrota incluso si significaba su propio fin.

Odyl es, en primer lugar, una bendición otorgada a cada linaje de Hombre por Yoná, nuestra Deiva Divina. Fue a través de la santa Revelación mostrada a San Rakliammelech que él concibió el Roun of Orisons: ritos por los cuales estar en comunión con la Deiva, luego difundidos a todas las esferas del Hombre. De Ella es donada la gracia de odyl, y no hay alma que Ella haya rechazado.

Así como a un niño se le daría carne y sangre tanto de la madre como del padre, así también nosotros, los corderos de Yoná, deberíamos recibir de Ella nuestro odilo.

Cuán arraigado en la certeza estaba esto.

Pero Rolf era como un novato de un nido diferente. Una manzana caída demasiado errante de nuestro árbol. La oveja negra del rebaño, abandonada incluso por Yoná, nuestro único pastor.

Nosotros, los londonios, estamos siempre atados a nuestro odilo. Su medida es nuestro valor. Y así, para que alguien como Rolf se quedara sin él, nada más que el mal y el desdén le esperaban.

Rolf Buckman. No un prodigio, sino medio hombre. No es un modelo para todos nosotros, sino un "defecto", de principio a fin. Esto era lo que Londosius había considerado de él. De manera rotunda, nada menos, como si fuera la palabra sacrosanta de la Misma Yoná.

Y por eso Rolf fue desautorizado por la Casa Buckmann. Por qué se lavó la tinta de nuestros actos de compromiso. Pergamino, ahora totalmente blancos como el día que fueron blanqueados.

Pero frente a tal desgracia, se me otorgó mucho con lo que la mayoría solo puede soñar.

Obteniendo la más alta distinción de "Aureola" del Roun of Orisons, me alisté en la 5ª Orden de Caballería con gran fanfarria, porque sucedió que, de todos los incontables caballeros y damas que alguna vez se unieron a sus salas, yo era el primero en mi tienda. de odilo.

Solo por eso, los poderes fácticos me convirtieron no en un galán en mi primer año, sino en una dama, nombrada caballero con toda prisa y ceremonia. Sin embargo, su indulgencia parecía interminable, ya que me obligaron a estar en medio de su alto escalón: un miembro del liderazgo, uno bajo el mando directo del mariscal en su unidad personal.

Sin aliento como estaba, el destino estaba ansioso por jugar con nuestra fortuna cada vez más. Sí... Qué horror me dio encontrar a Rolf como un enamorado de nada menos que de mí.

Se espera, y de hecho, el curso habitual de las cosas, que un recluta de la Orden primero debe soportar las fatigas de la deslealtad. ¿Pero que Rolf mismo sea hecho mío? ¿No menos un novato por derecho propio, vacío del cargo de dama?

Sentí entonces, y ahora, alguna mala mano en el trabajo en todo esto. ¿Había algo de humor que encontrar? ¿Una nota sabrosa en esta amarga ironía? ¿Para convertir así a un "defecto" en un enamorado de su ex prometida? No podía saberlo, pero temía que había muchos que lo sabían y se entregaban de todos modos.

Y así conocí el dolor.

Ver a Rolf, fornido y orgulloso de figura como era, lastimosamente encorvado mientras se ocupaba de mi armadura.

Ver al prodigio, manso y lleno de promesas, abandonado a la monotonía de llevar mi caballo a pie.

Ser abordado por mi otrora prometido con toda deferencia, pero frío del calor de nuestros días más inocentes.

Me aseguré de darle la libertad de hablarme como siempre lo había hecho. Sólo que, para él, era una libertad demasiado tensa. Me di cuenta entonces, que en algún lugar en el curso de este torbellino, estábamos separados. Más lejos el uno del otro ahora que nunca en nuestras vidas.

Y sin embargo... también conocí la felicidad.

La felicidad de estar todavía a su lado.

Nuestras perspectivas de matrimonio pueden haberse deshecho, pero ¿mis sentimientos? No. Todavía deseaba mucho pasar una vida junto a él. Caro y más caro de nuevo, no menos que antes.

Porque estar con él era como respirar. El girar del sol, el soplar de los vientos, el curso de los ríos... estos eran, para mí, no menos naturales que la compañía de Rolf.

Fue así, entonces, que junto a Rolf Buckmann era donde yo pertenecía.

Yo, Emilie Mernessee.

†

Un año después de mi alistamiento, fui nombrado teniente de los Owlcranes.

Y no mucho antes, la propia Felicia se unió a nosotros en el 5to.

El suyo fue un destino muy contrario al de su hermano, porque en sus propios ritos Felicia recibió una pesada reserva de odyl. Tanto es así que fue considerada para un puesto en el liderazgo de la Brigada de Hechicería.

Pero no se asombró menos que yo al ver por sí misma los malos tratos infligidos a Rolf. Asombrado y descorazonado.

Por su parte, Rolf todavía era un enamorado. Aunque a pesar de sus dificultades, nunca vaciló en su entrenamiento: su manejo de la espada era tan agudo como siempre. Pero para los miembros de una institución tan inmersa en la práctica de la magia, había, al menos, cierto grado de desprecio por el manejo puro de la espada. No obstante, fue este arte el que Rolf continuó practicando con gran asiduidad.

Era, aparentemente en ese momento, de un físico más imponente en la totalidad de las filas del 5º, con una fuerza de brazos igualada por nadie más. A pesar de ello, los demás —todos, en realidad— se apresuraron a menospreciar su utilidad contra los Nafílim. Pero fue durante el entrenamiento físico con él que se tranquilizaron hasta cierto punto.

Aunque eso cambiaba más repentinamente cada vez que se enfrentaba a cualquiera de nuestros líderes, porque eran ellos quienes vestían armaduras plateadas, maravillas de conducción odífica que eran. Por más que lo intentó, Rolf nunca pudo alcanzarlos con su espada, y sin Odyl propio para defenderse, los combates de combate fueron siempre parodias crueles y unilaterales.

Por supuesto, nunca se les ocurrió a esos líderes competir en igualdad de condiciones. Sus armas y armaduras plateadas se mantuvieron en todo momento, como les enseñaron tanto la instrucción como los rigores del campo de batalla. Y así, mantener el equipo puesto era, en sí mismo, una forma de entrenamiento. La deportividad, entonces, era para ellos una pobre excusa para quitárselo todo.

Pero de todos modos, la practicidad era su propia mala excusa, para golpear y burlarse de Rolf como quisieran, todo desde la seguridad de sus vestimentas plateadas. Las sonrisas que surgían de sus labios eran prueba suficiente de su sadismo.

Eso no quiere decir que Rolf haya recorrido todo el camino sin ningún respeto por su habilidad. Hubo quienes lo reconocieron, sin duda, pero eran como gotas en un mar siempre agitado con desdén por él.

Recuerdo un día en que todavía era teniente.

Un día en el que Rolf resultó gravemente herido por un hechizo durante lo que debería haber sido una mera práctica con la espada. Por lo que escuché, el delincuente fue abrumado por la fuerza de Rolf y, al borde de la derrota, recurrió a la magia para cambiar las tornas.

Ese mismo oponente no era otro que un miembro de la Brigada de Hechicería, uniéndose a la práctica de la espada por algún capricho. La espada, naturalmente, no era su fuerte, pero la idea de perder por un "defecto" era evidentemente más de lo que su orgullo podía soportar.

Informado de lo que había sucedido, corrí a la enfermería de inmediato.

"¡Rolf! ¡Ay, las heridas...! ¿¡Estás bien!?"

"...Soy."

Una respuesta pausada e ininterrumpida de Rolf, reclinado como estaba en una cama, vestido de pies a cabeza con vendajes. Moteándolos había sangre, recién roja.

Mis preocupaciones no disminuyeron, presioné al médico cercano para obtener respuestas.

"Señor, sus heridas, ¿cómo les va?"

"Bueno, vamos a ver entonces", respondió metódicamente. "Múltiples lesiones que ha tenido, y hemorragia interna para arrancar. Tomó un tiempo curar magia para curarlo, pero las heridas deberían estar bien selladas ahora. No debería esperar que ninguna secuela lo acose de ahora en adelante".

Escuchar esas palabras fue un alivio. Aunque lo que pronunció el médico a continuación avivó mi ira.

"Aunque, a decir verdad, este tipo de cosas podrían haberse evitado fácilmente, incluso con las palizas más básicas".

"...Por qué, señor," respondí, sin darme cuenta de la quietud afilada de mi voz. "¿Es su culpa, quieres decir?"

"No es mi lugar *decir*, de fallas. Me pongo la bata de médico, después de todo", replicó el médico. "Y según mi estación, digo esto: los tratamientos no son baratos, debes saberlo".

Una respuesta que ganó mi irritación muchas veces. Sin embargo, no tuve la paciencia para seguirle la corriente.

"Tu oponente", le dije, habiéndose vuelto hacia Rolf. "¿¡Qué locura había en él!? ¡Escupir magia en un combate de espadas! ¡Sus superiores deberían enterarse de esto!"

Con eso, muy bien tenía en mente salir de la enfermería y protestar contra el incidente a los otros líderes. Pero me detuvieron las cortas palabras de Rolf, entregado mientras no hacía nada más que mirar al techo.

"Es inútil."

"¡Qu-! ¿¡Porque eso!?"

No son de los que prestan oídos. No a tonterías como esta.

Rolf nunca hizo nada más que sufrir en silencio las injusticias que se le infligieron. Ni siquiera cuando estaba tan herido. Cualesquiera que fueran las quejas que pudiera haber albergado, nunca fueron ventiladas.

Esa impasibilidad suya me atormentó horriblemente.

"No. Lo *harán*", respondí con espíritu. Esto no aguantará, Rolf. ¡Voy!"

Fiel a mi palabra, salí volando de la enfermería y aterricé en las oficinas de la Brigada de Hechicería. Fue allí donde encontré al lugarteniente y superior del oponente de Rolf, a quien me quejé ferozmente. Y fue allí donde supe el significado de las palabras de Rolf.

“Si tu pretendiente, el odyll, lo hubiera resistido, seguramente no habría sufrido lo que sufrió”. Un eco de la propia insolencia del médico, ventilado con un interés hueco. "El problema, entonces, es de él, ¿no es así?"

Golpeé su escritorio. "¡Ya basta de tonterías!!"

“...Teniente Mernesse,” suspiró, “Me refiero a todo el respeto del mundo, lo hago. Pero hundir nuestros estándares por la comodidad de un 'defecto' es, en sí mismo, una tontería. Injurioso para nuestra Orden, incluso. Por favor, comprenda, mi señora.

Éramos del mismo rango, él y yo. Pero dado que yo era de los Owlcranes, tal vez este teniente se sintió obligado a mostrarme deferencia. Aunque ciertamente no ocultó ninguno de sus prejuicios por Rolf. En lo mas minimo.

"¡Tch...!"

Para entonces, había perdido toda la paciencia.

Acalorado, acudí al propio Mareschal Tallien y abordé el mismo asunto, solo para encontrarme con la misma complacencia. La misma apatía. El mismo odio.

Un sentimiento compartido por todos en la Orden, no, en todo Londosius, para un hombre que solo carecía de odyll.

Rolf no dijo ni una palabra en contra.

Y no pude hacer nada más que aceptarlo.

Como me dolía tanto.

†

Otro recuerdo, entonces.

Aquí también estaba yo, lugarteniente de los Owlcranes.

Un tiempo inquietante incluso hasta el día de hoy.

Rolf y yo íbamos a pelear entre nosotros. No por elección, sino por una orden del propio Mareschal Tallien, para, en sus propias palabras, "dar forma a mi pretendiente". Insistí enfáticamente en hacerlo al menos con el mismo equipo que el de Rolf, pero al igual que muchos líderes por debajo de él, el mariscal no toleraba ninguna de mis palabras.

Me pregunto.

¿Qué mirada estaba en mi cara?

¿Como Rolf y yo medimos espadas?

como el hierro y la plata corrían uno contra el otro?

Una palidez, invisible a los ojos, emanaba de mi armadura y envolvía cada costura y longitud de mi cuerpo. Y fue esta palidez lo que reprimió la fuerza de la espada de Rolf. No importa a dónde apuntara, no importa qué tan rápido o fuerte girara, ni una sola vez su espada alcanzó mi persona.

Una negación más absoluta.

El que no tiene magia no puede derrotar a quien sí lo es.

Así como uno sumado a uno se convierte en dos. Ya sea calculado cien veces o un millón, el resultado sigue siendo el mismo. Fue así, entonces, que la hoja de Rolf se detuvo en la empalizada. Absoluto en efecto, como si la mano de la Misma Yoná estuviera allí para detenerlo.

Y no fue por falta de intentos. En el agarre de Rolf, la espada de hierro fluía como una guadaña. Con más rapidez de la que podían seguir los sentidos, su hoja se abalanzó sobre mis órganos vitales, con precisión, como si los vendavales de su voluntad la condujeran allí.

Solo para ser detenido no más allá del ancho de un cabello antes de su marca.

Pero por mi propia espada, la historia no podría haber sido más diferente.

Ninguno fue el momento en que aterrizó donde estaba apuntado. Y, sin embargo, todo el cuerpo de Rolf eran heridas, que se acumulaban cada vez más. Donde él evadiera, la corriente odílica lo encontraría y arrancararía su carne. Donde se defendía, la explosión odílica lo golpearía y dejaría su cuerpo bajo en el suelo.

Por muy unilateral que haya sido, el mariscal se resistía a terminar el partido, y mucho menos a mitigarlo, no mientras Rolf y yo todavía estuviéramos en pie. Fue más una farsa que un combate y, para mi gran consternación, se prolongó más allá de toda razón.

Pero Rolf nunca se dio por vencido. Los suyos eran movimientos de una precisión sobrecogedora, siempre minimizando la gravedad de las heridas infligidas sobre él. La suya era una mente de enfoque de acero, manteniéndolo siempre de pie. Aunque su espada fue humillada con cada golpe, sin alcanzarme nunca en su carrera invisible, Rolf siguió luchando.

Una y otra y otra vez. Mientras su cuerpo todavía tuviera la fuerza para moverse.

Y nunca estuvo en él jugar a la fragilidad y deliberadamente acostarse en la derrota. Siempre aceptó la burla y el desprecio de los demás, pero en el momento en que le pusieron una espada en las manos, Rolf se transformó en un hombre. Un avatar implacable, desafiante de todo y todo en su contra.

Cómo me rompió el corazón.

Verlo todavía de pie, magullado y golpeado, ensangrentado hasta la saciedad, mientras yo no sufría ni un rasguño en mi piel, por no hablar de las resmas de plata intactas de mi armadura.

Siempre fue nuestro modelo.

Fuerte, más que nadie. Fiable, más que tierra firme.

Cuánto soñé con estar hombro con hombro con él en nuestra lucha contra los Nafilim. Un sueño que pensé que estaba al alcance de la mano, siempre que me aplicara, para poder seguirle el ritmo.

¿Por qué fue entonces?

¿Que éramos tan tensos como éramos?

¿Que Rolf se había convertido en un hombre tan digno de lástima?

Nuestro mástil avanzaba cada vez más, hasta que Rolf perdió el conocimiento y se hundió en el suelo.

†

Mi tercer año con la Orden.

Fue entonces cuando me nombraron uno de sus altos comandantes: Emilie Mernessee, recién nombrada Dama Marescal de la 5ta.

Las razones fueron tan simples como repentinas: Bartt Tallien, mi predecesor, y el submariscal se retiraron a sus respectivas provincias para asumir el dominio de sus propiedades. Mientras tanto, mis hazañas en la batalla de Erbelde recibieron un reconocimiento no pequeño.

En verdad, una gran exageración, porque sabía muy bien que los propios méritos de Rolf superaban en comparación. Incluso entonces, vueltos a esos mismos méritos no eran más que ojos ciegos.

Y aunque es cierto que los líderes del 5º van y vienen tan rápido como pasan las estaciones, fue algo así como un milagro recibir la capa de mariscal no más de tres años después de haber estado en la Orden.

Pero no era menos excepcional que un pretendiente permaneciera así tres años después de su propio mandato. Así es, Rolf era todavía mi novio, mi limpiador de casa, mi palafrenero, mi armero... mi sirviente. Todo estaba como cuando se alistó por primera vez.

Mientras que por su parte, Felicia fue nombrada brigadier al mismo tiempo. Su ascenso tampoco fue menos asombroso en su velocidad.

Pero a medida que sus posiciones diferían cada vez más, también lo hacía la visión de Felicia de su hermano, enturbiada por la desilusión. Desde los albores de sus vidas, Rolf fue siempre el centro de la admiración incondicional de su querida hermana. No es de extrañar, entonces, que a Felicia le resultara una tarea de Sísifo aceptar la suerte de su hermano.

Fue desgarrador ver cómo su vínculo entre hermanos se deterioró como lo hizo. De nuevo desgarrador, no serles de utilidad en lo más mínimo. Incluso como mariscal. Incluso como su compañero más íntimo durante toda su vida.

Hice muy bien lo que pude para liberar a Rolf del yugo de la fanfarronería. Obtener un galardón de caballero era una forma segura, y estaba en mi poder como mariscal nominarlo para ese honor exacto. El marqués Norden reunía tales solicitudes no menos de dos veces al año, oportunidades que aproveché con gran proactividad.

Nuestra mala fortuna, entonces, que todas y cada una de las veces, la de Rolf fue la única nominación que no dio frutos. El marqués parecía inflexible en su desprecio por los deshonorados, y así, por su frialdad de corazón, Rolf hizo que siguiera siendo mi pretendiente.

Por supuesto, el estatus no era más que una vía para brindarle el respeto que se merecía. Como mariscal, me invistieron con autoridad sobre los recursos humanos en el 5to. Por lo tanto, siempre estaba en el fondo de mi mente tal vez convertir a Rolf en el enamorado de otro caballero.

Pero al final, fue una fantasía sobre la que nunca se actuó. En ese momento, me había vuelto algo experto en suprimir mis sentimientos más... *desagradables* .

Los de... ya no querer ver a Rolf atender a mi caballo.

De compadecer a mi otrora prometida, cuyas manos, una vez destinadas a la galantería, parecían últimamente más familiarizadas con las riendas de un caballo que con la empuñadura de una espada.

Aunque tal vez la elección se perdió hace mucho tiempo. Después de todo, ningún mariscal sería tolerado si tuviera una autoridad ejercida para sus propios intereses. Y era un hecho que las Órdenes eran fervientes en la observancia de las jerarquías. Ignorar descaradamente el statu quo y mover al personal a mi antojo era traicionar las expectativas de mi oficina.

Por lo tanto, entregué el pensamiento.

†

Un día de ese mismo año, traje un informe de reconocimiento a mis aposentos, y allí, hojeé su contenido como de costumbre.

Nuestros patrulleros aquí en el 5 siguen cierto protocolo. Cualquier región sujeta a su vigilancia se dividiría en una serie de áreas, y se contabilizarían los enemigos descubiertos allí, ya fueran Nafílim, behemót y similares. A continuación, los resultados se yuxtaponen a las observaciones anteriores y, a través de algunas operaciones aritméticas, se calcularía lo que llamamos el "nivel de amenaza" para la región y se registraría cualquier tendencia notable.

Esto no fue nada inútil, ya que sirvió muy bien para orientar dónde podríamos asignar nuestros recursos de manera más efectiva. Fue nada menos que el propio Rolf quien lo ideó todo el año anterior, y yo quien lo llevó al escritorio de Tallien cuando aún era mariscal. Luego, también, insistí en que todo era diseño de Rolf, pero los oídos de Tallien no eran receptivos a los elogios para un hombre sin gracia.

En cuanto al informe en sí, mis ojos se detuvieron en una de sus secciones. Si los patrulleros vieron la verdad y los cálculos eran correctos, entonces era seguro: durante las últimas lunas, los niveles de amenaza en el monte Godrika habían ido disminuyendo. Y notablemente así, en eso.

Una montaña, escondiendo en sus entrañas monolitos enteros de mineral de plata. O más bien una guarida embrujada, ya que mientras Londosius una vez llamó al lugar propio hace mucho tiempo, la montaña y los túneles debajo de ella pronto se convirtieron en los terrenos de juego del behemót. Pero como con todas las cosas, esto también cambió.

Los mismos Behemót tienen formas tan variadas como volubles en sus migraciones. Y al igual que sus contrapartes más mundanas, son propensos a los conflictos entre especies, ya sea por territorio o sustento. Todo esto puede culminar en fluctuaciones bastante repentinas en sus poblaciones dispares.

Es posible, entonces, que la disminución de su número en Godrika fuera solo una parte de este patrón temporal. De nuevo era posible la perspectiva que surgía de limpiarlos por completo. Si golpeáramos mientras el hierro está caliente, Godrika volvería a ser nuestra. Y luego, en las ansiosas armerías de Londosius irían sus montículos y montículos de plata.

Entonces pensé, con firmeza, aunque ingenuamente, que era necesario actuar en consecuencia.

Inspirado, después convoqué a los líderes del 5.º y les planteé un plan para recuperar la mina Godrika. Las amenazas menguantes dentro de la región, la oportunidad recién revelada, todo estaba relacionado con muchos detalles. Y una vez que sus oídos se saciaron de mis declaraciones, el entusiasmo de los líderes fue unánime.

Se otorgaría un prestigio incalculable al 5.º si tuviéramos éxito.

Esto, todos lo creíamos.

Esto, nos tomó a todos.

Éramos del 5to, después de todo. Porque es por el propio decreto de Londosius que las Órdenes se numeran como corresponde a su fuerza, siendo la 1ª la más capaz con diferencia, por no hablar de su mariscal, por derecho propio una espada sin igual en todo el reino mismo.

¿Y el 5? El fondo del barril, por decirlo de una manera, donde se reunía la descendencia mimada de la aristocracia, allí solo para holgazanear sus días hasta que las perspectivas más brillantes cayeran sobre sus regazos.

Y cayó uno, a *todos* nuestros regazo: Godrika. Recupere sus profundidades, y nuestro lote descarriado podría alcanzar una distinción mucho mayor que la que cualquiera de las otras Órdenes haya tenido en los últimos años. Cuán afiebrados estábamos entonces, agujijoneados por sueños de medallas, condecoraciones y títulos, mientras trabajábamos para llevarlo a cabo.

Siguió casi un mes de preparativos, plagado de reuniones con la dirección. Enviamos exploradores para mirar a través del monte Godrika con un peine de dientes finos, para volver a evaluar los números del behemót con mayor precisión. Luego reunimos a las brigadas, les informamos sobre sus deberes y establecimos una cadena de mando específica para la operación.

Formar el resto de los planes era un cargo que deseaba asumir solo. Ya sea diseñando la logística, trazando nuestra ruta de marcha, seleccionando la ubicación ideal para erigir nuestro campamento, todo y mucho más lo manejé sin dormir durante esas pocas semanas.

Al final, estaba agotada y cansada. Pero los planes estaban, por fin, completos, perfectos, incluso, y dibujados a mi entera satisfacción. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que sentí tal satisfacción?

No estaba solo en el esfuerzo. Los líderes también estaban agotados, pero no menos resplandecientes de orgullo por su trabajo y entusiasmo por todo lo que estaba por venir.

†

Nuevamente me senté en mi escritorio, hojeando papeles de un propósito diferente: los planes de operación, completamente escritos hasta el más mínimo detalle. Mi magnum opus, se podría decir. Solo mirarlo calentó mi rostro con una sonrisa. Fue entonces cuando se lo comenté a Rolf, que estaba cerca, ocupado con la limpieza.

"Rolf, hemos elaborado planes para la próxima operación. Ven a echar un vistazo, si puedes.

"¿Planes, mi señora?" Rolf se volvió hacia mí y luego a los papeles que le tendí. "Materiales clasificados, ¿estás seguro?"

"Soy."

Su duda estaba justificada. Atraer deliberadamente los ojos de un pretendiente a los planes de una operación, en la víspera de su anuncio, de todos los tiempos, sin duda violó muchos protocolos.

Pero apenas pude ayudarme a mí mismo. Deseaba mucho que Rolf lo viera: el primer conjunto de planos dibujados por mi pluma desde que asumí el cargo de mariscal. Una operación producida a partir de un trabajo montañoso, para ser ejecutada en una escala nunca antes vista. Y tal vez... Quería ver la mirada de sorpresa en el rostro de Rolf una vez más. Porque era cierto: cuento en años desde la última vez que vi algún brillo en su semblante.

El barajar del papel. La quietud de su mirada escrutadora. En ese momento eterno, mi corazón se aceleró.

Pero cuando las palabras más inesperadas se separaron de sus labios, sentí muy bien que mi propio rostro se convertía en piedra.

—Milady —dijo por fin, levantando la vista de los papeles. "Creo que estos planes necesitan algunas reevaluaciones".

"... ¿Reevaluaciones?" Mi corazón se detuvo. "¿Dónde exactamente?"

"'Dónde', podría no ser la palabra. Si puedo ser franco, la capacidad de acción de esta operación en sí debe ser reexaminada".

"...¿Qué? ¿¡Cómo puedes decir eso!?" La incredulidad casi me dejó sin aliento. Fue realmente franco de su parte, para decirlo a la ligera. "Rolf, ¿necesito recordarte todo lo que nuestro reino puede ganar si capturamos estas minas?"

"Ganaríamos mucho, cierto, pero creo que se vislumbran pérdidas mayores nuevamente. Godrika nos ofrece sólo plata, mi señora, nada más.

“Soy plenamente consciente. ¡Pero lo importante es la pura generosidad de la plata, Rolf!

“La plata es un recurso muy preciado para nuestros pilares militares, mi señora, uno que nuestro reino prohíbe exportar. Todo lo que extraemos de Godrika se destina a satisfacer las demandas del esfuerzo de guerra. En pocas palabras, almacenamos nuestra reserva de plata y nuestros ejércitos crecerán junto con ella”.

Rolf habló bien.

Si aprovecháramos toda la plata que Godrika tenía para ofrecer, era muy probable que ni un solo caballero de ninguna de las Órdenes quedara sin equipo de plata. Pero esa no era una perspectiva que temer.

“Escucha, Rolf. Supongamos por un momento que capturamos a Godrika y ponemos armas y armaduras plateadas en las manos de todos nuestros oficiales. ¿Debes saber cuán tremenda es la ventaja que nos brinda en nuestra lucha contra los Nafílim?

Era un asunto tan obvio. Que Rolf mismo pareciera atenuado me provocó cierta irritación.

De ninguna manera era el oficio de un galán considerar cosas que estaban más allá de su alcance y tomar decisiones a partir de ellas más radicales de lo que podía imaginar. Sin embargo, eso no era lo que esperaba de él en este momento. Me esforcé hasta el agotamiento para ver esto a través. ¿No podía ver eso, al menos?

"¡Piensa en todos los camaradas de armas que podemos salvar!" Fui en. "¡Y nuestras familias! ¡Nuestros seres queridos! Pero más que nada, nos acerca mucho más a acabar con Nafílim de una vez por todas”.

“No, mi Señora. Godrika solo presagia una mayor necesidad de lápidas para nuestros camaradas”.

“¿¡Y por qué es eso!?”

“Las batallas que soportamos en la actualidad son suficientes, pero Central busca estirar aún más las líneas de cada uno de estos campos de batalla. Las cargas sobre ellos serán pesadas y aún más pesadas si nos armamos y nos agudizamos aún más, cargas que Central está demasiado ansiosa por lanzar sobre nosotros.

"¿Carga? ¡La única carga que veo es la que está sobre tus hombros! ¡Prueba, Rolf! ¿Tienes alguno? ¿¡Esa Central sería tan insaciable!?”

"Ninguno, mi señora".

"Entonces, ¿por qué hablar en contra de eso?"

Antes de darme cuenta, mi voz se había vuelto ronca.

¿Cuánto tiempo hace que comencé a compartir los sentimientos de Felicia? ¿De estar frustrado con Rolf? ¿Con su situación? ¿Su conducta? Quizás mucho más atrás de lo que me gustaría admitir. Solo que, todo el tiempo, solía cegarme de eso.

Una molestia irritante, una vez reprimida, pero ahora lista para estallar. Esto, lo sentí. Y, sin embargo, allí estaba Rolf, impassible mientras continuaba.

“Además, no veo la necesidad de poner fin a todos los Nafílim”.

"¿¡Rolf...!?"

Una expresión que deseaba fuera una ilusión en mis oídos.

Los nuestros son días llenos de batallas. La nuestra: la buena gente del buen reino de Londosius.

¿Y para qué?

Paz para todo el Hombre.

Garantía para todos nuestros futuros.

Ambos y más se escapan para siempre de nuestro alcance, siempre y cuando los Nafílim no se extingan. Es una grave locura negarlo.

¿Será entonces que en el transcurso de demasiados días de demasiado dolor, y entregándose a la mansedumbre y al servilismo, Rolf comenzó a mirar donde los demás no nos atrevíamos?

"Mi señora, es una traición esperar que alguna vez provoquemos la extinción de cualquier tipo".

“¡Es precisamente por eso que nos esforzamos en nuestros deberes, ¿no es así?! ¿Que podríamos marcar el comienzo de alguna posibilidad de una imposibilidad? ¡Rolf, tenemos impulso en esta guerra! Si mantuviéramos el camino a toda costa, ¡seguramente llegaría el día! ¡El día en que la guerra termine por fin, y los Nafílim junto con ella!

"No es más que un camino de pura carnicería lo que quieres que caminemos, mi señora".

“¡Dices tonterías, Rolf!”

A estas alturas, me estaba olvidando de mí mismo. Mi cabeza estaba hirviendo. Porque nunca podría haber imaginado que Rolf, de todas las personas, desdeñaría tanto nuestra razón para luchar.

Es cierto que él mismo no enfrentó un escaso desdén. Yoná le había negado lo que le correspondía. De Su gracia, del odio que todos apreciamos tanto. Y su falta era como una marca de pecado sobre su cabeza, para despertar allí la enemistad infundada de cualquier cordero de Yoná que pudiera espiarla y saber su significado.

Aun así, no le vendría bien a nadie, ni siquiera a alguien tan desafortunado como Rolf, ser abandonado en esta sagrada batalla contra los Malvados. ¿De qué le sirve estar tan acobardado? ¿Dejar de luchar en nombre de nuestra Deiva por falta de Su amor? Nace como pariente del Hombre. Y así debe luchar por aquellos a quienes ama, por todos sus semejantes y por el mundo mismo.

Así de simple y pura era esta verdad. Sin embargo, ¿por qué Rolf, con toda su sabiduría, no podía entenderlo?

"Además", volvió a hablar, "no puedo ser cómplice de la solidez de esta operación, si se ejecuta sobre la base de que la amenaza dentro de las minas se reduce".

"¿Amenaza? ¿Amenaza, Rolf? ¡No fue otro que usted quien ideó los cálculos para medir tales amenazas!"

En verdad. Fue su propio consejo el que lo dio a luz. Es irónico, entonces, que jugara un papel tan vital en llevar a cabo una operación a la que él se oponía.

"Creo que los gigantes pueden haberse ido demasiado rápido. La razón por la que esto sucedió requiere una consideración y un escrutinio muy necesarios", explicó Rolf.

"¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir que, como ejemplo, la amenaza de un behemá puede haberse establecido en las minas y, por su naturaleza despiadada, ha estado eliminando a sus parientes más débiles".

"¿Qué es esto? ¿Una 'amenaza de behemá', dices? ¡Tus fantasías han ido demasiado lejos, Rolf!"

"Quizás lo hayan hecho, milady. Tal vez no exista tal espécimen. Pero igualmente, puede ser que nuestros exploradores aún no lo hayan descubierto".

Ni un paso cedería Rolf en este asunto. Eso me quedó claro para entonces. Y así respiré hondo, para calmar mis venas temblorosas.

“Rolf”, comencé de nuevo, “entiendo bien que tu lugar aquí puede volverse aún más peligroso si aprovechamos nuestras armerías con más plata. Pero ahora soy el mariscal de esta Orden. Mucho daño e injusticia te ha hecho, lo sé. Sin embargo, conmigo como su comandante, me aseguraré de que no sufran más abusos.

Con los ojos fijos en Rolf, pronuncié esas mismas palabras.

Con el deseo de que este sincero pensamiento mío le fuera transmitido, entregué lo siguiente.

Soy por siempre y para siempre tu aliado, Rolf. Pero así como daría todo por ti, necesito que hagas lo mismo por mí, que pienses en ti mismo, en lo que significa ser un caballero, en por qué luchamos con tanta desesperación. ¿No harás esto por mí?

Incluso si nuestros caballeros más verdes estuvieran vestidos con equipo plateado, Rolf ya no conocería la victoria, ni siquiera en la práctica de la espada donde dominaba tanto. Esta mala perspectiva apenas se me escapó. Pero difícilmente podría yo, mariscal de esta Orden, abortar esta operación, solo para asegurar la precaria posición que tenía Rolf en estos salones.

Daría todo por ti.

Sin voluntad frágil hubiera pronunciado esas palabras. La operación debe continuar, pero a cambio, mi intención era hacer todo lo posible para mitigar los abusos que se cometían contra Rolf.

Mi resolución más íntima, una que Rolf aparentemente hizo caso omiso con sus siguientes palabras.

“Aún así, mi señora. Me opongo a esta operación”.

Un escalofrío por el cuerpo.

Un congelamiento de la sangre.

Una zapa de los humores. Sentí entonces. Recordado, incluso ahora.

A continuación, respiré hondo otra vez, y con toda la emoción muerta de mi corazón y mi timbre, hablé de nuevo.

“Rolf. Esto es lo que ha decidido la propia Orden. Tales asuntos estratégicos no prestarán atención ni tolerarán la disidencia de un mero pretendiente”.

"... Mis disculpas, Mareschal".

Así volvió Rolf a sus quehaceres.

Así me recliné pesadamente en mi silla.

Una silla ricamente tapizada en cuero, hecha para complementar un gran escritorio de madera de caoba.

Qué frío se sentía contra mi piel, ese cuero.

Y qué distante me sentía de Rolf. Aunque estábamos en la misma habitación. Aunque estaba justo a mi lado, haciendo su deber de limpiar la casa.

Oh, cómo quería huir de todo.

Pero al quedarme sin ningún lugar, simplemente los cerré de mi vista.

†

La operación fue un éxito.

Godrika fue retomada.

Y, sin embargo, el espíritu de alegría no encontró hogar en mí. Pues tal como lo había previsto Rolf, en efecto acechaba en ese subsuelo un behemá más salvaje de lo que imaginamos.

Nuestro entusiasmo agitó al monstruo de abajo: un catoblepas, temible demonio del mito, uno que atravesó las filas del 5º en su frenética huida. Fue una locura que nos exigió un precio demasiado alto de soportar: montones y montones de nosotros, muertos.

Y nadie merecía la culpa más que yo. Le di la espalda al consejo de Rolf, solo para luego enfrentarme a las familias de los perdidos. Para condolerlos. Para responder por mi indiscreción.

Y qué irónico de nuevo, que no fueron nuestros caballeros los que mataron a los catoblepas, sino el propio Rolf. Y solo él mismo. Donde mi levinblade y toda nuestra magia fallaron, el ingenio y la audacia de Rolf triunfaron.

Sin embargo, por caros y vanos que fueran nuestros sacrificios, el prestigio concedido al 5º era inconfundible. Siguió una ceremonia en la que se entregaron medallas a los líderes participantes, así como a los caballeros distinguidos en sus hazañas.

Tuve el honor de oficiar el acto solemne, pero no el honor de darle a Rolf lo que le corresponde. Porque no me incumbía a mí decidir quién ganaba qué, sino al propio marqués de Norden. Verdaderamente había nominado a Rolf, pero al final, fue un héroe olvidado.

Era quizás algo que ambos esperábamos. Apenas salió un suspiro de nuestros labios.

“Rolf... lo siento”, le había dicho. "Me aseguré especialmente de pedirle honor al marqués, pero... me temo que él..."

No le hagas caso, Mareschal.

Esa fue su respuesta. Y todo lo que dijo al respecto.

Un hombre que siempre subió la colina de Sísifo hasta el título de caballero. Pero nunca un hombre que se desespere en cada caída que dio al fondo.

Un hombre con el nombre de "Rolf Buckmann".

†

A escasos dos años de Godrika, y las innumerables filas de las Órdenes estaban todas y cada una equipada con plata. Incluso los mismos enamorados estaban cubiertos de plata, porque sucedió que Godrika escondió venas mucho más abundantes de lo que cualquiera podría haber previsto.

Es irónico, entonces, que lo que había *previsto* se cumpliera pronto: Rolf ya no conocía el sabor de la victoria, plateado como lo eran ahora sus compañeros de entrenamiento. Por lo tanto, lo eximí de todo el entrenamiento requerido. Tenían poco significado si lo que le esperaba no era más que heridas y burlas.

Pero eso apenas lo detuvo.

Una y otra vez blandía su espada, su hoja nunca alcanzaba su objetivo.

Una y otra vez fue golpeado contra el suelo, sin nada que hacer más que retorcerse y jadear por aire.

Atrás quedaron los escasos indicios de asombro por su destreza. Para todos los demás, era un muñeco de trapo al que desgarraban y rompían día tras día.

Y no solo una muñeca de trapo, sino una mancha de hierro en un océano de plata. Ciertamente, a los galantes también se les proporcionó el equipo reluciente, pero Rolf fue una excepción: en la totalidad de la quinta, él fue el único que quedó sin equipar. Esto también fue un desarrollo más allá de mis sueños más salvajes.

Más sorprendente fue la influencia de la plata en la mente de los propios oficiales. Su equipo de plata: eficaz en la batalla, espléndido para la vista, y ahora, un símbolo de estatus de no poca importancia. Desfilan en su brillo recién dado había engordado su presunción al máximo. Y junto con ello, su desprecio por el aún férreo Rolf.

Informado de la situación, ordené al intendente que también le hiciera a Rolf una armadura plateada para que la llamara propia.

"Señora, me temo que no veo el punto en esto", el intendente inclinó la cabeza. ¿Para qué podría servir la plata a un hombre sin odilo?

"Quisiera que todo el 5.º estuviera al unísono, un propósito que la plata debería servir lo suficientemente bien", respondí con firmeza. "Prívalo de él y lo marcaremos como la oveja negra de nuestro rebaño, ¿no es así?"

No había mentira en lo que había dicho. Mi razonamiento debería haber probado ser lo suficientemente sólido. Incluso entonces, el intendente era extrañamente dado a la resistencia.

"Perdóneme, señora, pero ¿no es la oveja cojeante de un hombre mismo la que mantiene a nuestro rebaño *fuera* del paso?"

"Solo haz lo que te he pedido, ¿quieres ahora? Una armadura plateada para Rolf, *por favor* y gracias.

Mis propias palabras, pronunciadas por mí mismo, luego resonaron en mí.

'... Me aseguraré de que no sufras más por tal abuso...'

Una promesa que le había hecho a Rolf. Una promesa que pretendía no traicionar.

—Me temo que no tengo la última palabra en esto, señora —se resistió el contraamaestre—. "El equipo de plata fue una vez el privilegio de los oficiales ejecutivos, otorgado solo por Central. La suya es una autoridad que se mantiene, incluso ahora. Para recibir alguno, primero debo informar a Central del número que requerimos y luego obtener su aprobación.

"Entonces, ¿por qué no hacer exactamente eso? Dígale a Central que incluya un juego para Rolf en el próximo envío. ¿Es eso tan difícil?"

"Mi mariscal. No se menciona que la plata es suave entre los muchos metales. Pídale a un soldado sin odilo que lo use, y también podría usar papel. Un suspiro. "Con el debido respeto, ¿podría usted, con la conciencia tranquila, vestir tan mal a uno de los suyos, solo para que coincida más alegremente con sus compañeros? Según mi medida, pones en peligro a este hombre, por inútil que sea.

Si este oficial hubiera omitido ese último comentario, podría haberlo considerado medio considerado con Rolf. Pero en ellos quedó al descubierto el camino de su corazón: creía que Rolf era el más indigno de los atavíos de plata, magnífico en poder y belleza tal como estaba en su mente.

“...No escucharé más excusas. Consíguele a Rolf su parte. Haz todo lo que debas.

Una conversación cortada por mi propia irritación. Esa misma ira endureció aún más mis pasos cuando abandoné la presencia del intendente. Sin embargo, era la triste verdad que ningún consentimiento vendría de Central.

No había nada a la vista para Rolf. Qué fastidioso, qué insoportable fue.

Y tirando de mi caballo ahora estaba el mismo hombre, del mismo físico imponente, vestido con el mismo hierro. Un hombre que antes parecía un criado que un galán.

En ese momento, de hecho había quienes habían comenzado a tratar a Rolf como tal. Lo que antes era “abuso” ahora era persecución flagrante.

Me propuse volver a solicitar un traje de plata para Rolf durante una convocatoria a la capital real. Pero allí en Redelberne me encontré con las mismas excusas que el intendente. Allí, mis esperanzas se desvanecieron una vez más.

Los funcionarios observaron nuevamente que un traje hecho para combinar con la gran figura de Rolf requeriría un ajuste personalizado. Razonable, si no fuera por el tono de desprecio en su timbre.

†

Los vientos amargos enviados contra Rolf solo aumentaron a partir de ahí.

Pero no me quedé de brazos cruzados; con la pluma puesta en el pergamino, decreté a la totalidad del 5 que todos los miembros eliminaran de su conciencia cualquier recelo discriminatorio hacia otro, ya sea por capacidad o equipo. Aunque al final, como tantos de mis esfuerzos anteriores para proteger a Rolf, resultó en nada.

En el transcurso de esos días pesados, ocurrió un incidente: un caballo mío había desaparecido de los establos.

El liderazgo hervía de pánico: el corcel era un regalo de nada menos que Su Majestad, el Rey Londosius. Como mi prometido, era el deber de Rolf cuidar del caballo, una responsabilidad difícilmente olvidada por los líderes, ya que todos se abalanzaron sobre él, ansiosos por echarle la culpa a un lapsus mental.

Alguna malicia secreta estaba en marcha, un plan para soltar al caballo y marcar a Rolf como el culpable, un plan para que lo expulsaran. Me costaba creer que la misma Orden que dirigía pudiera ser tan insidiosa, pero la sospecha seguía siendo un fantasma que acechaba mis

pensamientos. Sin embargo, nunca salió a la luz una sola prueba que pudiera corroborar esas dudas.

Rápidamente traté de calmar la situación, pero el esfuerzo se desvaneció más rápidamente, ya que el desafío de Rolf fue como sal en la ampolla enojada de los líderes. Y sin embargo, por mucho que refutara las acusaciones que se le imputaban, era una oscura curiosidad que Rolf no pudiera explicar sus actividades en el pueblo, tomadas el mismo día de la desaparición del caballo, todo por falta de sobriedad.

Cuando se le presionó, sólo apretó los labios como un niño que se resiste a admitir las virtudes de la disculpa.

Si fuera más él mismo de nuestros días pasados, seguramente Rolf habría confesado sus malas acciones y hecho las paces adecuadas. Pero él fue cambiado. Los largos años de discriminación parecían haberlo dejado completamente cetrino.

Por supuesto, lamenté su situación. Su dolor, sus problemas, todos fueron sufridos injustamente. Sin embargo, tampoco podía soportar la idea de que pudiera estar tan cambiado, tan marchito de su antiguo valor. Así, para gran parte de mi propio dolor, me sentí abrumado por su conducta hundida.

Era la verdad que un solo caballo fue todo lo que se perdió. Un desaire contra Su Majestad, por descuidar su regalo real, claro. Pero no fue como si yo o la Orden vieran un gran pecado sobre la cabeza de Rolf. No, esa cabeza suya todavía estaba endurecida contra las tentaciones del rencor y la traición, eso lo sabía. No fue más que un inocente desliz de sus manos lo que liberó al caballo, sin duda, si la culpa fuera verdaderamente suya.

De hecho... un simple error. Uno que podría haberse resuelto con la misma sencillez.

Una disculpa.

Con una sola palabra, podría haberse ganado mi perdón inmediato.

Con una sola declaración, esta conmoción podría haber llegado a su fin.

Y, sin embargo, Rolf se negó.

Fue paralelamente que se aceleró el asunto de mi compromiso con Kenneth de Albeck. Un desarrollo que nubló mi espíritu y me cansó de cualquier esperanza para el futuro.

En contraste con esos problemas estaba este nudo enredado de un escándalo, condenado a quedar no menos enrollado.

No vi otra opción: hice exiliar a Rolf.

¿Por qué?

¿Por qué llegó a esto?

¿Por qué Rolf no se atrevió a disculparse?

Oh, las innumerables veces que me lo pregunté. En los días siguientes a la tramitación de su expulsión. En los días siguientes de escuchar labios jubilosos cantar de sus castigos. Al final, mi corazón no sabía respuesta.

Cuando finalmente llegó el momento de que se fuera, me dispuse a encontrarme con él. Por pequeña que fuera, aún había esperanza. Espero que pueda tener algunas palabras. Espero que él pueda ver el valor de la disculpa. Esto, lo alimenté hasta el último momento.

Un simple pero sincero "lo siento" hubiera sido todo lo que necesitaba para borrar su oración. La retractación, a una hora tan avanzada, seguramente podría haber irritado todos los rincones de la 5ª con no poca molestia. Pero no me importaba. Mi propio final se avecinaba. Estar casado con el hijo de un vizconde. Colgar la capa de mariscal y abandonar para siempre los salones de la Orden.

¿Sería Rolf finalmente consciente de sus faltas? ¿Para darse cuenta del alivio que una sola disculpa podría brindarle? ¿Encontrado ahora, como él está, con la realidad de que pronto iríamos por caminos separados? Su antiguo yo siempre ha hecho lo correcto. Seguramente, entonces, hay en él la chispa para hacer lo mismo aquí.

Estos pensamientos retumbaron en mi corazón mientras lo miraba fijamente. Y Rolf, de pie a punto de partir, miró hacia atrás.

"Que estés bien, entonces".

Sus últimas palabras antes de partir.

Palabras, concisas y limpias. Una espada cortando los lazos entre nosotros.

Me quedé allí a caballo, completamente horrorizado, sin fuerzas ni inspiración para saltar y correr a su lado. Una y otra vez, miré su figura que se desvanecía.

No tuvo más que inclinar la cabeza. No tenía más que doblar la rodilla. Y todo volvería a ser como antes. ¿Por qué no lo había hecho, entonces?

Una vez más, las preguntas se rieron de mí.

Una vez más, las respuestas permanecieron en silencio.

Rolf estuvo siempre a mi lado. Desde nuestros primeros días. De nuestros recuerdos más desvanecidos. De cuando éramos bebés con los ojos muy abiertos, apenas capaces de mantener un paso de carrera a través de un mundo del que apenas sabíamos nada.

Cuando había alegría, nos regocijábamos juntos.

Cuando había tristeza, lamentábamos juntos.

Un vestido de fiesta.

Mi primera. Dotado con él, jugueteé por toda la habitación en euforia, girando con pasos al azar. Entonces tomé las manos de Rolf y juntos bailamos y bailamos, hasta que me convertí en un desastre agotado y sin aliento.

un canario

Mi propio. Querido pequeño Thibaud, lleno de valor y canto. Pero en el día silencioso de su última vitalidad, lloré una y otra vez, hasta que llegó Rolf a mi lado. Y allí se quedó el resto del día, tranquilo y condolencia.

Nunca podría haber imaginado que Rolf se iría.

Siempre y para siempre estaría aquí conmigo.

Esto, yo creía. Por mucho, mucho tiempo.

Pero no fue así.

Nunca fue así.

†

A una provincia fronteriza va él así tildado de caballero-exiliado.

Es una regla que no está escrita ni en piedra ni en ley, sino en precedencia, una que restringió mis esfuerzos por seleccionar para Rolf un destino más cercano. Lo que se eligió en su lugar fue Balasthea Stronghold, ubicado en la provincia de Ström.

No se encontraría allí ningún soldado o estandarte de una Orden. Protegiendo esas tierras en lugar de nuestra presencia caballeresca estaban los propios hombres del margrave presidente. Lo mismo se aplicaba a Balasthea. Por lo tanto, no había conexión directa entre el fuerte y ninguna de las Órdenes mismas.

Pero era un hecho evidente que los caballeros componíamos las fuerzas armadas reales. Por lo tanto, el margrave, él mismo designado y financiado por la realeza de Londosia, encontró a su ejército subordinado al nuestro, por derecho. Si había un puesto vacante en sus filas, estaba dentro de mi autoridad cubrirlo, una oportunidad que aproveché rápidamente por el bien de Rolf.

"Noble militar experimentado" iba a ser su estado oficial al ser empleado en Balasthea. Es cierto que un "militar" cuyo mandato completo lo pasó como un pretendiente, y un "noble" que fue casi desheredado, advertencias que serían muy difíciles de ocultar, estoy seguro. Sin embargo, los tecnicismos tuvieron poco peso al final, y fue gracias a esta misma designación que la transferencia se llevó a cabo.

Rolf...

No importa el costo, no debe ser obligado a pelear.

De ahora en adelante viviría en una tierra a horcajadas sobre la terrible guarida de los Nafílim. Una tierra que mi mano protectora mal alcanzó. Para él, entrar en el frente sería atravesar la puerta de la muerte misma.

Era un destino que no podía desafiar.

¿Y por qué sino que era débil?

Ni siquiera yo podía negar esa triste verdad por más tiempo. Y no fue por su falta de odyi ni por sus derrotas al final de cada combate en los últimos tiempos.

No... Era simplemente que ya no era de los que confrontaban sus faltas.

Admitiendo la debilidad. Aspirando a la fuerza. Virtudes más absolutas en su necesidad, honradas por todos los que apuestan sus vidas en el campo de batalla. Virtudes, ahora perdidas para Rolf. Allí, en ese mismo campo de batalla, enviaría el destino cada flecha y hechizo para atravesarlo en su trágico vuelo.

Y allí... allí, moriría.

No podía dejar que eso sucediera.

Hasta ahora me he restringido y silenciado las súplicas de mi corazón, para no darle a Rolf ningún favor o trato indebido. ¿Pero soltarlo para su propio fin? Tal fue un golpe de misericordia, no una restricción. No ocultaré mis reservas, mi desesperación por su cambio de conducta, pero que él sufriera una muerte sin sentido era algo que, por mi vida, no podía permitir.

Una fortuna agridulce, entonces, que el comandante de Balasthea se enfermó, cuyo puesto ahora vacante le di a Rolf. No fue en absoluto un arreglo recibido calurosamente por Central, pero a través de mi pura persistencia sus magisters fueron convencidos. Probablemente pensaron que él era uno de los más propensos a cometer un desliz fatal en alguna parte, pero pensé lo contrario. Después de todo, por mucho que le faltaran dientes en la batalla, se destacó al dictarla.

De la mesa de guerra, entonces. Con el título de comandante interino, Rolf prosperaría. Esto, yo creía.

Con él a salvo de las fauces de las líneas del frente, por fin sentí algo de alivio. Sin embargo, hizo poco para llenar el vacío en mi corazón.

†

Habían pasado lunas.

La temporada había cambiado.

Un lapso de días sin la compañía de Rolf. El más vacío, entonces, de todos los días que había vivido.

Pero en él, algo de consuelo del destino: la ruptura de mi compromiso con el hijo de la Casa Albeck, debido a un escándalo revelado en su mansión. Era nada menos que un motivo de celebración, sin duda. Solo que la persona con la que más deseaba celebrar ya se había ido.

Sin embargo, hubo una chispa en estos días sombríos. Escaso, sí, pero una fuente de alegría, no obstante: últimamente, me encontré interesado en leer los informes.

Por supuesto, tales informes, en sus muchas resmas, hasta ahora se ganaron rápidamente mi temor diario al igual que se apilaron sobre mi escritorio. Y lo hicieron, porque nosotros, los mariscales de las distintas Órdenes, tenemos el deber de compartir entre nosotros las noticias de los muchos campos de batalla de Londosius. Sobre todo desde las provincias fronterizas, principales baluartes por ser contra la marea nafílim. De hecho, ningún frente de batalla pasa desapercibido en el diario.

Mis oídos se habían llenado hace demasiado tiempo, para ser honesto. Los informes eran como pájaros entrando en tropel en mi columbario de una cámara para un gran alboroto; solo verlos amontonados en mi escritorio fue suficiente para revolverme el estómago.

Pero en los últimos meses, hubo, entre los bultos molestos, una línea de informes que dieron color a estos días grises.

Es decir, noticias del lejano Ström.

Una franja donde se encontraba la Fortaleza de Balasthea, el lugar de trabajo de Rolf.

Fue allí donde él solo cambió sus fortunas: la soldadesca, reorganizada; la táctica, revisada; las batallas, ganadas al fin. El fuerte era ahora un grito distante del ataúd hambriento que alguna vez fue. Vaya, fue esa misma mala reputación lo que atrajo tanto al liderazgo del 5to a enviar a Rolf al terrible fuerte en primer lugar...

...y lo que me llevó a salvarlo. Dado el manto de comandante por mi decreto, fue salvaguardado de la obligación de luchar en primera línea.

Imagine las venas palpitantes en las sienes de los líderes cuando se enteraron del cambio de rumbo de Balasthea, todo gracias a la orden de Rolf. Bien valió la pena releer los informes, porque encontré gran alegría al contar sus hechos.

Sin embargo, permitir esos momentos era la sombra del descontento. Si hubiera hecho por el quinto lo que hizo por Balasthea, quizás Rolf hubiera sido nombrado caballero por mucho tiempo.

Verdadero; nunca se le dio la amplitud para extender sus alas. Y su circunstancia nunca fue bendecida en gran medida. Pero siempre había deseado que Rolf se aplicara más de lo que lo hizo.

Y luego.

Una idea.

...Circunstancia.

Sí...

Dadas las circunstancias adecuadas, aún puede ser posible traer a Rolf del exilio.

Me senté más profundamente en mi escritorio, vestido de pensamiento.

Es seguro que fue expulsado de los salones del 5º debido a faltas que no se atrevió a admitir. Pero quizás su fructífero tiempo en Ström haya eliminado esa pátina obstinada. Tal vez aún pueda convertirse en un hombre dispuesto a confesar sus errores. Quizás... alguien con la fuerza para enfrentar sus debilidades.

Y luego, si él reflexionara sobre sí mismo con toda sinceridad...

Y discúlpate con toda la seriedad debida...

Mientras estaba irrefutablemente condecorado con sus méritos en Balasthea...

Entonces, quizás su regreso a la 5ª esté al alcance de la mano.

No tenía que ser ahora. Puede que se tome su tiempo. Pero dado esto, la posibilidad puede nacer de nuevo en el horizonte. Y con mi compromiso con Kenneth ahora anulado, mi mandato aquí en el 5 debería continuar en el futuro previsible. Si es así, me gustaría mucho que Rolf estuviera aquí a mi lado en el camino.

“Rolf...”

¿Está cambiado?

No...

¿Ha vuelto a su yo pasado?

¿Ha abandonado el servilismo alimentado en estos años oscuros, por la antigua galantería de años más dichosos?

Miré hacia la ventana, donde se extendían los cielos lejanos de las tierras marginales. Allí, mi otrora prometida aún tomó aliento.

Y por él, anhelaba.

†

“¡Bueno, si no es nuestra estrella! Escuché la gran noticia, la tenemos, Emilie. Vaya, sería un hombre regordete y feliz si el orgullo fuera un placer para saborear. Esto llama a una celebración: ¡a una baronesa renacida!”

“O-oh, no deberías, Gerd. Pero gracias.”

“Espera, ahora. No es una promoción, ¿verdad? ¿Cuál es la diferencia, entonces, ey?”

“No fue ningún ascenso en absoluto, señorita Raakel. En cambio, a nuestro querido mariscal aquí se le ha concedido un feudo propio.

El regocijo colectivo del rebaño de Owlcrane. Fue bastante celebración, realmente, verlos tan resplandecientes de alegría. Las sonrisas estaban por todas partes, incluso en mis propios labios.

“Y también la jefatura de una nueva familia”, continuó Sheila. “¿'Casa Valenius', si no me equivoco?”

“Tienes razón,” confirmé. “Aunque debo admitirlo, el nombre juega mucho con la pretensión. Airearlo solo me sonroja las mejillas.

Todo comenzó con la fechoría de los Albeck.

Cuando me dieron la noticia de que el compromiso estaba descartado de repente, supuse que la causa era la habitual: malversación de fondos, infidelidad, el tipo de astucia que la nobleza solía permitirse.

Espantoso, entonces, eso fue más nefasto de nuevo que cualquier cosa que pudiera haber imaginado. Porque las naturalezas pecaminosas del vizconde Albeck y Kenneth quedaron al descubierto: ambos eran parafilos en extremo, príncipes hedonistas que obtenían placer carnal de la violencia y la humillación que infligían a las mujeres. Tales víctimas fueron secuestradas, encarceladas y obligadas a sufrir todo tipo de atrocidades.

La evidencia no dejó de asombrarme: debajo de la mansión de Albeck se descubrieron los restos óseos de innumerables almas perdidas. Y entre ellos estaban los restos de nada menos que las esposas anteriores del vizconde, todas una vez falsamente asumidas como fallecidas por accidente.

Allí estaba yo, a punto de unirme a ellos.

Aparentemente, el mismo Kenneth estaba bastante... "enganchado" conmigo y, a partir de los testimonios obtenidos, había pensado mucho en nuestra "luna de miel". Cuando me revelaron los sucios detalles, recuerdo muy bien sentir náuseas repentinas.

Ninguna familia, incluso condecorada con una reputación histórica como la de los Albeck, podría atreverse a soportar semejante farsa. Y así, la Casa Albeck conoció la ruina. Su tierra también, el vizcondado del mismo nombre, fue decapitado de su señor.

Y ahora, llenando esa vacante: yo mismo.

Así es. La realeza de Londosia consideró oportuno pasarme los territorios de Albeck como feudo. La Casa Mernessee permanecería intacta, mientras que yo sería el fundador de una familia completamente nueva: la Casa Valenius.

Lady Emilie, Dame Mareschal de la 5ª Orden.

Y ahora, amante de la baronía de Valenius.

El arreglo fue de conveniencia. De todos modos, originalmente iba a involucrarme en los asuntos de esa provincia, como esposa de Kenneth y futura vizcondesa de la Casa Albeck. Y

tenía suficiente prestigio para justificar la boda: a saber, mi mano en la reconquista de Godrika, la batalla de Erbelde, etc. Las piezas del rompecabezas ya estaban en su lugar, por así decirlo.

Pero, por supuesto, las manos resolutivas tenían un motivo propio.

Lady Estelle Tiselius, Dame Mareschal de la Primera Orden, la cuya era una relación tensa con Central, si se podía confiar en los chismosos. De hecho, la ilustre heroína era más una espina en el costado de Central, aunque demasiado arraigada para ser extraída por las tenazas del artificio político.

Y así, los magister vieron la necesidad de un nuevo héroe. Alguien a quien pudieran preparar con regalos de prestigio e influencia. Una semilla de su propia elección, de la que brotaría su próximo ídolo. Y por voluntad del destino, yo fui el seleccionado entre los muchos especímenes, meritorio y popular como era.

Por esa razón, se me impidió asumir los rigores de mi nuevo cargo como baronesa de Valenius. La Central vio que me servía mucho como mariscal, por lo que continuaría con mis deberes aquí el día 5, mientras que un cónsul designado por la Central presidiría la provincia en mi lugar.

“Ja. Bueno, bella *baronesa de Valenius* —*insinuó* Gerd. “Todavía eres nuestro mariscal, y por eso, me gustaría hacer un brindis: ¡por muchos años más de tu liderazgo!”

“Oh, detente...”

Entonces sentí fricción. De ser celebrada cuando yo no tenía el ánimo para ello. De ser llamada baronesa, cuando no tenía un barón que estuviera a mi lado.

Sin embargo, hubo quienes celebraron mi situación por una razón diferente: yo era, aparentemente, el primero en toda la historia de Londosia en ser a la vez un mariscal en funciones y el jefe en funciones de una familia noble. Hasta ahora, esto solo se veía en las fábulas nocturnas, con princesas o duques que no rara vez tomaban la espada para luchar. Que el tropo de la leyenda se realizara, aquí y ahora, causó un gran revuelo entre las filas de los caballeros y la gente común por igual.

Fue una juerga ciega, en realidad. Yo no era princesa ni duquesa, sino una mera baronesa, cuyos cargos provinciales fueron entregados a un mayordomo anónimo, nada menos. Y, sin embargo, la gente de este reino todavía me ensalzaba como una amante intrépida. Estaba agradecido por sus afectos, sin duda, pero últimamente su celo fue avivado por nada más que medias falsedades. Fue en gran medida un desarrollo que me tenía incómodo.

“¡Vamos, Emilie amor! Eres alto y poderoso ahora, ¿sí? Diviértete un poco, ¿por qué no? ¡Lanza tu peso como un verdadero noble! Vaya, si me pusiera sus tacones, haría que ese avaro de un

comedor fuera reconstruido como es debido: ¡grande y espacioso! Ah, y un techo para los campos de entrenamiento tampoco es una mala idea, ¿no?

Un poco de tontería de Raakel, que se encontró con risas por todas partes. Pero ella tenía un punto, uno bastante convincente.

Una epifanía, en realidad.

Mi mente se aceleró.

Aunque me resistía a admitirlo, de hecho había ganado no poca influencia. Mi voz llegó a muchos oídos, y otros tantos estaban dispuestos a escuchar, incluso a las peticiones de la sinrazón.

Como, digamos, de acoger de nuevo a un exiliado.

†

Examiné los informes que llenaban el escritorio una vez más. Estaba tranquilo; no se oía ni un pío en mi habitación, excepto por el roce ocasional de papeles y pergaminos.

Balasthea—todavía no ha dejado de fluir en sus méritos. Lo que una vez vio bajas casi catastróficas en el diario ahora ve casi ninguna en absoluto, un desarrollo claramente posterior a la entrega de Rolf como comandante.

Es un giro que impresiona no menos con cada relectura. No hace mucho tiempo Balasthea era un verdadero campo de exterminio. Milagroso, ser tan transformado en un bastión de acero, donde las bajas se han convertido en una rareza. Tal logro allanó más audazmente el camino hacia el regreso de Rolf a la Orden, una posibilidad que aumentaba cada día que pasaba.

Pero un callejón sin salida bien impide su realización: para superarlo, necesito un plan. Si bien es cierto que mis palabras ahora tienen un gran peso, más pesado aún es el estigma del exilio de Rolf, una mancha que no se puede limpiar tan fácilmente solo con un servicio meritorio.

En extrema necesidad de una pista para desentrañar esta madeja, rebusqué entre los otros informes. Fue entonces cuando cierta palabra me llamó la atención.

“Ayudante en Jefe”.

La madeja reveló por fin un hilo suelto.

Durante los últimos dos inviernos, la guerra de Londosius se había expandido tanto en alcance como en vigor, una tendencia provocada por mi costoso éxito en Godrika. Para hacer frente a la demanda beligerante, cada una de las Órdenes sufrió cambios en su régimen. No menos

importante fue el nacimiento del papel de ayudante principal, ya que rápidamente se entendió que nosotros, los mariscales, podríamos necesitar un asesor cercano para administrar mejor los nuevos rigores de nuestra oficina, a la luz de la creciente escala de las batallas.

De las Órdenes, la 2ª ya había comisionado un ayudante propio, y hasta ese momento, el cargo cumplía bien sus propósitos.

Ciertamente, nadie protestaría si aprovechara el quinto de la misma.

Y así como lo había hecho el 2do, debo abrir el puesto a todos los aspirantes, es decir, con respecto a poco si tienen o no alguna afiliación presente con la Orden. Pero para igualar la perspicacia requerida de un ayudante, debe tener algunos años de servicio previo en la Orden en su haber. Y para acompañarlo, algo de experiencia en comando de campo también.

Ah, eso es correcto.

“Los solicitantes que busquen un servicio de primera línea también serán aceptados”, una condición de la que no debería prescindir.

Un ayudante en jefe se preocupa más por el arte de la guerra que por la guerra, es cierto, pero como siempre conocedor de la espada, Rolf inevitablemente se encontraría cerca de la acción. Es cierto: una vez, en el pasado cercano, le ordené que arrojara la espada y desafiara de nuevo el camino del estratega. Fue una sugerencia seria que finalmente rechazó.

Sin embargo, de nuevo es cierto que admitió que la estrategia se encontraba entre los pilares del deber caballeresco. Su corazón, entonces, era que simplemente no deseaba renunciar a la espada. Esto no debería negarlo, independientemente de la antigua naturaleza del papel de ayudante.

Ahora, una condición más.

“Ni los hechos pasados cometidos ni las ofensas justamente disciplinadas tendrán ningún valor”, la única línea de mayor importancia. En otras palabras, el exilio de Rolf será un asunto del que nadie se enterará.

... Oh, si fuera tan simple.

Considerar esa misma línea, sin preocuparme por sus implicaciones, seguramente sería un fracaso de mi oficina. Como mariscal, como superior, esta era la única faceta que no podía dejar sin cortar.

Sin embargo, tengo esperanza. Espero que Rolf responda a mi llamada velada. Espero que vuelva. Y cuando finalmente esté ante mí, una disculpa es lo primero que mis oídos deben escuchar de sus labios.

Solo...

Si lo encontrara creyendo rápidamente que todo está perdonado...

...si lo encontrara olvidado de todo lo que ha sucedido antes...

...entonces lo que me queda es abandonarlo de una vez por todas.

Pero todo irá bien.

Yo creo en el.

Por sus hazañas en Balasthea, puedo decir correctamente: de vuelta en su corazón está su fuerza una vez perdida. La fuerza para admitir sus faltas. La fuerza para enfrentar sus debilidades.

El Rolf que siempre he conocido. El Rolf que con gusto se disculparía.

Si esta fuerza lo hubiera encontrado durante la audiencia, ciertamente estaría aquí conmigo en esta misma cámara, en este mismo momento.

Una vez más, entonces. Sólo una vez más le daré una oportunidad.

Al tomarlo, desplegará su vela de remordimiento.

Al verlo, llamaré a mis vientos de misericordia.

Y luego, juntos, reanudaremos nuestro viaje de nuevo.

Un viaje por mares de un temperamento diferente, porque ya no soy una liebre atrapada en un compromiso no buscado, sino el jefe de la Casa Valenius.

No tengo dudas de que Central infringirá asuntos de mi matrimonio. Pero no voy a tolerar su hiel. Ni un poco. No importa cuán brutalmente vengan a mordernos y separarnos, los mantendré atados con sus correas, de una forma u otra.

Y luego...

...Y luego, me casaré con Rolf.

Y juntos, seremos señor y señora de Valenius.

Un futuro desvanecido hace mucho tiempo.

Un sueño largamente abandonado.

Ahora renovado.

Ahora al alcance.

Oh, cómo se aceleró mi corazón.

†

Y aún así mi corazón se aceleró.

Desde la mañana hasta este momento, porque hoy era el comienzo tan esperado: se llevaría a cabo la selección oficial para el puesto de Ayudante Jefe de la 5ª Orden de Caballería.

Pero fue más bien un asunto íntimo, celebrado en una pequeña sala de conferencias en la sede propiamente dicha. Reunidos estaban los altos mandos del 5º: yo, el submariscal, los Owlcranes y los brigadieres, incluida la propia Felicia. Y juntos, era nuestro cargo ahora encontrarnos con los aspirantes uno por uno. Indagar sobre ellos, saber de ellos, de cabo a rabo.

Sí...

Muy esperado, por cierto.

Han pasado meses desde la última vez que vi a Rolf.

Volver a verlo...

El pensamiento era como un viento fresco que soplaba sobre mis adustas velas.

Pero no me olvidaré de mi oficina, por supuesto. La proyección debe llevarse a cabo con toda imparcialidad. Con ese fin, no pretendo ahorrarle a Rolf ni una pizca de indulgencia. Para recuperar su lugar entre nosotros, y además mi lado como ayudante en jefe, debe volver a demostrar que es más digno que todos los demás con la misma ambición.

Un golpe en la puerta. Entró un caballero, uno encargado de los deberes clericales del día.

"Señora", llamó, "tenemos una buena reunión de aspirantes en este momento. ¿Empezamos pronto?"

"Ah, sí", respondí antes de dar una respiración profunda. "Bien. Empecemos."

"Como desées. El primero aparecerá en breve."

Las ruedas estaban girando por fin. Y con ellos, el desgaste de mis nervios. Un poco tonto, de verdad. Después de todo, no soy yo el que está siendo examinado.

No... Hay preocupaciones en abundancia. Los líderes, reunidos aquí para juzgar a los aspirantes junto a mí, no hay duda en mi mente de que se resistirían completamente a la ferviente presencia de Rolf, y mucho menos a la idea de seleccionarlo para una posición tan notable.

Pero el propio Rolf ha realizado muchas hazañas sobresalientes en Ström. Hechos que nadie aquí puede pasar por alto. Y con una muestra de sincero remordimiento por el incidente de los meses pasados, así como mi apoyo posterior, las piezas del rompecabezas seguramente encajarán en su lugar.

Y cuando lo hagan, el camino quedará finalmente abierto: el camino hacia un futuro, juntos.

"Indulto."

Con un golpe, el primer aspirante entró en la habitación, un hombre aparentemente de unos cuarenta años.

"Buenos días, ser", lo saludé. "Por favor, tome asiento".

"Gracias señora."

Y allí en una silla solitaria se sentó, uno frente a nosotros los líderes, sentados como estábamos en una sola fila. Intimidante, sin duda.

"... Lo habrías hecho bien si hubieras sido el primero..."

Un murmullo de Felicia, al borde de un susurro demasiado débil para que un oído distraído lo capte. ¿Y para quién más eran sino para su propio hermano? A decir verdad, pronunció las palabras escritas también en mi propio corazón, porque yo también deseaba que Rolf hubiera sido el primero en cruzar esa puerta.

Pero Ay. Todavía tenía mis deberes como mariscal que cumplir, y cualquier aspirante que pasara por la puerta debía recibir mi justo y serio juicio.

Con el ánimo en orden, miré al caballero que tenía delante y comencé la evaluación.

†

Las proyecciones transcurrieron sin inhibiciones. Fue en la víspera del mediodía que nos sentamos frente a nuestro cuarto aspirante.

"... Aquí está escrito que has asumido el mando en el campo. A saber, en los frentes del sur de antaño —dije, mirando los papeles. "¿Es eso así?"

"Claro que sí, señora", asintió el aspirante. "Allí estábamos, acorralados, *en desventaja*. Mis hombres estaban tensos y asustados, y nuestro enemigo vio la victoria en el horizonte. Pero por mi ingenio, los desgastamos sin dejar un agujero en nuestras tiendas. Y en el séptimo día de esa larga lucha, los expulsamos y les arrebatamos la victoria, ¡justo delante de sus narices!

"¡Fe! ¿Fue *su* mano la que pasó ese juego, buen señor? jadeó uno de los líderes. "¡Vaya, apenas hablamos de otra cosa cuando leímos los informes! Y con razón; ¡Fue una buena maniobra, señor! ¡Permaneciendo firme como tú lo hiciste!"

"¡Buen hombre! Me alegro de que me recuerden tan calurosamente", sonrió nuestro aspirante. "Oh, en verdad, el momento lleva mi marca más orgullosa. ¡Ninguna otra alma en esa batalla podría haber esperado igualar mis méritos, me atrevo a decir!

"Gracias, señor, por esa brillante cuenta", dije. "Bien. Creo que hemos oído suficiente. Les informaremos de los resultados en los próximos días".

"Y esperaré con gran expectación", respondió, levantándose e inclinándose. Aunque debería saberlo, señora. Soy todo un robo, si lo digo yo mismo. ¡Hm hm!"

"Eso es usted, señor. Gracias."

Con eso, se concluyó la cuarta evaluación. En cuanto al aspirante mismo, se aseguró de no irse sin mirar directamente en mi dirección y ventilar otra expectativa de buenas noticias.

"Mi..." Sheila suspiró. "Nuestros aspirantes hasta ahora, con tal espíritu se venden a sí mismos. Con cierto éxito podrían lanzar la venta de este mismo reino por una moneda, si lo intentaran.

"Me gusta bastante, su espíritu", intervino Raakel. "Muestra motivación, *pasión*".

Las palabras de los dos sonaron bastante ciertas. Los aspirantes ciertamente imbuían ardor en su persuasión. Y por si fuera poco, algunos de ellos pertenecían a las Órdenes superiores. Me preguntaba qué los obligó a postularse para el quinto, el más bajo del grupo. Fue entonces cuando Gerd ofreció una respuesta.

"Ja. Probablemente el trabajo del 'efecto Emilie', como me gusta llamarlo. Todos irritados y listos para luchar junto a nuestra nueva heroína, lo están. ¡Como deberían ser!"

Aunque me resistía a admitirlo, dijo el grano de la verdad.

"...Cualquiera que sea el caso, nos separamos aquí," dije, levantándome de mi asiento. "Volvamos a reunirnos dentro de una hora".

Con eso, los líderes se movieron y se estiraron colectivamente, mientras yo salía rápidamente de la habitación. Fui al secretario de caballeros.

"Indulto. ¿Cuántos quedan? Le pregunté.

"Doce, señora. Esperan en el salón mientras hablamos. Sin embargo, esperamos que lleguen más a medida que avanza el día".

"Está bien..."

"Otra vez más han respondido a su llamada de lo que cualquiera podría haber imaginado. No me inmutaré si nuestro trabajo continúa hasta bien entrada la noche. Efectivamente, los criterios fueron estrictos, pero han hecho poco para disminuir la avalancha de aspirantes atraídos por su faro, señora.

"¿H-tienen ahora...?" Cedí, algo aturdido. "Bien. Sigamos así entonces. Hay mucho por delante de nosotros".

Me separé de la compañía del empleado, bajé por el pasillo y me detuve justo antes de la entrada del salón. Allí, tomé una respiración tan profunda como mis pulmones lo permitieron, y exhalé muy lentamente. Mano sobre mi corazón, calmé mis nervios.

Entonces, quizás con demasiada precaución, miré adentro.

Dentro había doce, todos de diferentes edades. Y entre ellos—

"Emilie".

"¿¡Hola!?"

—una voz me empujó desde atrás, provocando un aullido tonto de mis labios. Me giré y encontré a Felicia parada cerca.

"¿Ya se ha mostrado el hombre?" preguntó ella, seguramente refiriéndose al propio Rolf.

Últimamente, había dejado de hablar de él con calidez. Deben haber pasado meses desde la última vez que escuché la palabra "hermano" de su boca. Fue un cambio, supongo, precipitado por su silenciosa incapacidad para disculparse en la audiencia de los últimos meses. Un cambio que solo oscureció su desesperación por su otrora amado hermano.

"N-no, todavía no, por lo que parece".

"El valor..." ella suspiró. "Tal bendición que le espera. Y no tenía más que ser el madrugador arrepentido para reclamarlo. ¿Cómo se nublaron sus ojos, que un llamamiento tan simple se perdió de vista?"

Qué mordaces eran, las palabras de una hermana para su propia sangre.

Sin embargo, en fe, su corazón estaba dispuesto a perdonarlo. Esto lo sabía muy bien. Ella estaba entre aquellos a quienes había consultado en privado para armar este mismo asunto. Una conversación, en cuyo curso, la encontró inmediatamente consciente de su verdadera intención: darle a Rolf otra oportunidad.

Incluso entonces, a pesar de su comportamiento amargo, no emitió ni un suspiro de desaprobación.

De hecho, la voluntad de perdonar a Rolf aún estaba viva en ella.

O tal vez, el deseo.

"Él ve bastante bien, Felicia," traté de tranquilizarla. "No pasará mucho tiempo antes de que llegue, estoy seguro".

"Y antes deberías dejar de mimarlo así, querida Emilie", dijo, suavizándose al dirigirse a mí. "No hay necesidad de seguirle la corriente si tiene la intención de seguir jugando al niño que hace pucheros. De lo contrario, corremos el riesgo de menospreciar a los otros aspirantes".

"Sí, Felicia, lo sé. Las evaluaciones se harán con toda justicia, lo juro —fue mi garantía para ella, después de lo cual di una mirada más a través de la sala.

No menos de cinco años de servicio en la Orden...

Experiencia de campo en mando militar...

Las almas que vi dentro se encontraron todas con esas condiciones. Y como tales, cada uno de ellos era un caballero templado, con todas las de la ley y completamente listo para afrontar la carga del ayudante en jefe.

Pero Rolf estará bien.

El tiene que ser.

Ninguno de ellos sería eclipsado o eclipsado.

Esto, seguí reflexionando.

Y así, seguí anhelando nuestro reencuentro.

†

Habían pasado cuatro horas desde que nos volvimos a reunir para la sesión de la tarde. La luz del mediodía de Tiziano suspiraba a través de las ventanas.

“Gracias, honorables caballeros a todos. Esperaré la buena palabra.

La aspirante a dama ante nosotros hizo una reverencia y abandonó sumariamente la sala de conferencias.

“Ella también es toda una estrella, debo decir”, dijo uno de los líderes. “Que ella haya tenido una mano en la defensa de Rossantine es muy tranquilizador”.

“Sí...”, comenté. “Ciertamente lo es”.

En verdad, las hazañas de la dama no faltaron. Igual de cierto, sin embargo, era que la fortaleza de Rossant no estaba especialmente cargada en su difícil situación. Una pálida comparación, en realidad, con la mortífera circunstancia de Balasthea, que Rolf ya no volvió mortífera. Fueron sus obras las que me parecieron más ambiciosas, incluso milagrosas.

Miré al empleado en la entrada. “¿Cuántos más?”

—Cuatro en el salón, señora. La corriente de llegadas tardías también parece estar secándose, por lo que parece”.

“Ya veo. Gracias.” Me levanté de mi asiento una vez más. “Todos, vamos a romper por ahora. Nos volvemos a reunir en veinte.

Un susurro se elevó de los líderes una vez más cuando salí de la habitación. Encontrado con aire más fresco, me di un estirón.

“Haah...”

Que cansador

Incluso como mariscal, no me gusta medir a los demás con tanta severidad.

...No. Eso no fue todo.

Eran las horas de la decepción. De dar la bienvenida a los aspirantes a la evaluación, uno tras otro, para ver no la cara de Rolf, sino solo la de los desconocidos. Una repetición que siempre desgasta mis nervios.

A estas alturas, me fastidiaba la picazón de la molestia. Pero dejándolo de lado con un movimiento de cabeza, fui y me asomé al salón una vez más.

“...Mmm...”

Rolf no estaba allí.

¿Por qué?

Las palabras anteriores de Felicia resonaron en mi mente. Más claramente, y verdaderamente ahora, mientras reflexionaba más sobre ellos. A Rolf le convenía mucho presentarse lo antes posible y dejarnos claro su remordimiento a todos. Sin embargo, tenernos sentados en una expectación chirriante... fue muy extraño.

La rumiación hizo poco más que teñir mi molestia hacia la ira.

Pero en el transcurso de ese enrojecimiento se despertó en mí una nueva inquietud. Uno que sentí estaba más allá de toda posibilidad. Y, sin embargo, me encontré incapaz de silenciar el presentimiento.

...¿Podría ser?

¿Que Rolf no viene?

No.

¿Qué diablos estoy pensando?

Este es el sueño de toda la vida de Rolf: convertirse en caballero. Y es así que aquí, la Orden, honorable salón de caballería y estimado servicio, es donde verdaderamente pertenece.

Es cierto que ha errado en su camino. Pero estoy aquí. Aquí para darle otra oportunidad. Aquí para dejarlo volver sobre sus pasos y pisar de nuevo el camino correcto. Aquí para darle la bienvenida de nuevo a mi lado.

Él vendrá.

Sé que lo hará.

Pero al saberlo, sentí que cada minuto y segundo se arrastraban de manera aplastante.

Qué agotador, de hecho... Más de lo que había anticipado.

Con una respiración profunda para renovar mi espíritu nuevamente, di vueltas y comencé a hacer mi camino de regreso a la sala de conferencias. Fue entonces cuando encontré a Gerd acercándose por el pasillo.

—Ahí estás, Emilie —la llamó—.

“¿Por qué, Gerd? Nos reunimos pronto. Deberías regresar...”

"Sigues esperando a ese sin gracia, ¿no?" Había un tono monótono en su timbre. Una cautela nublada de la que no se podía deducir nada. Los criterios... hechos a medida para él, ¿no? No tiene sentido ocultar la historia ahora, Emilie. Estos ojos míos no son el único par que se ve a través del humo.

"... No olvidaré la justicia en mis deberes aquí".

“Y entonces no lo harás. No es que tuviera ninguna duda, por supuesto. Habiendo expresado esas palabras, Gerd fue y echó un vistazo a la sala él mismo. “Mmm. El hombre del momento, no se lo ve por ninguna parte”.

"En ninguna parte, de hecho".

Una respuesta mía, condenada por toda la reticencia que pude reunir, porque sentí entonces que comprometerme con algo hubiera agriado el momento de inmediato.

“Dime, Emilie”, dijo Gerd, volviéndose hacia mí. ¿Tenemos verdadera necesidad de él? Eso sin gracia.

"... Debería pensar que sí", respondí con cuidado. "Has oído hablar de lo que sucedió en Balasthea, ¿no es así?"

"Eso tengo."

“Y Erbelde, Godrika... Lo viste con tus propios ojos. Todos lo hicimos. Qué perdidos hubiéramos estado, si no fuera por él”.

"Lo sé muy bien, seguro".

"¿Sin embargo, todavía lo calificas como un 'sin gracia'?"

Permanecer sin comprometerme era mi intención en esta conversación, pero en su curso encontré que mis palabras ardían cada vez más rojas.

“Como debería. Eso es lo que es. Eso es lo que se le ha *negado*”.

"¿Y ser negado es un estigma demasiado profano, en tus ojos?"

Bastante profano. Para mí y para muchos, muchos otros", respondió Gerd, antes de pasar junto a mí y comenzar su camino de regreso a la sala de conferencias. "Aún así, tienes mi confianza, Emilie. y mi oído, y mi espada. Así como los de todos los demás, estoy seguro.

Palabras de su figura de despedida.

Me quedé allí, algo abrumado por todo, antes de pensar en seguirlo de regreso.

†

Más vueltas del reloj de arena.

El momento nos encontró hecho con nuestra vigésima evaluación.

"*Hoo-ah*", se estiró Raakel. "Ay, estoy jodido. Hemos conocido, cuánto, una puntuación completa de ellos hasta ahora, ¿eh? Por chicle, incluso habíamos recuperado a los jubilados de sus pastos, lo hicimos".

Un sentimiento difícilmente suyo solo. A estas alturas, la hora de la noche y los otros líderes estaban cansados y agotados.

"¿Cuántos quedan ahora?" Yo pregunté.

"Todos menos dos más", respondió el empleado. "La línea de meta está a la vista, señora; hagamos que corra esta carrera".

Dos...

Cada vez más mis dudas se hicieron realidad, ya que ese mismo número disminuyó con Rolf ausente de su cuenta. Felicia también había perdido claramente mucha esperanza en su rostro. Sin embargo, sin importar cuán gravados estuviéramos, el empleado no cedió en mostrar a nuestro próximo aspirante.

un arco Mi hermoso mariscal Valenius. ¿Cuánto tiempo ha pasado?"

Este hombre.

Conocí su cara.

Con él me enfrenté a la Batalla de Erbelde. Con él me reuní a menudo en los pasillos de Central, más veces de las que quisiera admitir. Sin embargo, le hice un gesto para que tomara asiento.

Pero apenas Gerd comenzó a murmurar con cierta agudeza.

“...Erik Lindell.”

De hecho, era Sir Erik Lindell, caballero de la 1.^a, líder de sus Owlcranes.

Mis cálidas impresiones de él eran escasas, si no totalmente vacías. De Lindell, recuerdo sobre todo la vehemencia aplastante que exigió a Rolf en vísperas de la operación Erbelde. Los moretones que sombreaban el rostro de mi otrora prometido estaban tan claros en mi mente como cuando los vi hace tres años, tan claros como las palabras con las que protesté ante su mariscal.

Y eso por no hablar de sus avances, por sutiles e inquietantes que sean. Sí. Había en Lindell una fijación por mí, el punto culminante persistente de mi pobre opinión sobre él.

“Ese soy yo, Erik Lindell de la 1.^a Orden de Caballería”, se inclinó de nuevo. “A su servicio, gentiles todos”.

No pocos entre los líderes se despertaron entonces con asombro.

“¡Pues, en la fe! ¡Es el teniente de los Lechucranes del 1.º!”

“¡La hoja del pecho de Mareschal Tiselius! Aquí en la carne! ¿Qué nos gana este placer, ahora?”

“¡Mis buenos caballeros!” Lindell se rió de buena gana. “¡Oh! ¡Me exaltas el doble, la mitad de lo que merezco!”

Modestia bizantina, disimulada por una sonrisa melosa: los otros líderes se apresuraron a reverenciar al teniente, pero yo mismo no compartía su entusiasmo. Pero entonces Sheila separó los labios con un suave filo de pregunta, como para airear mis propios pensamientos.

—Lord Lindell. ¿Un asunto, si me lo permite?

“¿Hmm? Ah, la bella dama Sheila Larsen, ¿sí? Sin duda, milady.”

“El ilustre león del 1.º busca unirse al 5. Es curioso, debo decir”, comenzó sin romper su leve sonrisa. “Oh, Yoná ten piedad: ¿esos hilos de marionetas espían mis ojos? ¿Colgando de las manos de Central?”

Hubo algunos entre nuestros líderes en cuyos oídos las palabras de Sheila resonaron con un significado inquietante. En sus rostros ahora había sonrisas que se desvanecían ante una sospecha palpitante.

“Ven ahora, mi querida señora. Me temo que solo ves una fantasía de las hadas —replicó Lindell, su rostro completamente imperturbable por el cambio de tono del momento—.

Sin embargo, a pesar de su negación, la observación de Sheila tenía peso. La fricción fue lo que se encontró de inmediato entre Central y el Mareschal Tiselius. Y fue esta misma fricción lo que obligó al agarre administrativo a quitarle el manto de heroína y, en cambio, cubrirme los hombros con él.

Así estaba en marcha la astucia, para desgastar su influencia y fama, y colocarme en un pedestal en el mismo golpe. La intención de Lindell de unirse a nuestras filas parecía solo un zarcillo que surgía de esos diseños sombríos.

Poca corroboración se encontró, entonces, en la refutación de Lindell, porque nuestra sospecha colectiva no se desvaneció en lo más mínimo. Entonces habló una vez más, como si el olor de la duda le llegara a la nariz.

“Pero supongamos por un momento que, de hecho, hay algunos de los títeres de Central en juego. ¿Lo que importa? El quinto no sufrirá ningún mal por ello, estoy seguro.”

“No, señor Erik. Yo, por mi parte, veo mucho mal y más en inmiscuirse en la política. Y por eso lo tomo mal.

“Oh, mi bella Lady Emilie”, sonrió Lindel. “Tus preocupaciones, entiendo muy bien”.

Tus tonterías, las compadezco de todo corazón, podría haber dicho su mente. Aversión a la politiquería, en las circunstancias en las que me encuentro ahora, en sus oídos, tal vez soné más como un niño dolorido que como un líder prudente.

Fue entonces cuando recordé las mismas palabras de su mariscal. Un hombre al que le calza el jubón del orador con la misma comodidad que la coraza del caballero; un lobo con mucha práctica en despertar a las manadas para sus propósitos, ni siquiera de la heroína se ocultó el amor de Lindell por la navaja política.

Ligeramente, entonces, debo andar mientras esté en su compañía.

“Correcto”, hablé de nuevo, cortando la tensión. “En todo caso, tú te sientas como aspirante y nosotros como jueces. Sigamos, ¿de acuerdo?”

Así comenzó otra evaluación, ahora con mucha cautela.

†

“Bueno, entonces, buenos líderes todos. Juzgame con amabilidad”, Lindell hizo una reverencia después de levantarse de su asiento.

“Y así lo haremos. Sabrás nuestra determinación en los próximos días”, respondí rotundamente.

“Ah, sí, resuelva. Debo decir que, aunque en mí arde tanto la reverencia como la adoración por mi mariscal, Lady Tiselius, mi propia resolución está más intensamente inflamada de ayudar tanto con la mano como con el corazón para marcar el comienzo de la nueva era. Mi esperanza, entonces, es que usted lo acepte.

Con esas palabras escurridizas, Lindell finalmente abandonó nuestra presencia. Cuán serpentino es, así debemos tratarlo en consecuencia. Aunque a decir verdad, el momento me encontró sin importarme mucho, porque otro asunto me presionó con más urgencia.

Miré al empleado. "El próximo será el último, ¿supongo?"

"Eso es correcto, señora".

"¿Estas seguro? ¿No queda ninguno en el salón?"

"Muy cierto. Uno más y el día termina", asintió. "Su resistencia asombra, madame. Solo un poco más, ahora.

Luego, el empleado se fue a convocar al siguiente y último aspirante. La puerta se cerró, y de inmediato, mis nervios se deshilacharon por completo. Los sonidos, todos ellos, parecían alejarse en un pesado silencio. En ese vacío subsiguiente había solo dos: el jadeo de mis respiraciones y la aceleración de los latidos de mi corazón.

Está bien.

Rolf seguramente está aquí.

La próxima vez que esa puerta se abra, será a él a quien vea.

Él, y nadie más.

Las estrellas están alineadas. Las estrellas de nuestro futuro, entrelazadas de nuevo.

Rolf pronto estará de nuevo en casa.

Hogar, a mi lado.

Y juntos lucharemos contra los Nafílim.

Juntos, formaremos una nueva familia.

Y luego, caminaremos hacia el mañana y seguiremos juntos.

Entonces el tiempo pareció demorarse.

El agua habría fluido como la miel de invierno.

Un parpadeo habría abarcado todo un momento.

En esa lentitud, tensa por el suspenso, la puerta se abrió por fin.

Un hombre.

Medio grisáceo.

Y no menos del doble de mi edad.

Rolf...

...no volvió a casa.

†

El buen señor no dejaba nada que desear.

Su historial lo encontró bien conocido: seis años en la 4ta Orden, algunos pasados al mando de una brigada, y un traslado a Central para una larga permanencia en sus pasillos.

Elocuente de ingenio y modales, sagaz y caballeroso, era el candidato ideal, la verdad sea dicha.

“Marescal Valenius. Líderes llenos de gracia. Rezo por paciencia para soportar la larga deliberación y las buenas noticias por venir”.

Así hizo una reverencia y salió, y en su lugar entró el escribano.

“Excelente, todos. La proyección ha terminado”.

Las respiraciones se exhalaban de todos lados, como si un viento reprimido se liberara de los pulmones de todos. Alivio, cansancio, alegría, corroboración, todo fue expresado e intercambiado.

Sin embargo, en su medio...

“... ¿Por qué... *por qué...*?”

Un pobre susurro de los labios de Felicia. Sobre sus cejas, un surco grave. Pero en sus ojos, un vacío.

Para cualquier otro, ese semblante podría haber parecido un libro demasiado tenso para leer. Una niebla envolvió su corazón, alejando toda empatía. Pero ella es como una hermana para

mí, y mi propio corazón también sabía muy bien lo que aquejaba al suyo: incredulidad, pura y oscura, ante esta realidad recién revelada.

Una incredulidad que compartí.

"¿Es esto... es esto realmente?" Le pregunté al empleado. "¿No tenemos más aspirantes para conocer?"

"Ciertamente, señora."

"¿Q... qué pasa con las llegadas tardías? Por ellos, podemos esperar, tal vez..."

Una mirada ligeramente burlona. "Se pasó el límite, señora. Me temo que ni un alma más aparecerá en nuestra puerta.

"El reino..." presioné, "...a todos los rincones del reino he abierto el reclutamiento. Efectivamente, hemos conocido a algunos hoy provenientes de lugares lejanos. Es posible que todavía haya uno más que se dirija hacia aquí, tal vez desde un rincón demasiado lejano para llegar a tiempo. Por él, podemos esperar, aunque sea por un momento".

Las almas del Hombre solemos perder nuestro mejor juicio, cuando nos enfrentamos a una realidad que no podemos soportar. Qué dolorosamente resonó esto, mientras aireaba palabras irrazonables para cualquier otro oído.

"Vamos, Emilie", dijo Gerd. "Si a 'él' le gustaran los demás, habría llegado el día anterior, y habría pasado la noche en alguna posada, nada menos, como debería hacer cualquier viajero sensato. Las reglas son las reglas, y llegar a tiempo es una que hemos establecido. Doblarlos, y nos olvidamos de la justicia con toda la intención".

Las palabras de Gerd sonaron demasiado ciertas. Pero sentí en mí un muro de negación, cerrando todo llamado a la racionalidad, solo para proteger una esperanza vacía. Rolf *debe* estar llegando; que no lo hiciera era simplemente inconcebible.

"P... pero..."

Ahí comencé a contradecir el argumento de Gerd. Sin embargo, por más que lo intenté, lo que salió de mis labios no fue más que aire silencioso. El momento que siguió, entonces, fue igual de tranquilo. Los líderes, todos ellos, volvieron sus ojos y oídos hacia mí.

Sin embargo, para ellos, debo haber parecido más una damisela desamparada que una dama heroica, ya que con mis propios ojos los miré a todos, buscando su consejo, su corroboración. Solo que sus labios permanecieron inmóviles. Con razón, porque eran los míos a los que se les rogaba que se movieran.

Y en los tramos de esa calma muda finalmente reconocí una verdad dolorosa: mis sueños, mis deseos, todo lo que se sentía tan cerca corría entre sus dedos como arena fina.

Sólo para ser arrastrado por los vientos.

“...No...” Me rendí al fin, “...tienes toda la razón. Terminamos aquí.



Sí. De ahora en adelante, nosotros, los líderes, deliberaríamos sobre todo lo que hemos reunido hoy y, a su debido tiempo, seleccionaríamos al nuevo ayudante en jefe del 5to.

Uno cuyo nombre no será "Rolf Buckmann".

†

Miré a lo largo de la sala, solo.

Aquí una vez esperó una veintena y más aspirantes. Pero la habitación de mármol y bordados estaba ahora oscura y vacía, incluso de sonido. Ni un alma esperó en el espacio solitario, sin importar cuánto busqué.

Fue demasiado tarde. Todos los líderes se han retirado por la noche. Por la entrada no vendría otra persona. No Rolf. No cualquiera. Un pensamiento, tan simple como 'twas aplastante.

...¿Por qué?

¡Qué resuelto estaba yo a perdonarlo! Qué ansiosa estaba por tenderle la mano. ¡Qué seguro estaba de pensar que lo aceptaría!

Sí...

Cierto.

Con qué certeza creí que volvería corriendo a casa desde la lejana frontera.

Que reflexionaría sobre sus faltas.

Que se disculparía por ellos.

Que luego, de sus propios labios, diría cuánto anhelaba estar conmigo.

El camino estaba todo trazado. Le daría la bienvenida a Rolf a la Casa Valenius como mi esposo. Luego, con el nuevo nombre comenzaríamos una nueva familia y una nueva vida. Una fantasía que llenó mis muchos ratos. Un camino que debería haber estado abierto.

Pero Rolf no está aquí.

Él nunca vino.

El camino se desvanece.

¿Fue mi culpa? ¿Mi juicio se había equivocado en alguna parte? ¿Había elegido sin darme cuenta un mundo sin Rolf?

Me paré, y me paré, y me paré.

Solo, en un salón sin alma. Una vista, una escena, una figura que no encaja con la de un comandante de caballeros. Un prodigio alabado. Una estrella de Londosius.

Emilia Valenius. Héroe-dame para la nueva era.

...Qué semilla para la risa.

IV

El verdor de hoja perenne se difuminaba mientras galopábamos rápido hacia la casa caída de Mia.

Nuestro camino era el de una ruta de marcha Nafílim, establecida por su clemencia de viaje: los árboles brotaban espaciosamente unos de otros, y así nuestra prisa a la velocidad de los caballos no se vio obstaculizada. Una prisa por la que sólo esperaban problemas con el declive de las horas del mediodía en este bosque. Así nos detuvimos y acampamos mientras los últimos rayos de sol se enterraban bajo el horizonte.

Pronto se elevó el humo; nuestro fuego para la noche estaba hecho. Entre nosotros ardía mientras nos sentábamos sobre troncos de árboles partidos. Luego me dispuse a preparar la cena: lonchas de queso duro y jamón succulento. Sus aromas flotaron rápidamente contra el cálido resplandor del fuego, pero no hice esperar a Mia por mucho tiempo. A ella, le entregué una parte generosa.

"...gracias..."

Sin embargo, esperó, aparentemente detestaba tener un bocado en su boca antes de que pudiera tener uno en la mía. Modales en la mesa, probablemente inculcados en ella no por las manos insensibles de los traficantes de esclavos, sino por la sabiduría de sus padres separados.

Al ver esto, corté mi propia parte a toda prisa, y pronto se preparó la cena.

"Muchas gracias por esta comida."

"...muchas gracias por esta comida..."

Mientras masticaba el queso, miré fijamente a la llama, encontrando en ella un llamado a la reflexión.

Todo ha ido tan bien como esperaba. Nuestro viaje está casi transitado, solo un poco más ahora hasta que nos encontremos en el pueblo propiamente dicho. Una llegada temprano en la mañana, supongo, si íbamos a partir de nuevo al amanecer.

Mis ojos se apartaron del fuego por un capricho, encontrando a Mia tranquilamente sirviéndose su comida.

"Aquí, Mía. Un poco de agua —dije, entregándole mi odre. Tomándolo, trató de desatar el cordón que bloqueaba su boquilla, pero resultó ser un nudo demasiado gordiano para sus delicados dedos. "Terco, ¿verdad? Déjame."

"...oh sí..."

Sumariamente desaté el cordón y le devolví todo a Mia.

"...gracias maestro..."

"De nada. Es viejo, ese odre. El cordón se ha endurecido —confesé mientras Mia bebía. Ha estado conmigo durante una década y más, desde mis días en la baronía.

Luego miró hacia el odre. Sus ojos brillaron con consideración.

"... es... precioso para ti...?"

"¿Precioso? Supongo que sí. Muchísimo, de hecho.

Entonces supe algo de alivio. El corazón de Mia finalmente se estaba recuperando, lo suficiente como para unirse a una charla ociosa. Fortalecido por el pensamiento, la miré una vez más. La mera charla no podía permanecer así por mucho tiempo. No cuando mucho pesaba sobre sus frágiles hombros.

"Desaparecido en combate. Es mi capricho lo que nos ha traído hasta aquí. Y es mañana que te traerá tu respuesta, enferma o no —bromeé, mirando su cara iluminada por las llamas.

"...¿Tienes miedo?"

Con toda la suavidad de sus movimientos, ella negó con la cabeza. "...tienes razón... Maestro..." respondió ella. "...no saber... duele..."

Por supuesto que lo haría.

En su corazón: una pregunta hiriente y ardiente, que solo se apaga con una respuesta de su hermana, Eva. Ya sea el abrazo de una cálida reunión o el silencio de un cadáver frío, la verdad debe ser conocida, que la pequeña Mia finalmente podría seguir adelante.

Para su resolución, asentí.

"También venimos con otro recado", continué. "Desaparecido en combate. Nuestro pacto, el hechizo de esclavitud, pretendo deshacerlo.

Mia y yo éramos esclavo y amo respectivamente, un vínculo escrito en el hechizo de esclavitud tejido el día de su compra. Las leyes de Londosius prohibían romperlo, así que pensé en hacerlo en otro lugar. A saber, en tierras Nafílim, por magias Nafílim.

"Debería ser una tarea bastante fácil, incluso para una wicça común y corriente. Solo que no conozco ninguno. ¿tú, Mía?"

“...wićcan... vivían algunos... en mi aldea, creo... pero...” recordó, solo para volverse hacia la fogata. “... tal vez... ya no...”

Y luego, una pequeña pausa, llena del crepitar del fuego, el susurro del follaje, los chirridos y zumbidos de criaturas distantes. Al final, Mia me miró de nuevo.

"... Hensen..." dijo de nuevo, "... tal vez en Hensen..."

"Mmm..."

El *folkheimr* de Hensen.

Un gran asentamiento, como una capital, donde se sentó el jarl: jefe y gobernante de los Nafilim de estas partes. Había aprendido de memoria las marcas de un mapa que, si sirve, situaba a Hensen a un día entero a caballo del pueblo de Mia.

Mi alimentación se hizo más lenta a medida que rumiaba más. de Hensen. Del viaje por delante, ahora prolongado. De cortar las cadenas entre nosotros. Pero al hacerlo noté que ella me miraba fijamente.

“...Maestro...” sus labios se separaron. “... ¿Ya no me necesitas... más...?”

Mis cejas se levantaron. Pero un pensamiento, y luego los encontré frunciendo el ceño.

"...Desaparecido en combate. Me esfuerzo por ser un amigo tan comprensivo como puedo. Pero una palabra sin sentido, e incluso yo puedo enojarme”, expliqué con calma. “Los amigos se necesitan unos a otros. Y tú, Mia: eres mi amiga.

“...”

“Lo que no se necesita es el hechizo de esclavitud que nos ata. Eso es todo.”

“...sí...” dijo, mirando hacia abajo de nuevo. “...Lo lamento...”

“Muy bien,” asentí. “Y de todos modos, puedes enojarte con razón si alguna vez escuchas una tontería de mis propios labios, Mia”.

“...”

“Tonta de hecho, mis labios. A menudo hablo mal o fuera de lugar, especialmente a chicas como tú, Mia. Piso agujas, siempre temeroso de ventilar alguna locura.

“...está bien... Maestro...”

¿Qué es, me pregunto?

Mucho de lo que digo últimamente solo me ha valido malas interpretaciones o desprecio. Así me he encontrado dado a mis dudas sobre mi discurso. Me preocupa si he comunicado o no adecuadamente mi punto. Me preocupa si he emitido o no palabras imprudentes. Me preocupa si no soy más sabio a pesar de ello.

Pero supongo que preocuparme es en sí mismo suficiente garantía de cuán propensas eran mis facultades del habla a dar un paso en falso. Un pensamiento inquietante, la verdad sea dicha. Aunque otro pesó más para arrancarme de él.

Tomé un respiro.

“Otro asunto, Mía. Uno que debo dejar claro. Si encontramos a tu hermana viva y bien... — bromeé de nuevo, haciendo una pausa—, entonces es a su lado a donde perteneces.

“...”

Mia se sentó en silencio.

Palabras no buscadas, tal vez, pero ninguna que pudiera ser refutada. Ella lo había perdido todo. Pero si, por casualidad, quedaba algo, entonces debería quedárselo, y muy caro.

“Vamos, Mía. Duerme un poco mientras puedas. Salimos al amanecer.

"...está bien..."

Con un espíritu aparentemente perturbado, Mia obedeció, se envolvió en una manta y se tumbó sobre la hierba caliente.

†

La noche crecía. El bosque durmió.

Bajo el dosel de follaje y estrellas lejanas estaba el rostro dormido de Mia. Sus facciones se pusieron nerviosas ante el brillo danzante de la fogata mientras crepitaba y crepitaba en silencio.

Acerqué la llama, avivando sus brasas. Su zumbido aireado, su saliva y chispas: había un romance en el sonido, uno que me gustaba mucho. Sin duda, un complemento inigualable para una escena ignorante.

Nuestro viaje ha ido bien.

Llevar a Mia exigía una ruta más suave, una cuenta que presté con mucho cuidado. Y gracias a mis esfuerzos, nuestros viajes no han tenido problemas hasta ahora.

Entonces mañana. Mañana conoceremos el valor de nuestra búsqueda.

"...mm..."

Mia crujió en su manta. Sus ojos despertaron. Y a mí me miraron cuando ella se sentó.

"Lo sé, Mía".

Parecería que tenía en ella una sensibilidad a la presencia de los demás. Tal vez nacido de alguna magia innata, o de un largo temor a la furia de los Hombres. Cualquiera que sea el caso, sintió que algo nuevo se acercaba: el movimiento de las bestias.

Puede que me haya consolado demasiado el curso fácil de nuestro viaje. Consuela a los destinos que a menudo encuentran una liebre demasiado fresca para desgarrar por su propio humor. Y yo era para ellos una marca de mucho valor, pues parece que con sólo una fantasía de alivio tenté bien sus artimañas.

Quédate junto al fuego. Yo me encargaré de ellos.

"...si señor..."

Me levanté y me preparé. Afore, lejos en la oscuridad, surgieron nuestros bestiales visitantes.

Lobos de madera. Un paquete de cuatro, cada uno medio paso y más de la cabeza a la cadera. No eran gigantes, pero eso era de poco consuelo frente a su extraño ingenio, lo suficientemente extraño como para derrotar a los Hombres y saborear su carne, una comida en la que participarían con sus manadas de vez en cuando.

Ahora, ser uno de ellos.

Una hoja más corta sirve mejor que una espada completa, a este ritmo. Pensando así, tomé mi cuchillo cerca y me enfrenté a los merodeadores lobo. Se deslizaron más y más cerca aún, deliberadamente en su paso. Mis ojos no los abandonaron ni una sola vez mientras agarraba y rasgaba una manta con mi espada, cuyos jirones luego enrollé alrededor de mi antebrazo izquierdo.

La paciencia poseyó cada una de sus patas mientras se acercaban. Sus ojos midieron con precisión la distancia a nuestro campamento mientras calculaban continuamente el mejor momento y posición para atacar. Ingenio asombroso, de hecho.

Afortunadamente, el fuerte también se encontró dentro de mí. Todos tenían la intención de abalanzarse y golpear al unísono; Tenía la intención de prohibirles la apertura. Así avancé en ángulo, rompiendo abruptamente el equilibrio y colocándome más cerca de dos de las bestias.

El movimiento encendió una chispa: de inmediato, los dos se abalanzaron.

Divide y vencerás era el nombre del juego. Cuando te enfrentes a muchos, lucha contra unos pocos. El ataque instintivo de los dos primeros demostró su error; eran ellos los que serían tratados primero.

Con la misma rapidez levanté mi brazo izquierdo, encajando su longitud envuelta en las fauces voladoras de un lobo. La mandíbula se cerró de golpe. El dolor estaba ausente: los colmillos de lobo son largos y afilados, pero no lo suficiente como para perforar una protección tan estratificada.

Una oportunidad.

En mi mano derecha, el cuchillo. Desde abajo, se disparó hacia arriba, profundamente en la garganta del lobo que mordía el brazo.

Salió aire y sangre. La vida salió de sus pulmones.

Pero a partir de entonces inmediatamente me agaché.

Donde una vez estuvo mi tráquea, ahora estaba rodeada por otro conjunto de colmillos envolventes: el segundo lobo, aprovechando la oportunidad de una fracción de segundo para saltar y morderme la garganta. Solo que yo tuve la misma idea.

En esa fracción de segundo, miré y capté su forma voladora desde abajo. Mi cuchillo brilló. Su hoja perforó la yugular de la bestia. La sangre y los huesos gorgotearon y crujieron.

Enfrentarse a los lobos mientras corren por la tierra habría resultado una pelea demasiado desfavorable. Es solo cuando toman el aire que están desprotegidos. Afortunadamente, la táctica funcionó: no más de dos segundos y ya dos de ellos habían terminado.

Pero ahora el cuchillo estaba perdido. Su hoja estaba demasiado atascada en pliegues de piel y grietas de hueso. La vacilación anunciaría mi propio final, así que abandoné la cosa por completo.

Dos abajo. Dos a la izquierda. A ellos, me enfrenté.

Como si notaran la pérdida de mi cuchillo, los lobos hicieron vientos por sí mismos y soplaron en mi dirección. Pero conocía su curso: con anticipación me alineé con su camino de guerra, que los dos no podrían atacarme a la vez.

El tercero estaba más cerca; el cuarto iba un poco más atrás. Al ver esto, me concentré en el primero y empujé mi mano izquierda, directamente a sus fauces. Justo cuando su hocico se cerró de golpe, cerré mis dedos en un puño, porque en ellos ahora estaba su lengua.

La mordedura de un lobo de bosque es un terror para la vista, pero su lamedor solo puede lamer. Y de las cosas para contemplar, el poder de mi agarre es mi motivo de orgullo. La bestia supo por sí misma por qué, ya que cuando su lengua fue agarrada sin piedad, descubrió que su mandíbula era incapaz de cerrarse.

Seguí la trayectoria de salto del lobo y lo tiré al suelo. Todo mi peso estaba imbuido en mi rodilla cuando la golpeé contra el costado de la yugular de la bestia. Aquí estaba débil de piel y músculo, así que di un último empujón de mi peso.

Un crack, silenciado por la carne y los fluidos. La médula espinal del lobo fue aplastada.

Sin embargo, el momento estaba inconcluso. Ya era el último lobo que navegaba directo hacia mí. Me agaché, fallando a mi agresor por medio cabello. Luego reboté, listo para enfrentar otro ataque, solo para encontrar el impulso de la bestia sin cambiar.

En ese instante, lo supe.

Esta manada tenía mucha práctica en hostigar a nuestra especie vertical.

Los lobos aprendieron desde el principio que nosotros, la gente alta, mantenemos nuestros bolsos llenos de todo tipo de delicias terrenales. Lo que recogió el último de la manada, entonces, no fue nuestra carne, sino nuestra mochila, tirada cerca del fuego.

El lobo corrió hacia él, despertando el miedo en nuestro corcel cercano. El caballo relinchó salvajemente y se retiró, dejando sola a Mia.

Grité.

"¡Desaparecido en combate! ¡Lejos del saco! ¡Ahora!"

Pero mis palabras no fueron escuchadas. Por alguna razón, Mia misma corrió hacia la mochila.

A través de ella luego rebuscó.

El lobo se abalanzó.

Lo seguí, entrando corriendo.

Allí, tomando algo en sus manos, Mia se hizo a un lado, contemplando a la bestia mientras mordía y desgarraba el equipaje, esparciendo nuestras raciones.

En otro instante me abalancé, haciendo caer todo mi cuerpo sobre el lobo por detrás. Mis brazos se cerraron rápidamente alrededor de su cuello, y con todas mis fuerzas reunidas, lo apreté y constriñí.

El lobo se retorció de rabia bajo mi peso. Una lucha que se prolongó durante tres minutos o más, durante los cuales no cedí ni un poco en negarle sus pulmones de aire. Lentamente, lentamente, lentamente, su ira se desvaneció, junto con su vida.

Y luego...

Serenidad, una vez más.

El crepitar de la fogata.

Los susurros de los árboles.

Los chirridos y trinos de la fauna nocturna.

Respirando todavía rápido, solté al lobo y me levanté. Después de asegurarme de que, efectivamente, ahora era un cadáver, me di la vuelta y me acerqué rápidamente al lado de Mia.

Allí estaba sentada, justo al lado de la mochila destrozada. Y en su persona, ninguna herida o rasguño que pudiera recoger.

"Mia..." dije, aliviado.

"... M... Maestro... ter... yo..." ella murmuró temblando. "...t... tu... preciosa..."

Apretado con fuerza en sus brazos estaba mi odre.

En verdad lo salvó de la violencia del lobo. Una apuesta a muerte, todo por la vieja y "preciada" bolsa de agua.

¿Debería reprenderla por tal imprudencia?

No.

Me arrodillé ante ella.

En sus ojos, miré.

"Desaparecido en combate. Gracias."

†

Una y otra vez, la noche susurró.

La fogata todavía crepitaba y respiraba entre nosotros. Mia se sentó, envuelta en una manta, pero aparentemente sin el espíritu del sueño, no después de una invasión de lobos tan salvaje.

Fue entonces cuando se desnudó de la manta térmica y, con ella en los brazos, se acercó a mi lado.

"...Maestro..." dijo ella, "...aquí..."

Una ofrenda de su manta, tal vez por piedad, porque la mía se deshizo en medio de la lucha. Yacía cerca, hecho pedazos, una vista en la que Mia se había fijado durante algún tiempo.

Negué con la cabeza. "Eso es tuyo, Mía".

Sus hombros cayeron. "...está bien..."

Mia nunca ha insistido en contra de mi palabra. Lo mismo sucedió aquí, y así, con un rostro velado por el dolor, lentamente comenzó su camino de regreso.

"Mía", la llamé. "Venir."

"...Sí...?"

A su regreso, tomé la manta de sus brazos. Cubriendo mis hombros con él, luego sostuve a Mia misma...

"... ah..."

...y la sentó justo delante de mí. Y después de rodearla con mis brazos, miramos juntos el fuego.

Un raro momento de alegría por la pura circunferencia de mi cuerpo, porque protegía bien su pequeña figura. Consolado por el pensamiento, entonces nos rodeé más cómodamente con la manta.

"Hace más frío ahora hasta el amanecer. Estaremos más calientes de esta manera.

"...si señor..."

Un murmullo de respuesta, acompañado de un asentimiento. El fuego explotó y silbaba, su manto de calor aumentaba y disminuía bajo el peso del cielo nocturno.

"Fuiste valiente allí, Mia", abordé, "salvando mi odre como lo hiciste".

"...No yo..."

Pero deberías saberlo. Tanto él como tú son preciosos para mí. Una pausa y un movimiento de cabeza. "No... Tú, más aún. No seas demasiado imprudente de ahora en adelante, ¿quieres Mia?"

"...Lo haré..."

"Muy bien. Aun así, tienes mi agradecimiento —dije, antes de darle unas palmaditas suaves en la cabeza. “Un poco emocionante para una noche, ¿no? No puedo atrapar un guiño ahora. No con estos nervios de punta.

"...yo también..."

Un momento de calma.

Con intención cansada, miramos el fuego, nuestras caras enrojecidas por el enrojecimiento de las chispas crecientes.

“Dime, Mía. Estás en sintonía con los convenios, ¿verdad? Empecé de nuevo. ¿De qué tipo, exactamente? Quisiera decirle mi nombre, si su naturaleza lo permite.

“... eso... no sé...”

En efecto. Incluso ahora, Mia no sabía mi nombre.

Las magias del pacto confieren a sus destinatarios alguna influencia, cuya forma es tan innumerable como las estrellas sobre nosotros. Por sus palabras, Mia aún no sabía lo que podía hacer. Se sigue, entonces, que controlarlo era una conclusión inevitable.

“...cosas malas... podrían pasar...” continuó, “...así que... no puedo...”

“No puedo saber mi nombre,” terminé por ella, suspirando. “...Por supuesto que no.”

Nuestro pequeño fuego chisporroteaba, derramando sus chispas de vez en cuando.

Qué silenciosos estaban los bosques en penumbra. Tan silencioso que si hubiera dejado que mi mente se distrajera por mucho tiempo, podría haber pensado que Mia y yo éramos los únicos bajo las abundantes ramas.

Un momento de paz.

Y así, el momento perfecto.

"... Mia", dije con el corazón apesadumbrado. "...Debo confesar."

"...si señor...?"

“Soy... soy un comandante en esta guerra. doy órdenes. Tomo decisiones. Es mi sustento”.

“...”

“Tu padre, él... fue asesinado por uno de mis hombres,” salieron al aire las palabras que más temía. “...Fue durante una persecución. Uno que bien abandoné. Pero los soldados no prestaron oídos. Entonces, en cambio, persiguieron a tu padre y a sus hermanos, y... y...

“...”

“...Es todo mi culpa, Mia. No podía reinar en mis propios hombres. No pude detener la matanza. No pude salvar a tu padre.

“...”

“Y todo lo que le ha pasado a tu familia, a tus amigos, a tu casa, creo que mis manos también están ensangrentadas”.

Con esas palabras, encontré mis dedos apretados en un puño.

“...Vine a esta tierra. Asumió el cargo. Dio la vuelta a las cosas. Fue entonces cuando la guerra aquí comenzó a cambiar. Suficiente para dar a los hombres más atrevidos que antes. Suficiente para dar a luz una masacre”.

“...”

“Yo...”

Y luego, sobre ese puño, calor.

El calor de la manita de Mia posándose sobre la mía.

“Desaparecido en combate...?”

“... hay sangre... en ambos lados... todos... tienen algo precioso que proteger... eso es la guerra...” habló largamente. “...esto... Papá me dijo...”

“... Lo hizo, ¿verdad...”

“...cuando los vi... a los Hombres... supe... que habrían venido por nosotros de todos modos... ya sea el próximo mes... o el próximo año... no importa qué...”

Un punto más seguro.

Incluso antes de que cambiara la fortuna de Balasthea, la Guardia del Feudo se había aventurado en no pocas incursiones en estos terrenos de Nafilim. Atacar, saquear... De hecho, la aldea de Mia se mantuvo dentro del camino de esa inundación. Era, tal vez, solo cuestión de tiempo antes de que sus flujos se filtraran.

Una tragedia inevitable, entonces. Un consuelo de la racionalidad. Pero uno que salvó mal las dolorosas dudas que todavía albergaba por todo ello.

Oh, qué tonto soy.

Atontado. Desperdiciando con mis locuras. Tropezando a cada paso.

¿Para qué sirve? ¿Para señalar con el dedo regañador? ¿A mí mismo o a los demás? Sangre en mis manos o no, nuestros amados perdidos están para siempre más allá de todo hallazgo.

Y supongamos que la culpa no es mía. Supongamos que los destinos tuvieron la tragedia escrita celosamente en su feo guión.

¿Lo que de ella?

¿Aceptarlo sería para mí el bálsamo largamente buscado?

No. Para los difuntos, ya sea de la aldea violada de Mia o de más masacres por venir, estas preocupaciones son como susurros que mueve el viento, porque los muertos, aunque solemnes en su silencio, ven más claramente que los vivos.

Esto lo sé.

Todo demasiado bien.

Pero esta púa en mi pecho pinchaba no menos dolorosamente.

Si no hubiera venido a esta tierra, ¿habrían seguido Mia y su familia un curso diferente?

¿Estarían todavía completos y felices?

¿Juntos?

Un pensamiento doloroso.

Una angustia inquietante.

Un visitante en todas mis horas de vigilia.

"...Maestro..."

Una voz suave.

Como una mano, levantándose del fango de mi mente lamentándose.

La voz de Mía.

la mano de Mía.

Pequeño, pero fuerte.

De hecho, había fuerza en sus pequeños dedos mientras sujetaban mi propia mano. Más fuerza de la que nunca supe que había en ellos. Y saberlo solo ahora fue suficiente para que me tomara por sorpresa.

"...no es tu culpa... no es..." dijo suavemente. "... por favor... no estés triste..."

"... ¿Parecía triste?"

"...sí...siempre..."

"'Siempre'..."

Nunca he pensado que la marca de los sin gracia sea una carga.

Nunca me he dejado hundir en la tristeza en mi tiempo en la Orden.

Pero desde que llegué a esta tierra, desde que conocí a Mia, todo este tiempo, he sentido dolor.

Todo este tiempo...

...He estado triste.

"Desaparecido en combate..."

Hace tiempo que contuve las lágrimas. Durante mucho tiempo les he negado su debido curso. ¿A qué se debe sino un poco de orgullo como un papel?

Y sin embargo, he estado llorando todo este tiempo.

Llanto. Incesantemente.

La mano de Mía estaba sobre la mía. Y así sobre él coloqué mi otro. Y sobre ella Mia hizo lo mismo.

Nuestras manos, todas juntas.

"... finalmente... finalmente... te has abierto..."

En su voz había ternura. Amplio y cálido.

"Tienes razón. Siempre he deseado saber más de ti... pero en algún momento del camino, olvidé devolverte el favor".

"...Sí..."

"Algo egoísta de mi parte, lo admito".

"... ¿Puedo oír más...?"

"...Por supuesto, Mia," cedí. Mirando hacia la larga oscuridad, dejé escapar un profundo suspiro. "Bien. Por dónde empezar... Bueno. Para empezar, mi sueño era convertirme en caballero".

Allí, ante el fuego parpadeante, comencé a contar mi historia.

Una historia de una infancia querida.

Una historia de un agraviado sin gracia.

Una historia de muchas batallas, tensas y reñidas.

Nada se ocultó en la narración. Todo quedó al descubierto. Acontecimientos no cantados, pensamientos no contados: estos y todos fueron recordados por Mia en el calor de una llama vacilante.

†

"... y así es como terminé aquí", mi voz se oyó a través de la madera. "Un coistril sin caballero, exiliado a estos lejanos confines".

"... tu... tu ex prometida...", se preguntó Mia. "... ¿Qué hay de ella...?"

No la he visto desde entonces. Ni una vez... Mis cejas cayeron. "...Y tal vez, nunca más."

"...Vaya..."

A través de mis brazos rodó un suspiro de los labios de Mia. Un suspiro curioso, de simpatía apenada o de aparente seguridad.

"... ¿Tu familia también...?"

"Ellos también, lamentablemente. Nuestros caminos se separan. La sangre es nuestro único lazo ahora, de verdad," suspiré por mi cuenta. "Lo lamento. Debo parecer un tonto, Mia. Están todos ahí, mi familia. Vivo y bien. Y sin embargo, yo..."

"...No, en absoluto..."

Era la fría verdad que en todos los cinco años que pasé en la Orden, no se dedicó ni un momento para encontrarme con Madre y Padre. De hecho, estos pies no habían encontrado suelo Buckmann en el mismo tiempo. Por su parte, Felicia era todo lo contrario, habiendo ido y venido varias veces.

Mi hermana...

Por ella, sentí remordimiento. A pesar de mis circunstancias, hice el papel de buen hermano lo mejor que pude. El papel fue desafortunado; No hice más que traicionar sus esperanzas al final. "Actuación heroica" de hecho. No es de extrañar por qué ahora está marchita de todo calor para mí.

"Madre. Padre. Pensando en ello, ninguno de ellos nunca tuvo ningún amor por mí, de verdad. De nuestro tiempo juntos, apenas recuerdo," continué. "¿Y tú, Mía? ¿Alguna salida que hayas tenido con tu propia familia?"

"...sí..." contestó ella, teñida de un brillo agridulce. "... Hensen... una vez al año... todos visitábamos Hensen..."

"Mmm. Cálidos recuerdos, apuesto.

"...hay limonada... hecha solo en Hensen... mi familia... a todos nos encantó..."

Familia...

Con la palabra resonando en mí, abracé a Mia un poco más fuerte.

"Tomemos un poco, entonces. Juntos, en Hensen.

"...Sí..."

Si es que el destino le ha negado a la aldea de Mia más sobrevivientes, entonces nuestro próximo curso sería el pueblo de Hensen. Allí buscaríamos una wicça para desencadenar el hechizo de esclavitud que ata a Mia a mí.

Sin embargo, entrar en el bastión de Nafílim sería el mayor trabajo y, quizás, mi perdición. Soy un pariente del Hombre, después de todo. Los valientes me recibirían antes con flechas y magia que con los brazos abiertos.

Debe ser pensado. No deseaba que Mia siguiera siendo esclava ni por un segundo más, por lo tanto, esperaba fervientemente una ruptura en las nubes que pudiera iluminar algún camino a seguir.

Pero mientras tanto, Mia y yo continuamos nuestra conversación durante toda la noche. De los dos compartimos por igual, a veces recordando alegrías, y otras, recordando dolorosas nostalgias.

Las horas pasaron y, antes de que nos diéramos cuenta, los cielos comenzaron a aclararse.

†

Bajo la luz de la mañana que giraba, corríamos.

Los bosques de hoja perenne pronto dieron paso a pastos silvestres cuando nuestro caballo al galope nos apresuró hacia una nueva vista: campos abiertos, un océano de verdor meciéndose con el silbido del viento. Por encima saltaban los cielos de nubes de plumas, su sol aún por tomar el trono del mediodía.

Y justo ante nosotros se encontraba nuestro destino: el pueblo de Mia y su desgarrado hogar.

Al acercarme, reduje la velocidad de nuestro corcel a medio galope. Solo que mi corazón latía más rápido con pavor. Los deseos, menguando con cada momento, eran su única mitigación.

Un deseo para los sobrevivientes.

Un deseo para una amiga de Mia. O un vecino. Cualquiera que pudiera conocer incluso su rostro.

Y un deseo, el más querido de todos, por el bienestar de la última hermana de Mia: Eva.

Lo sé.

Con ser esclarecidos de la verdad de esta tragedia es suficiente, aunque lo que aguarda sea el descubrimiento de la muerte de un ser querido más.

Lo sé.

Para finalmente dar su primer paso hacia el mañana, Mia debe aceptar la verdad misma de este ayer arruinado. De si su hermana espera con un toque tan cálido como el sol más claro, o uno tan frío como cualquier piedra.

Lo sé.

Todo demasiado bien.

Sin embargo, no podía dejar de esperar lo mejor. Esperanza, por una medida de felicidad esperada desde hace mucho tiempo para Mia.

Fue entonces cuando pasamos por las primeras cercas y campos en barbecho. Aquí, mi respiración estaba entrecortada y entrecortada. Pero delante de mí estaba sentada Mia, y desde su porte petrificado, vi bien la ansiedad que la sujetaba con fuerza.

Y sin ceremonia, llegamos a la expansión del pueblo.

Los muros marchitos, las casas de madera labrada, los cobertizos en sombra, los jardines abandonados.

la casa de Mía.

Estábamos aquí por fin.

†

Desmontamos, nuestros pies encontraron la tierra alfombrada con mucha vegetación.

A nuestro alrededor, un pueblo, violado y desvanecido de su antigua vitalidad. Las casas se hundieron, cargadas de heridas negras quemadas en sus fachadas. Las cercas, pantallas y todo tipo de edificios estaban rotos y más allá de todo reconocimiento de sus propósitos anteriores.

Y ausente en todo esto: los pasos y alientos de cualquier otra alma además de la mía y la de Mia.

De hecho, la Guardia de los feudos había abandonado el lugar hacía cinco lunas sin levantar ni un solo campamento. Los escombros estaban desprovistos de estandartes, hebillas de cinturones o armamento errante, o cualquier artículo que una vez acechara a los Hombres merodeadores. También faltaban rastros de cualquier empresa Nafilim en la restauración de estas ruinas.

Pronto se instaló para los dos.

El pueblo estaba casi abandonado.

“...”

Mia se quedó allí, quieta y en silencio, contemplando los restos de su casa. Un lugar una vez amado, pero ahora cambiado para siempre. Lo que se reflejaba en esos ojos ámbar suyos, no podía comprenderlo.

Sin embargo, sentí algo extraño en marcha. A pesar de toda la destrucción que sufrió, ningún cadáver fue depositado en los cursos de la aldea. Los miembros de la Guardia del Feudo ciertamente no fomentaron ni un atisbo de compasión por sus enemigos, ni siquiera para ahorrarles una miseria de entierro. ¿Qué explicaba esto, entonces?

No...

¿Podría ser?

¿Que los caídos fueron enterrados por sus hermanos que pasaban de otros lugares?

¿O hubo realmente sobrevivientes aquí? ¿Los que podrían haber hecho el acto solemne?

Si era así, entonces había esperanza, por débil que fuera.

"Mía", la llamé. "Tu hermana fue una buena mano en el orfanato, ¿no es así? Y fue allí adonde fue por última vez. ¿Conoces el camino?"

"...Sí..."

Su respuesta, a punto de desvanecerse en los céfiros. Seguí a Mia en su camino de guía, una caminata sinuosa durante la cual tampoco encontramos cuerpos. Un alivio, entonces, de no tener que encontrarse con un rostro frío y conocido, al menos no todavía.

Pero mis sospechas adquirieron el color de la confianza a medida que continuábamos: alguien realmente las había enterrado a todas. De hecho, lo contrario parecía el curso inconcebible. Todavía respiraba, pues, algún alma sobreviviente dentro de estas ruinas.

Esto, lo esperaba fervientemente.

El destino sea justo, que así sea.

Al final de la caminata de los deseos llegamos al orfanato. Miré hacia arriba ya lo largo de su rostro de roble, encontrando su aire extrañamente austero y reticente. Era, en una palabra, sacrosanto, y de una arquitectura totalmente intocada por la estética londosiana.

Nos detuvimos en la entrada y, mirándonos el uno al otro, asentimos. Con cuidado, abrí las puertas y, calmando mis nervios con una respiración profunda, me aventuré a entrar.

Mi corazón se aceleró.

Eva... ¿Está realmente viva?

Entrando más profundo, miré a mi alrededor. Pero por mucho que lo intentaron, mis ojos no encontraron ni rastro de actividad, excepto por los rayos de sol que entraban a raudales por las ventanas mutiladas y deformes, proyectando franjas brillantes a través del polvo ambiental.

“...”

Mia caminó de puntillas sin decir una palabra, tirando de mi manga mientras caminaba. Sobre su rostro había un velo de silenciosa desesperación y derrota, sus propios ojos estaban tan perdidos como los míos en la quietud de este espacio.

Otra mirada, entonces. Con el foco deshilachado, escaneé alrededor.

Los postes de pino mineral se erguían en sucesión, grandes en circunferencia, casi como pilares, y de madera, como si alguna vez hubieran sido troncos de árboles, desnudos de su corteza y cepillados con todo cuidado. Las escaleras también se inclinaban hacia arriba desde el suelo y hacia los desvanes que daban a la vista. Y sobre las paredes colgaban tapices, delicados en su tejido e intrincados en su diseño.

Todas estas características componían un paño mortuorio de piedad hacia algún poder superior, manteniendo en ellas propósitos pasados para rituales y adoración.

"Mia, este lugar... parece más un templo que un orfanato", observé en voz alta. "¿Qué es, realmente?"

"...era un santuario... me dijeron una vez..." contestó ella. "... pero aparte de eso... yo..."

¿Un santuario?

Entonces, las piezas del rompecabezas encajan perfectamente. La mayoría de los reinos del Hombre se consideran rebaños de corderos para Yoná, su único pastor, por así decirlo. Pero los Nafílim caminan por un credo diferente, porque no siguen a ninguna deidad: la suya es, en cambio, la creencia de que en todas y cada una de las cosas, vivas o no, mora un *vættr esencial*.

He oído antes que donde nosotros los Hombres tenemos iglesias y catedrales, los Nafílim tienen altares y templos, dentro de los cuales se hacen dedicatorias y estos *vættir* son venerados. Este lugar se ajustaba bien a la factura. No es de extrañar, entonces, por qué sentí sacralidad dentro de él.

Entonces, mi piel se despertó.

Piel de gallina por todas partes; gotas de sudor en mi nuca.

En las esferas del Hombre, no es raro que los huérfanos y los oblatos sean llevados al cuidado de un convento. Una coincidencia cultural con los Nafílim, entonces, desde el aspecto de este

establecimiento. Y es dentro de santuarios como este donde a menudo se construyen subterráneos para el almacenamiento de implementos rituales, así como para la elaboración de una miríada de licores.

Conocimiento que no es más que trivialidades para las mentes groseras de la Guardia del Feudo. De hecho, no puedo imaginar que ninguno de esos hombres se dignaría a molestarse en estudiar las costumbres populares de sus enemigos. Y así los merodeadores cinco meses atrás habrían sido ajenos a lo que podría haber debajo de nuestros pies en este momento.

Eso significaba solo una cosa: sobrevivientes, refugiándose fuera de la vista.

Y tal vez dentro de su número, la propia Eva.

O tal vez... supongo que demasiado.

Verdaderamente ahora.

¿Realmente podría haber sobrevivientes aquí?

Sin embargo, vivo después de todo este tiempo?

Volví al momento, encontrando mi respiración delgada y apresurada. Pero mis pies ya estaban en movimiento; si la memoria no me falla, las entradas a los sótanos mencionados a menudo se construyen detrás del altar mayor.

Mis pasos cautelosos resonaron a través del santuario, sus espacios no eran más pequeños que los de una iglesia. En sus confines más lejanos estaba el aparente altar en sí mismo, desnudo y robado de todo lo que los Hombres podrían haber visto de algún valor. Me dirigí hacia él y luego me deslicé hasta su trasero polvoriento.

Allí, entrecerré los ojos hacia las tablas del piso, encontrando un débil contorno grabado en ellas. Una escotilla, sin duda, de forma cuadrada y rápidamente perceptible solo para los ojos entusiastas de su descubrimiento.

Arrodillado, me puse a trabajar abriéndolo. Con cuidado, se agrietó y se abrió. Justo como pense. Y confirmando aún más mi sospecha: un conjunto de escaleras de piedra descubiertas que conducen hacia abajo.

"... ah..."

Una sorpresa para Mia también, mientras observaba desde atrás. Parecería que los Fieguardsmen no estaban solos en su falta de familiaridad con esta característica.

"Espera aquí, Mia," susurré. "Le echaré un vistazo."

"... s... sí, Maestro..."

Con Mia en su lugar, bajé las escaleras y encontré que el tramo era bastante profundo: treinta escalones y más me hicieron llegar al final. El hueco estaba oscuro, iluminado solo por el haz de luz de la entrada de arriba. Pero los ecos suaves fueron suficientes para traicionar la amplitud del espacio del sótano, su generosidad ganándose mi asombro.

Extendiéndose más adentro había un corredor, quince pasos adelante, por ahí, con numerosas habitaciones susurrando a ambos lados. Y al final: una pesada puerta doble, ante la cual pronto me encontré de pie.

Manos sobre las puertas, empujé. Lentamente, se abrieron.

"...¡Aah...!"

Alivio.

Rapto.

Una mezcla alegre de los dos fue expulsada de mis pulmones, dejando mis labios en un grito tonto.

Ante mí, una especie de sótano, grande y resplandeciente con mechadas de luz. Y en el espacio suavemente resplandeciente: numerosos Nafílim.

Casi una veintena de ellos; todos los niños, excepto dos.

Y estaban vivos...

¡Por el destino, estaban vivos!

El momento me dejó sin palabras. Pero me quedé y me quedé, atónito por el descubrimiento.

Luego, a mi figura estupefacta, un Nafíl.

Un adulto, uno de dos, apresurándose: una lanza, firmemente en la mano.

La hostilidad, tan clara como el agua, fue un freno para mi euforia. No tuve cuidado; el precio se pagó con una punta de lanza perforando donde una vez estuvo mi corazón. Habiendo retrocedido hacia el corredor, levanté mis manos hacia adelante.

"¡Esperar! Yo-"

"¡¡Eaaah!!!"

El Nafíl: una mujer joven. La desesperación torció su rostro mientras su propia lanza giraba hacia mí una vez más. Una moción de sumo abandono.

"¡Uaaaah!!"

"¡Ach...!"

Su habilidad con la lanza no estaba afilada. Sin embargo, a pesar de su lanzamiento sordo, Nafíl empujó el arma con toda su alma, infundiendo su propia vida en su punta de hierro.

En efecto. Tenía buenas intenciones de morir si eso significaba que yo iba con ella.

"¡Detener! Por favor..."

"¡No nos llevarás!" ella gritó. "¡Ni uno más! ¡Ya no! No...!!"

Rápidamente me siguió por el corredor, empuñando la lanza de manera difícil de manejar. Pero en sus ojos inundaba tanto una ira lista para chamuscarlo todo, como también, un dolor dispuesto a helarlo todo de principio a fin.

Lejos detrás de ella estaban los niños asustados, temblando en su abrazo compartido. Y para protegerlos, a todos y cada uno, estaba lista para enfrentar el purgatorio mismo.

Así, ella me enfrentó con toda prontitud.

"¡Por favor! ¡Escúchame!" supliqué.

"¡Nos mataste! ¡Nos secuestraste! ¡Pero no más!!"

Un aullido tormentoso de sus pulmones cuando se abalanzó con su lanza.

"¡Egh!"

Una herida visible en mi hombro. Un golpe que nunca debería haber dado, asestado por una lanza empuñada en manos sin afilar. Pero no pude seguir el ritmo. La niña Nafíl lo estaba dando todo, ofreciendo su vida como yesca a una llama que bien manejaba. Y allí estaba yo, atormentado por su calor invisible.

"¡Mis queridos, los protegeré! de ti! ¡De todos ustedes!"

Ella no era una guerrera.

Tampoco se impartió una pizca de odyll en la punta de la lanza, odyll con el que nacen todos los Nafílim. Si ella fuera sabia en las artes odílicas, yo habría sido arrastrado hacia atrás durante

mucho tiempo, a través del corredor. Sin embargo, la verdad es que de aquellos a los que me he enfrentado en la batalla hasta ahora, ella estaba por encima de todos.

Y antes de que me diera cuenta, estaba presionado contra la pared, no lejos del pie de las escaleras.

"Lo haré...! ¡Yo debo!!"

Su alma estaba puesta. A mí, ella miró fijamente. Verdaderamente, un soldado del abandono.

Pero no pude contraatacar.

No pude matarla.

Mirándola fijamente, lo supe entonces.

Suyo...

"¡Esperar! ¡Escuchar!"

...eran ojos de ámbar.

"...¡Eva!"

"...S.S...!?"

Mi llamada de todos los pulmones se demoró en la penumbra. Mi agresor se puso de pie, inmóvil de todo movimiento hacia adelante, su cuerpo sacudido por mis palabras.

"¿C... cómo...?"

Respondí con solo una mirada más larga hacia atrás. El haz de luz de arriba brilló sobre su semblante desesperado. Detrás de los mechones de cabello despeinados por la vehemencia, sus ojos eran realmente brillantes como el ámbar.

"¿Cómo? Por qué...!? Mi nombre... ¿¡Por qué lo sabes...!?"

Por fin.

Por fin.

Para Mía, felicidad. Por fin.

Mis esfuerzos no fueron en vano. Finalmente podría devolver a Mia a alguien que todavía la añoraba.

Gracias, Eva.

Por estar vivo.

Por nunca rendirse.

Por ser nuestra esperanza.

"Mia me lo dijo," revelé. "Ella está aquí. Conmigo. Te hemos estado buscando.

"... ¿Qué...?" Sus ojos ámbar se abrieron. "...¿Qué es esto que... hablas...?"

La lanza traqueteó. Un arma llorando. Las manos de su portador, temblando y estremeciéndose. Me volví hacia el tramo de escaleras y alcé la voz.

"¡Desaparecido en combate! ¡Venir!"

Luego, un golpeteo.

Pasos tímidos desde arriba, bajando.

Mia me miró a lo largo del camino, sus ojos se encontraron hasta que se posó en el fondo. Sólo entonces se volvió hacia el pasillo. Solo entonces, encontró la figura parada allí, paralizada.

Los ojos ámbar se encontraron.

"... ah..."

Un silencioso jadeo de los labios de Mia. Pero con él, un manantial de lágrimas.

Unos compartidos con su hermana.

"¿M... Mi... un...?" tembló la voz del hermano. "Desaparecido en combate...? Eres tu...?"

"...Hermana..."

La lanza cayó.

La hermana salió volando.

Un vuelo tomado, también, por Mia.

Luego se reunieron las hermanas, encerrándose en un abrazo.

Un tejido desgarrado, ahora unido de hilos.

"¡Desaparecido en combate! ¡Ay, Mía!

"¡Eva! Hermana...! ¡Hermana!"

Un sótano oscuro, iluminado por sus gritos.

"Desaparecido en combate-!!"

"Uaaaaah!! ¡E...va...! Hermana...! ¡jwaaaaah!!"

Juntos, lloraron y se lamentaron.

Juntos, derramaron sus lágrimas compartidas, una tras otra.

Juntos en brazos, un abrazo interminable muchas lunas en formación.

†

Cayó la noche.

Bien dentro del sótano estábamos todos sentados juntos: yo, Eva y otra Nafíl, una mujer tranquila en semblante y modales, y de larga edad. El comienzo de nuestra tranquila conversación atravesó el cavernoso espacio mientras los niños, casi veinte en número, dormitaban a lo lejos, sanos en sus mantas variadas.

Uniéndose a sus susurros llenos de sueños estaba Mia, acunada en los brazos de su hermana. Las horas de llanto y consuelo familiar han dejado a la niña casi agotadas, y lo que salió de sus labios ahora fueron poco más que los suspiros del sueño.

"Debo decirlo de nuevo. A través de largos caminos has venido, hijo del Hombre. Tu trabajo, te lo agradecemos", habló el anciano Nafíl. "Soy Irma, matrona de este orfanato. Y Eva aquí, con la que has conocido, estoy seguro.

Bien recibido, matrona. Es un honor," hice una reverencia. "Soy-"

No tenemos oídos para los nombres masculinos.

Un corte de espada de una interjección de Eva, ganándose una leve reprimenda de esta "Irma".

Vamos, dulce Eva. Ten calor para él. Ha caminado por caminos boscosos, todo para traer a la pequeña Mia de vuelta a nuestro abrazo".

"Yo..." Eva comenzó a refutar, antes de mirar a su hermana perdida hace mucho tiempo. "Por eso, le agradezco. Pero..."

"Está bastante bien", me sacudí. "Tus sentimientos son lo suficientemente justos".

"Justo" y más. No se desplegarían alfombras rojas para un tipo de Hombre como yo, no después de lo que había sucedido en este lugar. Que me dieran la oportunidad de conversar valió la pena mil de mi propio agradecimiento.

"Más importante aún, este orfanato..." abordé de nuevo. "¿Ustedes dos han mantenido a los niños a salvo todo este tiempo? ¿Aquí, bajo tierra?"

"...Tenemos. Lo que quedó aquí en el pueblo nos ha sostenido", respondió Eva. "Aunque no por mucho tiempo..."

"Más allá, hacemos aventuras por el agua. Pero no demasiado lejos. Y no muy seguido", agregó Irma. "Porque desconfiamos de otra llegada de los War-Men".

Mis pensamientos se dirigieron a la superficie, y lo que faltaba en sus tramos. "Y, sin embargo, los restos de los otros aldeanos. Fueron ustedes dos quienes los enterraron, ¿no?"

"Sí. Los lloramos con ritos de fuego, como es nuestra costumbre", suspiró Irma. "Una prueba difícil de muchos días, por supuesto, pero el nuestro era un pueblo humilde, y tenía mi magia para ayudar..."

"Nuestros seres queridos fueron contaminados... ¿Qué opción teníamos...?"

Las voces de los dos estaban llenas de tristeza. Podía imaginar por qué. Pero lo que había bramado en sus pechos, cuando volvieron a emerger en su aldea devastada y vagaron por sus amados pero rotos espacios, estaba más allá de mi comprensión.

Por no hablar de lo que debieron sentir cuando, con fuego, se despidieron de sus familiares y amigos caídos.

"...Mis condolencias son de poco consuelo, Hombre que soy. Pero... lo siento. De verdad —dije solemnemente. "Eva, también. Lo que le sucedió a tu familia, es... yo..."

"He oído... de Mia", dijo Eva. "...Pobre Hanna..."

Había un temblor en su voz tranquila.

"Hanna": la hermana del medio entre los hermanos de Mia. A Eva, otra hermana menor, igual de querida y ahora más extrañada. Porque fue esta Hanna con la que capturaron a Mia, y con la que el destino consideró adecuado darle un final oscuro en el campo de concentración de Arbel.

“Madre... Padre... Hermano... Los encontré. Pero no Hanna y no Mia. No ellos, todavía... Sin embargo, para entonces, no tenía más esperanza...”

Un recuerdo contado entrecortadamente por Eva. Qué montaña de voluntad tenía esta joven para perder a todos y todo lo que amaba y, a pesar de ello, encontrar la fuerza para cuidar y socorrer a todos los niños aquí en esta habitación.

“Si mis hermanas estuvieran vivas, ningún calor les daría la bienvenida a donde fueron. Sólo jaulas frías, muy, muy lejanas. Siempre lejos de donde los espero —prosiguió Eva—.

“Entonces... ahora es un milagro. Tener a Mia aquí en mis brazos... Como un sueño, es...”

"Hijo de hombre. ¿Conoces el peso de tu situación? De los salones de Mennish te has llevado a un esclavo, a donde sino a los campos de tu enemigo. Una hazaña anulada incluso en nuestros mitos más antiguos", Irma habló de mí. "¿Oirán mis oídos de tu testamento?"

Abrí mis palmas, mirándolas en una breve pausa. "...Llevo el abrigo de comandante del reino. Esta tragedia ha ocurrido bajo mi cargo, mi guardia. Temo que estas manos estén manchadas con la sangre derramada aquí.

“¿Y forzó tu mano ensangrentada, que miedo tiene? ¿Pasar por el bosque, todo para devolver a una niña enemiga a su familia? O...?”

“...¿Crees que esto lava esas manos? ¿La salvación de mi hermana?”

“Eso, no lo sé. Tal vez usted tiene el derecho de ello. Quizá juego al valor demasiado vano. Quizá esta mancha sea un pecado demasiado pesado para mi alma —dije con dolor. “Sea como fuere, creía que Mia merecía saberlo. Una obra por hacer, debe ser. Y así lo hice.

"Hijo de hombre. Has hecho caso a tu corazón”.

"¿Prestó atención... a mi corazón?" Pensé en voz alta, mirando a Irma. “Me gustaría pensar que sí... Sin embargo, mi corazón siempre está perdido. Me siento un tonto por prestarle atención.

“Ay, niña. Ante mí no se sienta ningún tonto”, sonrió el anciano Nafíl. "Hijo de hombre. Eres *muy galante*.

Los ojos de Irma eran como gemas de dulzura en su respuesta hacia mí. Entonces supe de la inconmensurable profundidad de su propio corazón y del mar de magnanimidad que lo llenaba.

¿Se puede encontrar tal caridad en mi rostro, también, si yo estuviera en su lugar?

—Irma, sabia matrona —dije—. ¿No me tienes odio? ¿Un hombre?”

"¿Odio?" Irma parpadeó. "¿Qué odio por el héroe de la pequeña Mia? He dicho: no antes se ha hecho este acto. Un esclavo, devuelto. Dos hermanas, juntas de nuevo. Por esto, no conozco odio. Solo felicidad." Entonces la matrona se volvió. "La gentil Eva aquí tiene el mismo corazón".

La hermana de Mia hizo una mueca tensa. "...Yo... Yo no odio al Hombre y su familia. Hago intolerancia, si tuviera que juzgar por su sangre y no por lo que late en su pecho. Esto lo sé. Lo sé, sin embargo..." Apartó la mirada y abrazó a Mia con más fuerza. "...Necesito tiempo. Pensar. perdonar."

"Tiempo..."

Me estremecí entonces, como si me golpeará el sentimiento de derrota.

Eva...

Era su deseo perdonarme, por doloroso que pudiera resultar. Era su voluntad no fingir la locura que era el odio infundado por todo el Hombre. Muy lejos de su propio credo, que ve la virtud de villanizar y destripar a los de la especie de Eva: los Nafílim, nuestros llamados "némesis".

"Ustedes dos", hablé de nuevo al fin, "¿qué harán a partir de ahora?"

"Nuestras tiendas se vacían más cada día; a Hensen miramos", explicó Irma. Pero me temo que el camino es demasiado largo y solitario. Ni un solo caballo tenemos, y hacer el viaje con muchos niños a cuestas es un peligro".

Según mi estimación, se necesitaría un día de prisa a caballo para llegar a Hensen desde aquí. No era una distancia demasiado terrible, pero escoltar a una verdadera multitud de niños a través de los campos abiertos sin duda prolongaría la caminata a su propio riesgo.

Un peligro de hecho, dicho a la ligera.

"A los valientes de Hensen anhelo traer noticias de las espadas afiladas de los Guerreros, pero... al lado de los pequeños debemos permanecer..." añadió Irma.

Mis cejas se elevaron. "Espera ahí. ¿La Guardia Feudal marcha por Hensen? ¿Cómo estás seguro?"

"Estas orejas recuerdan bien", comenzó a contar la matrona. "'El siguiente es Hensen'; así habló la boca de un jefe Mennish. Esto, lo he oído de las sombras de donde me escondí cuando el pueblo fue invadido."

Plausible. Gravemente así.

Así como este pueblo se encontraba más allá del mero noroeste del bosque, también lo estaba Hensen en el noreste. Hasta ahora había resultado ser un bastión nafílim demasiado erizado para los gustos de la Guardia del Fief, por lo que esta última se resistía a poner un pie en el fólkheimr.

Pero eso ha cambiado. El equilibrio de poder aquí cambió últimamente; poderoso fue el ímpetu encontrado ahora en la embestida de los leones de guerra de Londosius, porque los números de Nafílim estaban bien marchitos. Entonces, no revela ninguna razón para creer que la Guardia Feudal apuntaría a continuación sus innumerables espadas sobre Hensen, la sede misma del *jarl*.

Una marea de espadas contra la que no puedo demostrar protección, ni siquiera como comandante de Balasthea.

La tragedia del pueblo de Mia ahora amenazaba con repetir su estruendosa agonía sobre el mismo Hensen. El único consuelo era que el fólkheimr tenía la mano de obra para montar una resistencia.

No...

Mientras Balasthea, el baluarte de Ström, se mantuvo en pie, mientras la Guardia de los feudos, los mismos *colmillos* de Ström, aún respiraban, había escaso consuelo en los corazones de los Nafílim aquí.

Una presión sobre mi propio corazón, entonces, para darme cuenta de esto. Y al hacerlo, miré el rostro dormido de Mia, una vista que me trajo a la mente otro asunto: la otra mitad de los diseños de nuestro viaje.

"Matron", comencé de nuevo después del largo pensamiento. "Eres versado en magia, ¿dijiste?"

"Eso lo he dicho, sí. Por escasa que sea mi destreza.

"¿Podrías conjurar 'Dispellendō'? Entre Mia y yo hay un hechizo de esclavitud, deseo que desaparezca.

"¿'Dispellendo'? Sí, eso es bastante simple. Muy bien. Tu deseo, te lo concedo. Con eso, Irma levantó ambas palmas: una hacia mí, la otra hacia Mia. "Hmm si. Este hechizo de esclavitud lo siento bien. Entonces los lazos no atarán más."

"A su voluntad, matrona".

Débilmente, un resplandor brilló a continuación en las palmas de las manos de Irma. Las luces odyl luego se condensaron y se dirigieron hacia Mia y hacia mí.

“Dispellendo”.

En mis oídos: un repique, muy parecido a los eslabones de una cadena que se rompen repentinamente.

“La esposa está deshecha”, confirmó Irma. "Libertad ahora, para ti y Mia".

"Buena matrona", me incliné, "tienes mi más profunda gratitud".

Por su parte, Mia siguió durmiendo sin perturbar su paz. Sí... paz, de hecho. Por fin, un final pacífico para su suerte como esclava.

“Las leyes de mi tierra prohíben romper los hechizos de esclavitud, ya ves”, le expliqué. "Si no hubiera encontrado una mujer como tú aquí, mi intención era llevar a Mia conmigo a Hensen y allí probar suerte".

“Tu intención fue buena”, asintió Irma.

“Pero después de haber hablado con ustedes dos, ahora me queda claro: Hensen es a donde debo ir, sin importar las circunstancias”.

"¿Es tu voluntad advertir al jarl, o...?"

"Es."

El semblante de la matrona se arrugó con preocupación. “¿Estás seguro de esto? De otro ataque de la hueste menish, he hablado, sí. Pero cinco lunas ha sido, y nada. La posibilidad aún se avecina, por supuesto, pero Hensen observa y escucha con muchos ojos y oídos. Sus valientes podrían ser sabios al respecto, creo.

“Ellos miran y escuchan, pero ¿se han movido?” Yo dudé. Mis hombres también vigilan el bosque y, últimamente, han visto poco. No puedo pensar, entonces, que los leones de Hensen hayan evacuado a su ciudadanía. Deben conocer todo el peligro de su difícil situación, y yo soy la única mano libre aquí.

A los niños miré, y luego a las hermanas.

"Debo irme, aunque solo sea para evitar que un niño sufra la misma tragedia que la de Mia".

“... ¿Por qué haces esto? Dirígete a Hensen y te volverás contra tu rey —advirtió Eva. “Un acto justo es a nuestros ojos, sí, pero a los de los Hombres, es la acción de un traidor”.

“Déjalos mirar. Sé algo de su desdén —dije, entonces con severidad y luego con suavidad.

“Además, tú, Mia, toda tu familia iba allí una vez al año, ¿sí? Mia me ha dicho. Para ella, es un lugar de muchos recuerdos, todos preciosos”.

“Y para mí, no menos precioso. Pero ¿qué hay de eso?”

“Escuché que la limonada que hacen allí es una delicia. Uno muy querido por tu familia.

Cejas fruncidas. "Es...! ...! *Era...!* Entonces, ¿¡qué hay de eso!?"

"En otras palabras, Eva... haré caso a mi corazón".

Firme en esas palabras, me puse de pie. El asombro estaba en el rostro de Irma mientras miraba, pero se desvaneció rápidamente en una sonrisa, calma y conocimiento en su brillo.

Lo que se extendía entre aquí y Hensen eran suaves colinas y llanos con vistas al cielo. Un lay-of-the-land lo suficientemente suave para los viajes en carruaje; con la luna colgando alta y sin borrones, previó pocos problemas al galopar todo el camino a caballo.

“¿Te vas ahora? ¿Sin decir una palabra a la pequeña Mia...? preguntó la matrona.

—No soy bueno con las despedidas —confesé. “Una palabra para ella ahora sería una herida demasiado profunda para mí”.

“Esas palabras...” dijo Eva, “...a mis oídos, suenan como una despedida de mi hermana.”

Hice una pausa.

“...Sabíamos que este momento podría llegar, Mia y yo. Es a tu lado donde ella pertenece, Eva, en caso de que te encontremos viva y bien. Y de hecho, tenemos...” expliqué. “Somos mundos aparte. Ella, una niña inocente. Y yo, un Hombre sumergido en la guerra. Si la mantuviera a cuestas durante demasiado tiempo, la mancha también sería suya algún día, y para nuestra desgracia. Lo que Mia necesita a partir de ahora es curación y felicidad. Eso te lo dejo a ti.”

"...Ya veo."

Y para entonces, lo sabía bien.

Mia era una mente muy aguda. Ningún velo podría esconder el corazón de esos ojos ámbar suyos. La mía especialmente, y también si tuviéramos que compartir palabras ahora, dudo que mi determinación pueda escapar a su conocimiento. Una resolución de arriesgar mi vida por lo que está por venir: la salvaguardia de vidas inocentes, y también, el futuro de Mia.

Después de todo, una promesa hecha es una promesa cumplida.

Pero verme mientras me dirigía a una muerte segura seguramente cortarí a otra cicatriz en su propio corazón. No, Mia se ha llenado de miseria. Así elegí seguir mi camino sin una palabra.

Ella estará bien de aquí en adelante. Eva está con ella ahora. Una mujer joven, fuerte de voluntad, con mucha prudencia y, más que nada, un amor fraternal de toda el alma por Mia. Esta era mi medida de ella, extraída de esta conversación. Una medida que ha deshecho una montaña de mis preocupaciones. Puedo irme ahora, sin la carga de su peso.

En medio de estos pensamientos, vi a Mia dormir tranquilamente en los brazos de Eva.

De rodillas, acaricé su cabeza, a la que ella se movió muy suavemente.

"...mm..."

Gracias, Mía.

Por salvarme.

Gratitud dada desde lo más profundo de mi corazón.

Pasos dados cuando comencé a partir.

"Hijo de hombre. Que los buenos vientos te encuentren".

"...Estar a salvo."

Las palabras de Irma y Eva, escuchadas mientras me separaba de su compañía y de su hogar.

†

Era la verdad intachable que Ebbe, vicecomandante de Balasthea Stronghold, albergaba un odio latente hacia su nuevo superior, el comandante en funciones Rolf Buckmann.

Ah, sí. ¡Rolf Buckmann, un hombre carbunco con ampollas de pus! ¡Un desgarbado sin gracia, sin temple y sin experiencia en batalla, Buckmann! ¡La suya es una compañía que no merece nada más cálido que el desprecio invernal!

Por no hablar de su ingenio, tonto como es ante la torpeza de sus colmillos. Sin embargo, con una lengua finísima y feroz, desgrana sus órdenes a Ebbe y a ellos, ¡verdaderamente un espectáculo de tontería feroz y flagrante!

Ese fue el pensamiento atronador de Ebbe, y por qué se regocijó tanto cuando Rolf Buckmann se fue dando tumbos en algún descanso inesperado. Este era el momento, entonces. La oportunidad fresca y fructífera. Un mientras tanto donde Ebbe estaría a cargo del fuerte. De

hecho, en ausencia de ese absurdo alboroto, el vicecomandante pretendía lograr mucho y más. Los engranajes de sus artimañas ya estaban enrollados y listos para girar.

Rápido en estas fantasías, una risita de rana escapó de su garganta huesuda. Pero el ensueño no duró mucho, porque en el fuerte llegó un visitante inesperado. Era pasado el mediodía del mismo día del respiro de Rolf, cuando Ebbe, sentado con aire de suficiencia en el asiento del comandante, recibió a este invitado.

"Un placer, er...", comenzó, sin saber qué hacer con la ocasión. "...Brigadier, señora, eh—"

"De la Brigada Hechicera", confirmó el visitante de ojos rubí, antes de presentar alguna prueba. "Aquí. Mi escotilla.

Un vistazo a la cresta de filigrana. "Ah... Desde el 5, estamos..."

Las cejas de Ebbe se arquearon de asombro.

La 5ª Orden: qué más que el mismo nido de donde fue arrojado el Rolf Buckmann sin alas.

El comandante anterior de Balasthea fue puesto a pastar por el momento debido a una enfermedad crónica. Entonces fue que se necesitaba un reemplazo. Ebbe había creído estar a la altura de la tarea. Él era, después de todo, el vicecomandante, el segundo al mando, la mano derecha del líder del fuerte todo este tiempo.

Pero Ay. En el asiento del comandante se sentó en cambio algún transferido del 5º. ¿El título del tipo? Comandante *interino*. Y "transferir" fue una dulce amabilidad: el hombre no era más que un exiliado bueno para nada. Balasthea era, en ese momento, un fuerte muy tenso, lidiando con la muerte a diario. Sin embargo, por capricho de los burócratas de la cuchara de plata, sus terribles defensas se dejaron en la dirección de esta planta rodadora desdentada y de lengua plateada.

Ay, la desesperación. La indignación. Ebbe estaba perdido, *lívido*.

Lo atribuyó a algún plan o disputa entre la aristocracia, como solía suceder en el señorial Londosius. Eso no quiere decir que el propio Ebbe fuera rebelde a los nobles. No, fue un gran beneficiario, ya que las buenas gracias del margrave Ström estaban bien dirigidas al vicecomandante. Como tal, saboreaba con bastante dulzura los favores de la nobleza, pero cuando el sabor se volvía amargo, Ebbe era un bebé que rápidamente maldecía a sus benefactores a sus espaldas.

En cualquier caso, el hombre huesudo no se alimentaba de una buena impresión de la Orden que tanto lo honraba con el tonto sin gracia. Una ironía del destino, entonces, que él recibiría en este día a una dama del mismo grupo de caballeros...

...uno con un nombre que irrita rápidamente su buen humor.

"Felicia Buckmann", se inclinó levemente. "Dama brigadier de los Hechiceros de la 5.^a Orden de Caballería".

"Curioso", comentó Ebbe. Dígame, señorita, ¿qué comandante es usted, eh?

"Un hermano."

El volante en su rostro. "...Ah. Una hermana cariñosa, he venido al extremo afilado del reino por su amado hermano.

Venenosos eran los ojos de víbora del vicecomandante sobre la joven. El mero hecho de que tuviera algo que ver con la rata bastarda de Rolf Buckmann era razón suficiente para que no la recibieran en compañía de Ebbe.

"Quiero hablar con él. ¿Está presente? esta "Felicia" preguntó con firmeza.

Una vez en el pasado, su hermano le salvó la vida, de qué sino de los cuernos de una bestia desgarradora, atormentador habitante de alguna mina marcada por la muerte. Fue entonces cuando pensó en pensar diferente de él, en proyectar sobre su perfil la luz perdida de sus años más cálidos.

Con qué frialdad vinieron los mistrales en su lugar.

Las armas y armaduras Argent pronto se cubrieron con la totalidad de las filas de la Orden, un desarrollo que negó a su hermano cualquier posibilidad de victoria en sus mástiles. Todo lo que supo a partir de entonces fue derrota tras derrota, y húmedo desprecio escupió sobre su persona postrada.

Un prodigio, su hermano lo fue una vez. Y entonces supo que su ingenio estaba bien agudizado. Lo suficiente como para idear alguna manera de nadar contra las muchas mareas que se volvían en su contra, para arreglárselas incluso cuando carecía del lujo mágico que de otro modo se concede a todos los tipos de Hombre.

Pero no lo había hecho. En cambio, simplemente balanceó su espada, se puso en camino contra toda prudencia, solo para ser golpeado contra el suelo por sus compañeros. Un espectáculo visto por los ojos de Felicia, una y otra vez. Qué tontería, incluso locura, repetir la futilidad y esperar algo más que el fracaso.

Y por supuesto, estaba la audiencia de meses pasados, convocada para deliberar sobre su destierro. Allí le reveló en qué niño malhumorado y con cara de cerdo se había convertido, tan

obstinado en rechazar tanto sus faltas como sus disculpas. La actuación no obtuvo más que molestias por parte de su hermana, que para entonces ya no sentía adoración por él.

Aún así, Rolf era su hermano.

Y ella, su hermana pequeña.

Nunca podría amargarse tanto que se atreviera a abandonarlo.

De ahí su viaje de no pocos días: había venido a este fuerte para preguntarle por la frialdad que había dado a la llamada de Emilie, y para discernir si estaba tan marchito de ingenio como para ser imprudente con el favor del mariscal para él.

—Tu querido hermano está de vacaciones, amor —se encogió de hombros Ebbe—. Un vagabundo sin gracia, de vacaciones. ¡Hoh! ¡Los testículos de ese tipo!

Fain fue el vicecomandante para develar su enemistad. Insultar al hermano de Felicia era demasiado tentador para dejarlo pasar, incluso si eso significaba ganarse la enemistad del propio general de brigada.

Para su sorpresa, nada de eso fue visto de su invitado.

"¿En el almuerzo o descanso?" Felicia dijo. "Todo un fuerte a su cargo y, sin embargo, deja a un lado libremente el deber por el coqueteo. Parecería que todavía no ha ascendido a su cargo de soldado, por lo que veo.

"¿Oh? Esa es una lengua bastante despreciativa para una hermana, mi querida señorita", Ebbe se rió a medias. Pero, ¿quién podría culparte? Una hermana brigadier; un hermano desterrado. ¡Ja! ¡Oh, Yoná! ¡Merced!"

"Piedad para mis nervios, si tan solo", suspiró. Está embotado en un coistril de un cadete, ese hermano mío. Tenía la esperanza de que afilara su espada desafilada aquí, aunque sea un poco.

Un golpe en la puerta. Entonces entró un lacayo.

—Vicecomandante —saludó—. Ha llegado el margrave.

"Muy bien."

Felicia parpadeó. ¿Ha venido el Señor Ström? ¿Aquí, en el fuerte?

"Eso es", Ebbe sonrió huesudamente. Sígueme, bella Felicia. Si te refieres a conocerlo, te mostraré el camino.



Las murallas asediadas de Balasthea se erguían rojizas contra la puesta de sol. Y fuera de sus puertas boquiabiertas en las llanuras del dominio de Nafílim, se congregó un gran ejército. Filas sobre filas erizadas de soldados, reunidos y listos para la batalla. Ondeando en el viento sobre ellos: la bandera de la Guardia Feudal.

El Margrave Ström caminó frente a sus combatientes antes de detenerse junto a Felicia.

"*Bien*. Un brigadier de la Orden, aquí en mi humilde patria", comenzó. "Y del 5, nada menos. Bella dama, usted es de alta cuna, supongo.

"Soy. De la Casa Buckmann vengo.

El margrave se quedó mirando. *¿Buckmann?*

—M'liege —habló Ebbe de cerca—. "Nuestra joven señorita comparte sangre con los sin gracia, son hermanos".

La risa señorial estalló. "¡Como ahora! ¡Qué fuerza de brazos esconde esta delicada doncella! ¡Haber trabajado duro para atar a su hermano sabueso todos estos años!

Trabajos, de hecho.

Pero para tales trabajos y sus propios talentos, la joven brigadier rebosaba de orgullo. Ciertamente, sin embargo, era muy raro que Felicia sufriera las carcajadas irritantes de los demás. Después de todo, era hermana de un sin gracia: el estigma de su hermano era una mancha demasiado grande, porque Felicia también llegó a compartir parte de la vergüenza profana. Las burlas y burlas reservadas para Rolf, entonces, a menudo se desbordaban en dirección a su hermana.

Pero el desaire del margrave no podía silenciarse. Y así Felicia apretó los dientes y le preguntó así.

"Su Excelencia, reúne a muchos hombres. ¿Con qué propósito, si puedo preguntar?

"¡Mmm! ¿Necesita ser dicho? Harán lo que hacen todos los militares: marchar y pelear".

Desde aquí saldría la guardia feudal, insinuaba el margrave. Me parece bien; aunque Balasthea no estaba a más de un minuto a pie, todos se encontraban bien situados en suelo nafílim. Ellos: los militantes del Hombre. Y ahí está el problema.

El aliento militar nunca debería soplar a la ligera sobre los campos de Nafílim. Para una empresa tan costosa, la prudencia era primordial, por no hablar de la planificación y la preparación. Si la

mirada de hombres estaba o no reunida después de tales consideraciones, despertó muchas dudas en Felicia, porque faltaba en la escena una mente clave y aguda para el mando.

“Sin embargo, me han dicho que el comandante interino de Balasthea está ausente,” observó. “¿Ha hablado él algo sobre este asunto?”

“Prefiero prestar oído a la matanza de cerdos que a las palabras escurridizas de ese sin gracia”, se sacudió el margrave. “Este asunto exige poca atención de él y sus hombres. Se ocupan de la defensa; *mis* hombres pretenden *atacar*.”

“¿Preocupado, hermoso brigadier?” preguntó Ebbe. “¡Ven, descansa tranquilo! ¡Valiant Ebbe se une a los hombres del margrave con los suyos! ¡Lo! ¡Los jactanciosos guardias del vicecomandante, atentamente!

Felicia miró hacia donde señalaba Ebbe. A cierta distancia se formaban filas de soldados plateados, treinta o más, montados en lo alto de sus caballos. El más joven entre ellos le devolvió una mirada propia, lujuriosa en su mirada lasciva.

Sin prestarle atención, Felicia siguió adelante.

“Su excelencia. El vicecomandante y su unidad se cuentan entre los baluartes de Balasthea, ¿no es así? Su deber es la defensa, por vuestras palabras; ¿Cómo se les hace marchar sin el consentimiento de su comandante?”

“Doy mi consentimiento”.

Nitidez del margrave.

Haber reunido tales multitudes de hombres, con muchos equipos y suministros a cuestas, la escala de esta expedición ciertamente hablaba de tratos y decisiones tomadas con mucha anticipación. Ebbe también seguramente estaba al tanto de los planes del margrave, que requerían la participación del propio vicecomandante, junto con su manada de soldados de élite. Lo que lo delató fue el fácil entusiasmo en el andar del hombre huesudo mientras se encontraba en medio de la poderosa empresa.

La duda nublaba cada vez más el corazón de Felicia. ¿Será que estos hombres, príncipes y peones por igual, pretenden pasar sin una sola palabra a su hermano, comandante como es del mismo fuerte desde el que partirían?

“Pero, Señor Ström...”

“Mi querido general de brigada. ¿Es más que sangre lo que compartes con ese sin gracia? Él bien contradice el asesinato de inocentes, incluso si son de origen *Nafílim*”, reveló el margrave, luego envalentonando su mirada sobre Felicia. “¿Sus palabras son *las tuyas* también?”

“¿Ese hombre se ha aireado tan mal...?” Felicia pensó en voz alta. “No, mi Señor. Él y yo somos iguales de sangre, pero no de mente. Era simplemente que no podía adivinar por qué tantos hombres saldrían de su fuerte, en qué ocasión sino en su propia ausencia.

“De las mentes, no pago ninguna, si nos maldice con su compañía o no”, comentó el margrave. Pero es seguro que levantaría un hedor apestoso si estuviera aquí ahora. Así que digo, todo está bien y bien que nuestras narices estén libres de su hedor”.

Entonces una sonrisa creció en los labios del señor, una cubierta de confianza y piedad por su justicia autoproclamada.

“Por la gracia y el piadoso nombre de Yoná, mis hombres finalmente marcharán a Hensen, y allí destruirán el profano nido infernal de *Nafílim* que es. Y tráenos muchas bendiciones y dádivas además: esclavos cautivos y cofres llenos de monedas y objetos exóticos —anunció finalmente el margrave—. “No se preocupe, brigadier. Tales riquezas aumentarán las despensas de Londosius. Esto, te lo aseguro.

“...Como quieras, mi Señor.”

Ninguna de las palabras del margrave inflamó los oídos de Felicia. Correctas y justas eran sus ambiciones, un cimiento de seguridad para la longevidad de Londosius. Vaya, ella incluso lo consideró bastante correcto hasta cierto punto: no es frecuente que un señor deje las comodidades de su mansión para despedir personalmente a sus militares en su marcha.

No fue más que una chispa de sorpresa lo que la sacudió desde el momento. Sorpresa por el despliegue de la unidad de Ebbe, aunque eran defensores de fuertes, así como el empeño de toda una incursión en tierras *Nafílim*, en qué día sino el mismo día de la ausencia de Rolf.

Ah, sí. Rolf. Para su hermano, Felicia solo conocía la desesperación y la decepción, más profundas ahora con su exclusión secreta de esta expedición. Un buen momento para tomarse un tiempo libre, mientras el mundo está en movimiento. Desesperación, de hecho.

“En ese momento, amor. Partimos ahora”, Ebbe se inclinó de pasada. “Es una pequeña vergüenza que tu hermano haya salido de esta cruzada. Se amable y consuélalo por nosotros, ¿quieres?”

“... Por supuesto”, respondió Felicia, incapaz de reprender el alboroto de Ebbe.

Escrito audazmente en su agenda estaba ahora este mismo asunto, del cual pensaba ocuparse plenamente con su hermano. Pero eso era solo una nota a pie de página sobre el quid de su llegada a esta provincia de Ström: presionar a Rolf sobre por qué dejó escapar la graciosa mano de Emilie.

Esta fue la determinación del brigadier. Ponerse sobre su hermano mientras él se recuesta en su cobardía, y enseñarle qué camino debe tomar. Era tarde, pero no demasiado. Felicia estaba resuelta a regresar a Arbel, todo para visitar la residencia de Rolf.

A su lado estaba el margrave, hablando de nuevo con uno de sus comandantes.

“Es hora. ¡Hola ahora, y trae la noticia de la caída de Hensen! ¡Yoná estará contigo!”

Saludando, el comandante se volvió hacia el ejército formado y levantó en alto tanto la espada como la voz.

“¡Atención, hombres! ¡Vamos al norte pasando el bosque! ¡Y desde allí, vuélvete a perforar Hensen de donde sale el sol! ¡Mantengan firmes sus espadas y aceren bien sus almas! ¡Porque en esta batalla heriremos a los demonios completamente doloridos! ¡De vuelta a los pozos del infierno de donde provienen! ¡Marzo! ¡Marcha ya! ¡Adelante! ¡Adelante!”

"¡¡Oooo!!"

"¡A la victoria!"

“¡Santa Gracia sea nuestra Guía!”

La hueste de Hombres se hinchó con el sonido, atronando hacia los cielos inmaculados. Luego, bajo la vigilancia de su margrave, comenzaron lentamente su marcha. Miles de pasos que retumban en la tierra, pavimentando un camino hacia Hensen, de cuyos habitantes estos parientes del Hombre labrarían el dominio sobre esta tierra.

†

Puse al caballo al galope, atravesando las llanuras frías como la luna. La noche aullaba a mi alrededor mientras me acurrucaba contra la silla de montar: ningún Hombre sobreviviría mucho tiempo si lo sorprendieran al aire libre. Esa misma razón encontró mi rostro y mi forma envueltos rápidamente de la vista exterior, no en una capa con capucha, sino en una manta.

Precaución debidamente pagada, aunque con poco beneficio: parecía que este tramo de tierra al noroeste del bosque estaba completamente desprovisto de tripulación en esta hora oscura. Todo lo mejor; con mi camino libre de bandidos, seguí mi rumbo hacia el este. La noche después se sonrojó con el alba. Arriba y arriba, el sol se elevó hasta su punto alto del mediodía,

después de lo cual me detuve en lo alto de una hilera de colinas que dominaban la animada expansión de Hensen.

Al oeste, frente al fólkheimr propiamente dicho, había una puerta, custodiada por dos soldados de pie.

Bien. El reloj de arena no espera.

Bajé a medio galope la pendiente y me acerqué a la entrada. Allí, desmonté antes de quitarme la manta y desabrocharme la espada. Sosteniéndolo, comencé a acercarme.

"... ¿iMm!?" gruñó un soldado entrecerrando los ojos mientras entraba en acción. "¡Un hombre! ¡Un hombre a las puertas!"

"¡Tú allí!" repitió el otro. "¡Ni un paso más cerca!"

Las lanzas apuntaron rápidamente hacia mí, a pesar de la sorpresa. Una reacción afilada: estos dos estaban bien entrenados.

"¡Soy Rolf Buckmann! ¡Comandante interino de las almenas de Balasthea! Regresé, arrojando mi espada al suelo. ¡Vengo deseando ser admitido ante tu jarl!"

†

"*Humph*. El comandante de Balasthea sea ancho de hombros, dicen mis exploradores. Coincides exactamente con sus descripciones", así habló un Nafíl entronizado: el Jarl Alban. No menos de cincuenta inviernos han azotado a este león de líder, inviernos de guerra, cosidos en un sudario que sombrea su pavor y su gigantesco cuerpo. "Pero tu llegada será una carrera que corta contra la corriente. Aquí estás, un comandante desnudo del ejército, un Hombre solo entre parientes. ¿Qué rareza ha venido antes que yo?"

—Queerness, de hecho —respondí—. "Que un jarl conceda una audiencia tan rápida a su enemigo, asusta a la razón".

Hasta ahora, gran parte de mis pensamientos estaban atormentados por cómo podría conocer a este jarl, o al menos, alguna autoridad similar con oído para el asunto pesado que se avecinaba. Que todo lo que necesitaba era presentarme en la puerta de Hensen me desconcertó hasta bien entrado este momento.

¿Dónde estaba yo sino en el mismísimo *jarlshqll palaciego* ? Un edificio de roble, de un solo nivel pero grande sobre la tierra donde estaba. Y aunque su alcance impresionó, más lo hizo su aire: las maderas, los adornos, el diseño, todo estaba completamente envejecido como el hogar de los muchos leones anteriores de Hensen.

A tal morada sagrada se me había dejado pasar, hombre y enemigo a la vez. Ni una sola atadura fue puesta sobre mi cuerpo; una seria verificación de mi persona fue suficiente para tenerme presentable ante la presencia del jarl.

Bastante fácil, pero el aire estaba sofocado aquí en el amplio atrio-patio. La luz del mediodía caía en cascada desde la claraboya abierta y brillaba blanca sobre mis hombros. Los muchos ojos fruncidos observaban desde la sombra que los circundaba, figuras solemnemente alineadas y flanqueando mi izquierda y derecha: los aparentes *húskarlar*, hombres y mujeres, líderes por derecho propio, cada uno al servicio de su jarl.

Cabe mencionar que, como sugieren mis lecturas anteriores, los Nafílim no son un pueblo unido. De hecho, en lugar de anidar juntos en una sola nación, están dispersos en clanes dispares en tierras dispares, cada uno encabezado por un jarl. Y es un hecho que aunque la gente de un clan *sea de* un clan, no todos son parientes de sangre; lo que los une en cambio es un espíritu libre pero colectivo, una comunidad reunida bajo una bandera común. En deuda con ellos está el jarl, que se gana su lugar en el alto asiento no por herencia, sino por sus hechos y solo por sus hechos.

Por parte de Hensen, así como otros asentamientos cercanos a él, sus habitantes son del clan Víly, los *Vílungen*, presididos por el Jarl Alban: la misma alma que tengo ante mí, cuyos ojos apuñalan con su mirada.

"¿Audiencia? Sí, hay público", replicó, y luego volvió la mirada hacia los húskarlar reunidos. "A ellos, deo ver tu rostro antes de que tu cabeza corte: el destino de un comandante arrinconado en la casa de su enemigo". De vuelta a mí, el jarl miró. "¿Has venido por un capricho borracho? ¿O tienes en tu corazón algún deseo de muerte? Eso te lo concedo, bastardo del Hombre.

Su voz, profunda como un terremoto y bien combinada con su semblante y músculos montañosos. Pero en esa misma voz corrían venas de vehemencia por los Hombres y la disposición del jarl a levantarse de su asiento y golpearlos con cualquier espada a mano.

"¿Él es el elegido, señor?" preguntó un húskarl entre el archivo. "¿No un mimo enviado a nuestro medio? ¿Ni algún esquema de las mentes de los hombres?"

La duda estaba espesa en sus palabras. Justificado, lo reconozco. Después de todo, incluso un sueño de gran imaginación difícilmente podría pintar a un comandante caminando solo hacia las fauces de su enemigo. No menos importante en una guerra como esta, con ambos lados tan brutalmente en la garganta del otro.

"Esas mentes masculinas saben mucho sobre la victoria últimamente. Tales esquemas son ahora un sabor hartado en sus lenguas desde hace mucho tiempo; Creo que se entregarán a una artimaña con nosotros. Nuestro jarl dijo la verdad. Ojos de ónix y cabello negro como el hollín:

este hombre se ve como se informa. Y su cuerpo además... ¡he aquí! fuerte es, una corpulencia rara incluso entre los hombres. Él es quien dice, digo yo”.

"¿Oh? Entonces digo, ¡muy valiente, este comandante! ¡Él es uno solo, pero no tiembla!"

Comentarios de dos húskaarl de pie justo al lado del jarl. Evidentemente, se contaban entre los escalones más altos: "jefes de guerra", por así decirlo, comandantes directos de las cohortes marciales de Hensen.

El primero fue Volker, tranquilo y sereno en su cálculo de esta ocasión sin precedentes. Con poco más de treinta años, había un destello adusto de intelecto en su mirada, mientras que su figura era esbelta, aunque no por fragilidad, no: vi en este Volker no solo la agudeza de un estratega, sino también la fuerza de un espadachín experimentado.

La otra era Berta, mujer franca y de cuarenta años, por ahí. Su figura parecía completamente contraria a la de Volker, repleta de rotundidad mientras se balanceaba con cada uno de sus gestos. Y lo coronaba un semblante de dulzura y bravuconería, radiante con la sonrisa de una madre longeva.

—Valiente, y entusiasta, y además *astuto* —continuó Volker—. "Padre. Nunca las espadas de Balasthea estuvieron más afiladas y las paredes más inquebrantables hasta que este comandante tomó la mesa de guerra. Mi medida de él: *anatema*, él es. A nuestra situación, a nuestra gente”.

Un comentario más cortante, si no elogioso. La agudeza en la mirada de Volker tampoco fue menos firme en el curso de sus palabras.

"Solo soy un comandante *interino*, deberías saberlo", le corrigió.

"Eso dices, pero nuestros ojos no ven que seas un enemigo más amistoso por ello. Un enemigo a ser *derrotado*."

"El jefe de guerra convence, señor. Arranca el brote y nos ahorramos el sauce de wandreth."

Los otros húskaarl echaron humo con asentimiento. En las puntas de sus corazones se colocaron las joyas rojas de la ira para los Hombres y los de su calaña; el lúgubre resplandor brillaba inmaculado a través de sus ojos.

"Vengan, descansen sus cejas, todos. Nuestro 'enemigo' aquí tiene algo para nuestros oídos, por su apariencia. Vamos a prestar, ¿sí? tranquilizó a Berta. La escena casi reafirmó los roles de estos dos jefes de guerra para su jarl."

Al escuchar sus palabras, Alban asintió y rompió su silencio. "Que así sea. Habla, invitado-enemigo.

A él, miré. "Lo primero es lo primero: algunos de tus parientes lejanos necesitan ayuda", abordé. "Dos mujeres, dieciséis niños; supervivientes de un ataque a su aldea cinco meses atrás, al noroeste más allá del límite del bosque. Se esconden en sótanos debajo de un orfanato. Escóndete y espera el socorro. ¿No irás y se los darás?"

Un instante de silencio, y los húskarlar rugieron, su rencor resonando por todo el atrio.

"Estas cosas que habla, ¿cómo puede saberlo!?"

"¡Una locura! ¡Una sucia trampa!

"¡Nuestras tierras violasteis, nuestro pueblo lo saqueasteis! ¿¡Ahora quieres parlamentar!?"

"¡Una masacre forjada por las riquezas de ustedes Hombres! ¡No hay duda!"

Esa última línea, probablemente el clarín que revela más claramente sus sentimientos dolorosos. Algunos entre los húskarlar apretaron los dientes, otros apretaron los puños con una tensión cruda y temblorosa. Aunque fueron sus ojos los que compartieron una mirada punzante sobre mi persona.

En medio de sus locos truenos, el jarl se levantó de su alto asiento. Volvió la tranquilidad. El aire se detuvo. Sus pasos marcaron su camino hacia mí antes de que grandes dedos se lanzaran y agarraran mis cuellos.

"...Tus oídos han escuchado nuestro dolor", comenzó Alban. "Tus manos han robado nuestros tesoros. Tus espadas han *cortado* a nuestra gente. Ahora, ¿qué dice esa boca tuya?"

Brazos, como rocas en toda su corpulencia, ponían cada tendón a retorcerme y levantarme el cuello. Fuerza de mucho temor, e ira no menos terrible. Pero no podía darme el lujo de vacilar ante tal poder; sin pestañear, clavé mi vista en la suya.

"Esto, dice: No me disculparé por nada que los Hombres hayamos sembrado en la batalla".

Los párpados se ensancharon. "Hay *fuego* en tu lengua. ¡ Un *hombre-enemigo* de verdad...!"

Vertido en su agarre era un poder sombrío aún mayor. Las venas se hincharon a lo largo de sus enormes brazos, las ramas se hincharon con la ira de la tierra. Sobre ellos puse mis propias manos, y luego ejercí un agarre desafiante por mi cuenta. La voz del jarl hervía.

"...¡Y además un *tonto* !"

Surcos destellaron en su rostro.

No vine aquí para regodearme de la fuerza de mis propias armas, ni para someterme al poder y la miseria de esta gente orgullosa. No, el jarl debe saber que soy un alma con palabras dignas de sus oídos. Así hundí más los dedos en la carne de sus antebrazos.

"¡Mgh...!"

"El fuego en mi lengua no es más que una mecha para las llamas de guerra del mundo", le respondí. "Sin objetivo ni dolencia han quemado *ambos* lados. Pero no sumergiéndonos en el odio se apagarán".

El jarl entrecerró los ojos. ¿Crees que eres el sabio? ¿Que la saliva de tu discurso pueda ahogar lo que siglos de guerra no pudieron apagar? ¡Hablar! ¡Oh, *sabio!*"

"No soy un sabio. Ni ha habido jamás, que ejerza tanto su sabiduría para el marchitamiento de esta guerra. Porque hace más furor que nunca, y su ausencia nos duele a todos".

"¡Dolor de verdad, mis oídos! ¡De las artimañas huecas de los sabios antes que yo! Llegó la voz volcánica de Alban. "¡La 'sabiduría' de tus compañeros y antepasados ve lo correcto en los asesinatos ciegos de nuestros inocentes! Sin embargo, ¡a toda prisa de sus salas de sangre has venido a nuestro lugar saqueado! ¡Nuestra dolorosa presencia! ¿¡A qué!? ¿¡Revolcarse en nuestras heridas con sus palabras saladas!?"

Dolor, de hecho, las propias palabras del jarl, si no palpablemente furioso. Un dolor forjado por la matanza sin razón impuesta sobre los más pacíficos entre su pueblo. Amigos y familiares todos, mansos y ahora vanamente perdidos.

Una rueda de guerra girando con el ímpetu de los siglos; entonces, seguramente seguirían más pérdidas por igual. El resentimiento nacido de tal realización fue, de hecho, una herida sobre el líder de estas personas perdidas. Qué tan profundo corrió para siempre escapó a mi conocimiento.

Mis manos se relajaron y soltaron, movidas por el pensamiento.

"De nuevo, no tengo disculpas por lo que ocurrió en la batalla," reiteré, mirando hacia otro lado ni una sola vez. "Pero pasar inocentes por la espada, *eso* no es una batalla. De nada. Por tales tragedias les pido disculpas a todos ustedes. Realmente."

Mis palabras ganaron un silencio de Alban mientras él elegía, con toda lentitud, liberarme de su propio agarre. Sin embargo, su ira no se suavizó con el tiempo, y esa mirada suya era tan sólida y escrutadora como siempre.

"Excesivo, *vano*, sea tu disculpa, Hombre-enemigo", habló de nuevo el jarl. "¿Crees que nuestros bebés y ancianos asesinados regresarán a nosotros? ¿Con solo esa disculpa tuya?"

"...Ojalá mis palabras fueran tan poderosas. Cuán libres seríamos, para reunirnos con todo lo que hemos perdido. Pero no tengo tal poder. Ninguno de nosotros lo hace. Aquellos que nos han dejado atrás, nunca podrán regresar. El dolor resuena a través de todos ustedes, tal como lo hace a través de mí".

Yo sabía. Todo demasiado bien. Para ellos, mi disculpa no era más que un remedio sin sentido. Pero contra toda razón, los desamparados anhelan sólo el regreso de sus seres queridos. Esto también lo sabía.

Aunque la enemistad en sus ojos no disminuía, hubo una quietud concreta en todos los húskskarlar que me rodeaban. El Jarl Alban desplegó su puño antes de soltar un largo suspiro de sus labios.

"... No sueñas como el portavoz de la mente del hombre".

"En efecto. Estos son mis pensamientos, y solo míos".

Una vez más las venas saltaban sobre los rostros de Albano y sus vasallos. Ira de nuevo, pero ahora aturdida por mi voluntad revelada. El hombre solo vio a su vecino Nafílim como un némesis para ser masacrado hasta la nada. Y así, para estos mismos Nafílim escuchar una disculpa de los labios de uno de esos Hombres fue sin duda un shock para sus ingenios.

Alban le dio más peso a su mirada, como si buscara la verdad en mi alma. Luego, con un timbre claro, preguntó de nuevo.

"La devastación de nuestra especie enciende el jolgorio y la liberación en el corazón del Hombre. ¿Por qué el tuyo se desvía de este curso?"

"Porque es sabio para lo que quizás yace debajo del mundo: una maquinación invisible".

†

"¿El mundo? ¿Las maquinaciones debajo?"

Las cejas del jarl se arquearon. Una acción seguramente compartida por toda la sala.

Efectivamente, oyeron bien: una maquinación. Un dispositivo de engaño. Un artilugio sobre el cual el mundo estaba enrollado y controlado. Las corrientes invisibles de un torbellino invisible, que había sentido desde inviernos anteriores, solo que ahora se pronuncian por primera vez.

Alban negó con la cabeza ligeramente. “Tus palabras son como un laberinto. Di lo que quieres decir.

—Tengo un cuento que habla mucho de eso —respondí—, pero uno para contarlo en otro momento; los sobrevivientes del pueblo esperan y desperdician este momento. Les ruego que les presten su ayuda, y pronto.

Un momento pesado. "... Debajo del orfanato, ¿verdad?" El jarl hizo un gesto con la cabeza a uno de sus húskarlar, después de lo cual este último abandonó sumariamente el atrio.

“Tus defensas también: deben ser reforzadas”, continué. “Para que los sobrevivientes no encuentren tu fólkheimr menos ruina que su aldea”.

“¿Adivinas espadas puestas en Hensen?”

"Sí."

El jarl entrecerró los ojos con lentitud. ¿Es todo esto realmente una artimaña? ¿O una chispa rebelde de las llamas del Hombre? Cualquiera que sea su conclusión, luego continué revelando las motivaciones veladas del margrave para Hensen, y además, mi consejo estratégico como comandante: que la Guardia Feudal tiene muy buenas intenciones de marchar sobre este fólkheimr.

Ninguno de los Nafilim murmuró una sola palabra cuando les di todas las mías. Una sorpresa de sonido; Anticipé completamente los oídos tapados por algo que tenía que decir. Ciertamente, no estaban prestando su atención colectiva sin la debida cautela, pero más aún se debía algo de decoro al solitario enemigo que serpenteaba entre ellos, para decirles lo que no se atrevía en compañía de los suyos. Tal fue la determinación que recogí de ellos a medida que avanzaban mis palabras.

“...Los Fiefguardsmen te tienen fijo en su punto de mira. Los cien veinte y más —concluí.

El húskarlar tarareaba con inquietud. Hay mucho crédito en el consejo del comandante, deben haber pensado, pero igual motivo de preocupación, si es así. Dos mil soldados dispuestos a saquear Hensen ya era bastante amenazante, demasiado para las defensas actuales del fólkheimr, muy probablemente.

Desplegar una gran fuerza contra Hensen fue hasta ahora una estratagema tensa, con el bosque en el camino de una marcha fácil. Todo lo que Londosius se había esforzado hasta este punto eran meras escaramuzas.

Fue mi trabajo como comandante lo que demostró la vicisitud: los soldados de Ström sufrieron menos, mientras que los Nafilim locales aún más. Con un número reducido, Hensen no podía

permitirse el lujo de asaltar la marcha boscosa de la Guardia del Fiefguard y desplegar sus propias defensas en el mismo golpe. El margrave cosechó bien lo que yo había sembrado, y supuse que pronto reuniría una hueste tan grande como pudiera cruzar el bosque.

De ahí mi predicción de una fuerza de al menos dos mil guardias feudales, un número que pesaba mucho en los corazones de los húskarlar.

"...Un arma, tus palabras son, dirigidas contra tu propio reino. ¿Quieres pisotear a un traidor?"

Palabras en voz baja del timbre ya bajo del jarl. Por su mordaz mirada lasciva hacia mí, todavía sentí una ira por más tonterías que pudieran salir de mis labios.

"Londosius sigue siendo mi tierra natal, por triste y podrida que sea. Me refiero a no colocar una flecha en llamas contra su envergadura, pero de todos modos, no pude evitar advertirles todo el ajuste de cuentas que se avecina.

"¿Qué te conmovió?" preguntó.

"Cansancio. ¿Qué más sino cansancio? Los inocentes e intachables, despojados y enviados a la muerte. Familias, tomadas y desgarradas. Estos, no deseo volver a verlos nunca más".

"... 'Otra vez', dices". Una pizca de tristeza en los ojos de Alban mientras asentía en silencio. Entonces vi que la severidad de su semblante se adelgazaba por fin. "La inteligencia, debería agradecerte. Pero desconfiamos mucho de un ataque dirigido a nuestros muros.

"No lo suficientemente cauteloso, según mi medida", me apresuré a señalar. "Los Fiefguardsmen no son aptos para la batalla en los bosques. Pretenden salir directamente hacia el norte desde Balasthea y, una vez pasado el bosque, dirigirse hacia el este hasta Hensen. Debes enfrentarte a ellos con una fuerza propia, estacionada no entre los árboles, sino en las llanuras al oeste de tus murallas.

"Mm..."

"De hecho, si tuvieras suficientes soldados, hostigar a la Guardia Feudal en su marcha arbolada podría haber resultado más rentable. Sin embargo, 'suficiente' no es ni lo que veo, ni lo que he escuchado de mis propios informes. Una falange para impedirles la entrada es la opción más sensata.

"'Suficientes' fueron mis valientes una vez", pronunció el jarl, "hasta que te sentaste en la mesa de guerra".

"Me senté allí para que las almenas de Balasthea no se rompieran. Como he dicho antes, tus valientes que encontraron su fin en esos muros no merecen ninguna disculpa de mi parte —le

recordé—. “Aparte de eso, su ciudadanía debe ser evacuada; los residentes del distrito oeste en primer lugar, a saber. Pero deben estar dispuestos a desprenderse de su dinero y sus tesoros: los guardias feudales codician el lucro, ya ves, e incluso una batalla que se libra a su alrededor adormece su codicia. Que se queden y hurguen, digo. Le da a sus fuerzas un tiempo más valioso de nuevo que el cebo que podría morder la Guardia del Feudo.

—Estrategias con tanta agudeza como críticas, hombre del fuerte —observó Alban—. “...¿Pero dejar que tus parientes merodeen? Debes saber que mi pueblo es escaso de medios. No veo tu camino. ¿No viniste a detener el saqueo? ¿O?”

"Es más un seguro, en caso de que las defensas occidentales se derrumben", le aseguré al jarl. “Si la Guardia Feudal entrara en el fólkheimr, esperen que se coloquen antorchas sobre las casas. Pero eso está bien. Las casas se pueden reconstruir, los gastos se pueden pagar. Arrebata la victoria de las manos de la Guardia del feudo y será mejor que arrebates todo lo que han robado. Es tu gente la que debe ser protegida del daño; ellos mismos son tesoros insustituibles, después de todo. Hágales saber de esto, y seguramente seguirán cada una de sus palabras.

Se necesitaban sacrificios.

Una dolorosa realidad, evidente mientras Hensen careciera de suficientes soldados para detener la marea de la Guardia del Feudo. Mientras Hensen fuera, para los Nafílim aquí, un hogar que había que proteger sin importar el precio.

Por supuesto, no se sufriría ninguna estratagema que alimente a los mansos e inocentes a las fauces de la guerra. Así planteé cualquier táctica que, a lo sumo, sacrifique lo que se puede volver a sembrar.

Mi consejo continuó. De la composición del Fiefguard, sus formaciones, sus maniobras, todo lo que yo sabía, el jarl y su húskarlar ahora también lo sabían. Esta gran divulgación fue una traición flagrante, sin duda, pero un crimen cometido con gusto si se salvara a un solo ciudadano de este fólkheimr.

Sin embargo, los pecados son pecados, y éste mis hombros no lo cargaron menos. Aunque fueron los pensamientos sobre Mia y los del destino similar los que me convencieron de la valía del peso.

†

El jarlshǫll apareció detrás cuando salí de sus antiguos salones. Se levantó la audiencia con Alban; con la advertencia transmitida, comencé mi camino de regreso a las puertas del oeste por donde entré por primera vez.

La luz del mediodía se desvanecía rápidamente. Ya desde el lejano horizonte crecía la oscuridad de la tarde.

“Pensé que pasaría el día encadenado y encarcelado, la verdad sea dicha,” dije. “El aire fresco rara vez olía tan dulce”.

"Como debe ser", comentó Volker, caminando a mi lado. “Tu regreso a salvo puede sembrar la semilla de la paz entre nuestros pueblos. Esto, ha supuesto el jarl.

“Paz, dices...”

Un murmullo pensativo de mis labios, puntuado por miradas y miradas sobre mi persona de la población circundante. En sus innumerables ojos había curiosidad y cautela. Algunos estaban cetrados por el miedo. Algunos miraron con ira.

“Imposible, tal vez,” continuó el jefe de guerra. Esto también lo sabe el jarl. Al igual que nosotros. Pero incluso una semilla rota debe ser sembrada, porque si brota, nadie puede saberlo con certeza”.

Ojalá ese suelo de Londosia fuera más nutritivo para un brote tan precioso. Pero Ay. El reino real rebosa y ondea con vientos de guerra siempre empeñados en apagar la llama de Nafílim. Eso lo sabía con certeza.

Qué humillante, entonces, que fueran los propios Nafílim los que no pudieran rechazar por completo la semilla de la paz.

...No.

Tal vez el suyo era el corazón adecuado para tener. Fue, para empezar, funesto y desconcertante desear tanto una guerra inútil, una que no quiere terminar antes de que la parte que primero llegue a su cuenta.

“Generoso sea nuestro padre de clan; si sus manos fueran mías, morirías por ellas donde estás”, continuó Volker. Mucho bien te hace tener gracias por él.

“Estoy muy agradecido, tal como lo estoy por dejar mi espada en las puertas. Después de todo, no pareces de los que matan a un hombre desarmado. No a mis ojos, al menos.

"...Hmph".

El jefe de guerra era un hombre tan ingenioso como lo calculé al principio. Es decir, cualquier flecha que suelta, seria o no, es una flecha que encuentra su blanco, por así decirlo. Sin embargo, por muy aguzado que estuviera su ingenio, era igualmente un guerrero de un temple inconfundible. La cortesía movió su brújula: ni por su hoja se hundiría un alma sin hoja.

“Estoy muy contento de que todos hayan prestado atención a mis palabras, en cualquier caso,” confesé. Y con las venas bastante frías, nada menos.

“Somos un pueblo de principios. Juzgamos por lo que late un corazón, no por la sangre que corre por él, aunque sea el corazón y la sangre de un Hombre.

"El corazón, es..."

“Aún así, conocemos bien la duda y el miedo. Lo mismo tenemos para ti, y además la enemistad, fortalecida por los siglos de dura lucha entre nuestros dos antepasados.

"Eso, no lo negaré".

El Jarl Alban. Su húskarlar con todo. Era el frío decoro y la discreción lo que ansiaba que prestaran sus oídos a las palabras de un Hombre. Y también, cualquier ventaja que pudieran obtener contra el ataque que se avecinaba.

Sin embargo, Volker reveló que tenía razón: el trasfondo de su tolerancia calculada era enemistad, sin duda. Una corriente impulsada por despedidas pasadas con sus compañeros de armas. Y era cierto: no pocos entre los húskarlar también han perdido familiares y seres queridos en la realización de esta guerra.

Dicho todo esto, su juicio consideró justa mi admisión, incluso cuando sus corazones aullaban de odio por el Hombre que tenían delante. La suspensión de sus espadas preparadas fue únicamente para cualquier día más brillante que esta extraña ocasión pudiera anunciar, no a causa de algún perdón imaginario para mí o mis parientes.

Hm...

mis parientes...

¿Cómo podría haberme comportado, me pregunto? ¿Estaba cargado con el mismo dolor, la misma animosidad que los húskarlar y su gente?

Y a la luz de sus pérdidas, ¿qué y a quién tengo que perder?

Emilie, Felicia, ellas y otras hacen una comparación desigual. Después de todo, la lucha es su sustento. La guerra es su arte. Durante mucho tiempo han hecho las paces con su propia mortalidad.

No...

Supongamos que tengo para mí un alma querida y gentil, que espera más allá de los límites del campo de batalla mi regreso a salvo.

Supongamos además que ella sea privada. En un día como cualquier otro, privada de golpe de su dignidad, de su propia vida.

¿Qué sería de mí?

¿De Rolf Buckmann, de pie en medio de las ruinas de todo lo que alguna vez amó?

"... Apenas puedo imaginarlo".

"¿Mmm? ¿Qué es lo que murmuras, hombre?"

"Ah, no, no es nada".

En efecto.

Apenas puedo imaginarlo.

Esa sería mi única respuesta en este asunto.

Los que conocen la pérdida. Los que conocen la tragedia. Girando en lo más profundo de sus corazones hay tanto resentimiento como rencor más allá de la imaginación de aquellos que no saben.

Así estos enfermos sufren aún más. Su dolor engendra dolor.

Y así he aprendido a nunca fingir una simpatía superficial, ya que es solo sal sobre sus heridas abiertas. Pero detener la mano saladora, reconocer la inutilidad de la piedad: estos son mi único recurso, y qué pobres recursos son.

El silencio sea de poco consuelo y socorro. ¿Qué puedo hacer entonces?

"¡Jefe!"

Una voz, jalándome de las espinas del pensamiento. Su amo, un muchacho con el semblante lívido, viró hacia Volker, que acababa de pasar junto a nosotros en nuestra caminata hacia el oeste.

"¿De qué se trata esto?" presionó a Volker. "¿¡Por qué un hombre camina dentro de nuestras paredes!?"

El jefe de guerra levantó una palma. "Tranquilo, Kunz. Hay razón suficiente.

"¿Calma? ¿¡Calma!?! ¡Es un hombre, jefe! ¡Un enemigo en nuestro pueblo!" gritó este "Kunz". Con brusca brusquedad hizo a un lado a Volker y caminó directamente hacia mí. Sus manos

saltaron, empujándome hacia atrás. "...¡Asesino! ¿¡Por qué vienes!? ¿¡De quién es el fin que buscas ahora!?"

Me mantuve firme, sin palabras. Al ver mi silencio, Kunz se acercó una vez más para agarrarme del cuello.

"¡Habla, *enemigo!*" aulló en mi cara. "¡Saboreas mucho de nuestra sangre! ¿¡Cuánto más hasta que estés saciado!?"

Incluso entonces, me quedé callado.

"¡Habla, dije!"

No vine a matar, ni a ti, ni a tus seres queridos. No cualquiera.'

Esto, no podía dar aire. Ya sea por saber bien que serían las palabras más desapercibidas por Kunz, o por quedarse boquiabierto ante su furia. Porque había lágrimas corriendo por las mejillas de este muchacho. Los ojos que las derramaban eran como puñales que me atravesaban el pecho.

Que dolor.

Qué dolor desgarrador y penetrante.

Alguna vez fue así. Cuando me encontré con el lamento de los afligidos por la pérdida, su dolor fue como el mío. Uno que parecía perforar agujeros en mi corazón.

"Kunz. Calma. Déjalo libre", Volker tranquilizó al muchacho, poniendo una mano sobre el hombro de este último y tirando de él suavemente hacia atrás. Kunz cedió y me liberó de sus garras, pero no de su mirada punzante. Volker siguió hablando. "Tengo suficientes explicaciones para que las escuches. Pero por ahora, vete. y dale descanso a tus venas."

El muchacho tenía poca mente para prestar atención. Me miró una y otra vez, frunciendo el ceño con lágrimas en los ojos y frunciendo el ceño al máximo.

"Kunz. Me has oído.

"...Sí. Tranquilidad", Kunz rompió su silencio. He herido a los vientos. Perdóname, buen jefe.

Con eso murmurado, el muchacho se fue de nuestra presencia, pero no sin antes darme una última mirada furiosa. Observé sus hombros que se alejaban, sin espíritu como estaban.

"... Ha perdido a alguien, ¿no?" Observé.

“Eso que tiene. Una futura novia. Como uno, sus corazones eran, desde sus días más verdes”, reveló Volker, caminando una vez más. “La boda fue pronto”.

Una prometida, arrancada del lado de Kunz.

Nuestros lotes, el suyo y el mío, no podrían ser más diferentes. Seguramente podría haberle dado a su futura novia una vida más dichosa, si aún estuviera viva.

Aún así, somos iguales, él y yo. Seguro que sí. La tristeza está en él, por eso derrama lágrimas. La ira lo quema, por eso brama y culpa.

¿Qué son estos sino los mismos dolores sufridos por los Hombres?

Lo mismísimo.

En un Nafíl está la vida. Un deseo. Un corazón.

¿Qué nos separa, entonces?

Nada.

Las lágrimas de Kunz me iluminaron de nuevo a esta verdad. Ama lo que es bello, y ama poco lo que no lo es. De esto estoy seguro.

Más allá de una ventana, entre oleadas de hojas de color caoba, un árbol con su traje otoñal.

Cacareando y crepitando en un hogar, un fuego zumbante, brillante y cálido.

Recién estirado y curtido, un palmo de cuero bien hecho, con una fragancia única.

Después de un día de trabajo, un trago de agua fría y fresca para la garganta reseca.

Por estos también tiene amor. Como yo. Somos uno y lo mismo. Y, sin embargo, apenas podemos vivir entre nosotros.

¿Por qué?

Una y otra vez, miré la figura desvanecida de Kunz, mientras las preguntas sin respuesta solo florecían en mi pecho.

†

"Sostener."

Una palabra repentina de Volker después de mucho caminar desde entonces. Me giré para encontrarlo detenido, incluso cuando nuestro destino estaba todavía muy lejos.

“Desde aquí hasta las puertas, caminas solo”, continuó el jefe de guerra. “Los problemas te evitan ahora, no como antes”.

Ladeé la cabeza ligeramente. “¿Solo? hombre que soy?”

“La gente allí está tensa, ciega a todo excepto a su propio sufrimiento. Tu presencia es poco dolor, porque vivir es bastante dolor para ellos”.

Entonces capté un destello de tristeza en la mirada de Volker. Observó el aire pesado que caía sobre el distrito en cuestión, como si el lugar fuera una cicatriz punzante en la expansión del fólkheimr.

“Esa parte de Hensen la reservamos para los más necesitados. Allí, pueden encontrar socorro. Aunque, por doloroso que sea decirlo, encuentran poco de eso”, confesó. “Nosotros Vílungen escasos y escasos, siempre con los dedos de los pies sobre el borde del acantilado para derrumbarse. De hecho, nuestra suerte es escasa; allí será donde nuestras frágiles fortunas se pongan al descubierto.”

"Una vista que el jarl me pide que vea, lo tomo?"

Tú disciernes su diseño, hombre. Así como él hace de algo en ti; algo que le da esperanza”, dijo, y luego me miró. “Aunque, a decir verdad, comparto poco de su vista”.

Entonces, después de unas palabras de despedida, Volker dio media vuelta y se fue por su propio camino. Lo observé con muchos pensamientos, sintiendo su andar, mientras alto y orgulloso, caminaba un ápice más lento que antes.

'Con tus ojos, mira el estado de nuestra sociedad. Con tu brújula, juzga lo que las acciones del Hombre han causado en mi pueblo.

Aunque apenas dijo tal cosa, oí bien las órdenes de Alban en mis oídos. Y qué oferta tan montañosa para complacerlo fue.

Pero por favor lo haré.

Enderezándome, me dirigí al distrito destinado.

†

Caminé por los senderos de tierra, delirando como estaban con viviendas de madera sucias que sobresalían en todas direcciones. Telarañas de cuerdas para tender la ropa enroscadas sin

rumbo fijo. Y a lo largo de los caminos había gente desparramada, hosca y sucia, hundida en el trasero, hundida en su suerte, abatida, oprimida.

Un barrio de chabolas, de cabo a rabo, hecho solo más lúgubre por la oscuridad cada vez mayor de la tarde. Hensen era un fólkheimr que anteriormente surgía de poco más que moradas de roble de antaño. Una leve majestuosidad lo impregnaba, sin duda, pero nada de la maravilla se encontraba aquí.

Fiel a las palabras de Volker, ningún ojo dedicó gran parte de su tiempo a mi presencia, a pesar de lo alto y parecido a un hombre que era. Es posible que se hayan dado miradas aquí y allá, pero los corazones de la gente común ciertamente no me prestaron atención. Todos ellos estaban atrapados en su desesperación diaria, un destino compartido traído sobre ellos por alguna tragedia pasada. Al ver a la ciudadanía en su miseria, pensé en la facilidad con la que Mia misma podría haber terminado entre ellos, o peor aún.

Un lugar de penuria, sin duda alguna. El hogar de los marginados olvidados por el destino. En ninguna parte se sentía la frescura de la vida, de la vitalidad, de la vivacidad. Este paisaje urbano estaba completamente hundido en su propio aire sombrío.

"¡¡Gwagghaaaa-!!"

Y a través de ese mismo aire: un grito ensordecedor.

Me sacudí en su dirección, encontrando un callejón anodino. Muchos de los Nafílim cercanos también se giraron en la misma dirección, pero, con solo miseria en sus semblantes, no movieron ni un miembro para ir a mirar. El suyo parecía el espíritu de rendición, como si supieran que nada en su poder podría resultar un remedio.

Sin embargo, lo que más oscureció mi corazón fue que el grito era de un niño.

Incapaz de permanecer sordo a eso, entré en el callejón, donde esperando al final había una casa bastante grande. Sus vigas estaban caídas, su techo irregular y reclinado, y sus paredes acogidas por los vientos.

"¡¡Ah... agh... aghhaaaa!!"

Desde dentro de la morada chilló la misma voz vociferante.

La entrada no tenía puerta. Sobre ella había una tela hecha jirones, una que crucé rápidamente con el peligro de traspasarla.

"¡¡Ach... hagh... nnnnggh!!"

Allí, una escena para desgarrar el corazón.

Niños, por todos lados, llorando, gimiendo.

“¡Aaaagh! ¡¡Uwghaaaaahh!!”

Y la fuente de los gritos: un niño, tendido sobre una estera en el suelo. Sus ojos estaban desorbitados, sus pulmones se agitaban con cada grito, y sus extremidades estaban mortalmente tensas mientras se agitaban y arañaban salvajemente.

Cerca de él había otros cinco pequeños, niños y niñas, aferrados trémulamente unos a otros, con las mejillas empapadas de lágrimas. Cada uno se fijó en el joven, histérico con una tristeza que ningún niño debería sufrir.

Sin embargo, había otra chica, más vieja en años que el resto, pero joven de todos modos.

"¡Hermano! ¡Oh hermano!"

“¡Teo! Teo! ¡No te rindas, Teo! ¡Por favor! ¡Por favor!”

“¡Uuaaah! ...¡Hic! ¡Hermano, no mueras! ¡Waaaah!”

El lamento colectivo de los niños.

Entre ellos: una hermana pequeña, llamando a su hermano frenético y desvanecido. Las lágrimas corrían y corrían por su rostro llorón. En su brazo llevaba un osito de peluche, raído y mal remendado aquí y allá con jirones de tela que no hacían juego. Sus ojos eran botones, aunque ahora solo quedaba uno.

Aplastado por la piedad, me quedé allí, congelado rápidamente. Rolf Buckmann, talador de los catoblepas—una batalla donde no se presencié una pausa en su enfrentamiento con la bestia. Un mérito anónimo para mi nombre, pero a pesar de ello, poco pude hacer más que permanecer en silencio e impasible ante el sufrimiento de estos niños.

“¡Gghhwah...! ¡Aghhh...!” los gritos continuaban, y con ellos, los llantos de los más pequeños.

"¡Hermano! No nos dejes!! ¡Por favor! ¡Alma será buena a partir de ahora! ¡¡Por favor!!"

“¡Uuaaaah! ¡Waaaah!”

“¡Teo! ¡Quédate con nosotros, Teo! ¡Mantenerte fuerte!”

Allí, la corroboración de la adolescente mientras luchaba por calmar los espasmos del muchacho. En medio de su desesperación hubo un giro repentino de los ojos hacia mí. En esa mirada: una mirada que nunca antes había visto.

Una mirada que suplicaba socorro, cualquiera en absoluto.

Una mirada que echaba humo de furia por el mundo y todo.

Una mirada que fue un relámpago sobre el hielo que me ataba en el lugar: de inmediato, corrí a la habitación, como si me hubieran liberado recientemente.

"¡Despejar el camino! ¡Sostendré sus piernas!" Grité por encima del clamor, antes de agarrar y aplastar los pies del chico.

"¡Ughhah...! ¡Gghah...!" Una y otra vez, se esforzaba y golpeaba, poseído por algún demonio de moquillo.

Miré a la adolescente. ¡Dale algo para morder! ¡Tela, madera, nada en absoluto!

Al prestarme atención, miró apresuradamente a su alrededor antes de volverse hacia los niños. "¡Kurt! ¡Ese palo ahí! ¡Dámelo! ¡Y Romy! ¡La caja azul, en el estante! ¡Tráelo aquí!"

Los niños temblorosos también escucharon a su vez, y con lágrimas en los ojos cumplieron la oferta de la niña. Luego se movieron por la habitación en un pánico torpe. Observé, capeando los embriagueces del niño, mi corazón se hundió al ver sus sollozos y temblores.

¡Tú, haz que muerda esto! ¡Se necesitan mis manos en otra parte! dijo la niña mayor a continuación, empujándome el palo recién recuperado.

Con mis piernas sujetando las del chico, obedecí. Una acción que luchaba por fracasar, porque el chico mismo estaba reventando con una fuerza violenta, como si su propia vida estuviera ardiendo en sus últimos momentos. Solo con mi peso completo y corpulento sus piernas se mantuvieron en su lugar.

Su barbilla firmemente en mi mano, luego le obligué a abrir la boca y metí el palo entre sus dientes espumosos.

"¡Ouummhh—! ¡Mmmgh—!"

"¡Teo! ¡Ven, muerde!" La adolescente, al ver que el niño enfermo obedecía, tomó a mano una caja azul. "¡Mantenlo quieto! ¡Así! ¡Kurt! ¡Ven a ayudar también! ¡No dejes que se agite ahora!"

Mientras dictaba el caos, la niña sacó de la caja un frasco de porcelana.

"¡Ugghh! ¡Fhhnngg—!"

"¡Hermano! Hermano por favor!! ¡No mueras!!"

"¡Teo!"

"¡Oh hermano!! ¡Hermano—!"

“¡Waaaah! ¡Auuuuaah!”

Los niños lloraron. Una y otra vez, todos y cada uno. Ninguna mejilla quedó libre de lágrimas.

Mi rostro se arrugó ante la escena. Respiraciones jadeantes se abrieron paso entre mis pulmones, como si hubiera olvidado rápidamente cómo respirar. Un brillo inesperado de sudor estaba sobre mí: mi mente, mi corazón, trabajaban en una guerra como ninguna otra que hubiera librado antes. Nadando contra la corriente de las emociones, continué sujetando al chico con toda desesperación.

“¡Teo! ¡Sé fuerte!” gritó la niña mayor. “¡Tú, haz que se vaya el palo! ¡Debe beber ahora!

Hice lo que me dijo, agarrando la barbilla del niño antes de liberar el palo de su mordedura rechinante. En el mismo momento, la niña se inclinó y derramó en la boca del niño un licor de la redoma. Y justo cuando se vació el remedio, rápidamente volví a meter el palo.

“¡¡Gghhnnnnngghh—!!”

Un gemido gutural del chico, puntuado por un crujido del palo entre sus dientes. Fue lo mejor; sin él, muy bien podría haberse mordido la lengua.

“Gghh... nngghh... hhghh...”

Y entonces, una paz, que se fue instalando poco a poco, los locos azotes del chico finalmente comenzaron a disminuir. Ojalá lo mismo fuera cierto de sus ojos, que permanecían abiertos de par en par, moviéndose aquí y allá. Inseguro de su condición, continué manteniéndolo quieto lo mejor que pude.

“Gh... eh...”

Los momentos liberaron su tensión, por fin, los párpados del niño se cerraron suavemente. Y una vez que la niña le quitó el palo de la boca, todo lo que quedó fueron los suspiros superficiales del sueño.

Seguí su ejemplo, liberando un profundo respiro de mis pulmones después de soltarme de las extremidades una vez atormentadas del chico.

Los lamentos de los niños habían cesado. Lo que quedó fueron solo sus suaves sollozos.

†

Las cortinas de la noche caían rápidamente. Sin una costura en los cielos cubiertos de nubes para dar la bienvenida a la luz de la luna, el paisaje urbano quedó inundado de eigengrau granulado, cortado solo por la luz de la mecha ocasional.

Toda la gente del distrito había desaparecido en sus nidos de medianoche. Un fuerte escalofrío recorrió el chirriante aire. Me quedé en medio de la quietud limpia, después de haber salido del hogar de niños, y me apoyé en la barandilla junto a la carretera. Daba a una plaza debajo, un espacio tan abierto como solitario.

"¿Bien?" sonó una voz a mi lado, una perteneciente a la chica que da el remedio. "¿Qué negocio da la bienvenida a un hombre en este lugar inoportuno?"

Fue solo después de haber calmado y acomodado a los niños que esta chica pensó en invitarme a hablar. Pero por supuesto que lo haría. Sin duda esperaba que ningún Hombre apareciera en su momento de necesidad; más inesperado de nuevo que él preferiría ser una ayuda que un adversario.

"El nombre es Rolf, primero", comencé mi respuesta. En cuanto a los negocios, he venido con noticias para el jarl.

"Mmm. Bastante justo", pareció restarle importancia. "'Lise' sea mía. Tienes un par de manos útiles. Mis agradecimientos."

Ni en la ágil persona de esta "Lise" hubo una pizca de miedo por la presencia de los Hombres. ¿Por qué, a uno de esos Hombres incluso se dignó agradecer por ayudar a un niño espasmódico?

"Ese chico..." abordé, recordando ese mismo episodio. "La bata blanca lo tiene, ¿verdad?"

"Lo ha hecho", suspiró Lise. "Él es uno de los muchos que fueron envenenados... hace no más de un invierno".

"Bata blanca": un horror que afligía tanto a los Hombres como a los Nafílim, cuyos síntomas eran todos exhibidos por el pobre muchacho.

En cuanto a la causa, me arriesgué a hacer una sombría conjetura.

"... Bebió de las cabeceras del bosque, apuesto".

"Apuestas bien. Sí... Los realmers masculinos lo convirtieron en un miasma", confirmó Lise, antes de mirarme lentamente con lascivia. "¿Os acordáis de las aguas? ¿Fresco y fresco?"

En lo profundo de su mirada de soslayo brotaron brasas de despecho.

'... ¡Por qué, una vez lo hicimos con gran efecto, 'antes de tu llegada...!'

palabras de Ebbe.

...Y las artimañas de Ebbe.

Una estratagema para envenenar las nacientes dentro del bosque, una que rápidamente derribé. Solo que, tal como él lo había insinuado, su eficacia estaba bien atestiguada. El niño era la prueba palpable de ello, una víctima viva y enferma. Aunque, por cuánto tiempo más...

Apreté los dientes. Una vez más esta guerra ha cosechado en campos lejos de donde se libra. Por su desenfreno, los inocentes ahora sufrían de nuevo...

...y los niños junto con ellos.

Hijitos, *sufrimiento*.

Dejé escapar un suspiro por mi cuenta. "No puedo decir que sí; el envenenamiento bien sucedió antes de mi llegada a esta tierra. Aunque... lo admito, he sabido de la escritura por algún tiempo. Y todavía soy un soldado de Londosius, en total. Así el pecado me mancha no menos pesadamente."

"Mm..." Las llamas se desvanecieron de la mirada de Lise. "Bastante ligero en mi escala, digo. Siempre y cuando la escritura no sea tuya, si es verdad.

"... Bastante generosa la escala que tienes".

"¿Prefieres uno más estricto?"

Sus palabras parecían una daga fría, más rápida en el corte que en el mimo para el Hombre abatido y sensiblero que tenía delante.

"No..." cedí. "Me juzga muy bien".

"Estar contento. Si tu pecado hubiera inclinado más la balanza, felizmente te quitaría el peso.

Tal no fue un intento mediocre de intimidación. Las suyas eran manos bien afiladas para la guerra. Y, además, ensangrentado, tal vez, por la tala de Hombres. Eso lo percibí simplemente por su porte.

Pero de su corazón, entonces deseé discernir más. Así, a través de la oscuridad, lancé toda mi mirada sobre su rostro. Y mientras lo hacía, una hendidura en las nubes cortejó suavemente en un rayo de luz de la luna.

Uno que se posaba perfectamente sobre Lise.

En medio de la luminosidad apareció un rubor beige cálido sobre su piel, una tez exclusiva de los Nafílim. Los rasgos finos y hermosos de su rostro, el brillo esmeralda de sus ojos, el lirio

rosado de sus labios, el oro como una telaraña de sus mechones que le llegaban a la cadera, todo era hermoso de contemplar, pero lo que me desconcertó no fue eso.

No, en absoluto.

Porque la vista de su rostro fue una vez que bien pensé que sería la última.

La batalla de Erbelde hace tres años.

Habiendo deshecho la presa que obstruía el afluente —una construcción Nafílim y una contraestratagema que provocó la crecida de las aguas principales del Erbelde— regresé con éxito al regimiento del Mareschal Tiselius. Y después de informarle sobre la debilidad de los diseños del enemigo, la victoria parecía casi segura. Así se ordenó a la mayor parte de nuestras fuerzas que hicieran retroceder a nuestros enemigos, mientras que el resto de nosotros seguíamos a Tiselius para salir de la guarnición enemiga.

En ese momento, justo cuando nos acercábamos a las puertas y nos reagrupamos con un regimiento de caballeros estacionados, fuimos asaltados desde las sombras por una horda de Nafílim, uno de los cuales me encontré luchando con peligro fatal.

Mi contrincante: una niña de Nafíl, más joven aún que yo, que entonces tenía diecisiete años. Pero en sus manos se esgrimía una destreza innegable, dagas de destreza y muerte rápida. Sin duda, un Goliat para un sin gracia.

Puedo oírlo, incluso ahora: los tres truenos de un gong, mientras la sangre brotaba de la herida cortante que navegaba por mi pecho. Y luego...

'... Parece que las cortinas se están cerrando...'

'...Fue una obra de teatro demasiado breve...'

'... Ahora es un buen momento para salir del escenario... ¿no crees...?'

'... ¿Nos volveremos a ver...?'

'... Los dramaturgos dispuestos...'

...entonces, ella desapareció de mi vista.

Al enfrentarme a tal enemigo, primero conocí el miedo mortal.

"...Te conozco."

Palabras simples dichas con la misma voz de ese recuerdo.

Un recuerdo, igual de fresco en la mente de la chica que tenía delante. El paso de tres inviernos la encontró ahora como una joven floreciente, de entre dieciséis y dieciocho años. De hecho, aunque ahora sus facetas estaban bien refinadas, era inequívocamente la misma niña de las tormentas con la que medí espadas en ese fatídico campo de batalla.

"Y yo, tú," repetí. "Nos encontremos de nuevo."

A lo que Lise respondió con una larga mirada sobre mi persona, su primera señal cortante de cautela desde mi aparición.

"Otra vez se levantan las cortinas", comentó, "para anunciar al único Hombre de mi derrota".

"¿Hm?" Arqueeé una ceja. "Si la memoria no me falla, la derrota fue mía, miserablemente".

"¿Eh?" Liseladeó las dos. "¡Hay tonterías en tus labios!"

No, tengo suficientes pruebas. Toma, mira... —insistí antes de quitarme la camisa para mostrarle a Lise la cicatriz que había hecho—.

"¿Qué...?" ella jadeó. "¿¡P-por qué te desnudas!?"

"Esto aquí. ¿Míralo?" Me miré a mí mismo. "Una cicatriz por tu espada".

"¿¡Q-cuál!?" Lise apartó la mirada. "¡Menos estrellas bordean los cielos que las cicatrices en tu piel!"

Señalé mi pecho. "Este, el más austero de ellos. Una línea larga y recta..."

"¡Bien! ¡Sí Sí! ¡Yo lo veo! ¡Vístete ya!"



En su rostro rápidamente apareció un rubor de otro matiz. Un error de mi parte, tal vez, desnudarme tan audazmente. Como guerreras que éramos, había pensado bien en exhibir el trofeo de su triunfo tallado en mi carne.

"Disculpas," dije, poniéndome la camisa de nuevo. "Quería decir: demostraste ser un oponente bastante fuerte".

"Hmph..." Lise se cruzó de brazos. "Una mentira tonta, eso. De los labios de uno aún más agudo, que superó mi emboscada.

Emboscada, de hecho. Solo el mero recuerdo envió escalofríos por mi espalda.

El instinto me había salvado entonces. Una sensación sin palabras de que algo siniestro, o "bestial", más bien, estaba disparando directamente a nuestras filas. Y fue de nuevo el instinto lo que forzó mi mano: un desenvainado de la espada, el balanceo de su hoja.

Al final del borde estaba nada menos que una chica Nafílim: Lise, atrapada en el instante antes de que sus espadas pudieran atraparme, su palidez había detenido la mía. A decir verdad, si hubiera dudado incluso por un instante, ese día, esa batalla, seguramente habría sido la última.

"Estoy embrujado incluso ahora", dijo mi antiguo enemigo, pareciendo haber recordado lo mismo. "Dime. ¿Qué regalo te dio la vista suficiente para ver mi golpe?"

"El regalo era tuyo: del tipo furioso y *bestial*. Sólo lo sentí, eso es todo.

"B...!?" Los ojos de Lise se abrieron de par en par y de color verde. "¡Y el tuyo será un don para *la rudeza*, lo siento!"

Si hubiera silbado, muy bien podría haber parecido el gato enfurecido. Estaba convencido: mi elección de palabras aún tenía que crecer más allá de la gracia de un canalla.

"Ah... D-disculpas", me rasqué la cabeza. "Fue un cumplido, de verdad".

"¡Qué frau encuentra adulación en 'bestia furiosa', tonto!"

"Uno que además es un guerrero. ¿Me equivoco?"

"¡No! ¡Y si!"

Parecería que Lise y yo somos como engranajes que no se pueden acoplar. A pesar de todo, así fue mi reunión con un viejo oponente, con quien una vez intercambié golpes y estocadas lo suficientemente rápidos como para partir los vientos.

Pero entre nosotros ahora había brisas calmadas y luz de luna rota.

Un milagro de un reencuentro bien ganado mi alegría.



Bajo la luz de la luna débilmente melodiosa, Lise y yo continuamos con nuestra conversación. En su transcurso, le conté el motivo de mi llegada aquí a Hensen.

La sorpresa en su rostro, en este punto, no me sorprendió. Mi posición como comandante en funciones de Balasthea, mi deseo de detener la matanza inminente de los inocentes de Hensen: para Lise, era una revelación abrumadora tras otra.

Qué hombre descarriado debo haberle parecido. Solo después de que le conté mi audiencia con el Jarl Alban, ella finalmente asintió convencida.

"Es probable que le hayas tomado cariño a ti, ese padre mío".

El péndulo de la sorpresa ahora se balanceaba en mi dirección. Nunca podría haber pensado que la propia hija del jarl era la damisela que estaba a mi lado.

Tal como había revelado Volker, este distrito exacto estaba destinado al bienestar de los hensenfolk acosados por la enfermedad y la indigencia. Aunque por el aspecto de las cosas, el bienestar se había reducido hacía mucho tiempo a una brizna de su vigor requerido. Por eso el distrito fue agraciado con la presencia de los parientes de sangre de Alban: a instancias suyas se hizo cargo de Lise, para prestar atención a las necesidades de sus necesitados, para asegurar el socorro de sus ciudadanos rechazados por el destino.

Yo mismo asentí con la cabeza convencida mientras Lise explicaba más la difícil situación de este lugar. Por sus palabras, los niños antes no tenían padres. Cómo llegó a ser eso, Lise parecía falta de espíritu para decir. No es que pudiera culparla; meras adivinanzas evocaron ecos en mis oídos, los de los llantos de los niños.

Cuán amargas debieron ser sus jóvenes lágrimas, para encontrar un día que sus padres se separaron para siempre de ellos.

Y dada la tensión de la gente de aquí, no podía imaginarme a nadie con los medios suficientes para acoger a los huérfanos como propios. Así fue que esos niños vivieron en un hogar de hijos únicos.

Que los pequeños todavía respiraran fue gracias en gran parte a Lise y sus colegas. Diariamente visitaban el hogar roto, turnándose para cuidar a los niños y proporcionar provisiones según fuera necesario, para que los pequeños pudieran vivir con cierta comodidad.

Aún así, pude ver en los ojos de Lise que su lamentable suerte aún justificaba mucha preocupación, ya que entre los niños estaba el niño acosado por la bata blanca. Una fortuna tan repugnante como voluble, pues no se sabía cuándo podría asaltarlo otro episodio espasmódico.

“El medicamento que le diste al chico”, recordé, “uno paga con todo el dinero solo por una poción, ¿no?”

“Carteras y más,” respondió Lise. “Aunque nosotros Vílungen siempre tenemos poco dinero. Remedios tan pesados son difíciles de comprar”.

Pero comprado de todos modos.

Porque escribir voluntariamente el nombre del niño en la larga lista de los perdidos en la guerra exigía un precio impagable por cualquier bolsillo. Esto, prosiguió Lise. Y con ella compartía la misma mente. Pero al hacerlo, un nuevo peso de la guerra pesaba sobre mis hombros. Agobiado, dejé caer mi mirada.

Fue entonces cuando algo me llamó la atención.

En la plaza vacía de abajo, una peculiaridad: una estructura, como una torre de vigilancia, reducida a una escala diminuta.

...No. Parecía más un altar, fijado con un techo propio. Y debajo... ¿una ofrenda de algún tipo? ¿A los espíritus vættir, tal vez?

—Eso, allá abajo en la plaza —señalé—. “¿Qué es?”

“Ah, eso,” dijo Lise, como si el nuevo tema la animara. “¿Te importaría echar un vistazo?”

Una mirada”? ¿Era realmente algún relicario expuesto al público? No pude evitar complacer, siempre ciegamente curioso por las costumbres desconocidas. Asintiendo, seguí a Lise por el camino antes de descender una serie de escalones. Plantados en la plaza, nos acercamos a la construcción en forma de tabernáculo.

Allí, debajo de vigas exiguas, saliendo directamente de una plataforma, había una espada.

Las dedicatorias del tipo de cuchillas no son de ninguna manera extravagantes en ninguna tierra. Aquí, sin embargo, lo extravagante estaba en la espada misma: de filo a filo, de cresta a pomo, un arma subsumida por su propia piel de sable. Como un enorme vacío excavado en el mismo aire, tomando la silueta de una espada, llamando a los espectadores a la negrura sin fondo del interior.

De hecho, una curiosidad contraria a todas las convenciones.

"¿Qué es esto...?" Me pregunté en voz alta, dudando de mis ojos. "...Parece una espada, y sin embargo..."

"Eso, lo llamamos *svǫrtaskan...*", confirmó Lise, "... el hollín de acero".

¿Hollín?

Para encontrarlo una vez más en un lugar tan lejano como estas tierras enemigas, evidentemente, el destino consideró necesario sumergir aún más mi suerte en la ceniza sin luz.

"Más negro que nada y todo lo que he visto antes. Se traga toda la vista," observé, mirando la espada con toda intensidad. "¿Qué lo compone?"

"*Aschenblei* : el hierro rebelde, dos veces más pesado que la plata".

Levanté mis cejas. "¿'Aschenblei'? Lo he leído. 'Wolfsteel', o *úlfstál*, como lo llaman en Hinternorth, si no me falla la memoria.

Mis pensamientos se dirigieron a los textos polvorientos, en los que se describía el mismo metal. Un fantasma de una rareza, la existencia de wolfsteel encuentra pocos creyentes en Londosius. Pero aquellos que saben están al tanto de los descubrimientos de especímenes de minerales reales, por escasos que sean.

Y esto dicen: es el más pesado y duro de todos los metales conocidos en este plano mortal.

Una y otra vez, miré a lo largo de la oscuridad afilada. "Aunque los libros dan un brillo gris al metal lupino. No el negro abisal que veo ante mí.

"*Era* gris. Érase una vez, al menos", reveló Lise. La espada... está *cenicienta*.

...'Cenicienta,' dijo ella?

¿Qué ceniza podría sostener tan sólidamente la forma de una espada?

Las preguntas solo se amontonaron en mi paté.

"Nuestras historias hablan de una batalla aquí, una vez celebrada entre dos dragones, el *gamalldrekinn* Gweil'qrr y el *kyndandrekinn* Ýyfæ, en los lejanos días del *Tívaforjár*", explicó Lise. "Fue en medio de la agonía que el aliento funesto de Gweil'qrr cayó sobre la tierra. Y bañada en las llamas: esta misma espada."

Su recital encajaba perfectamente con las viejas sagas.

Gweil'qrr, el dragón anciano, consideró que la magia era una creación mal concebida, una carrera rebelde que se desviaba directamente del antiguo funcionamiento de la vida misma. Y así no fueron pocas las representaciones de la discordia entre él y Ĵyfæ, un dragón parecido, pero de mente diferente. Porque fue este mismo Ĵyfæ quien encendió el *seiðr*, la chispa madre de todas las magias.

Aquí, también, en donde se convertiría en Hensen, los dos dragones rompieron y quemaron la tierra con su batalla. Y según el relato de Lise, esta espada fue chamuscada hasta convertirse en hollín en el proceso.

“...La pequeña legendaria con la que me he encontrado describe de hecho que las llamas de Gweil'qrr poseen el calor suficiente para 'convertir el acero en cenizas', por así decirlo”, comenté. “Pensar, fue más realidad que ficción todo este tiempo”.

¿O una falsificación, tal vez? Ante mí, ¿una mera mimetismo de los mitos? Sin embargo, sólo podía concluir lo contrario. Contemplar con mis ojos desnudos un recuerdo material de la antigüedad mítica, fue más que suficiente para enviar mi corazón a bailar hasta las nubes.

“B-bueno... no soy cronista, deberías saberlo. Sólo me hice eco de nuestras tradiciones orales; si suenan verdaderos o no es una incógnita. Lise rápidamente moderó mis expectativas. “El *svqrtaskan* parece ceniciento, por supuesto. Pero cómo llegó a ser eso, del fuego del dragón y las batallas pasadas, es solo una vieja historia”.

Una historia que desearía que fuera cierta.

Como debe ser. Esto, me dijo mi corazón, por muy silencioso que haya sido. Porque si bien era cierto que la negrura de la espada de hollín bloqueaba toda vista, no podía ocultar su propia naturaleza feérica.

Cuentos aparte, el *úlfstál* ceniciento no fascina menos... Continué. “Su resistencia natural no se iguala con ningún otro metal conocido. Sin embargo, para ser templado *aún* más? Desconcierta la mente”.

“Desconcertante, sí. Pero una maravilla? ¿Quién puede saber? Nosotros, sus administradores, ciertamente no podemos. Ninguno entre nuestras generaciones recordadas ha manejado esto, ya ves”, confesó Lise. “La empuñadura, la hoja: uno toca la espada negra con peligro de dolor penetrante... y las quemaduras más terribles de contemplar”.

“¿Con solo un toque?” Dije, instintivamente inclinándome lejos del espécimen de sable. “¿De verdad, ahora?”

“Sí, de verdad. Una verdad puesta a prueba para nuestro dolor. Ni el guante ni el guantelete sirven siquiera. Y aquí está, inmóvil, sin cambios”.

Una espada que no sufre quien la empuña, despreciando y quemando cualquier mano que se ponga sobre ella, otra faceta aterradora de esta bruja de arma. ¿Pero por qué? ¿Por qué, a pesar de su severidad desdeñosa, no podía soportar apartar la mirada de él?

Me sentí entonces como hechizado por su negrura sin límites. Como si mi alma misma estuviera siendo absorbida por un abismo.

“Aunque como todas las espadas, podría haber conocido a un maestro una vez. Nuestros mitos también recuerdan una vela de hollín detrás de cada golpe de la hoja”, agregó Lise. “‘Hollín-empinado sería el que sujeta esta espada mágica’, dicen además”.

“...De ahí ‘hollín-acero’. suficientemente convincente.

El arma negra espera.

Eso fue lo que vi después de escuchar mucho de lo poco que se sabía de él.

Pero si espera, ¿entonces para qué?

Para *quién*?

¿Y en esta guarida de los indigentes, de todos los lugares?

Una arena movediza de preguntas, una de la que me sacaron no por una respuesta, sino por la sensación de ser observado por ojos desde arriba. Allí, en el camino donde Lise y yo estuvimos hace menos de un rato, se encontraba una silueta, rotunda y familiar a mis ojos: Berta, una de las jefas de guerra asistentes del jarl.

†

"¡Lisa!" Llegó una llamada que sonaba clara a través de la noche. “¿Eres tú ahí?”

“¡Berta! ¡Usted ha venido!” respondió Lise, después de lo cual un manto de alegría floreció en sus mejillas, y con él, una brisa en sus pies saltando mientras volaba escaleras arriba. Seguí su rastro, llegando un momento después.

“Cómo ahora”, las cejas de Berta se arquearon, mirándome por encima del hombro de Lise. “¿Qué te ha traído aquí de todos los lugares?”

La oferta del jarl, evidentemente. Parecía bastante decidido a mostrarme la difícil situación de tu gente —expliqué, antes de mirar a Lise—. “Aunque conocer a su hija en el camino fue mera coincidencia”.

“¿Coincidencia, dices? Bueno, ¡difícilmente extraño dado el curso del día! ¡Jo, jo! rió entre dientes Berta, acariciando su barriga de buen humor.

Por su parte, Lise nos miró de un lado a otro con asombro. "Ah, ya me conozco, ya veo".

La charla continuó mientras todos regresábamos al hogar de niños, durante el cual me enteré de que Berta también compartía las preocupaciones de Lise por este distrito. Espantoso entre ellos era el dilema de los propios niños, privados de padres como estaban. Fue por eso que Berta dedicó gran parte de su tiempo a atender su conflictiva morada.

—¿Los síntomas de Theo son bastante raros últimamente? Berta preguntó. “Un vistazo del sol a través de nubes grises, si fuera así a partir de ahora”.

“Berta...” comenzó Lise gris, “...Theo, ha sufrido un espasmo antes.”

Un suspiro. “¿¡Él qué!? ¿¡C-cómo le va ahora!?”

La alegría del jefe de guerra se desvaneció de inmediato. En su lugar: una pose de pánico, la primera que había visto cetrina, y también, un testimonio de lo mucho que dedicaba su corazón a los más pequeños.

“La medicina demostró ser la solución”, la tranquilizó Lise. “Duerme profundamente”.

“¡B-Dios... Oh, Dios...!” Berta liberó sus respiraciones contenidas. Pero el alivio hizo poco para detener su nueva prisa mientras se apresuraba a entrar en la casa.

Pronto saltaron voces de júbilo desde las numerosas ratoneras y huecos de la morada.

“¡A-ah! ¡Es la tía Berta!

“¡Berta! ¡Berta!

En el interior, se encendió una sola linterna. Las sombras que alguna vez todavía bailaban ahora mientras los niños se despertaban.

“Ahora, ahora, no muy fuerte. Theo necesita descansar”, dijo Berta, antes de arrodillarse. “¡A mí, queridos míos!”

Ni un segundo después y los pequeños estaban cantando y riendo alrededor de la mujer rotunda. Vívidas en todos sus rostros había sonrisas soleadas. Un momento de alegría contra la tristeza, uno que bien reveló el cariño de Berta.

"¡Tía, tía!" uno entre los niños llamó. “¡Nora y yo hicimos recados hoy! ¡Apenas el dos de nosotros!”

"¡Bueno, ustedes dos no son una pareja confiable!" Berta sonrió más brillantemente. "No te perdiste, ¿verdad, querida?"

Una risita. "¡Casi!"

"¡Tía! ¿Puedo masajear tus hombros? ¡Lise dijo que soy bueno en eso! un niño pequeño se jactó.

"¿Lo hizo, ahora? Bueno, entonces, ¡medimos qué tan masajista eres!

Un poco más adentro se elevó un susurro.

Un niño, una vez tendido sobre una alfombra, se despertó lentamente en el aire inquieto. Curioso, se frotó los ojos y miró a su alrededor, esbozando una gran sonrisa al encontrar a Berta.

"¡Tía!" gritó brillantemente.

—¡Theo, querido! ¡Estás despierto!" Berta regresó. Dios mío, perdona el clamor. ¿Cómo te va, mi pequeño campeón?

"¡Nunca me sentí mejor!"

En medio de la alegre conmoción, uno de los niños me vio mientras estaba de pie junto a la puerta. El joven par de ojos brillaba con asombro, como si descubriera una curiosidad.

"¡Ay! ¡Eres el señor de antes!"

Ese par ahora era muchos, ya que todos en la casa fijaron sus miradas en mí.

"¿Oh? ¿Es eso un hombre? Theo se preguntó en voz alta. "Primero lo he visto con mis ojos".

"Eso es," le aseguró Lise, ya todos los demás a continuación. "Un hombre, y mi amigo".

"¿Lise tiene un nuevo amigo?" repitió uno de los niños.

Hice una reverencia. Me llamo Rolf. Un placer."

"¡Encantado de conocerlo, señor!"

La casa se llenó de más saludos de los más pequeños. Un intercambio alegre, sin duda, durante el cual aprendí bien una cosa: los adultos aquí no solían enseñar a sus jóvenes el temor de los hombres como enemigos.

*'...Juzgamos por lo que late un corazón...
...no por la sangre que corre por él...'*

Ahora más que nunca las palabras de Volker sonaron verdaderas.

"¡Tía, tía! ¿Te quedarás esta noche?"

"Hmm", Berta pensó medio momento antes de asentir en broma. "Quizás".

"¡Hurra!"

Los niños entonces piaron y saltaron de alegría. Después de hartarse de retozar, se reunieron una vez más alrededor de la circunferencia de su querida tía. Y qué circunferencia en verdad, porque cada uno de los cinco niños estaba cómodo y sano en el amplio abrazo de Bertha.

La jefa de guerra resplandecía con la alegría de una madre mientras seguía prestando oídos a todas las palabras de los pequeños, por incoherentes o triviales que fueran.

Un espectáculo de preciosa serenidad que, al encontrarse con sus ojos, se ganó una suave sonrisa en los labios de Lise.

†

La hora del crepúsculo se hizo aún más profunda, hasta que los pequeños se quedaron profundamente dormidos, con la vitalidad de la primavera bien minada por muchas conversaciones apasionadas que habían tenido con su tía.

"Pareces el árbol madre para estos niños, si fueran hadas", comenté, mientras los tres adultos estábamos sentados cerca de la lámpara menguante.

"¡Oh!" Los hombros de Berta se alzaron con una risa apagada. "Lise también fue una hermosa hada en su tiempo".

"¡B-Berta!" llegó la ráfaga de un susurro de Lise. "Yo-yo soy mayor ahora. ¡Una frau completamente graduada de retozar a tu alrededor todo el día!"

—Lo eres, en eso —cayó la voz de Berta—. "Ah, los días."

Palabras rozadas con nostalgia, pero calentadas por orgullo debajo. Para la jefa de guerra, quizás no había mayor alegría que el crecimiento de los muchos jóvenes a su cargo.

"Durante mucho tiempo has cuidado de esos niños perdidos, ¿lo entiendo?" Yo le pregunte a ella.

Toma bien. Mi cuerpo será estéril, ¿ves?, confesó Berta, con la mano en el vientre. “Una vez caminé por el camino del guerrero, pero cuando mi corazón vio el dolor en nuestros pobres hijos, mis pies encontraron otro camino”.

“Otro camino, dices...”

Entonces supe de nuevo que en este mundo tan inundado de enemistades sangrientas, todavía había gente que caminaba por el difícil camino de la dignidad. Gente que, sin un susurro de duda en sus corazones, vio un inmenso significado en defender a los mansos y miserables. Además de Berta, estaban Eva y la matrona Irma en el orfanato. Lise también lucía este pesado brillo no menos brillante.

Tal conocimiento sirvió de gran consuelo.

A partir de entonces nos mezclamos más en una miríada de asuntos. En su curso, me encontré profundamente conmovido por el mismo momento: enemigos jurados sentados uno al lado del otro, en medio de los crecientes bramidos de la guerra en el extranjero, intercambiando no golpes y maldiciones, sino intereses y preocupaciones comunes. Desde el clima de este rincón del mundo, hasta las historias tanto de los Hombres como de los Nafílim, conversaciones muy benignas, que continúan de un tema a otro sin decaer.

Qué agradables fueron, Lise y Berta. A pesar de todo el tumulto impuesto sobre su pueblo, encontraron motivos para mostrarse amistosos con su enemigo.

Fue entonces cuando me revelé como un sin gracia, un Hombre desprovisto del *odyl* tan inculcado en todos los Nafílim nacientes. Lise, durante mucho tiempo, se había preguntado por qué su cuello se salvó de mi golpe de espada, no una, sino dos, en los últimos momentos de la Batalla de Erbelde. La razón, también, me relacioné con ella.

El hecho desnudó muy bien mi defecto mortal. Pasando por extraño que no sentí una pizca de vacilación en contarles de ello.

"¡Así *que es* por eso!"

"¡Oh! Pobrecito. Una vida difícil que has pisado."

La revelación no pareció despertar ni la vista ni el olor de la antipatía de los dos. Esperado, pues los Nafílim no eran corderos de Yoná. Aún así, su falta de desprecio fue un sople de aire fresco.

Berta se volvió hacia mí cuando yo estaba radiante de alegría.

"Ah, sí. Tu consejo anterior: el jarl lo presta atención —informó—. “La gente del lado oeste evacua mientras hablamos”.

"¿Ha comenzado, ahora?" Dije con genuina sorpresa. Las manos de tu jarl son tan rápidas como sus oídos.

No era más tarde del mediodía cuando le supliqué al jarl que preparara a su gente para la próxima incursión de la Guardia del Feudo. Sin embargo, comenzar la evacuación antes de que el día haya terminado, traicionó mis expectativas.

"¡Ese es él! Puede que tenga muchos años, pero los inviernos que pasan solo agudizan su ingenio", asintió Berta. "Y tu consejo fue suficiente para su medida. La evacuación procede desde la puerta oeste en adelante. Ven mañana, este mismo distrito también se muda."

—¿Y viniste a contarles esto a los mayores, Berta? Preguntó Lise.

"Hice. Solo que nuestras palabras se adentraron demasiado en la oscuridad; todos se fueron a dormir antes de que termináramos", se rió entre dientes el jefe de guerra. "Así que paso la noche aquí. Pero al amanecer, nos movemos y yo dirijo".

"Eso lo resuelve, entonces. Yo también me quedaré a pasar la noche —decidió Lise con una sonrisa.

Entonces pensé en despedirme, ya que la hora del sueño había llegado.

Solo...

...un escalofrío me recorrió la espalda.

"¿Mmm? ¿Rolf?"

La alegría en los labios de Lise apenas se había desvanecido, como débil en la ventana oeste detrás de ella...

"¿Qué ocurre?"

...era el zumbido de una mala luz.

Mis ojos se lanzaron a los niños cercanos, en lo profundo de su sueño seguro. La frágil vista me hizo levantarme de golpe. Dándole la espalda a la voz inquisitiva de Lise, salí corriendo de la casa y, tan pronto como pude, fijé mis ojos en los cielos del oeste.

La mala luz no era una ilusión.

Porque era rojo.

Y rugiendo.

El fólkheimr estaba en llamas.

Mis oídos luego corroboraron el presagio: desde la distancia, el tenue estruendo de belicosos aullidos y cascos. Lise y Berta pronto estuvieron a mi lado, horrorizadas por la severidad. En sus ojos muy abiertos, también, estaba el reflejo de cielos rojos.

El jarl fue rápido, pero sus enemigos fueron más rápidos, porque era evidente que el mismo día que yo había partido de Balasthea coincidía con la marcha inicial de la Guardia del Feudo.

No había duda, entonces.

Los leones de guerra de Londosius vinieron a cazar.

V

Cicatrices de gris se alzaron en la noche roja.

El olor a humo: la Guardia de los feudos ya había sembrado fuego en las primeras casas del extremo oeste de Hensen. Probablemente las defensas de la puerta se rompieron con facilidad, una falla de muy poco tiempo para enfrentarse a la marcha de los Hombres... Una marcha sin duda dirigiendo sus miles de pies hasta el mismo centro de Hensen.

Giré. "Berta, ¿la evacuación?"

"A esta hora... ¡las casas cerca de la puerta oeste deberían estar bien vacías!" ella confirmó. "Y dejado en ellos: ¡los objetos de valor de la gente! ¡Tal como lo propusiste!"

Bien. Se compró algo de tiempo. Habiendo marchado todo este camino, los miembros de la Guardia del Feudo seguramente estaban hambrientos de botín. Es justo decir que la suya sería una marcha ralentizada por su propio saqueo desenfrenado e incendio provocado.

"Entonces la puerta oeste es exactamente donde la Guardia del Feudo debe ser represada. Para que no..."

Las cejas de Berta se levantaron. "... ¡Para que no inunden este mismo distrito...!"

El agudo cálculo de un jefe de guerra. Y rápido: ya había previsto los caminos proyectados del Fiefguard.

Los cerdos del margrave apenas podían mantener una marcha recta ahora que se habían metido en su comedero. De hecho, la cadena de mando que ataba a la Guardia de los feudos estaba suelta en el mejor de los casos: lo que debería haber sido una columna coherente enfocada en derribar el corazón del fólkheimr era, en cambio, un puñado de soldados, divisiones dispares que ahora saqueaban a su antojo. Un riesgo de suposición, seguro, pero si las columnas de humo erráticas fueran una indicación, diría que el azar de la propia horda se había apoderado de ellos.

Por lo tanto, el centro de Hensen debería permanecer razonablemente seguro mientras tanto. Pero no se podía decir lo mismo de los otros distritos, donde las evacuaciones tenían poco tiempo para comenzar, distritos, no muy diferentes a aquel en el que me encontraba.

Se necesitaban valientes aquí, y pronto, para proteger a la gente en su huida de la guerra de la Guardia del Feudo. La urgencia no pasó desapercibida para Lise.

"¡Este distrito está indefenso...!" ella lloró. "¡Debo encontrar a mi padre! ¡A demandar por soldados!"

Ni un segundo después partió como un rayo. El tiempo era esencial; el populacho debía conmovirse mientras los Hombres aún estaban sumidos en sus propias riquezas.

"Volker y sus lanzas son veloces; creo que ya se dirigen a la puerta oeste —dijo Berta. "¡Me quedo aquí, para proteger esta parcela y esperar la llegada de mis valientes!"

"Entonces me dirigiré a la puerta oeste yo mismo," dije, antes de darme la vuelta para irme. "El destino te sonríe, Berta".

—Joven —gritó—, ¿quieres enfrentarte a la Guardia del Feudo?

Sabía bien lo que ella deseaba decir.

Enfréntate a los parientes de mi reino, ¿y luego qué? ¿Cortarlos? ¿A mí? ¿Un sin gracia? ¿Con que? ¿La espada que entregué en las puertas del oeste?

En efecto. El camino de este tonto es tenso. Fatal, incluso. Pero una acción que debe hacerse, debe ser.

"Ese es el plan", fue mi respuesta mientras partía hacia el oeste. "¡Pero me uniré a Volker antes de hacerlo!"

"¡Anda con cuidado, muchacho!"

Con las palabras de Berta como un viento a favor de mi prisa, dejé el distrito languidecido, sabiendo que al final de esta noche mi fortuna cambiaría para siempre.

†

Llegué al extremo oeste, solo para encontrar acantilados de fuego. Lo que una vez fueron casas ahora eran cáscaras de ceniza ardiente, ya que casi ninguna piedra labrada había sostenido alguna vez un salón de Hensen. Por lo tanto, la simple chispa fue un enemigo acérrimo de este viejo y roble fólkheimr.

"¡Allá! ¡En el ala izquierda, hechiceros! ¡Silencienlos!" gritó una orden a caballo. "¡Que no se incendie otra casa!"

La voz del valiente Volker. Berta había pensado bien: él y sus lanzas estaban ansiosos por cortar el avance de los nacidos en el oeste de la Guardia Fiefguard justo en la boca de su inundación.

Volker! Rugí por encima de la furiosa batalla. Los guerreros Nafílim que estaban cerca fijaron entonces su furia en mí, y un Hombre apareció de nuevo en medio de ellos. Pero con una mano en alto, Volker detuvo su despecho.

“¡Rolf! ¡Has venido!” habló el jefe de guerra, rodeando su corcel a mi lado. “Ojalá nuestra rapidez igualara la corrección de su consejo: las defensas occidentales las reunimos con demasiada lentitud. Y ahora pagamos”.

“¡No, fui yo quien debería haber pagado! ¡Más atención a la sed de sangre del margrave! Me reprendí a mí mismo. “¡La evacuación! ¿¡Se acabó!?”

"Sus ojos. En otro lugar, no. ¿Lo que de ella?"

En palabras del jefe de guerra: una desconfianza aún no disminuida por el Hombre descarriado que tenía delante. Pero para que Hensen se mantuviera a la luz del próximo amanecer, la cooperación fue clave.

“¡Los incendios!” exclamé. ¡Déjalos que se quemen! ¡Y si los Hombres vuelven a encender las llamas, déjenlos!

Volker entrecerró los ojos. "¿Dejarles *qué?*"

“¡La Guardia de los feudos mal prevé la rapidez con la que se propagan las llamas! ¡Nunca antes habían luchado en un lugar tan arbolado como este! ¡Solo conocen las piedras de Arbel! Expliqué en medio de un campo de batalla de brasas y guerreros bramando. Volker se mantuvo en silencio, entrenando sus oídos para cada palabra mía. ¡Los edificios en llamas son más un laberinto que bloquea el avance de la Guardia del Feudo que otra cosa! ¡Haz que tus valientes formen una columna profunda, retrocede y deja que los Hombres los persigan!

Escrito entonces en el rostro del jefe de guerra no había incredulidad, sino una consideración calculada: dejó que una mano se posara sobre su barbilla y, después de medio momento, se volvió hacia sus lanzas.

"¡Cambio de planes! ¡Harry, no los hechiceros! les ordenó de nuevo. “¡Reforma 'alrededor del centro! ¡Columna profunda, columna profunda!”

Volker: un comandante veloz de sensatez, una ráfaga virando a su favor. Sus lanceros también; los suyos eran movimientos muy afinados. Probablemente, la disposición del paisaje urbano en sí estaba mapeada en sus propias mentes.

Con pasos precisos, se extendieron y se reorganizaron en una formación profunda, contrayéndose nuevamente a medida que se realizaba el ajuste. Sus filas estaban ahora casi tan llenas como sus archivos.

¡Vuelvan aquí, diablos!

"¡Jajaja! ¡Sé limpia, inmundicia!"

El júbilo sombrío de los guardias feudales, mezclado con el retumbar de los cascos mientras galopaban tras los Nafílim en proceso de reforma. Pero su ofensiva resultaría sin colmillos: las indulgencias de los Hombres en la avaricia y la incendiaria habían dejado sus formaciones fragmentadas.

Con los guerreros de Volker retrocediendo mientras estaban muy clasificados, solo unas pocas fuerzas de la Guardia del Fiefguard estaban en posición inmediata para morder el anzuelo que eran los flancos de Nafílim. Y mordieron, aunque su ansia fue sofocada por el dolor: demasiado extendidos, los Hombres ambiciosos pronto fueron ensartados por las erizadas fauces de las lanzas Nafílim.

"¡Gagh...!"

"¿¡Uwag!?"

El aire de la batalla, nuevamente delirante con gritos de muerte. Las imágenes y los sonidos de sus compañeros caídos casi enfurecieron a los Hombres echando espumarajos. Habían venido, esperando más una campaña de conquista mal disputada que una incursión reñida. Y su considerable recuento de cien veintenas era motivo suficiente para esperar un desafío pobre, por no hablar de los campos de fuego que habían sembrado, cuya luz abrasadora había hinchado su orgullo.

De hecho, tenían plena confianza en su propio triunfo, una arrogancia rápidamente respondida con agresión Nafílim. Derribados, los demasiado temerarios entre los miembros de la Guardia del Feudo eran ahora como alimento para los gusanos, una indignación mal tolerada: los Hombres restantes levantaron sus corceles y espadas y se lanzaron a la carga.

Pero los valientes de Volker no fueron molestados mientras devolvían los golpes mortales.

"¿¡Gwahagh!?"

Lag-wits, abatido por una lección de humildad. Tanto asustados como furiosos, los guardias feudales que los rodeaban retiraron sus filas para intentar reagruparse. La estratagema no dio ningún beneficio, ya que ahora los bloqueaban como olas de fuego creadas por ellos mismos.

"¡Capitán! ¡Hemos perdido pie! ¡Los incendios atrapan el ala trasera derecha!"

"¡Maldita mierda!"

La confusión brilló a través de los archivos del Fiefguard. Aún así, el arte de la soldadesca no se perdió por completo para ellos. Impulsados a la acción por los ladridos de sus comandantes, los Hombres inmediatamente comenzaron a fijar sus formaciones. Un momento, sólo un momento, era todo lo que necesitaban.

Pero no se dio: Volker carecía de caridad. Con sus enemigos dejando al descubierto su vulnerabilidad a toda desnudez, el jefe de guerra emitió sus siguientes órdenes.

¡Hechizos de viento! ¡Tres voleas! ¡Golpea el frente por el flanco derecho! ¡Fuego! ¡Fuego!"
Volker vociferó. "¡Valientes caballos, para mí! ¡Cargar! ¡Cargar!"

El tiempo y el lugar fueron aprovechados a la perfección. En su caos autoinfligido, la mitad derecha del Fiefguard quedó llamativamente poco profunda, una breve abertura en la que se vertieron los hechizos de los Nafílim. Los hombres quedaron estropeados y deshechos, al igual que Volker y su caballería sin piedad se estrellaron a continuación contra las columnas agrietadas de sus enemigos.

"¡Retrocedan, hombres! ¡Retirarse!"

Allí: el regimiento de la Guardia de los Feudos comenzó a retirar sus filas recortadas y presas del pánico.

"¡Sostener!" gritó el jefe de guerra. "¡Déjenlos correr! ¡Nos reagrupamos!"

Su mente sabía lo suficiente como para no cometer los mismos errores de sus enemigos. Sus valientes cortaron la persecución y se reformaron, una decisión acertada.

A pesar de su éxito, el contingente de Volker no podía compararse con los números de Fiefguard. Luchar en este campo de batalla en llamas, acosar a los Hombres hacia rincones incómodos, bloquear su avance con filas profundamente formadas: estas estratagemas dieron a los Nafílim la ventaja suficiente para superar la competencia de cantidad. Una ventaja que perderían si persiguieran desenfrenadamente a los Hombres que se apresuraban a entrar en espacios más abiertos.

Ninguna fuerza de muchas filas puede mantener una marcha tan libre a través de corredores bizantinos en llamas. Se debe prestar mucha atención a dónde pueden ocurrir los enfrentamientos. Como un jardín bien cuidado, el campo de batalla debe ser una cosa curada y configurada con todo cuidado. La Guardia de los feudos puede ganar por números, por lo que los números deben ser la fuente de su perdición. Este fue el pensamiento de Volker, su camino hacia la victoria.

Pero fue un camino muy transitado. Teniendo poco, los Nafílim aquí fueron probados hasta sus límites, y sus rostros lo demostraron. Todo bien y muy bien para luchar contra una fuerza más

grande con tácticas hábiles y tortuosas, pero mantener *la* lucha con un número cada vez menor: eso era un peso abrumador para los pocos hombros de los valientes.

Y eso por no hablar de la gente que deben defender. Dejar el extremo oeste tentaría un final de otro tipo para los distritos que aún no han sido evacuados de sus ciudadanos.

Me acerqué al jefe de guerra, después de haber sido testigo de la marcha atrás de la Guardia Feudal... y sabiendo que regresarían pronto para tomar represalias.

“Tus valientes luchan bien, pero no puedo verlos durar mucho, no con estos números”, le advertí a Volker.

“Temo lo mismo”, confesó. “Pero hay esperanza: los refuerzos llegan mientras hablamos. Aguanta aquí, y la victoria no se desvanecerá de nosotros.”

Nuevas un dulce consuelo para los oídos. Los números eran el defecto más evidente de estos Nafílim. Si se apuntalaba, estaban bien preparados para golpear a la Guardia del Feudo, lo suficiente como para alejar a los Hombres de la vista de Hensen.

Miré hacia donde podrían llegar esos refuerzos, hasta que mis ojos captaron un atisbo lejano de un Nafíl, derrumbado e inconsciente ante una casa sin quemar. Uno de los plebeyos, al parecer, demasiado tarde para abandonar el área.

Corrí hacia la pobre alma, separándome del contingente de Volker.

†

Atravesé el asediado paisaje urbano y corrí, limpiando vallas y atravesando la calle antes de llegar a un bloque de casas sin quemar. Mi destino: un Nafíl tirado inerte sobre la tierra.

Rápidamente di la vuelta y lo encontré un tipo encanecido por muchos inviernos. Arrodillándome, lo ayudé a levantarse del suelo...

“El destino sea cruel...”

...solo para sentir que no hay vida en él. Su cabeza se inclinó hacia atrás, dejando al descubierto una garganta cortada en rojo.

“¡Guau! ¡Alo! Ahora hay una sorpresa, ¡sí!

Un grito desde el interior de la casa más cercana. De su puerta embutida salió entonces un escuadrón de soldados: cinco figuras, cada una envuelta en resmas de armadura plateada, que arrojaban frías luces desde los lejanos fuegos. Y sus rostros tenían rasgos familiares para mis ojos: los hombres de Ebbe. Aunque entre ellos no se encontraba el propio vicecomandante.

En sus puños llevaban apretados puñados de adornos: carteras, colgantes y lo que parecía un peine de ágata. Baratijas y tesoros, todos arrancados del mismo hogar que abandonaron. Y el anciano Nafíl en mis brazos: su antiguo amo, mutilado al encontrarse con ellos en el foyer.

Una mueca desdentada brilló en el más mediano y más joven de los hombres.

"¡Bien! ¡Si no es el Comandante! ¿Qué es lo que huele tu culo por todo el camino, eh?"

...*Karl*.

Cascarrabias, intrigante Karl. Esa sonrisa de dientes mugrientos suya era tan inmarcesible como una mancha de inmundicia en una letrina en desuso.

Dejé reposar el cadáver frío y me levanté, respondiendo a la pregunta de Karl con el ceño fruncido.

"Ustedes, los hombres de la fortaleza, están terriblemente lejos de su fortaleza. Escucharía por qué", dije con severidad.

Como debería Montar guardia en Balasthea era su cargo, no marchar junto con los hombres del margrave. Abandonar su puesto tan caprichosamente era una acción que le había prohibido más de una vez.

"¡No no! Mis labios preguntaron primero", Karl movió la cabeza y el dedo a la vez. ¿Qué *estáis* haciendo aquí en este condado de mierda, eh? ¡Comandante en funciones *Rolf Buckmann!*

Mis ojos se estrecharon hacia él. "Su comandante le hizo una pregunta, sargento *Karl*. Responderás de *inmediato* .

El joven soltó un suspiro con la boca llena, luego tomó un matiz de teatro en su comportamiento.

"Oh, hombre bastardo", dijo, sacudiendo la cabeza de nuevo. Difícilmente puedes encontrar un espíritu afín entre nosotros, así que viniste arrastrándote hasta aquí, todos para vender tu alma a estos demonios, ¿verdad?"

"Soul' sea una blasfemia en tus labios, Karl. Veo los pecados que has saboreado aquí — contraataqué, luego lo señalé—. "Ese peine de ágata que agarras... es un regalo de un marido Nafílim a su mujer, una conmemoración de cincuenta inviernos soportados juntos. Ese esposo es ahora este mismo cadáver, cortado por el *diablo* antes que yo".

De la garganta de Karl, un falso jadeo. "Ah... así *que* por eso. Bien, explica el llanto salvaje de la nana... ¡cuando se lo arranqué de los dedos! ¡Ah ah! ¡Los demonios! ¡*Conmemorando!* ... Me hace vomitar, lo hace."

Mis propios dedos se cerraron rápidamente en puños, temblando junto con mis dientes apretados. La esposa también estaba muerta, entonces: otro cadáver se sumaba al nefasto recuento de Karl.

El mismo joven colgó una comisura de sus labios aún más alto al espiar mi despecho. Una alegría también se vislumbró en los rostros de los otros cuatro.

“Oy, se ha perdido, muchachos. 'E realmente' como. Me parece que fue un hijo de puta, que se cagó de la madre equivocada, lo fue —suspiró Karl, antes de arrojar su propia espada a mis pies.

Sólo le di una mirada. “¿Qué farsa es esta?”

“¿Farsa? No. Una *pelea*. Vamos, comandante. 'Ave en ello. Será tuyo —lo engatusó. “Soy Karl, la espada de Yoná contra estos malvados demonios Nafílim, y un orgulloso cruzado bien dotado de honor, honor 'no suficiente para zarandear espadas con un Hombre sin espada, incluso si fuera un inútil sin gracia. como tú.

Los brutos de Ebbe silbaron a su niño prodigio, cuyos labios estaban torcidos con una sonrisa tonta. De hecho, el suyo era un rostro ebrio de justicia sucia, justo solo para él y sus compañeros corderos.

Asqueado por la vista, tomé la espada, solo para arrojarla a los pies de su amo.

“...El brillo de esta farsa se ha desvanecido poco. No eres más que un niño de coro, Karl. Uno disfrazado de cruzado, viene a saquear curiosidades comunes como si fueran reliquias para el relicario de su caja de juguetes”, repliqué. Sabes muy bien que no tengo odilo propio. Una victoria sin pretensiones es todo lo que saborearás de alguien cuya espada apenas alcanza esa armadura plateada tuya.

“Oh... así es. Yoná *sálvame*, hablé mal. Era bueno para algo, ¿no es cierto, comandante ? Karl arrulló tímidamente mientras se acercaba. “¡Bien... por despertarme *las venas!*”

Su puño voló rápido hacia mi cara. Extendí mis brazos, reprimiendo el asalto, pero no el estallido de odyl que siguió, porque Karl y sus parientes estaban todos cubiertos de plata hasta los dedos de las manos y los pies. Una mala fortuna que me encontró de espaldas.

En el suelo me estrellé y caí. “¡Gagh... hhah...!”

“Otra pregunta para ti... gilipollas sin pito”, continuó Karl, pavoneándose hacia mí mientras yo yacía aturdida. Acercándose, se inclinó y tiró de mí hacia arriba por el pelo, acercando mi cara a su boca escupiendo. “¿Qué sostiene ese orgullo tuyo, hm? No tengo cabeza para entender por

qué, Comandante. Realmente, no lo he hecho. ¿Por qué actuar tan 'alto y' poderoso? ¿ ¡Cuando eres tan afable y manso como un *mendigo cojo!*?

Un pinchazo sin paliativos, dirigido directamente a mi abdomen.

"¡Gwahh!!"

A través de mi cuerpo doblado: explosión y explosión de odio. A través de mi mente: sensaciones aparentes, tan extrañas como enfermas, de mis órganos azotando por dentro.

"Gh... ahgh..." Me atraganté, aún en el agarre de Karl.

¿Ve qué nos enfundó en las caderas, eh, comandante? *espadas* Nos ves dándolos muchas veces antes, ¿sí? Pero, ¿has balanceado uno, hm? ¿Alguna vez? ¿Incluso una vez?" el joven escupió. "Nosotros, los soldados, lo usamos para practicar cada semana, lo hacemos. Ooh, desearía que supieras qué *dolor* en el culo es, ¡practica! ¡Oooh, *deseo!*"

"¡Aung-!"

A continuación: un golpe ascendente en mi barbilla.

Volé una vez más en el aire, cayendo en la tierra con la nuca por delante. Mi cerebro se estremeció. Mi visión se sacudió. A través de su campo parpadeante estaba la sombra de la mano de Karl, acercándose para arrebatarme el cabello despeinado nuevamente. Con un tirón, fui levantado sobre mis pies vacilantes.

"¡No eres más que un guppy en este estanque de pirañas!" La voz de Karl resonó con saña. "¡Un guppy, escupiendo en 'cómo peleamos! ¡Fussin' sobre las reglas de th'fort! ¡Despotricádonos cuando salimos! Stealin' 'way ev'ry querida chance o' battle nos trajo vueltas! ¡Pero entonces tienes el descaro de saltar en el estanque, en este estanque de peces diablo! ¡Un error de hombre! ¡Antes de encontrarnos y mezclarnos con el *enemigo!*"

Sujetándome todavía, Karl soltó una lluvia de puños en mi cara. Los nudillos plateados se estrellaron en cada rincón, mientras que los crujidos, los sonidos más inquietantes, se rieron de mi cráneo. En el transcurso de todo, a través de mi cerebro se dispararon crestas y oleadas de odyl, cada una de las cuales salía por la parte posterior de mi cráneo.

"Kha... huahh..."

Los puños se callaron.

Mi vista chamuscada con estrellas. Mi mente se derritió en barro. Mis respiraciones se redujeron a nada más que resoplidos entrecortados y contenidos.

Estoy cansado de ti. Muy bien y muy cansado. Pero no solo yo. Nosotros, los muchachos de Londosius, no, nosotros *los Hombres*. Nosotros *cordero o' Yoná*. No es más que una carga no buscada sobre nuestros hombros, comandante. Pecaminoso, y más pesado de lo que tienes derecho a ser", el joven seguía silbando. Podrías haber hecho un poco de bien si te hubieras quedado quieto en un rincón en alguna parte. Pero si tienes los huevos para interponerte en nuestro camino, bueno... *márchate*, digo yo.

La forma borrosa de Karl se volvió hacia sus compañeros. Sus rostros distantes asintieron a sabiendas. El joven le devolvió el gesto.

Su frío agarre luego me arrastró por la tierra, llevándome al lado de la casa saqueada. Allí esperaba un pozo. El joven diablillo luego me levantó por el pelo una vez más, y con su mano libre, agarró mi mandíbula.

Esos ojos suyos, muy abiertos y sin pestañear, miraban como dagas a los míos.

"Vete a la mierda", escupió rotundamente. Y no le pidas a Yoná que te devuelva el billete... nunca.

Con una acción repentina, muchas manos empujaron mi cuerpo apático sobre el borde del pozo. Un empujón y una gran ráfaga de aire me rodeó.

Abajo a través del pozo me caí.

Aguas negras golpeaban mis oídos.

Me hundí en las profundidades sin luz, sintiendo que todo sonido se alejaba de mí. Un ruido sordo entumecido rebotó a través de mi cuerpo, otra salpicadura desde arriba. El cubo parecía haberme seguido, soltado por los lacayos de Ebbe.

Y con él, mi vía de escape.

No es que ningún testigo pudiera haber espiado alguna fuerza que me quedara para el hecho. Pero supongo que esos hombres no eran nada, sino minuciosos en su crueldad.

Minucioso en impedir que la descendencia despreciada de Yoná vuelva a poner un pie en Sus amadas tierras.

Meticuloso en evitar que este repugnante apóstata salga de su fría jaula.

Una tumba apropiada para una escoria inapropiada.

Y así, descendí más y más hacia su profunda y ondulante oscuridad, fui a la deriva.

†

Berta.

Hijo del clan Víly.

Y además un jefe de guerra, apreciado tanto por soldados como por civiles.

Porque el júbilo estaba siempre sano en ella, y la alegría no se perdió ni un momento en su semblante. Y como nunca le faltó ingenio, Berta fue de hecho un cimiento para la tropa, para los hermosos y los frágiles, para los jóvenes y los de muchos años.

Se podría decir que esta falta de frialdad y astucia hacían de un jefe de guerra sin recursos. Pero en Berta también había una fuerza sin límites.

Fuerza suficiente para asustar a las líneas del frente con una furia de martillo salvaje y arremolinada.

Fuerza suficiente para que los compañeros y peones de su pendón vean en ella un faro de valentía, corroboración y camaradería.

Así era ella digna. como un guerrero Como jefe de guerra.

Y además, una madre.

Esto, nadie podía dudarlo.

Porque aunque no se le otorgó la bendición del parto, Berta fue madre de muchos niños huérfanos. Oh, de hecho. Cuantos eran. Hensen era una ciudad de vida dura, hogar de los acosados por la guerra, de los cuales no pocos eran niños pequeños perdidos de toda parentela. Pero Berta les dio esperanza. Una sonrisa para mirar. Un amor para calmar su pérdida.

Todos ellos eran como hadas, rápidos en reunirse y retozar alrededor de su madre que los cuidaba. Y a ellos Berta les prestaría los dos oídos, siempre con la más benigna inclinación. Seguramente los regañaría cada vez que cruzaran una línea, pero la severidad fue más seguramente seguida por un abrazo, uno abundante en su alcance redondo, porque la circunferencia de Berta era rotunda, y con facilidad podía abrazar a los muchos pequeños en sus brazos.

Ah, sí. Qué calidez conocían. Qué consuelo que seguridad.

Pero era la verdad inquebrantable que el pasado de Berta no había sido iluminado en absoluto por su sonrisa inquebrantable. Pocos se dieron cuenta. Menos aún lo sabían.

Una época en la que tenía veinte años. Una época en la que caminó por el camino del guerrero, una luchadora en un batallón bajo el estandarte de Vílungen.

Un tiempo cuando ella estaba embarazada.

Bendita, se despidió del frente. Una visita a su pueblo natal estaba en orden, para un respiro, para el jolgorio familiar. Su esposo la seguiría poco después, ocupado como estaba en liderar el batallón. Así, la madre recién embarazada se dirigió a casa sin compañía.

Fue entonces cuando, no más de un día después de su llegada, los hijos de Londosius, que portaban espadas, pensaron en hacerle una visita.

Ningún Nafíl previó el asalto. La aldea de Berta era humilde en el mejor de los casos. Una morada privada de todas las riquezas. ¿Qué valor podían divisar los ojos del Hombre en su penuria? El futuro jefe de guerra no lo sabía y, por lo tanto, pensó que el viaje no tuvo problemas. Qué voluble, qué acosador, problemático.

Pero los Hombres mismos pensaban más o menos lo mismo. La suya fue una ironía enfermiza al encontrar entre la gente de la lejana aldea a quien no era más que una mujer guerrera que empuñaba un martillo.

Oh, el dolor que conocían.

Sus hojas ladraban mucho, pero mordían poco contra la circunferencia del martillo de batalla de Berta. Y cada vez que el guerrero balanceaba su cabeza fulminante, los partidarios del Hombre salían volando por los aires como pedazos de papel entregados a una ráfaga de viento.

Qué fuerza sin límites había en Berta. Muchos entre los Hombres tenían la cabeza deshecha. Muchos más se ensuciaron en la miseria y la mortificación. Pero tal fuerza fue interrumpida por la astucia.

Una cuchilla.

Una hoja afilada, hambrienta de carne, sujeta al cuello de un inocente.

Pero, por supuesto, Berta se detendría. El pueblo era pequeño. Todos se conocían. Todos eran amigos y familiares, desde el nacimiento hasta el lecho de muerte. Y así todos y cada uno de los aldeanos eran rehenes válidos para ser utilizados contra la graciosa Berta.

Apretando los dientes, la guerrera descendió hasta que la culata de una lanza londosiana cayó sobre su nuca. La negrura tomó su mente y su vista.

Cuando volvieron a ser restaurados, las tornas cambiaron: Berta se encontró atada de pies y manos, con toda la ropa y el equipo separados de su persona, mientras los Hombres estaban cerca, enfrascados en una discusión sobre quién sería el primero en violar a esta víctima suya. .

Oh, qué conversación cáustica. Cada palabra pronunció una alarma en sus oídos, un tacón pisoteado en su orgullo.

Aquel cuyas acciones se consideraran deficientes en esta incursión debía profanar el cuerpo de Berta. Esto, ventilaron los Hombres, todos con medias tonterías en sus labios. Para ellos no era más que un juego. Un pasatiempo de “castigo”, pues el placer no se encontraba por ningún lado en violar a un Nafíl. No, no a estos Hombres. Pero los juegos son juegos, y el entretenimiento escasea en el campo de batalla.

“Ech... Que me jodan la suerte, ey...”

Quejas compartidas por varios de ellos.

Risitas compartidas entre el resto.

Luego, las sombras se acercaron sigilosamente: los mencionados Hombres de escaso mérito. Sus dedos formaron puños y volaron hacia Berta en todas direcciones. Ella no pudo resistirse. La violencia no fue mitigada. La violación se desarrolló.

Por supuesto, ninguna víctima de tal abuso preferiría la lujuria que el odio de su ofensor. Aun así, Berta no pudo contener las lágrimas, por asco que hacían los Hombres. Aversión, mientras ellos vomitaban y amordazaban con cada movimiento de la cadera, se precipitaron hacia ella. Todo mientras el aire estaba distorsionado por su regocijo y total repugnancia.

Eso no quiere decir que la propia Berta careciera de encanto. No, todo lo contrario, pues su encanto femenino se hacía lúcido entre las múltiples curvas de su constitución. Y con un atractivo semblante de ojos almendrados y una calidez alegre para arrancar, ningún espectador Nafílim podría contradecir la generosidad de la belleza ante ellos.

Pero los Hombres contemplaron con ojos de una vista diferente. Muy pocos encontraron que la carne de Nafílim valiera la pena codiciar. Y en ninguna parte fue esto más cierto que entre la soldadesca Mennish.

¿Qué había en el semblante Nafílim que ganó la aversión del Hombre? No en sus rasgos carnales, no, ya que era un hecho que un Nafíl se diferenciaba de un Hombre solo por el tono de la piel. Más bien, la repugnancia resonaba desde lo más profundo de la mente de los Hombres. Un aborrecimiento que apenas pudieron abortar, ya que los guerrilleros mennios hicieron su penitencia de violar a Berta. Porque eso era todo lo que era para ellos: penitencia lúdica.

Una y otra vez se fue.

Un Hombre tras otro, menospreciando a Berta con sus ladridos mordaces.

Violando y violando, mientras rugían su repugnancia por el acto mismo.

“Mejor acostarse con una fiera”, le bramaban al oído.

“Prefiero saborear una cerda que tú”, le susurraban a la cara.

Al final de esa terrible eternidad, Berta quedó rota en el suelo, empapada en los fluidos carnales de los soldados, la mirada sin rumbo y sin luz, agotada por todas las lágrimas.

“¡Hwah! ¡Me alegro de que haya terminado!” dijo uno. “¡Bendita sea mi perilla, está manchada de pecado!”

"Oi", gritó otro, "¿vamos a matar a esta cerda o qué?"

“Sí, hazlo. ¡Nos vamos a casa, muchachos!

Palabras frías, más bien dichas para librarse de la basura. Pero lo hicieron: en el vientre de Berta se clavó una lanza londosiana.

"...S.S...!"

Una mueca de dolor del guerrero afligido. No siguió ningún otro movimiento. Los soldados se vistieron y partieron, contentos con su crueldad.

∴

Con el tiempo, las noticias del ataque llegaron a oídos de los valientes de Vílungen. A la aldea acosada se apresuraron.

Allí, de la miseria nació un milagro: Berta, descubierta y rescatada, tomó bien los remedios de sus compañeros de clan, pues sucedió que la lanza saboreó sólo una herida superficial de su carne. Probablemente una obra de caridad atribuida a la laxitud de la mano londosiana que la manejaba.

Pero ahí fue donde los milagros se detuvieron.

Los aldeanos, ninguno excepto Berta, se salvaron de un final despreciable. El rehén también fue cortado.

Y se quitó una vida más: el bebé aún engendrado en el vientre de Berta.

Esa pequeña chispa de vida, inspiradora para formar y dar forma, quedó como una mancha sin vida.

"Lo siento... querida... Oh... lo siento..."

El interminable lamento de una madre por su hijo. Un niño al que no podía dar la bienvenida a este mundo. Un mundo donde esperaban más ayes para la doliente Berta.

Qué mala casualidad: los londosianos del pueblo no eran más que un destacamento de una fuerza más numerosa, con la que la amada de Berta había luchado.

Y allí fue asesinado su marido.

Una muerte que sirvió de endecha para la familia del guerrero.

∴

Sus camaradas preocupados, todos ellos, no podían concebir más batalla por Berta. Pero tal concepción era miope.

Berta estaba intacta.

El odio no la acosaba. La tragedia no la encadenó. Las muertes, la profanación, ninguno de ellos podría atreverse a condenar su corazón a pensar en oscuros pensamientos.

Todo era un asunto simple para ella. El camino del guerrero era ahora la vida de un guerrero. Una vida dirigida a salvar vidas que necesitan liberación. Una resolución revivió desde lo más profundo de su pecho, donde la luz de la vigilia de su marido y su hijo aún ardían.

Para él, ella sería alguna vez la esposa que tanto amaba.

Para su bebé no engendrado, alguna vez sería la madre que seguramente habría amado.

La voluntad de una mujer que no se ve abrumada por el dolor desenfrenado.

Oh, qué fuerza sin límites había en Berta, de hecho.

Pero no se equivoquen: los huérfanos que más tarde acogió no eran sustitutos de su hijo caído, no. Y tampoco fueron sino bálsamos para calmar en su corazón el anhelo por todo lo que había perdido.

No. Berta simplemente era como siempre.

Una mujer de calidez.

Una presencia de protección.

Una madre.

De hecho, durante los siguientes casi veinte años, innumerables niños amaron a su "tía", mientras ella cumplía en paralelo con los deberes de un guerrero Vílungen. Y en ese lapso, su hermosa sonrisa nunca se desvaneció.

Ella nunca mostró un desdén indebido por los hijos e hijas del Hombre.

Pero de todos modos, ella no albergaba compañerismo para ellos. Porque en su corazón latía la firme creencia de que con ojos sin brumos se debe juzgar a otro, independientemente de su linaje o suerte.

Del Hombre, tal visión vería mucho, pero daría fe poco de cualquier cosa contraria a su carácter insensible. Es decir, hasta que amaneció un día en que uno de sus hijos pisó las puertas de Hensen. Un hijo, cuya única compañía era la suya propia, afirmando ser comandante en funciones de las funestas almenas de Balasthea.

Qué absurdo, pensó Berta. ¿Cuál será su mente, este Hombre?

Las preguntas nublaron su conciencia. Pero las brumas pronto se disiparon, pues este Hombre, este "Rolf", dijo así:

*'... Los inocentes e intachables...
... despojados y enviados a la muerte...
... Familias... tomadas y destrozadas...
... Estos... deseo no volver a ver nunca más...'*

El corazón de Berta dio un vuelco.

Y en el crepúsculo de ese mismo día compartiría un delicioso discurso con este Rolf. Horas de amistad, celebrada en todos los lugares un hogar miserable, sin padres, anidado dentro del nido atormentado de Hensen. La propia Lise estaba allí, no menos cautivada por la mansedumbre y el significado del momento. En medio de sus palabras intercambiadas, en Berta nacía nuevamente un fideicomiso para este hijo del Hombre.

Oh, una alegría. Para encontrar entre los Hombres un modelo de mansedumbre, Berta razonó de nuevo. No todos son crueles. No, en absoluto.

El pensamiento fue agradecido. El jefe de guerra sintió entonces una amistad con este Rolf. Un vínculo que antes parecía rebotante de muchos años compartidos entre ellos.

Pero luego vino un cambio en los ojos de este Rolf y una firmeza en sus pies mientras salía volando de la casa de la manera más repentina. Berta y Lise pronto lo siguieron, solo para luego saber el motivo de su inquietud.

Donde miraba estaba vivo con llamas, cielos arrojados en un calor escarlata.

La Guardia Feudal estaba a las puertas.

Un ejército de Hombres cuyos corazones no compartían un latido con el de Rolf.

Los niños, a toda costa deben evitar la lanza. Esta fue la mente de Berta, hecha con toda inmediatez.

Su mano recorrió la longitud del martillo de batalla en su cadera. Y en su rostro estaba entonces la fiereza de un guerrero.



La Guardia de los Feudos era como una inundación que atravesaba la puerta oeste. Las defensas formadas tardíamente del fólkheimr habían fallado; Los Hombres lograron más velocidad de la que cualquier otra mente podría haber concebido. Y ahora habían llegado los tiradores, listos para cortar y destrozar a los hensenitas despiertos.

Rolf sabía que este día oscurecería a Hensen. ¿Pero hoy? No.

Con la rapidez de un relámpago, se dirigió hacia el oeste para encontrarse con el regimiento de Volker y evitar que la Guardia Feudal tomara el centro de Hensen. El jefe de guerra y sus campeones estaban bien preparados; si había una fuerza apta para cercar a la Guardia Feudal en las puertas, sin duda sería la suya.

Pero lo más seguro de nuevo era la falta de número y agilidad a esta hora nocturna. El comando de Volker no tenía ninguna esperanza de dar cuenta de cada Hombre con la intención de incursionar más adentro. Y así fue como la propia Berta se encontró en un futuro campo de batalla.

La evacuación del distrito de indigentes tuvo poco tiempo para comenzar. Sin embargo, con la Muerte a sus puertas, el tiempo era precioso. Hay que hacer huir a la gente.

"¡Con calma ahora, todos! ¡Calma! ¡Hola a la plaza! ¡La ayuda está en camino!" La voz de Berta saltó mientras guiaba a los pobres en su pánico. "¡Tener corazón! ¡Pues Hammerweib Berta os da cobijo a todos!"

Mientras acorralaba el caos, a su alrededor estaban los pequeños huérfanos de cinco años y su afligido hermano, Theo, cada uno con ojos intranquilos mirando a los de su tía. Por su parte, la

jefa de guerra sentía cada segundo como un minuto completo. No había forma de saber cuándo y dónde los Hombres podrían atacar a los civiles. En cualquier momento, y podría haber surgido de las masas una oleada de gritos y tajos de espadas.

Fue en esa fatigosa espera que aparecieron fuerzas de diferente filiación.

“¡Berta!” llamada Lise que se apeaba. ¡Vengo trayendo bravos!

La hija del jarl había cumplido con su deber: a remolque iban filas de refuerzos, cada alma de los cuales saludó a su superior.

"¡Jefe!"

“¡Hammerweib!”

Sin embargo, todos ellos no superaban los cuarenta. Escaso, pero un asunto mal resuelto; Hensen tenía una necesidad más apremiante de lanzas en el extremo oeste de guerra.

“¡Mis luchadores! ¡Oh, cómo he esperado! Berta suspiró aliviada. “¡Los Hombres vienen mientras hablamos! La gente común debe huir; ¡Lise, te dejo el éxodo a ti y a los tuyos!”

"¡Lo tendré hecho!"

Lise no se demoró. De inmediato, se dirigió a la gente reunida para calmar sus preocupaciones y establecer el rumbo de la evacuación por venir.

La niña, aunque joven, era todavía muy de la sangre de Alban. Los ecos de su perspicacia resonaron como un clarín en el carácter de ella, y para los oídos de Berta, era una canción de gran consuelo, de hecho, suficiente para encargar a la hija del jarl que escoltara a las multitudes indefensas a un lugar seguro. Una acusación de lo más desafiante, pero incuestionable, fue la confianza de Berta en Lise.

Contenta, la jefa de guerra se enfrentó a sus combatientes. “¡A mí, mis valientes! ¡Aquí nos quedamos! ¡Aquí peleamos! ¡Acerquen sus corazones! ¡Preparad vuestras espadas!”

“¡Oooooo!” rugieron las filas enardecidas, su moral intacta.

Lise no se quedó atrás, delegando a los valientes bajo su propio mando y comenzando la evacuación con rapidez y seriedad. Las masas se estaban moviendo por fin. Pero diez piecitos no se aventuraron, porque diez ojitos seguían fijos en su tía.

"Mis queridos. Escucha bien a Lise, ¿oíste? Y no os desviéis de los demás —les dijo Berta.

"Seguir ahora. ¡A la seguridad!"

Aunque Theo, su mayor, encontró poco consuelo. "T-tía..."

"¿Mmm? ¿Qué importa, mi pequeño campeón?"

"Escuché que mataron a mucha gente del West End", bromeó el chico. "¿Q... pasará lo mismo aquí? ¿Nuestra casa?"

"En absoluto, Theo", Berta animó su espíritu. "Es seguro. Tu *casa* está segura. Porque tu tía está *aquí*."

Estas palabras los oídos de los niños escucharon bien, sin embargo, en sus ojos todavía había preocupación. Por supuesto, su confianza en Berta no se cortó. Pero la suerte de estos pequeños fue cambiada para siempre por el pisoteo del carro de guerra. El regreso de su maléfico giro, pues, era para ellos un fantasma de espanto infinito.

La carga en sus corazones difícilmente pasó desapercibida para Berta. Y así mantuvo la sonrisa en su rostro para ahuyentar sus miedos con su calidez familiar.

"¡No sean tan tristes, mis queridos! ¡Dejaré que los malos no pongan un dedo sobre ninguno de ustedes! el jefe de guerra los tranquilizó, antes de poner una mano sobre el arma que colgaba de su cintura. "¿Ves el martillo de la tía? ¡Con él, me balancearé y azotaré! ¡Y envía a los que dan miedo en su camino!"

"Tía, tía...", dijo un tirón en el dobladillo de Berta, "... ¿tú también estarás a salvo?"

La inquietud de una niña pequeña, sus grandes ojos húmedos de preocupación por el jefe de guerra, y un adorado osito de peluche que lleva apretado en su diminuto brazo.

—Oh, Alma querida —la consoló Berta, con la viga intacta—. "Podría recibir un rasguño o dos. ¡Pero no importa! ¡Los rasguños no hacen más que hacerle cosquillas a tu tía! Y he recibido muchas cosquillas de ti antes, ¿no?"

Aunque sus palabras tenían la intención de mitigar la inquietud de los niños, solo se encontraron con más tirones en los dobladillos.

"Tía... ¡Tía, ven con nosotros!"

"¡Sí, tía! ¡Venir! ¡Huyamos!"

"Uu... hic... tía..."

"¡Ay, Romy! ¡Kurt! ¡Nora! ¡Todos ustedes! ¡Ten corazón y no te preocupes! ¡Me quedaré aquí solo un rato, para darles una buena lección a los traviosos! ¡Y luego estaré con todos ustedes lo suficientemente pronto! ¡Pronto!"

Luego de su tía vinieron palmaditas en sus coronillas, por todas partes, animadas y con amor. Sus ojos se entrecerraron con cosquillas de comodidad, y al ver esto, Berta miró a la hija del jarl mientras regresaba de nuevo.

“Lise, querida. Ahora están en tus manos.

“Haré que se lleven a un lugar seguro, a todos y cada uno”, prometió Lise. “Buen viento te encuentre, Berta”.

Después de compartir las palabras, Lise acompañó a los niños de su tía, y finalmente se fueron con el rebaño de Hensenfolk que huía.

Berta apartó la mirada de ellos y se dirigió hacia el oeste para encontrar los fuegos y sus muchos dedos extendiéndose y retorciéndose cada vez más cerca. Debajo de su zumbido acalorado retumbaban cascos. Los incendios, pues, no llegaron solos.

Se volvió hacia la multitud que evacuaba y vio a los pequeños mirándola una y otra vez. Berta los despidió con una sonrisa hasta que desaparecieron de la vista. Entonces sus labios radiantes se inclinaron por fin, sus ojos recién afilados como cuchillos se entrecerraron en el camino por donde la Guardia del Feudo podría ganar.

El jefe de guerra llenó sus pulmones.

“¡Los enemigos se acercan! ¡Línea defensiva, ahora!” ella tronó. “¡Miren vivos, mis valientes! ¡Que ni un dedo de ellos toque más tierra!”

"¡Sí, jefe!"

Y qué valientes eran, curtidos en batallas incontables. La perfección veloz se apoderó de sus pies mientras formaban una falange; no unos minutos más, y las caras de los Fiefguard finalmente se levantaron de la oscuridad llameante. Se colocaron las piezas. En ese tablero de juego de una refriega, los enemigos de larga lucha chocaron por fin.

::

“¡Woohh!”

Espantando el aire estaban los bravos de Berta con sus fuelles, mientras sus lanzas giraban y golpeaban con toda agudeza. La suya era una proeza de mucho prestigio: tal fuerza se disparó en sus ejes que un solo golpe tenía suficiente peso para desmontar por completo a un hombre montado.

“¡Khwach!”

“¡No temáis a los demonios! ¡A la carga, hombres! ¡Cargar!”

Los luchadores de Nafílim eran sin duda más dignos de la guerra que los Hombres anteriores a ellos, pero donde estos últimos carecían de calidad, lo compensaban en números formidables. Esta no era una pequeña ventaja: desde la altura de un caballo, los guardias feudales chocaron y retrocedieron en mareas de espadas y lanzas, probando el fuego de sus enemigos nafílim.

“¡Fuera, realmers! ¡Cierra tu camino!”

“¡Ggwaahh!”

Los valientes eran como un baluarte, sin ceder ni un paso mientras hacían retroceder una y otra vez a las filas de Mennish. Una sola mirada de ellos, y uno podría deducir claramente los largos años de servicio que dieron temple a su semblante. De hecho, qué audacia que rebosaba de cada faceta de sus cuerpos. Y de sus corazones: una determinación de condenar la masacre que tanto ansiaban sus homólogos más mansos.

“¡Dejen de estremecerse, cabrones de viento! ¡Rompe por aquí, y nada más obstruye el camino! irritó a un capitán Mennish. “¡Estos demonios merecen limpieza! ¡La inmundicia delante de nosotros, los que huyen allá, en el nombre de Yoná, dales toda Su santa retribución!”

Los sabuesos de Yoná se creían cazadores. La extinción exacta era su objetivo. Su marca: quién más sino los Nafílim. Mansos o militantes, huyendo o luchando, no les importaba. La misericordia fue una vela apagada. Todo era juego. Y así sus manos picaban y se crispaban por las espinas de los Nafílim en su huida febril.

Esta era la justicia misma.

Pero quedándose la sentencia estaban los soldados de Berta.

“¡No más de treinta de ellos, hay!” —volvió a gritar el capitán menino—. “¡Atrápalos en oleadas! ¡No les des ni un momento de aliento!”

Al encontrar pleno consuelo en su número, la Guardia de los feudos se adelantó a las filas de Nafílim. Su capitán entendió bien este juego: agotar a los diablos y el día sería suyo. Sin embargo, los Nafílim estaban demasiado concentrados en la refriega y no fallaron en mantener su orden mientras luchaban contra la Guardia del Feudo.

Pero el estandarte sagrado de la justicia trajo tanta alegría de batalla a los Hombres que su poderío no conoció mitigación. Fue entonces cuando el peso de los números empezó a pesar con fuerza sobre los hombros de los bravos.

“¡Agh!”

"¡Tobías!"

Un chasquido al fin: a través del deltoides de un bravo atravesó un trozo de acero punzante. Berta estalló, apartando al lancero mennio con un golpe de su martillo.

"¡Solo una herida superficial, jefe! ¡Todavía puedo pelear!" rechinaba el ensangrentado Tobías.

"¡Entonces lucharás!" el jefe de guerra asintió. "¡Ven, cambia con Utz! Heino! ¡Cubre su izquierda!"

"¡De inmediato!"

Las órdenes de Berta, obedecidas con ininterrumpida rapidez. Y demostraron ser el remedio, porque cualquier defecto que pudiera haber tentado a la fragilidad se desvaneció rápidamente. El choque continuó sin cesar, pero en la fiebre de la lucha, el jefe de guerra se topó con una extrañeza en la lucha.

La Guardia Feudal fue reducida.

Demasiado adelgazado: faltaban más de los que cayeron hadas a los fauchards de Nafilim.

"¡Ach!" Berta se mordió el labio. "¡Los cobardes! ¡Se han separado!"

Este era el único camino apto para albergar a la horda de la Guardia Feudal, pero obstruyendo su marcha había valientes de siniestra rapidez. Por lo tanto, muchos de los hombres de Mennish se pusieron en movimiento, abandonando sus corceles para escabullirse a pie. Su mente era deslizarse y deslizarse por los callejones, para poder esquivar a los valientes y ganar a los desprevenidos evacuados. Tal era su sed de sangre: rabiosos y demasiado hambrientos para matar a los inocentes.

"¡Mis valientes!" Berta rugió. "¡Los rezagados cazan a pie! ¡Ir! ¡Encuétralos, todos ustedes!"

"¿¡Entonces quién mantiene la línea!?"

"¡ Lo sostengo!"

"¡Qu-! ¡Pero, jefe!"

Poco quedaba de los merodeadores mennienses que tenían ante ellos: un capitán y su puñado de soldados. Obstáculos fáciles para un jefe de guerra solitario, pensó Berta. Pero más de su mente estaba en los tábanos de Fiefguard ahora desaparecidos. Sin una persecución completa

por parte de sus valientes, la gente que huía iría al bloque del carnicero. Lise los escoltaba, ciertamente, pero ella y sus propios valientes no sumaban ni diez.

La evacuación procedió asumiendo una retaguardia salvaguardada por el jefe de guerra. Si las lanzas saltaran sobre él, sin duda los evacuados recibirían la muerte. Y entre ellos: los queridos hijos de la tía.

De hecho, cada una de sus caritas destellaba rápidamente en su conciencia.

"¡Hola ahora! ¡No tengas a ninguno de ellos cerca de nuestros inocentes! ella incitó. ¡Encuétralos de donde se esconden! ¡Tómalos a todos! ¡Que nadie viva un día más!"

"¡Sí, jefe!"

"¡Los buenos vientos lo encuentran, jefe!"

Ingenios de la velocidad de una ráfaga de viento y piernas que no se rezagaban ni un paso: los valientes se separaron de Berta y se apresuraron de inmediato al corazón del distrito, donde los edificios se erizaban como un laberinto. Así comenzó su búsqueda de los cazadores.

"¡Estás desierto, diablo!" chilló un sinvergüenza londosiano. "¿Crees que eres la presa que detiene el diluvio?"

Con la espada en alto y una aparente herida en su orgullo, el guerrillero dio un brinco a su caballo y aulló. Pero el miedo no estaba en Berta: con una flexión de piernas, se lanzó directamente hacia el soldado.

"¿¡Ah!?"

Un jadeo boquiabierto. Una espada mal apuntada, atacando nada más que aire. Quizás su portador no sabía de antemano que Berta sería tan audaz como para enfrentarse a su carga frontal con uno de los suyos. Pero antes de que se pudiera aventurar una reversión, el martillo del jefe de guerra ya era un borrón, su cabeza era un cuerno de toro estallando en el pecho del soldado.

"¡¡Ghhah!!" Voló de su caballo, su coraza agujereada, sus esternones rotos. Y cuando finalmente aterrizó, fue su nuca la que llevó la peor parte de su caída. "...¡Diablos...!"

Se quedó allí, flácido, con los miembros en todas direcciones. Una mirada a él, y sus compañeros restantes se enfurecieron, encabritando sus corceles y corriendo en estampida hacia el Hammerweib.

"¡¡Por qué tú!!"

"¡Muerte, demonio!"

Gritos, encontrados con la calma absoluta de Berta mientras blandía su martillo de batalla. Las espadas fueron repelidas, las lanzas fueron desgarradas, los caballos fueron derribados, las cabezas volaron.

"¡Ggagh!"

"¡¡Eaakhh!!"

Todos sus camaradas ahora no eran más que cadáveres, una comprensión conmovedora sobre la conciencia del capitán. Cuando por fin se recobró, a su vista había un torbellino de acero.

"¡Hghoh...!"

El último grito ahogado de un capitán descuidado.

"Hah... hahh... hhah..." respiró Berta, triunfante, pero hambrienta de energía. Tal peaje no podía pagarse a la ligera, ni siquiera con la abultada bolsa de destreza de un jefe de guerra. Y así se inclinó sobre una rodilla. *"Haa... ha... he hecho... un gran lío"*.

Ni un roce marcó su persona, pero su poder se acercó al borde. Su odio también se tambaleó vacío. No es de extrañar allí: sus golpes de martillo eran muchos, y cada uno estaba encantado generosamente con un juicio mágico.

Ojalá esa generosidad fuera todavía un parpadeo a los ojos de los hados, pues en los ojos de Berta se reflejaba la tropa de nuevos enemigos.

"Hahh..." ella negó con la cabeza. "¿Qué es esto...? ¿Más cucarachas... para mi martillo?"

Ante ella ahora: un destacamento diferente, pero compuesto por leones de la misma guarida de Londosia. Una veintena de ellos, a saber. Pero llevaban sobre sus personas placas y brazos de plata. Berta lo supo entonces: eran de un tipo superior a la chusma derrotada.

"Maestro Ebbe", dijo uno de los soldados. "Solo uno de ellos, hay".

Ante el rostro del supuesto esqueleto de un bribón, este "Ebbe", mostró una sonrisa más sombría.

†

Los otros brutos, también, se abrieron paso, mientras sus hermanos de la Guardia del Feudo estaban esparcidos a su alrededor: cuerpos muchos en número, pero cada uno insensible a toda vida.

"Mira, Maestro", dijo un lacayo. "Justo destrozados, esas caras y carne. ¿Y qué fue lo que destrozó sino el martillo en las manos de virago, eh?"

"Virago, seguro", medio resopló Ebbe. "Pero lo mismo: una cerda sin ánimo, por lo que se ve".

La unidad de Ebbe: un pelotón de élite que pertenece más a las murallas de Balasthea. Su recuento oficial ascendía a más de lo que vio Berta en ese momento, ya que una banda de sus filas se había separado antes para saquear en el extremo oeste. Ese grupo estaba dirigido por un tal Karl, mientras que el propio Ebbe había marchado con las tropas restantes.

"Creo que los hombres de Th'margrave intentaron atravesar este barrio de chabolas", supuso otro gruñido.

"Ah. Entonces fue este bint el que les bloqueó el camino, todos para dejar huir a su querida gente. Gente, fresca para el sacrificio... después de que eliminemos esta *cala* de nuestro curso —siseó Ebbe, enseñando los dientes y señalando con el dedo a Berta—. "¡No hay tiempo que perder! ¡Hacedlo, muchachos! ¡La caza espera!"

"¡Sí!"

Los Hombres avanzaron. La jefa de guerra apretó su martillo.

"Chicos... ¡mejor mantengan su hora de acostarse!" ella gruñó con dificultad para respirar.

La refriega se asustó de nuevo. Dos Hombres se convirtieron en rayas plateadas mientras corrían, flanqueando a Berta por ambos lados. Ella saltó a la acción con no menos presteza, enfrentándose a la espada derecha con un golpe desviado de su martillo.

"¡Eaghh!" ella gimió, su audacia embotada por el odilo inculcado de la hoja, grande y bullicioso en su amplitud.

Con muy poca resistencia propia, sus manos fueron golpeadas hacia atrás, el martillo junto con ellas. Una abertura; desde el otro lado asaltó otra espada, aguda en el corte.

"¡Ech!" La jefa de guerra retrocedió, salvando su piel del tajo mientras se alejaba a un pelo de distancia, y luego saltó hacia atrás para escapar del intercambio.

Sin embargo, fue una persecución, porque siguió una tercera espada de frente. Berta levantó el mango de su martillo, deteniendo la hoja, pero no su mordisco: de su longitud plateada saltó un aliento ondulante de odyll, pasando el martillo y chocando contra el jefe de guerra.

"¡Gahh!" Berta gritó cuando fue lanzada hacia atrás. Aunque cuando se topó con la tierra, su cuerpo no cayó ni se derrumbó, sino que se mantuvo erguido de nuevo, porque debajo de su circunferencia había una agilidad pura injusta para su tamaño.

Volvió a preparar su martillo a tiempo para enfrentarse a otra espada obstinada. Su cabeza se agachó bajo su barrido, sus hombros se levantaron a continuación, se elevó su martillo de batalla.

El contraataque indiscutible atrapó al bruto desde abajo: un golpe en semicírculo que le partió la mandíbula. Dientes y huesos agrietados y aplastados. Con las fauces abiertas, el soldado gimió sombríamente, y al suelo expiró en completo silencio.

La furia estalló de nuevo en el semblante de otro Hombre. "¡Tú, puta de pocilga, tú!"

Su espada se marchitó, salvaje de indignación. Pero su torpeza fue un regalo para Berta, quien levantó su martillo una vez más y lo enfrentó de frente. Su audacia como la de un toro lo dejó atónito todavía, y en esa fracción de segundo, el tiburón martillo se derrumbó.

El tiempo dedicado a demorarse le costó un precio demasiado alto: su cráneo explotó con el impacto.

"¡Aaach!" aulló otro. "¡Vete, perra!"

En el mismo momento, una espada lívida más, lanzada desde la izquierda. La jefa de guerra dio vueltas para protegerse del golpe, arrojando de su martillo astillas de hueso y sesos revueltos. Pero fue una defensa que se esforzó demasiado, porque odyll nacido de plata brilló y le provocó una llaga palpitante en los brazos.

Se aprovechó la oportunidad: a la derecha de Berta corría una lanza. Ella torció su cuerpo para evitar el volve—

"¡Gghhaah!!"

—pero hizo una víctima de su hombro derecho en su lugar. La punta plateada perforó y derramó odyll abrasador, provocando un grito desgarrador del pecho de Berta.

Ebbe rompió de alegría. "¡Eso es todo! ¡Déjenlo tener, muchachos!"

Pero Berta se mostró desafiante. "...¡Hmph! ¡No hay nada de qué ser optimistas, muchachos!"

La jefa de guerra se liberó de la lanza ofensiva y se apartó, nuevamente en equilibrio. Renovado también estaba el vigor de los Hombres, a los que Berta dirigió una mirada burlona.

Ahora, sobre su rostro se extendía una fatiga no fingida. El sudor cubrió sus mejillas. La ronquera le cortó la respiración. Aún así, su energía agotada humedeció un poco su espíritu, lo que animó cada miembro y longitud de su cuerpo para que pudiera bloquear a los londosianos con más tenacidad.

"¡Su vela está casi quemada!" Ebbe ladró. ¡Apágalo! ¡Ahora!"

Berta frunció el ceño. "¡Queda... mucha más cera... en esta mecha, muchachos!"

Los sabuesos de Mennish hicieron caso a su amo. Uno tras otro, barrían y apuñalaban con sus espadas y lanzas. Berta se llevó la peor parte de todos ellos, mordiendo con muchos golpes de su martillo de batalla. Pero su valentía fue cada vez menos correspondida a medida que las hojas de plata mordían y horadaban cada vez más su carne debilitada.

Al final, se podían ver heridas en cada rincón de su cuerpo, innumerables costuras de las que fluía sangre que manchaba la tierra rica en rojo, gota a gota.

"¡Haa... hahh...! ¡Hmph...! Ustedes, muchachos, arden... más como brasas... ¡antes de mi llama!"

Pero, oh, una vista aterradora.

Porque bajo el velo de sangre que cubría el rostro de Berta, brillaba un resplandor blanco, sonriente y rechinante.

Por fin, los hijos de Londosius empezaron a sentirse presa ante un depredador, cuyo temple adivinaron ahora inconmensurable. Algunas de sus rodillas se doblaron. Algunos más tenían la intención de huir. Pero el regaño de Ebbe no tardó en atrapar.

"¡No entren en pánico, maricas! ¿Qué es ahora la cala sino un cadáver? ¡Ponla en su ataúd, maldito seas!"

Con el ingenio vuelto a su lugar, los partisanos de rostro pálido lanzaron otra carga contra el jefe de guerra. Su agarre estaba disminuyendo por segundos, pero galvanizándolo con el vigor de su propia vida, Berta apretó con fuerza su enemigo y voló a la refriega una vez más.

"¡Woouhh!" De su garganta: un trueno acoplado a su carrera. "¡Venir! ¡¡Mi martillo anhela un buen tambor!!"

Y los tambores llegaron en abundancia.

Sobre su cabeza, el martillo giró, rugiendo hacia abajo en el centro antes de reducir a un soldado a una mancha sobre la tierra.

Luego se elevó de nuevo, navegando de costado para desgarrar y revelar las costillas de otro.

Luego saltó oblicuamente, atrapando a uno más en la clavícula y estampando un cráter en su esternón, y allí aplastando su carne más profunda, pulmones y todo.

Una vez más, la madre de la batalla levantó su martillo para encontrar su cuarta marca, pero en el movimiento, recibió a través de su pecho derecho una lanza invisible.

"¡Gwh... oofh...!" Berta gimió. Sangre, fresca y roja como la carne, le corría por la barbilla, una vista agradable para el lancero que cometió la hazaña.

"¡Hyahaha!" soltó una carcajada de hiena. "¡Esta marca es *mía!*"

Palabras sobre la tumba del soldado: el martillo Nafílim aulló de nuevo, levantando de la mitad de la cabeza demasiado orgullosa del Hombre un lánguido chorro de licor de calavera. Ni un segundo, y el resto de él se retiró al polvo.

"¡Y ahora... es *mío...*!" Berta siseó. "¡Celebras demasiado pronto... lanzas...!"

Un rojo vivo escupió de sus labios, este último se inclinó en una sonrisa atrevida a la muerte. Una apariencia de lo más siniestra para los soldados, pues uno de ellos dejó escapar un aullido. La cobardía momentánea pintó una marca en su cabeza: Berta saltó en medio de él y rompió el aire con un golpe de martillo.

"¡Uwahh!"

"¡Geagh!"

El poder, una vez menguante, creció en su lugar, una vela coronada con una conflagración, como por su furia desenfrenada, no uno, sino *dos* Hombres fueron lanzados al aire.

Ebbe rechinaba los dientes y pateaba. "¡Este demonio de la inmundicia casi se aferra a esta bobina, hermanos! ¡El infierno tiene hambre! ¡Dale de comer!"

Empuñaduras agujoneadas y revividas se apretaron alrededor de empuñaduras y mangos de plata, y una vez más los brutos acudieron en tropel a la refriega. No fue más que una salida sacrificial, un viaje de muerte alimentado por el miedo teñido de delirio.

"¡¡H-medio muerto ha—g!!"

"¡Muere ahora, maldito seas!"

Una hoja se abalanzó hacia ella. Berta adelantó su mano izquierda. De su dedo medio voló, y en su palma pasó el borde. Pero allí se detuvo, arrebatado por el hueso, antes de que un martillo empapado en sangre y sesos estallara en la cara del delincuente.

"¡¡Bwarhh!!"

Los globos oculares estallaron de sus órbitas, y con ellos el alma del soldado cuando su cráneo se hundió. Pero al lado del cadáver fresco brotó otra lanza de otro soldado. Esta arma también encontró carne, devorando profundamente el vientre de Berta.

Sin embargo, la jefa de guerra no se lamentó, sino que enrolló su mano partida en dos alrededor del asta y, sin prestar un ápice de su mente a la punta de la lanza incrustada en su carne, se abalanzó para dejar caer su martillo una vez más.

"¡Gheu...!"

"H... hmph..." Una burla ante la fuente de color rojo y una voz hirviente. "...Todos ustedes son polillas...demasiado-débiles para la llama..."

Pero el desafío de Berta no quedó sin respuesta. Ya empapando sus suelas había un charco de su propia sangre. Pasteles de tierra roja salpicaban sus piernas. Y colgando de su costado: una espada.

"¡Sí! ¡Sí!" Ebbe aulló. "¡Mirad, hermanos! ¡ El *final!*"

De su vaina siseó su propia espada. Y a Berta emprendió su camino. Su mente estaba decidida, confiada en que las cortinas se cerrarán aquí, por sus manos, por su golpe triunfante.

"¡Haa... hhah... ghhah...!"

Sin embargo, Berta respiró hondo. Aunque sus venas estaban secas, aunque sus órganos vitales estaban destripados, Berta les impedía el paso. Y ante el infalible Hammerweib, los londosianos conocieron el miedo de nuevo.

"Y... Yoná ten piedad..." pronunció uno de ellos. "¿¡Qué locura puede ser esta...!?"

Cómo temblaban al contemplar un ser tan sanguinario. Ella rezumaba el rojo, lo babeaba de sus labios y, sin embargo, no doblaba la rodilla ante su número. Oh, cómo temblaban, en verdad.

"Hhhaa... aa..."

Pero Berta casi se puso de pie. La acción la había dejado. Al parecer, se había llegado al borde.

Aunque, no cruzado.

La muerte aún no se la había llevado.

De la redondez de su forma, todavía fluía débilmente algo de respiración.

Y luego, con los ojos bajos, sus respiraciones comenzaron a formar palabras.

“... Lo siento... lo siento mucho... mis queridos...” murmuró. “... Tía... llegaré... un poco tarde...”

Fueron meros minutos desde la última vez que los había visto. Y ahora, eran todo lo que podía ver.

Se derramarán lágrimas.

Seguramente.

Lágrimas por su tía.

Que desgarrador

Si por ellos, también por Berta.

“...Pero... ten corazón... mis amores... tía... los espantaré... a todos... por ti...”

“¡Ja! ¡Qué maldad canta esta mujer grosera! Ebbe se burló, cada vez más cerca. Con el camino despejado, los brutos los siguieron, ahora con paso engreído y sonrisas torcidas.

“...Miren... mis queridos... se han ido... todos se han ido...” El jefe de guerra susurró. “...Ven... sonríe de nuevo...”

“¡Demonio de la suciedad! ¡Morir!”

En el aire, la espada de Ebbe se elevó. ¡Pero mientras lo hacía, una nueva furia brilló! ¡Empapado en sangre, sudor y lágrimas, el rostro de Hammerweib Berta!

“...¡¡Mis queridos!! ¡¡Vivir!!!”

¡La potencia volvió al martillo de batalla! Saltó hacia arriba y se abalanzó hacia abajo, devorando la tierra y arrancando de sus entrañas un bramido de ¡explosión!

El aire se quebró, los cielos se estremecieron: la reunión de todos los remanentes de *odyl*... no, de todos los remanentes de *vida* en el cuerpo de Berta en este columpio. Una maniobra mortal, enseñada en secreto, perfeccionada fuera de la vista; justa retribución, esgrimida hasta la autoexigencia del precio más elevado.

Esto, blandía Berta. Y con ella, cada gota de vida que pudiera ser exprimida tanto del cuerpo como del alma.

Así, la vida se convirtió en luz.

Desde el golpe del martillo, desde la tierra destrozada, gritó un brillo atronador, que se elevó hacia arriba y hacia afuera en agonías del poder palpable más inmenso. A través de un Ebbe atónito y sus hermanos, salió en estampida, acabando con toda vista.

"¿¡Ggeaaaaahh!?"

El calor y la presión acosaron y golpearon a los londosianos. Y en medio de la poderosa luz, sus vidas también quedaron arruinadas.

"¿¡Aagh—!?"

Odyl, plata, carne: todo fue atravesado por la oleada primigenia.

La luz similar al sol lavó blancamente a través de la escena. Un brillo muy digno de Hammerweib Berta: deslucido en su brillo y misericordioso con ninguna de sus marcas.

Y con el paso de un momento, el poderío se desvaneció en la noche.

Lo que quedaba eran los restos de los hijos londosianos, todos esparcidos alrededor de Berta, que ahora estaba doblada sobre ambas rodillas.

∴

...Mis queridos.

...Se hace.

...Estás salvado.

...Pero...

...No volveré a ver sus rostros, me temo.

...Ni tus lindas mejillas...

...ni las sonrisas mundanas de tus últimos años.

...Pero esos años...

...son tuyos ahora.

...Todos ellos.

...Un regalito de tu tía.

...Manténgalos bien.

...Vívelos bien.

...Mis queridos...

"...¡Berta...! ¡Berta...!"

A través de una visión velada en sangre: una Lise llorosa, gritando, sollozando.

...¿Oh?

...Querida... ¿has venido por mí?

...No... no llores.

...No te entristezcas tanto.

...Pero... oh, qué alegría haces a tu tía.

...Me alegro... de tenerte conmigo en mi última.

"...¡¡Tía!!"

...Lisa.

...Te los dejo a ti.

...Para ellos...

...sé una hermana tan grande como puedas ser.

...

..

.

.

..

...

...Ah.

...Cariño mío.

...Estaba yo...

...una buena madre...?

Un asombro melancólico, tal vez para el alma que una vez se dispuso a ser su propio hijo.

Y también, el último pensamiento de Berta.

En su semblante inmóvil había una leve alegría.

Una sonrisa inquebrantable más allá de su momento final.

†

Más adentro.

Y más profundo aún.

me hundí

O fue tragado por la oscuridad silenciosa.

De cabeza.

Hasta los últimos tramos de profundidad del pozo.

La ira de Karl había causado un gran daño: de mis muchas heridas corrían cintas rojas que subían a la superficie como humo serpenteante, un rastro que trazaba mi viaje a la deriva hacia abajo.

Y en el aburrimiento de beber, sentí en mí un anhelo.

Anhelando, por alguien—cualquiera—que me salve.

He venido a estas tierras enemigas sin buscar pelea, sino un compañerismo honesto.

Y entonces tal vez un compañero de alma podría enviarme una escalera.

Tal fue mi pensamiento.

... Y un dolor egoísta, además.

Egoísta, si no tonto.

Todos ellos son arrastrados por la guerra.

Una guerra, lanzada sobre su hogar y su hogar.

Hasta el momento, todos ellos están desesperados en la defensa.

Una defensa para la querida vida, para todos sus amados.

Sin embargo, aquí estoy.

Anhelando su socorro.

Sin embargo, no hay nada de malo en buscar la ayuda de otro.

Puede ser una virtud, de hecho.

Pero una virtud que se esfuerza mejor después de que se hayan aventurado todas las demás vías.

¿ He hecho todo lo que pude?

¿Agotada toda empresa?

¿Luché hasta mi último aliento?

Una y otra vez, me hundí.

Y mientras lo hacía, miré hacia abajo.

Abajo para ver arriba.

Arriba en el cielo nocturno, más allá de la superficie agitada.

En ella colgaba la luna.

Un círculo perfecto de serenidad.

Profundamente ceñido por la boca del pozo.

Una luna, redonda y roja.

Sin embargo, la luna solo es roja cuando se eleva desde las crestas del horizonte.

Qué curioso, entonces, colgar rojo en un cenit tan alto.

...Ah.

Ya lo veo.

Eso no es rojo.

No, en absoluto.

El color, lo sé muy bien.

Ámbar.

Un disco sin abolladuras de ámbar centelleante, mirando hacia abajo como un ojo desde lo alto del cielo.

Mirando hacia abajo, a nada más que a mí.

Y en su mirada vi pena, leve y sutil.

En su mirada recogí gracia, grande y dorada.

Sí.

Tienes razón.

No he hecho todo lo que pude.

Todavía no he peleado.

Y así debo luchar.

Lucha, lo *haré*.

"... ¡Bwhhah...!"

Mi cara salió de aguas negras. Persistentes en cada miembro mío había sensaciones abrasadoras: venas a punto de hervir, sangre latiendo al ritmo de una nueva resolución.

Boquiabierto y jadeando por aire, miré hacia arriba.

El pozo, arriba y arriba, se extendía a una altura no inferior a quince passūs. Y su ancho: uno y medio, por ahí. Todo bien dotado; demasiado dotado para emprender una escalada en forma de L.

No hay forma de evitarlo, manos y pies, lo es. La manera antigua.

Decidido, vadeé hasta la pared y puse una palma sobre ella, encontrando piedras que componían su construcción. Habían sido colocados con cuidado: entre cada uno, sobresalían para producir salientes de poco más de un cuarto de dedo. Las crestas de las dagas sean más gruesas que estos asideros.

Sobre ellos coloqué mis dedos y procedí a trepar.

"Gh... ach..."

Clavando mis uñas en cada diminuto ancho, continué subiendo con la debida precaución. Todo mi peso empapado, cargado con las yemas de los dedos colgando de repisas no más anchas que el borde de un cuenco, una carga soportada por mis uñas mientras mordían cada piedra. La sangre pronto se filtró de las costuras entre la piel y la uña.

"Ja... jaja..."

Picaduras afiladas me atravesaron la longitud de ambos brazos, como gritos por encima de una cacofonía de dolor que ya palpitaba a través de mi cuerpo, golpeado y magullado como estaba. Sin embargo, tenía que seguir. Y la única salida era hacia arriba.

Piedra a piedra, ascendí por el pozo resonante.

"Ngh... gheh..."

Había leído crónicas de escaladores consumados, que con la yema de los dedos encontraban la forma más fatal de agarrarse a las paredes de los acantilados. Todo su peso, sobre las yemas de sus dedos: aquí estaba yo, esforzándome por lo mismo, aunque midiendo poco para su poderoso montañismo. Aún así, las historias resonaron ahora más que nunca; con su mente puesta en ello, un hombre verdaderamente puede lograr cualquier cosa.

Invirtiendo todo el vigor hasta la punta de mis dedos, me abrí camino hacia arriba. Cada piedra la agarré con tal fuerza de desesperación que mis dedos parecían colmillos dispuestos a morder las rocas de la misma pared.

"Khehh... egh..."

La arena y la mugre se mezclaron con la sangre fresca de mis dedos mientras se movían de piedra en piedra. Mi mano derecha se elevó, atrapando otra sección. Luego, con los dientes

apretados, me levanté y, con el mismo movimiento, cogí una piedra más alta con la izquierda. Mi derecha hizo lo mismo, ascendiendo rápidamente para arrebatarse el borde de la boca del pozo; finalmente se alcanzó la salida.

Renunciando a mi futura tumba, miré hacia arriba. Allí, la luna colgaba tan blanca como siempre; mi vida fue liberada una vez más, al parecer, pero no por esta luz.

Con pensamientos que recordaban el ámbar, salí al aire ceniciento.

∴

Lise se lamentó.

Allí, aferrada al cuerpo sin vida de Berta, la niña lloraba y lloraba a los vientos.

En la primera luz de su vida, Lise se separó para siempre de su madre. Alban adoraba a su hija todo lo que podía, efectivamente, dándole lo que su esposa podría haberle dado. Sin embargo, con mayor seguridad era jarl del clan Víly. Su gente merecía prioridad, y él lo hizo debidamente. Así fueron los días muchos en los que padre e hija no se podían ver, muchos en los que no podían ser familia.

Aun así, la soledad era una guarida mal habitada por Lise, y con toda la vitalidad de un brote primaveral, se convirtió rápidamente en una frau joven y vivaz. Todo fue gracias a una mujer, un alma a la que podría haber llamado una segunda madre:

“Berta”.

Pero ahora, también, esta amadísima madre estaba perdida.

Perdido en el tiempo, perdido en la vida: un cuerpo sin aliento, abrazado por Lise mientras se lamentaba una y otra vez, rota, afligida.

En medio de su dolor, se oyó un *tintineo* y un *tintineo*. Detrás de ella yacía perdido el londosiano; un montón de partisanos, de los cuales surgió un Hombre. Con un movimiento desgarrado hacia arriba de su espada aún empuñada, se levantó de los escombros carnales.

“¡¡Wuuuu-hh!!”

¡Un rugido, saltando de los pulmones de Lise! ¡Como si el fantasma de la furia de Berta rondara todavía el campo de batalla! Las lágrimas se convirtieron en rabia viviente: levantándose, Lise arremetió, una leona con colmillos de largas dagas en sus manos, su alma puesta en matar.

“¿¡Uoh!?” el londosiano se apartó del camino, sin imaginar que una doncella tan perturbada pudiera emprender un golpe tan rápido. Su espada alta era demasiado lenta, el Hombre no se

arriesgó, eligiendo la retirada antes que la represalia. "¡Maldita mierda!" gritó, retrocediendo. "¡Fuera el oso, adentro el cachorro rabioso! ¡Malditos sean los destinos, malditos sean!"

Las palabras mordaces y balbucientes de un Ebbe mientras miraba fijamente al feroz Naffil. Debía su vida a sus hermanos londosianos, cuyas sombras servían de refugio contra la peor parte de la luz moribunda de Berta cuando los atravesaba. El intento tuvo su precio: el Hombre necesitaba ser reparado, y ciertamente se movía como lo hacía.

Al discernir esa terrible situación de él, Lise persiguió su objetivo con toda velocidad y despecho.

"¡¡Eaaa-h!!"

"¿¡Ha-!?" Ebbe se estremeció de nuevo. "¡Mierda! ¡Mierda!"

Lise demostró ser una enemiga demasiado veloz para que sus ojos la siguieran. Con miserable inmediatez, Ebbe abandonó la refriega, cayendo mientras tomaba el vuelo del tonto.

Pero fue un vuelo demasiado tenso.

¡El final estaba cerca!

¡Él estaba perdido!

Ebbe curvó cada grieta de su rostro con miedo, sabiendo de nuevo que este enemigo estaba mucho más allá de él.

Y todavía...

... sin embargo, respiró hondo.

Porque Lise no estaba ni un paso más cerca de él, algo había detenido sus pasos. Una presencia se reflejó en sus ojos feroces: figuras, acechando detrás de su presa.

"¡Alo!" llamó uno de ellos. "¿Maestro Ebbe? Pareces un pez en una sartén, ¿verdad?"

"...Ten cuidado con tus hermanos, hombre", replicó el vicecomandante con voz ronca, levantándose y desempolvándose. "Todos estarán muertos".

Sus palabras tenían algo de peso, ya que por el más mínimo momento, la banda de soldados se mantuvo en silencio, soldados, cada uno vestido de plata. Eran un destacamento, dirigido por el cascarrabias Karl, recién salido de un saqueo en el West End.

"¿Por la mano de quién? ¿Suyo?" preguntó otro soldado, mirando a una lívida Lise.

Un movimiento de cabeza. —*Ese* —gruñó Ebbe, y luego señaló con la barbilla el cadáver de Berta. “Aunque la muchacha no sea letal. ¡Mantén tu ingenio sobre ti!”

Asintiendo, los soldados comenzaron a avanzar sigilosamente hacia Lise. A excepción de Ebbe, eran nueve. Diez espadas en total, entonces. Diez torres de plata, suaves al acercarse, decididas a tomar.

Pero su medida del alcance de Lise fue mal calculada. Porque el suyo era un fuerte para la fortificación de la velocidad propia, produciendo una ligereza sin igual ni siquiera entre los valerosos Vílungen.

Odyll pasó rápidamente a través de la frau.

Un parpadeo—

“¿*Hha...*?”

¡Y la sangre floreció en el aire!

Un soldado sorprendido, ahora con un cuello apenas conectado por la piel, se derrumbó en el suelo. ¡Había fracasado su intento de fuga, su palidez estaba atravesada, retorcida por las dagas gemelas de una hija desesperada!

Lise estaba de pie por encima de él, a varios pasos de donde una vez estuvo hace un instante.

Ebbe se mordió el labio. ¡Tenga en 'er! ¡¡Todos ustedes!!”

A su señal, los soldados entraron en tropel, una marea de Hombres plateados. Sin embargo, a pesar de su habilidad y estatura, ninguno era más que peones ante la reina: los brazos de plata cayeron sobre la frau desde todos los ángulos, cada espada llena de odyll, solo para ser aplastada por una danza de dagas.

“¡Maldita damisela, tú!” cloqueó Karl, rencoroso de la agilidad de las espadas del Nafíl.

Y así se aventuró algunos de los suyos: su espada de plata navegó hacia arriba y se sumergió hasta la doncella. Sin embargo, Lise era una enemiga demasiado ligera, dejando que su espada cortara el aire sobre su piel. Luego, las dagas largas respondieron plateadas con un movimiento de guadaña.

“¡*Uuafh!*” sopló los labios de Karl cuando escapó por poco sin un rasguño. ¡No! ¡Sobre su hombro, un rasguño en el hueco de su armadura! El enrojecimiento corría sobre la plata; despreciando la vista, retrocedió a una distancia más segura. Lise, ansiosa por mantenerlo enganchado, se preparó para una persecución. Pero fue interrumpido: el rebuzno de Ebbe rompió el aire.

“¡Hechizos! ¡Ahora!”

“¡Flagrans Vallum!”

Evidentemente, uno de los Hombres era experto en hechicería. Con su hechizo cantado, entonces surgió una empalizada de piras justo delante de Lise.

“...¡Ech!” siseó, sobresaltada por el calor, y se disparó hacia atrás inmediatamente para ganar un espacio precioso.

Oh, precioso en verdad: la frau siempre estuvo cargada contra el poder de la magia, encontrándola demasiado acosadora para manejar. Pero despiadado fue el momento: otro hechizo fue escupido de nuevo.

“Globus Igneus!”

Detrás de la cerca de llamas, se formó una bola de fuego y voló. Sin embargo, Lise se movió poco: la borda ardió con tanta intensidad que apenas pudo distinguir la velocidad y la trayectoria del proyectil.

Pero se demoró demasiado. La evasión fue inútil. Al darse cuenta de la realidad, Lise imbuyó su cuerpo con odyl y se preparó para tomar la pira.

Solo que se reunió demasiado en otros lugares. Sus extremidades, sus dagas largas, todo lo que necesitaba para montar un asalto rápido estaba lleno de odyl. Recircular tanto a sus defensas en tan poco tiempo era difícil, *demasiado* difícil, de hecho, porque aunque sobresalía en el manejo de la espada, nunca pasó de ser una simple cuando se trataba de controlar su propio odyl.

Terribles, entonces, eran sus defensas. Y cayendo sobre ellos ahora estaba la circunferencia ardiente del Globus Igneus.

“¡Aaaah!”

Las llamas se elevaron. El aire retumbó.

Del humo que siguió salió volando Lise, arrojada hacia atrás antes de caer al suelo. Sin embargo, ahora tenía muchas batallas en su haber, y sabía bien que debía prepararse lo antes posible. Solo-

“¡Agh!”

Un gemido de sus labios, una caída de rodillas: el golpe directo había dejado a Lise vacía de vigor inmediato.

Su enemigo obstaculizado, Karl apareció, acercándose para matar.

"¡jRruuaahh!!"

"¡Auch!"

Metales encontrados, odilo detonado. Fuera de la competencia salió Lise, rodando por la tierra una vez más. Le faltaba fuerza: había detenido la espada del londosiano, sí, pero no la de Odyll que la siguió, ya que la suya tardó demasiado en reajustar sus dagas contra el golpe mágico.

"¡Maestro! ¡Parece tonta para la magia de batalla, lo hace! Karl le devolvió la llamada mientras le sonreía a la chica. "¡Pero creo que su rostro no es lo suficientemente hermoso para los fetichistas! ¡Por qué, deberíamos enjaularla! ¡Y cobrar por algunos justos reugoles!

"Siempre un ojo para alguna moneda, ey Karl!" Ebbe se rió entre dientes. "¡Sujétalo bien, entonces! ¡Si se suelta, quítale los tendones!

Así hablaron las serpientes.

De hecho, pocos Hombres alimentan la lujuria carnal por la carne Nafílim. Pero en todas las esferas, hay excepciones. "Dilettantes" sea su marca, aunque "libertinaje" podría ser más la palabra aquí. Y a tales Hombres de erotomanía ecléctica estaban Karl y compañía empeñados en vender a la foe-frau.

¡Oh, cómo le picaba la saliva en los oídos! Porque en ellos no había ni una pizca de respeto ni por ella ni por su pueblo Nafílim. Soportando su maldita conversación, Lise apretó los dientes con fuerza mientras se ponía de pie.

Pero entonces-

"Globus Igneus!"

—las llamas volaron de nuevo.

Toda una andanada de ellos, bolas de fuego arqueándose a través del aire oscuro. No se les inculcó ningún pensamiento sobre dónde podrían aterrizar, ya que mientras lo hacían, las casas humildes a su alrededor estallaron en escombros de un rojo ardiente.

Un orbe errante se disparó directamente hacia Lise, quien saltó a un lado para escapar. Pero fue espiado por un astuto Karl, que llegó riendo y chocando con una espada anhelante.

"¡Jejejejeaa!"

"¡Eghh!"

Una vez más, la doncella Nafílim se hizo derramar sobre la tierra. Aquí, también, ella había guardado. Aquí también había fallado su odilo. Las dagas largas, entonces, demostraron ser una protección insignificante.

“¡Un buen golpe, Karl!” Ebbe chilló de alegría. “¡Atrapen al vagabundo, muchachos! ¡Uno de ustedes! ¡Soga! ¡Y rápido!

El rango de realmers se acercó. Para ellos, Lise rechinaba los dientes mientras se esforzaba por ponerse de pie. Acorralada, los cortó con su mirada.

—*¡Bvouvhh!*

¡Un choque oscilante! Algo, en alguna parte, se partió.

Pero a medida que el ruido resonaba, también la casa más cercana se inclinaba y caía al suelo, levantando una gran columna de fuego y humo en la noche.

"¡¡Mierda!!" Karl maldijo, alejándose de los escombros. “¿¡Qué diablos!?”

Lise también saltó hacia el otro lado.

Y así se quedaron, enemigo y enemigo, el espacio entre ellos bloqueado por la cáscara en llamas de una casa.

†

Habiendo trepado para salir del pozo, pasé la vista por el lugar y encontré a Karl y sus compañeros de unidad desaparecidos de la escena. Todo lo que quedó fue el anciano, inmóvil y sin alma mientras dormía sobre la tierra.

Tomándolo en mis brazos, hice que lo llevaran a su casa saqueada, y allí lo acostaron junto a una anciana que descansaba eternamente sobre el suelo lleno de basura. Con marido y mujer reunidos, me despedí y miré hacia el oeste, donde se desató la refriega más feroz.

En esa distancia, vislumbré las filas de Nafílim más ampliadas que la última vez que las había visto. Era seguro: el jefe de guerra Volker y sus lanzas seguían luchando, recién fortalecidos por los refuerzos.

El impulso parecía estar a su favor. No te preocupes allí, entonces.

Si hubiera que tener algo, sería para los huérfanos y su hogar en barbecho de un distrito. ¿Había ido la evacuación según lo planeado? ¿O los pobres estaban siendo saqueados en este mismo momento? Con cada uno de los rostros de los pequeños frescos en mi mente, puse en movimiento mi cuerpo herido y anegado. De vuelta al barrio pobre que era, y por el trazado de

las calles, calculé que Karl y su compañía habían trazado el mismo camino: confrontarlos de nuevo estaba ciertamente en las cartas.

Pero si él estuviera en el reparto, no sabía cómo responder, no con esta mano mía, tan dispuesta a retirarse, porque era un hecho que Karl me había dado por muerta. Si nos volviéramos a encontrar, seguramente cerraría la tapa de mi ataúd para siempre.

Sin embargo, me resistía a quedarme de brazos cruzados. Envalentonado pero inseguro, puse mis ojos en el hogar de los huérfanos y me apresuré a través del fólkheimr en llamas.

†

Llegué al distrito deteriorado, cerca de la morada de los niños, solo para encontrar que los incendios también se habían abierto camino hacia esta vecindad. Qué asquerosidad había en la Guardia del Feudo... que ponían antorchas sobre las casas de los semicuernos. Pero ante la triste vista, hubo algo de alivio: toda la gente parecía haber huido, y con ellos, los niños.

Seguí adelante, corriendo por la calle cubierta de escombros hasta que mis ojos captaron en la distancia las distintas siluetas de armaduras plateadas de Londosia. Soldados, a saber, Karl y sus camaradas. Y se unió a ellos nada menos que Ebbe.

Las espadas destellaron y volaron. Estaban todos ellos trabados en combate. Aunque su enemigo contaba con uno solo: Lise.

"...No...!"

Jadeé.

Al verla, encontré también otra figura cercana: era redonda y estaba completamente inmóvil sobre sus rodillas. El suelo debajo de él ardía con profundos reflejos rojos, un charco de sangre. Mientras tanto, su cara estaba inclinada hacia abajo, tan inmóvil, tan sin respirar como el resto de su cuerpo.

La mirada de Lise contaba bastante bien la historia.

...Era Berta.

El jefe de guerra fue derribado.

Solo la había conocido en el transcurso del día.

Todavía...

El suyo era un corazón de tal dulzura y cálido espíritu que se sentía más como una amiga de muchos años.

Un amigo, entonces.

Hecho y perdido el mismo día.

Perdida, al final de una vida llevada defendiendo a los indefensos.

Uno de los cuales, a su vez, defendió su memoria hasta este momento. Con cada golpe y movimiento de sus dagas, Lise siguió luchando, silenciando su dolor mientras ella sola se hacía cargo de la refriega, todo lo que la batalla de Berta podría alcanzar algún significado.

Qué fuerza ilimitada había en ella.

Pero una fuerza a punto de romperse: la peor parte de la magia de los brutos parecía anatema para su temple. Ella no podía hacerlo sola. Dejada como estaba, su propio final prematuro pronto llegaría.

Entonces para ella: mi fuerza.

Al ver a los elites de Ebbe concentrados en su enemigo, me escabullí hacia las calles laterales y me acerqué, sin tentar su atención. Aleros resplandecientes, calor brumoso... a través de callejones sofocantes me deslicé hasta que toqué el lado mismo de la formación de soldados.

Agachándome detrás de la cubierta, vi un carro grande. Sosteniéndolo con ambas manos, vi a continuación una casa casi en pie, vacía y llena de brasas. Hacia él, apunté la parte delantera del carro y, con todas mis fuerzas, lo envié disparado directamente.

¡Bvouvhh! —una explosión golpeó el aire cuando el carro se estrelló contra la pared desvencijada. Las vigas del interior crujieron y cedieron: la casa de los pobres, mal construida, no pudo contener el impacto. Con una sacudida, la mitad de los cimientos se hundieron; el edificio se inclinó hacia adelante y se derrumbó por su propio peso antes de derramar sus entrañas ardientes en la calle principal.

"¡¡Mierda!!" alguien gritó entre los hombres tambaleantes. "¿¡Qué diablos!?"

En mis oídos: Karl con su característico chillido.

Y tenía todo el derecho de despertarse, porque la casa de lanzamiento no solo había detenido la batalla, sino que sus ardientes restos ahora alejaban a los hombres de su objetivo: Lise, mientras estaba de pie al otro lado con el mismo asombro.

Muy pronto, unos ojos desconcertados me vieron detrás de los escombros.

"...¡Tú!" —gritó Karl, con la cara humeante más roja que las llamas rugientes. "¡Tú, necrófago sin gracia, tú! ¡¡Es mejor que un cadáver se quede en la tumba, así es!!"

Todos los lacayos de Ebbe no toleraron mi presencia de manera más agradable, entretejiendo desdén y condenación con destreza en sus ceños fruncidos.

—¡Rolf!

Y desde detrás de las llamas llegó la llamada de Lise. Empecé a responder—

"Globus Igneus!"

—hasta que me envió una esfera de llamas arremolinándose.

"Maldición-!" Hice una mueca, torciendo mi cuerpo de inmediato y saltando a un lado, pero acosado por el dolor de mis muchas heridas, mis piernas se sacudieron y casi tropezaron. La bola de fuego pasó volando mientras me estabilizaba, pero en su lugar estaba Karl, desenvainando su espada para el golpe mortal.

"¡¡Síiii!!" gritó, ojos y fosas nasales dilatadas.

Lancé mis manos hacia un trozo cercano de madera en llamas y, sin preocuparme por la quemadura, lo agarré y lo lancé contra la espada de Karl. El corte plateado cesó cuando se hundió en la madera, pero otro instante más, y sus llamas se apagaron: Odyll salió de la hoja, golpeándome y llevándome por los aires.

"¡Gwuhach...!"

Volé dos o tres vagones de vuelta antes de estrellarme y rodar por la carretera. Estaba bastante herido: el golpe me dejó aturdido e indefenso mientras yacía sobre el polvo. Karl se acercó. Sus pies patearon con ira. Trabajé mi camino de regreso.

¿Qué te ha traído de vuelta, eh? ¿Qué? ladró. "Te gané negro y azul, lo hice. Te arrojaron al pozo, te dejaron nadar con las babosas. Hice mi parte en esta maldita obra. ¿¡Por qué no estás haciendo el tuyo!?"

"¡Gwofh...!" Gemí cuando Karl clavó en mi cintura una punta torcida de su sabaton. Tambaleándome, rodé hacia abajo en la tierra.

"Feliz de encontrarlo aquí, Comandante. 'Oh todos los lugares. Oh, de todos *los lugares*", dijo una voz chirriante de gremlin. Ebbe: sus propios pies se rompieron cerca del suelo y, agachándose, me agarró del pelo y me levantó. Pero el movimiento se detuvo: en mi cara brilló la pátina de su poleyn.

“¡Uwagh!”

Una rodilla, justo entre los ojos.

Conmocionado, me derrumbé hasta el polvo.

Ebbe no fingió piedad, golpeando mi cuerpo con un pisotón de su pie blindado. Seguido por otro. Y otro. Una y otra vez, el pisoteo continuó, cada golpe cargando con la totalidad de su odio.

“Gah... Ghuh...” Corté y tiré con cada golpe. Dejé un trapo tirado en el suelo, sentí como si ni una longitud de mi circunferencia escapara a su rencor. Ebbe miró hacia abajo, dejando escapar una bocanada de satisfacción de su pálida sonrisa. Luego se volvió hacia los demás.

“Ah... magia,” dijo, inspirado. “Hermanos. Deshagamos al hombre con lo que no tiene, ¿eh?”

“¡Jajaja!” Karl se rió cerca. “¡El regalo de Yoná! ¡Una pala fina con la que sacar la tumba! Ooh, me gusta el sonido de eso, ¡me gusta!”

Desde el lado de mi vista: un bastón de plata levantado por un hechicero en su lote. Enfermizo en su rostro había una sonrisa. Y sobre el de Ebbe. y la de Karl. Y todo el resto Un espectáculo que había visto mil veces antes. El semblante maligno de los Hombres, siempre dado a su hijo sin gracia.

“¡No! ¡Rolf! Lise gritó desde allí. Pero como para menospreciar su desesperación, el hechicero escupió otro hechizo.

“Globus Igneus!”

Un silbido, un viento y luego... un boom borrascoso.

Me había agachado en la tierra para poder esquivar los terribles fuegos, pero el hechizo tenía la misma mente y se encontró con el suelo conmigo.

Los fuegos brillaron. Odyl detonó.

Un hechizo muy simple, Globus Igneus. Una preparación dada evitable. Pero para alguien sin gracia como yo, la sencillez y la evasión supusieron un profundo castigo para mi persona.

Así fui llevado por los vientos, como si mi cuerpo no fuera más pesado que un trozo de papel. Mis extremidades se sacudieron violentamente por la fuerza que apenas resistieron, punzándome con el dolor de casi desmembrarme. Un calor horrible me picó cada costura mientras giraba en el aire.

Pero donde podría haber aterrizado no tenía suelo, sino más vacío: volé más abajo, directo a la plaza de abajo. Abajo, abajo en su mismo corazón.

Las ráfagas que pasaban cesaron, dando paso a un clamor atronador. A través de algún obstáculo mi cuerpo se había estrellado; Con el rellano toscamente amortiguado, me encontré reclinado pero tambaleándome entre penachos, montones de polvo y vigas rotas.

Maderas, formando lo que una vez fue un techo. Un techo, una vez un toldo para un altar. Un altar, una vez de pie en silencio en el centro de la plaza, hechos recordados mientras razonaba por qué todavía respiraba.

“Destruir... una reliquia como esta...” pronuncié. “... Yo... estoy ganando maldiciones por minuto...”

Mi intento de humor, medio entre dientes, medio entre jadeos. Pero la ingenua ligereza alivió poco mi inminente cálculo: por los escalones seguían las figuras plateadas de Ebbe y sus lacayos.

Ni una pizca de prisa perseguía su paso pavoneándose. El orgullo estaba pintado en sus sonrisas tontas, respaldado por una confianza indiscutible en el triunfo que seguramente vendría. Y vendría bien, porque ¿qué enemigo asustó su vista sino un fey y sin colmillos sin gracia?

De hecho... las cortinas finalmente se estaban cerrando.

La muerte llegó.

Esta vez, mi corazón realmente correría hasta el límite. Y en mis ojos, en mis oídos, la risa persistente de mis asesinos como mi último recuerdo.

Tal final sin sentido era el que se avecinaba a solo unos minutos de distancia.

“...Qué vida he llevado... Un hazmerreír... para los destinos...” susurré, forzando una sonrisa. Porque cuando está tenso, lo mejor es echarse a reír, como suele decirse. La fortuna favorece al audaz; ladra a las bestias y se te ocurrirá una idea brillante.

¡Qué idea debe ser, entonces, que destruya este maldito punto muerto mío!

Haciendo caso omiso de los últimos momentos de mi vida, comencé a hacer muecas. No por mi muerte al amanecer, no, sino por algún peso inicuo que pesa sobre mi pecho. Hacia él, volví mis ojos.

Allí, en medio de los escombros había una espada.

La misma hoja ennegrecida por las llamas de Gweil'qrr.

Y no solo entre los escombros, sino casi abrazado a mis propios brazos.

La espada una vez colocada en el altar, una broma del destino que la sacudió de su antigua ranura por la fuerza de mi caída. Y, oh, qué fuerza sentí yo mismo sobre mi propio pecho, como la roca de un arma pesaba y pesaba pesadamente hacia abajo.

Pero era un peso bien justificado.

Porque la espada era una losa de acero de lobo, el más fuerte y pesado de todos los metales terrenales, aún más adamantino por su templado estigio.

Aunque...

...que curioso.

*'... Uno toca la espada negra con peligro de un dolor penetrante...
... y las quemaduras son más terribles de contemplar...'*

... Sin embargo, aquí está, Lise.

Aquí en mi toque.

No fue una ilusión. No hay fantasía de las hadas.

La espada negra se posó sobre mi persona.

Mientras miraba su tramo de obsidiana, susurros brumosos brotaron de mis oídos. Una extrañeza; la gente suele decir que tales fenómenos persiguen a los devotos de la espada. ¿Podría haber llegado a tales escalones dorados, entonces?

No.

Es mejor que un alumno no finja ser el dechado. Y todavía soy un cachorro de alumno.

No...

Estos parecían menos susurros voluntariosos y más volutas de respiraciones silenciosas. Alientos trayendo el amanecer a la naturaleza ignorante de la espada. Una naturaleza que ahora concede cierta desnudez a mi conocimiento. Esto, todo, no era una mera suposición.

Esto era conocimiento.

Infundado, sí, pero un conocimiento tan implacable como el granito.

Conocimiento asegurándome así:

puedo pelear

Lleva esta hoja y podré luchar.

Sin Magia.

Sin Gracia.

puedo *pelear*

¿Qué reforzó tal creencia?

yo no sabía

Pero que sonaba con toda verdad, lo sabía muy bien.

Ebbe y sus hombres estaban ahora a meros pasos de distancia.

“...Ya veo... Esto... *esto*—”

—es donde termina mi camino...

...y comienza otro.

Un rubicón alcanzado después de inviernos de vagancia sin rumbo.

Mis hazañas en este día ya son una daga que se retuerce en el lomo de Londosius. Pero si ejecuto este nuevo acto, entonces no será una simple daga en esa herida.

Porque si tomara espada en mano...

...si tuviera que empuñar el fardo de Gweil'qrr...

...y *hew* mis cazadores...

...estos compañeros de mi carne...

...mi *sangre*...

...entonces desnudé la espada contra *todos* mis hermanos.

Comienzo de nuevo esta batalla, enarbolando el estandarte de Nafílim.

Como *matador de parientes*.

Y una vez comenzado...

...Una vez que lleve tanto la espada como el cuerpo a la batalla...

...y empuñar alma y acero en masacrar...

...Una vez que decida a quién defenderé...

...y a quien daré muerte...

...ahí es cuando esta vacilación mía debe terminar.

A lo largo de este camino te esperarán antiguos amigos y familiares por igual.

Esperando en los campos de batalla, portando estandartes beligerantes a mi voluntad.

Y deberíamos encontrarnos...

... No debo rescindir mi resolución...

...ni detengas mi espada.

¿Tengo el corazón?

¿Para luchar contra ellos?

Para *matarlos* ?

Yo...

..

.

.

..

...Escucho a alguien.

'...Yo, por mi parte, tengo pocas dudas de que nuestro propio Rolf será bendecido con una verdadera montaña de odyl...

...¡Un gran servicio que hará por la Orden...!

...¿No es así, Rolf...?

'... Oh vamos, mi amor...

...' ¡No será bueno que nuestro joven se doblegue antes

*bajo la montaña de expectativas, ahora lo haría...!
...Ya es prodigioso en asuntos de libros y espadas...
...No importa una montaña...
...un mero montículo es suficiente...
...porque florecerá igual...'*

...Ah.

Madre. Padre.

En la víspera del Roun de Orisons.

*'...Escucha bien, Rolf...
...Sin duda, la generosidad del regalo de Yoná resultará crucial...
...pero no dejes que te desanime tanto...
...Lo más importante es que a través de la Ronda de Oraciones...
...te comunicas con Yoná Misma, y por lo tanto con Su...
...nacimiento de un nuevo vínculo...
...¡Guarda esto en tu corazón...!'

'... Por supuesto, Señor Padre...'*

¿Qué tan inocente era yo?

Que algo tan perdido pudiera estar al acecho nunca fue un pensamiento que visitara mi mente entonces.

*'... ¡Aplastaremos a los asquerosos Nafílim por los que se enconan...!
...¡Ese es nuestro deber solemne, al cual comprometemos nuestras propias vidas...!
...¡Por el Rey y la Patria...!
...¡Por la Familia y nuestro prójimo...!
...Desde este día en adelante hasta la hora de vuestro último aliento, mis leoncitos...
...¡No os digáis olvidar esto...!'*

...Talien.

Y además sus palabras de bóveda, dadas en mi toma de posesión en el 5to.

Entonces era mi ambición inquebrantable convertirme en caballero. Aquel que, con la espada en la mano y el acero en el corazón, lucha contra los enemigos de su patria.

Para defender sus campos asustados. Para entregar a su gente desamparada.

*'... ¿Hay algún significado, entonces...?
... ¿En ir tan lejos como tú...?'*

*'... ¡Una escoria impía como tú no será tolerada aquí...!
... ¡Porque esta batalla considera tanto a los santos como a los profanos...!'*

*'...Tal valor...
...uno más digno de elogio...'*

*'... ¡Si mantuviéramos el camino a toda costa...
... entonces seguramente llegará el día...!
...¡El día en que la guerra termine por fin...
...y los Nafílim con ella...!'*

... ¿Cuál es el significado de todo esto?

Mi vida, destellando ante mis ojos, ¿verdad?

Desperdicias tu aliento.

Porque todavía dibujo el mío, y planeo hacerlo por un tiempo más. No, no estoy abatido; Sólo necesito un momento para atraparlo. Eso es todo. Bien conoces el truco. Finja casi la derrota hasta el último conteo, tome un respiro mientras tanto, los pugilistas lo emplean con bastante frecuencia. Y no soy de los que desdeñan una buena táctica.

*'...Pero no olvides...
...te debemos mucho por tus acciones en este día, Rolf...
...Gracias...'*

*'... ¡Buckmann...!
...¡Es el Nafílim del que hablamos aquí...!
...¡La némesis del Hombre...!
... ¡Los parientes y parientes de las bestias reptantes...!
...¡Nuestros enemigos jurados desde los días del mismísimo San Rakliammelech...!'*

*'...No...
...Esa mirada en tu rostro...
...Veo una lengua bien lista para vomitar las mismas tonterías que antes...
...Algunos escupen sobre mantenernos alejados de los civiles...
...¡Diga que no es así, Comandante...!'*

...Suficiente.

*'... ¡Nos mataste...!
...¡Nos secuestraste...!
...Pero no más...!!'*

*'...Hijo del Hombre...
...Has hecho caso a tu corazón...'*

*'...Oh...? Entonces digo...
...¡muy valiente, este comandante...!
...Él es uno solo...
...¡pero no tiembla...!'*

...Suficiente, dije.

Los que he conocido. Aquellos en quienes he confiado, con quienes me he peleado, todos ellos están grabados profundamente en mi corazón.

No sé cuál es tu propósito, pero conozco bien la trama de este espectáculo de marionetas. Así que corta los hilos, digo, quienquiera que seas.

Sí, de hecho, lo sé. Bastante bien, de hecho. Estos pensamientos, estas palabras, todo me ha perseguido hasta el infierno y de regreso. Hacer que me sienta a través de ellos de nuevo no gana nada más que mi molestia, ya sabes.

*'... ¡Aaaagh...!
... ¡¡Uwghaaaah...!!'*

*'... ¡Teo...! ¡Teo...!
...¡No te rindas... Theo...!
...Por favor...!
...Por favor...!'*

*'...¡Uuaah...! ¡Hic...!
...Hermano...
...¡no te mueras...!
... ¡Waaaah...!'*

.....

'...Te conozco...'

... ¿Soy tan poco confiable?

Lo he dicho una vez antes, ¿no?

lo sé

De lo que creo.

de qué camino debo tomar.

De lo que debo hacer.

No te preocupes.

Estaré bien.

*'...por favor...
...no estés triste...'*

No soy dado a la tristeza. Ni se lo daré.

Soy mayor ahora, después de todo.

Crecido en un hombre.

Un hombre que cumple sus promesas.

Esperar.

Espera, dije.

¿Adónde vas?

Fue entonces cuando Fate pensó en volar de mi vista. Tal huida no me atrevía a sufrir. Porque nunca fui de los que dejan escapar la caridad del azar.

Por lo tanto, me acerqué para tomar su mano.

Oh, con todo el poder que pude reunir, estiré mucho y me mantuve fuerte.

Y cuando mis ojos volvieron a ver, me levanté de los escombros y encontré en mis manos la hoja de dragón negro atada con fuerza.



†

El mero peso de la misma abrumó mi ingenio.

Ya lo veo.

siento _

De hecho, como una roca, su peso.

Este fragmento ceniciento de wolfsteel.

Este *svǫrtaskan*.

Sin embargo, su empuñadura era una armonía y un huracán en mis manos, aparentemente chupando cada dedo y pliegue de piel, que si no hubiera sabido, podría haberlo imaginado como mi arma jurada de muchos inviernos. Agarrándome con fuerza, levanté su peso sin luz y me quedé en el centro de la guardia, dirigiendo su hoja de ébano directamente hacia Ebbe y sus hombres.

“¡Oye! ¡Ahora está jugando al espadachín experto, eh, comandante! Karl gritó desde lejos mientras se acercaba sigilosamente. “¿Qué? Piensa en mover tu varita con nuestros hermanos de batalla, ¿jah!”

Los aullidos de un niño.

Nada más que una distracción, tenue y distante de mi mente mientras se fusionaba con la hoja. Allí pereció el dolor de cada braza y faceta de mi cuerpo. Efectivamente, como la luna fue mi testigo, el mío era un cuerpo golpeado, roto, magullado y volado... pero con solo infundir mi conciencia en la espada se olvidó toda agonía de mi carne: las nubes se abrieron, el frío ya no picaba más., las nieblas se diluyeron más allá de todo pensamiento. Con tal claridad, centrada en mi vista, se extendía la punta de negro, la hoja más profunda que el crepúsculo: el abismo que respira.

"¿Oh?" Karl arqueó las cejas cuando lo vislumbró. ¿Qué pasa con esa marca sin brillo, eh? ¿Algún palo de Nafílim-make? Bueno, me pone realmente enfermo, ¡verlo! ¡Ja!

Tu vista es lo que está enfermo, Karl.

Porque veo mucha belleza en esta espada.

Belleza y una leve furia, mezclándose dentro de la negrura del mar nocturno de la espada...

...desde cuyas profundidades parecía acechar una vista viva propia, mirándome sin brillo, como para medir el temple de su nuevo amo contra una medida incognoscible.

¿No viene, comandante? ¿eh? ¿Estás asustado? Segundo pensamiento, ¿te has meado en los pantalones? Karl alardeaba mientras él y sus camaradas abrían filas ante mí. “¡Entonces te mostramos cómo se blande una espada de verdad! ¿¡Eh, hermanos!?”

"¡Sí! ¡Un fico para usted, comandante! ¡Tu ataúd llama!

¡Ya es hora de que desmantelemos tus canicas, fangoso! ¡Te distrajiste por mucho tiempo!
¡Ahora probarás el poder de los hombres amados por Yoná!

Inmediatamente, los hermanos de Ebbe dispararon, convergiendo sobre su objetivo sin gracia.

Que así sea.

Aquí comienza mi batalla.

Las élites, izquierda y derecha, se acercaron, pero yo me adelanté, poniendo mi vista en la fila delantera. El asalto frontal: una de mis maniobras favoritas. Y con mi físico, uno de los mejores para mutilar la moral y la arrogancia del enemigo.

Manteniéndome nivelado, me abalancé con la singular fuerza de mis pies. En un suspiro, pasaron tres passūs.

"¿Ah?"

La sorpresa brilló en el rostro de mi primer enemigo, sobre el cual creció la sombra del trueno de mi espada que se hundía.

Sin duda, su cabeza sin yelmo estaba a salvo dentro de una empalizada, aplicada por la unión de plata y odilo. La misma palidez que protege a los Hombres plateados desde el cuero cabelludo hasta la planta del pie... y que ha detenido mis antiguos movimientos sin falta.

Pero ya no.

Con una velocidad ciega, el acero de hollín atravesó la palidez sin encontrar oposición.

Ghwoshheu—

—un géiser de sonido del cráneo de mi marca. La parte superior cortó su cabeza por la mitad, de la que arrojó enrojecido el manantial de la muerte instantánea.

Así atravesado fue el rubicón, manando la primera sangre de mi traición. La sensación aún persistía en mis manos, pero la vacilación ya no persistía en mi corazón, porque resuelto debe ser quien toma la espada en la mano y se lanza a la refriega fatal.

La cáscara de la mitad de la cabeza se desmoronó hasta el suelo, aunque antes retrocedí un poco, acorralando a mi vista a dos soldados que volaban hacia mi flanco. El derecho llegó primero, más rápido por un paso. Me lancé de inmediato hacia él, mis manos enviaron sombras afiladas inclinadas hacia abajo sobre su persona. Allí, la hoja negra mordió primero en un hueco en su armadura—

—*zzsshrr!*—

—antes de atravesar la carne, desde el hombro derecho hasta el lomo izquierdo.

Aquí, también, la palidez resultó impotente. Aquí, también, el hollín de acero partió el tendón y el odilo por igual.

“¡T... yeuuu! *¡¡Desgraciado!!*” chilló el lacayo de la izquierda, acercándose vengativamente. Su espada aleteó, pero la lentitud atenuó su amenaza y embotó el filo del que podría haberse jactado. Porque así como él dio un paso, yo terminé tres: empujándome a un cuarto cerrado, barrí mi espada en un horizonte cortante.

Crujiendo de nuevo en la noche: el sordo estruendo de los metales al encontrarse.

Separada de su palidez, la plata es blanda, apta sólo para las galas. Aunque este instante podría haber sido un ejemplo demasiado severo.

Para *wolfsteel* se puso en su contra.

El metal inflexible y difícil de manejar, forjado en una espada, tenebroso templado por aliento de dragón, y manejado con fuerza, velocidad y habilidad perfeccionadas por el invierno, reveló claramente el valor desnudo de la armadura plateada, ya que la hoja negra partió en pedazos.

“*¿¡Ghbrreh!?*”

A través de la costilla izquierda, sale por la derecha: el hombre, limpiamente retorcido, retorcido hasta la muerte después de soplar sangre de sus labios abiertos.

“*¿¡Q... qué...!?*” estremecieron a los enemigos remanentes en su miedo.

Tres muertos. Con ellos, mi teoría se confirmó tres veces: esta espada de hollín era una ceniza de la voluntad de Gweil'qrr. En su tiempo, el wyrm de antaño, la magia bien juzgada, un maugre, una perversión, se apartó por completo de los preceptos de la vida. Y fue su llama la que hizo cenizas a esta misma espada...

...en una hoja negra que odiaba la magia no menos, condenando a todo odyll que se atreviera a tocar su longitud sin luz.

De ahí que corte palidece sin una pizca de piedad. Aunque los principios subyacentes escaparon a mi conocimiento, no había ningún error: la gracia piadosa de Gweil'qrr estaba grabada a fuego en esta hoja.

Razonable, entonces, que cualquier tipo hasta ahora dispuesto a empuñarlo se encontrara con la miseria. Esta era una espada que maltrataba a toda carne, excepto a la única alma que no había sido agraciada con el don de odyll.

“¡Flagrans Vallum!” gritó una voz mágica. Del bastón de plata de un soldado-hechicero salió un parpadeo, y luego las llamas surgieron de la nada. Todo un muro de fuego brillante, gimiendo y ahora moviéndose hacia mí.

Pero no me moví: hacia la alta guardia levanté la espada negra.

La confianza estaba en mí.

Confía en la verdad venidera: esa magia puede ser algo que *se deshace*.

Luego, con un suspiro, blandí la espada severa.

Un bramido sordo golpeó mis oídos cuando la hoja se hundió con un fuerte viento. Wolfsteel atravesó muros de llamas y, en un abrir y cerrar de ojos, los fuegos rebosantes desaparecieron como una niebla ante un sol repentino.

"... Ww..."

Los hombres de Ebbe fruncieron el ceño con incredulidad, mientras que en uno de sus cuellos faltaba una cabeza, que ahora giraba en el aire: no me detuve a ver cómo el muro desaparecía como ellos, sino que corrí a través del espectáculo y entre sus filas, blandiendo de nuevo la hoja sin brillo.

La sangre brotó del muñón del cuello mientras el resto del cadáver fresco caía de rodillas. El bastón de plata que antes sujetaba entre sus manos rodó libre por el suelo.

“No... ¡Sé débil! ¡Débil! ¡¡Débil!!” gritó el bruto más cercano mientras levantaba su espada plateada.

Ese desprecio suyo, aún firme a pesar de su situación en peligro, fue bastante conmovedor, en cierto modo. Y también retrocedí medio paso.

"Ach... ¡Eres una rata!" Con una maldición, el hombre tropezó, perdiendo el momento de golpear. Indeciso por un instante, se encontró con mi avance inmediato.

"¡Aurrh!"

El gemido gutural de mi marca, y además su último aliento, porque ahora le atravesaba la garganta la ancha cabeza de hoja del *svørtaskan*. Al extraerlo de la carne agonizante, observé cómo mi enemigo se desplomaba en el polvo mientras la sangre y el aliento salían a borbotones de su herida abierta.

Me agaché, el aire silbó arriba.

"¿¡Owach!?"

Un grito por detrás. Una hoja, perdiendo su marca. Un asaltante, sorprendido. Aunque la sorpresa fue únicamente suya: solo sus sonidos, el mismo movimiento de sus ojos, claramente delató todos los movimientos de estos hombres.

Había al menos algo en él, mi emboscador, porque su brazo de espada recordó enrollar su espada de nuevo para el seguimiento. Solo que la rapidez no lo encontró, porque en medio de su movimiento, mi espada ya estaba volando. Apretando los tendones de mi vientre, luego envié la espada negra hacia abajo.

— *Gwshhokh*.

Un gruñido quejumbroso y chirriante: el aire vibró cuando el acero azabache atravesó el pecho del bruto. Platos de plata arrugados como papel arrugado. Huesos hechos añicos. El corazón palpitante en él se redujo a la mitad.

Mi enemigo cayó al suelo, la sangre brotó de su boca y su torso.

"¡Una... mentira! ¡Una mentira en los ojos! ¡¡ Una *vida!*!" Desde más allá del chorro de sangre, una estridente negación de otro retador. Corrió, con la espada remolcada con una sola mano.

Una vista frecuente en este reino: hombres empuñando con una mano lo que está destinado a dos. Ciertamente, una espada así blandida puede cortar a un enemigo, dado suficiente *odyl*. Pero tal hechicería a medias, a medias, se convierte sólo en el espadachín actoral. El boato gana el escenario; la práctica gana el campo de batalla.

Así, un soldado empeñado en balancear con una mano, golpea tan mal como otro con dos. Él olvida rápidamente la forma correcta. La precisión no es más que una ocurrencia tardía. No está empeñado en nada más que en la belleza de la batalla, por lo que marcha aún más apresuradamente hacia su tumba anónima.

Tal soldado respiraba ante mí ahora. La suya era una espada que parecía más una ramita en las manos de un niño pequeño.

Y de esa espada suya, floreció un estallido de chispas: con un solo golpe mío fue repelido sin peligro, porque en el arco infantil del tajo plateado no estaba imbuido ni sutileza ni fuerza, ni ody para el caso, como todos. la fuerza mágica que contenía se sublimó instantáneamente ante el acero de hollín.

"¿Eh?"

De sus labios, el bajo ladrido de desesperación. De sus ojos, el reflejo de mi forma rápidamente invasora, espada en la guardia baja.

La fuerza brilló a través de mis dos brazos.

Con un golpe de toda la alma y los tendones, se elevó la espada empapada de hollín.

Y de mi marca: un grito. "*¡¡Eaahhrrg—!!*"

—*¡Ggsshhaakh!*

El semicírculo de sable cortó la ingle del soldado antes de salir de su caja cerebral.

Armadura, carne, hueso, todo fue desgarrado. El hombre: ahora sólo las mitades izquierda y derecha de un cadáver tallado, cayendo para alimentar a los gusanos. La vista provocó un grito ahogado colectivo de mis enemigos remanentes.

Enemigos, que ahora eran sólo dos.

Enemigos, que luego encontraron mi mirada fija en ellos.

Enemigos, que solo estaban con rostros de palidez fey.

Sus hombros se estremecieron cuando mis palabras llegaron a sus oídos.

"Ebb. Carlos. Resolvamos esto... ahora.

†

"¿Qué myst... ser esto...?"

Lise no podía sino mirar con asombro. En su mirada verde se reflejó la figura de Rolf, desgarrando a sus enemigos, a sus *parientes*, en la plaza de abajo.

Oh, 'qué misterio', de hecho.

El primero en confundirla estaba envuelto en los dedos de Rolf: la ira de Gweil'qrr, el *svørtaskan*, cortando de un lado a otro, cortando plata y encontrando carne.

Pero ¿y la explicación? ¿De *la razón*? Porque la hoja negra hasta ahora había despreciado toda la piel, ¿no es así? ¡Un fenómeno de colmillos, mordiendo y quemando el toque domesticador, con guantes o sin ellos! Así era esta espada, envainada en una soledad de piedra, sin conocer el calor dentro de todos los muchos inviernos de su testimonio.

Los cronistas lo llamaron un recuerdo material del Tívaforfár, los días siempre lejanos cuando los dioses del pasado aún adornaban la tierra. Pero de los que empuñaban, de *los maestros* de esta espada, aquellos mismos cronistas no sabían, porque ni los rollos de sus flagelaciones ni los cantos aún cantados recuerdan ahora alma semejante tan empapada en hollín.

¡Ojalá estuvieran aquí con Lise, para presenciar la espada sin brillo empuñada de nuevo en las manos de un tal Rolf Buckmann!

¿El segundo misterio que sorprendió a la sorprendida Lise? Pues, el mismo metal de la espada misma. Forjada en acero de lobo, el arma era de un peso que se creía más allá de todo empuñadura. Y así fue relegado durante mucho tiempo a los rituales, ganándose el honor como una espada ceremonial, lejos de cualquier batalla en la que pudiera alardear antes de romper los huesos de su amo que beber la sangre de sus marcas. Los Hensenfolk encontraron mucha razón en esto, y por lo tanto habían olvidado toda necesidad de aplicar su agudeza.

Pero tal peso era como el viento para Rolf. La espada barría y cortaba como si fuera una daga que bailaba en sus manos, golpeando cada golpe con la mayor seguridad. Sin embargo, el propio Rolf no parecía estar en condiciones de conjurar tales milagros marciales: ¡no estaba reparado! ¡Resistido con heridas en todos los sentidos! El dolor palpitante debería ser su principal oponente, pero ¿no prestarle atención y *luchar* en su lugar? Sin duda, un enorme esfuerzo que seguramente lo desmantelará en cualquier momento.

Sin embargo, fue un esfuerzo realizado de forma perdurable. El pesado acero de lobo voló a través de la carne, libre como una pluma. que habilidad Qué *resolución de acero*. Lise se dio cuenta entonces: Rolf era de otro plano.

Y eso en sí mismo era el tercer misterio: en todos los años de la vida de Lise, nunca había visto una espada más fuerte, más rápida, más majestuosa que la ennegrecida de Rolf. Un fluir veloz de maniobras, de la mente al movimiento: con gallardía en su andar, Rolf se precipitó y descuartizó a sus enemigos sin colmillos. Uno por uno, recibieron su derrota, regalos de una espada al galope impulsada por una técnica inmaculada.

Mientras Lise observaba, fija y fascinada por la refriega asustada, se puso de manifiesto el cuarto misterio: la destrucción de ambos Hombres y sus armaduras de plata. Con solo un golpe,

Rolf los separó a ambos sin resistencia, y sin imposibilidad, tampoco. No, esto no era una broma de los duendes: el antiguo enemigo de Lise era un físico muy adecuado para el fenómeno. Si a eso le añadimos su delicadeza feérica y fatal, y además su hoja inflexible de acero de lobo ceniciento, entonces, ciertamente, tal espectáculo de poder monstruoso no fue un mero espejismo.

Pero el siguiente y último misterio fue lo que realmente la desconcertó.

Rolf había mutilado una magia hasta la nada.

“Cortar a través de hechizos”, una frase que combate la razón. Pero tal competencia no limitaba a Rolf. Con un movimiento de la espada sin sol, el fuego hechizado se extinguió como una vela. Inconcebible, pero incontrovertible.

De lo que apuntalaba esa verdad, Lise sabía menos que poco. Aunque supongamos que tal poder sin precedentes poseyera la hoja. ¿Qué pasa con el conocimiento de su naturaleza? ¿Qué hay de la inspiración, de *la hiel* para esgrimirla con este mismo propósito? ¿No menos importante en los primeros momentos compartidos entre espada y espadachín?

¿Qué había llevado a Rolf a confiar en el temple de la espada contra el poder de la magia?

La respuesta yacía en algún lugar entre esos estertores de hollín y plata, pero por más que lo intentó, Lise no pudo espiarla, incluso cuando la forma de lucha de Rolf se ganó su mirada esmeralda y duradera. Misterio tras misterio, milagro tras milagro, Lise fue una testigo desconcertada de todo.

Aun así, una cosa era más segura: la sangre derramada, los cuerpos hundidos en mares rojos, todos pertenecían a los hermanos londosianos de Rolf. Una vez más, era más seguro que su sangrienta traición no engendró ni una pizca de miedo ni escarcha de odio en el corazón de Lise.

No. Rolf estaba resplandeciente.

Un lobo de valor noble.

Esa era su medida desinteresada de él. Por qué, ella no tenía las palabras, solo que su corazón de corazones estaba firme al sentirlo.

Y una última maravilla persistió en su asombro: las corrientes de hollín que se arrastraban con cada movimiento de la espada. Las leyendas, de hecho, habían dicho la verdad, porque como Rolf desgarró carne y plata, el hollín realmente cantó sobre su persona.

A los ojos de Lise, la negrura era algo hermoso. Como humo sedoso o tinta sin luz moviéndose a través de lienzos de aire, las cintas de cuervo se arremolinaron, oscureciendo incluso la noche, solo para luego desvanecerse en la nada. Inolvidable, la memoria de Gweil'qrr parecía cada vez más una espada cubierta con la grandeza de una bestia y la gracia de una mariposa.

Y en medio de sus poderosos vaivenes de hollín y sangre estaba Rolf, bañado en la oscuridad. Pero en las costuras oscuras se veían sus ojos, brillando con las estrellas vespertinas gemelas del valor y la voluntad.

¿Podría este mundo soportar algo más hermoso?

La pregunta se apoderó de Lise. No importa el campo de batalla ensangrentado sobre el que fue pintado. Esta fue una obra maestra para la doncella Nafíl, más allá de todas las palabras. Estaba encantada, embelesada, por lo que podría pasar por la danza mortal *de un hilditýr* ; poco sabía ella, en sus mejillas había florecido un rubor rosado durante mucho tiempo, mientras su respiración rodaba entrecortada y contenida.



「信じられない……」
リーゼには、ただ畏敬の念をもってそれを見守ることしかできなかった。
彼女の双眸に映るのは、階下の広場で戦うロールフの姿だ。
まず理解できないのは、煤の剣を持って戦っているということだった。
あの剣は、誰にも握れないはずなのだ。
手袋ごとであっても、激痛と共に手が焼け爛れてしまう。
誰をも拒絶する剣なのだ。
神代の昔から存在すると言われる剣だが、あの剣を持って戦った者の記録は無い。
それなのに、ロールフはあの剣を握って戦っている。



「信じられない……」
リーゼには、ただ畏敬の念をもってそれを見守ることしかできなかった。
彼女の双眸に映るのは、階下の広場で戦うロールフの姿だ。
まず理解できないのは、煤の剣を持って戦っているということだった。
あの剣は、誰にも握れないはずなのだ。
手袋ごとであっても、激痛と共に手が焼け爛れてしまう。
誰をも拒絶する剣なのだ。
神代の昔から存在すると言われる剣だが、あの剣を持って戦った者の記録は無い。
それなのに、ロールフはあの剣を握って戦っている。

Y cuando la angustia finalmente se convirtió en silencio, Lise volvió al momento actual y encontró a Rolf enfrentando a sus dos últimos enemigos.

∴

"¡Ww... brujería...! *Un truco...!*" tartamudeó Karl, mirándome mientras estaba rodeado de cadáveres. "¡Eres débil! *¡Sin gracia!* ¡Arráncame los ojos, ven una mentira! La voz del criado ondulaba con resentimiento, pero su rostro estaba débil por la palidez. Esa ira que subyacía en sus palabras mostraba que el chico no hacía más que ladrar, tal vez para olvidar el miedo tan claro en su semblante.

"CC... Comandante. Qué hábil eres con una espada. ¡Por qué, nunca lo supe! Jejeje..." Ebbe rompió su silencio. Calm parecía sano en él, más que Karl, al menos. "¿Un sin gracia, perforando la palidez? De lujo que. D-dígame, Comandante. Parece que nos has atravesado las corazas, nos has desgarrado los hechizos. Tú, un tipo sin odio. ¿Cuál es el truco, eh?"

Este cullion, también, estaba temblando en su investigación. La charla picada parecía su táctica, una válida, le concedo eso. Un poco de negociación para aprovechar su difícil situación, sin duda.

"¿Truco?" Negué con la cabeza. —No viste ningún truco, Ebbe. Pero si *la verdad* es tu anhelo, entonces ven. Búscalo de esta espada. Puede cantar la respuesta antes que yo —dije finalmente, poniéndome de pie nuevamente listo. "Sin embargo, una advertencia: sé lo que vales. De cómo tus días de ocio han desafilado tus espadas hasta convertirlas en palos. La mía, la he perfeccionado bajo muchos soles y lunas, más de lo que tú jamás lo has hecho y jamás lo harás.

"¡*Sh-sh-shhhkh-!!*" Karl echó espuma. "¡Cállate, raza de mierda, *yee-u!!*"

"Palos" parecía haber picado un nervio en esta nada mientras volaba rápido sobre mí con furia. Pero por su agitación, su espada realmente ya no era más un palo, apto solo para la batalla imaginaria de un mocosito. Uno que seguí: su metal cercano fue emparejado con un barrido propio.

Plata cepillada sobre acero negro. El aire siseó. La espada de Karl se desvió hacia ninguna parte, mientras que yo moví la mía a la guardia baja y la lancé en un géiser de un corte.

"¿*¡Guau!*?" el mocosito de la espada aulló, cayendo al suelo en una miserable retirada. Sin embargo, ansiaba tanto la victoria que, en medio de su caída, me arrojó su espada. Solo que el vuelo de la hoja se rompió con un simple movimiento del acero de hollín.

“Te aferras a la vida, Karl”, comenté. “Admirable, si no sin gracia”.

Las venas se retorcieron. “¿¡Ungrrr—!? ¡Ciérralo! ¡Cerrar! ¡¡Cállate- cállate!!”

En medio de sus gritos, Karl gritó antes de robar una espada de los dedos de uno de sus compañeros caídos. Volviendo a ponerse de pie, canalizó a Odyl hacia la longitud plateada, gritando el nombre de un hechizo de espada.

“¡¡Annihilandō!!”

—*¡Gwofhh!*

Como un redoble de tambor profundo y ventoso, la escena gruñía como llamas recién enrolladas alrededor de la espada de Karl, iluminada por la cual estaba su rostro, tan profundamente impregnado de furia.

“¡K-Karl! ¡Tranquilo, muchacho! gritó Ebbe. ¡Tú, yo, el comandante, cortados del mismo patrón londosiano! ¡Esos somos nosotros! ¡Vamos, deberíamos resolver esto con palabras que con la guerra! ¿¡C-cierto!?! ¡Comandante!”

El demonio negó con la cabeza acaloradamente. ¡Ahórrese el escupitajo de paz, maestro Ebbe! ¡Me clavaría alfileres en los ojos antes que parlamentar con este marica!

“Igualmente, Karl,” repetí. “¡Qué gracioso, solo ahora encontrar más en común contigo que el ajuste de cuentas por venir!”

“¡¡Aaaegh!!” gritó el chico que parecía una bomba. “Putá!! Sin-raza!! ¡¡Bastardo!!” Las venas hirvientes de Karl burbujearon aún más. Sus ojos se desorbitaron, su mirada era como el azufre. *¡Tú eres el descarriado de aquí! ¡El mal encarnado! ¡Abandonado en el camino! ¡Yoná os arrojó por el renegado que sois! ¡Así que vuelve al fondo contigo, digo! ¡Vuelve al fondo! ¡¡ A dónde perteneces!!”*

Inmediatamente, Karl entró disparado. La espada abrasadora en sus manos barrió hacia adelante. Hellfire siguió, llenando el aire con ráfagas de calor.

Avancé de frente, disparando la marca negra en un arco contrario al de Karl.

Plata y acero.

Semicírculos, navegando, *chocando*.

La noche tronó. El aire se agitó.

Hellfires se desvaneció en un silencio.

Se hizo el silencio.

"Ah... a-aah..." mi enemigo jadeó al final.

"Karl", le dije. "Recordemos el mitin contra el Nafílim en retirada. Un mitin que todos ustedes ejecutaron en contra de mi orden, cuando aún estaba verde en mi puesto. En sus ojos aturridos miré fijamente mientras estábamos frente a frente. "¿Te acuerdas de cierto hacha-valiente? ¿Grande? Sin embargo, ¿muerto por tu sed de sangre?"

Su mirada se contrajo. "¿Q... qué estás sobre eso, eh? ¿'Axe-valiente'? ¡Mi paté no tiene sitio para recordar basura!"

El padre de Mia fue rápidamente olvidado por él, al parecer. Cómo deseaba que tuviera al menos los medios para conservar algún recuerdo de sus marcas asesinadas.

"Una vergüenza", dije. "Te recordaré, Karl".

La negrura rechinó una vez más.

La sombra de la espada sin brillo brilló—

—y voló a través de la garganta de Karl.

"¿Hkkh?"

Su espada plateada clamó hasta el polvo.

"... kh... gwhhrr..."

Estirándose, Karl agarró el corte que brotaba en su garganta. Pero por más que lo intentó, el enrojecimiento solo corrió a través de sus dedos. La muerte estaba llamando. Tal vez dolido por el sonido no buscado, reunió malicia y miseria en su rostro, retorciéndolo en todas direcciones. Todo el tiempo, él me miraba, enloquecido.

"¡Hhhhaa...! ghr... rhh..."

En poco tiempo, los vasos y venas de su cerebro estaban vacíos de vitalidad. Los ojos, una vez salvajes por el odio, se desvanecieron cuando sus pensamientos se diluyeron en nada. Las manos, una vez desesperadas por la liberación, cayeron y colgaban inertes. Sus rodillas cedieron, dejando que su cuerpo ensangrentado se derrumbara en el polvo.

Sólo Ebbe y yo nos quedamos ahora.

Nos quedamos allí, cara a cara, con sólo el cadáver arrugado de Karl entre nosotros. Con el rostro cetrino completamente empapado en sudor helado, Ebbe temblaba en sus botas, sus dientes castañeteaban todo el tiempo.

“... Ja... jaja... C-Comandante. Estimado Comandante. Por qué, tú eres más león de lo que me gusta que seas.

Me acerqué lentamente.

“¡Q-qué habilidad! ¡Qué destreza mortal! ¡Supera la falta de odilidad y esto será lo engendrado! ¡Ja...! ¿Quién sabe? D-dígame, terrible Comandante. ¿Cuál es la fuente de toda esa fuerza, ey?”

Más cerca aún.

“Oh, sí. ¡Fuerza, fuerte en verdad, podría medirse con Londosius! Er, poderoso 'no es suficiente para eh... para, para la Orden, ¡por qué no! ¡Sí, valientemente respalda a la Orden contigo! ¡Con todos los honores! ¡Hurra! Jejeje...!”

Me detuve.

Ebbe estaba empleando todas sus facultades de expresión para retrasar su destino. Parecía que sabía muy bien que su habilidad con la espada sería una mala prevención. Aún así, incluso esos poderes se habían estropeado, porque el contenido de sus divagaciones era todo menos basura para mis oídos y mi corazón.

“¿De verdad, Ebbe?” Hablé por fin. “¿El amor londosiano es tan barato? ¿Tener una nueva caridad para el niño al que ha odiado apasionadamente? Viste lo que he hecho: envié acero en pedazos a través de los hijos *de Londosia* .

"¡D-detalles sucios, digo!" gritó, agitando la mano. “No hay nada de qué preocuparse, ¿sí? L-como dije, palabras antes de la guerra, ¡je! Entonces, ¿por qué no relajarse, ey? Hable de esto con una charla alegre. ¡Vamos, comandante!

Hablar.

¿Qué hablar?

A estas alturas, la voluntad de volver a Londosius ya casi se había ido en mí.

“Ebb. El ajuste de cuentas ha llegado. Prepara tu espada.

El semblante del hombre huesudo se convirtió en un ceño fruncido.

El silencio nocturno era ahora más profundo, pues todos los golpes de cascos, los bramidos de guerra y los mordiscos de espada que una vez azotaron el aire habían cesado antes de que nos diéramos cuenta. La marcha de los Hombres, entonces, se deshizo. La Guardia Feudal había fallado. Débil ahora, también, era la refriega en la puerta oeste.

Las cortinas se estaban cerrando por fin.

La batalla por Hensen: muriendo hasta sus últimas brasas.

†

"... Yo... me rindo", gimió Ebbe, rechinando los dientes como si sus palabras fueran arrancadas de su corazón. La palidez anterior en su rostro estaba roja como una llamarada, un fuego probablemente encendido por la vergüenza, lleno y dolorido. Pero perdonarlo fue una misericordia perdida antes de engendrarlo.

"Escupo en tu rendición".

Mis breves palabras parecieron un corte de espada en su alma, porque los ojos de Ebbe se abrieron de par en par con desconcierto y dolor. Y desde sus rincones: el correr de las lágrimas.

"¿Q-q-qué es esto ahora? C-Comandante! ¡Has ganado esta batalla, lo has hecho! ¡El día sea tuyo! ¿¡Qué vale la pena librar más guerra, ey!?"

Allí: una verdad difícilmente alcanzada goteando de sus gemidos.

Volker's era una posición privilegiada. Él y sus lanzas habían estado defendiendo la línea cerca de la puerta oeste antes de mi regreso a este distrito, un esfuerzo que pronto fue aprovechado por nuevos refuerzos. El estruendo de la batalla ahora estaba casi atenuado para nuestros oídos, los de Ebbe y los míos, y la propagación de los incendios había cesado hacía mucho tiempo.

Era seguro: la Guardia del Feudo estaba derrotada, si no ya en el camino de la ruina. La unidad de Ebbe también, el preciado carro a su cargo, yacía como basura sin vida sobre estas calles.

Su incursión fracasó. Hensen se salvó.

Ebbe también pareció sabio en esto, si su humillación sirvió de algo.

"¡V-Vamos, Comandante! Sé un hermano, ¿eh? No atraparías a un soldado que se rinde, ¿verdad? ¡Eres un alma demasiado honrada para eso!

Palabras de desperdicio. Ebbe estaba negociando su propia captura para *mí*: un hombre a la vez un withersake, y un volador sin bandera en otro. Indefenso como estaba, la mía no era una posición para dar cuartel. Pero lo dejó ser.

Sólo después de templar mi voluntad a mucho dolor puse el primer pie en este nuevo camino. Tal voluntad no solía dar media vuelta con tanta ligereza.

“Ebb. Un alma toma la espada para no cortar a los que no tienen corazón ni hambre para la batalla”.

Ebbe esbozó una sonrisa de consuelo. “¡B-bueno, entonces! Vamos...”

“Pero una espada que hiere a los que han infligido malicia a los mansos, *esa es mi espada*”.

“... ¿Eh...?” Su sonrisa se demoró un poco, aunque ahora completamente despojada de su anterior seguridad. Una expresión dorada por la culpa, porque Ebbe era un hombre alto y bien empeñado en robar y masacrar a la gente pequeña de Nafílim.

Fue esa misma inclinación suya la que lo había traído aquí a Hensen. Una inclinación que lo ha tildado, sin lugar a dudas, de *asesino de inocentes*.

Y así debe ser asesinado por este asesino de asesinos.

"Sigue este curso de carnicería, y la carnicería será tuya lo suficientemente pronto", le aseguré. "Estaré listo para descargarlo sobre *todos ustedes*".

"¡N... n-no...!" Ebbe tembló. “¡M-ma-locura...! ¡Locura!”

Se acercaba la muerte. Sin duda, estaba llegando. Y Ebbe por fin se sintió profundamente iluminado por su amenaza.

"Sabe esto, Ebbe", hablé con firmeza. “Corre, y te atravesaré la columna con esta espada. Caed de rodillas y yo os haré caer la cabeza de su cuello.

Si estuviera en él para avergonzarme más, entonces ciertamente cualquiera de las dos opciones habría hecho el trabajo. Admito, incluso, haber deseado de Ebbe alguna resistencia beligerante, aunque terrible, porque no me apetecía acabar con un hombre tan desposeído de todo espíritu de batalla.

“H... haa... haaahh...”

Así respiraba su pecho asediado. Sin rumbo, sus ojos buscaron en los cielos mientras su rostro nadaba en su propio sudor y lágrimas.

"Hhif... hic... ufh..."

Los lloriqueos y gruñidos comenzaron a salir de sus pulmones, que temblaban junto con su llanto. Sus globos oculares se movían, ocupados por la desesperación. A continuación, esa ansiedad se derramó sobre el resto de su rostro: curvándose en sus labios ahora había el fantasma de una sonrisa satisfecha.

"A-aaah, aaah..."

Karl lo dijo una vez.

Que en el espejo de Londosius, mis hechos proyectan un reflejo repugnante.

Del mal, de la extrañeza.

Tan absolutamente contrario a la noble causa del reino.

Para los Hombres del reino, los Nafilim son un pueblo al que saquear, escoria a la que conducir la muerte, corderos negros a los que satirizar. Las burlas, el genocidio, todo menos una "justicia" que se les impuso.

Tales pensamientos no encuentran hogar en mi corazón. Y así mis pies encontraron un camino diferente. Porque mis ojos ven en un Nafil una mirada que presencia el mundo no menos maravillosamente que la mía, pies que recorren el camino no menos melancólicos y vacilantes que los míos, un corazón que busca consuelo y sociedad con no menos anhelo que el mío.

Para cualquier otro Hombre, tales ojos deben cerrarse, tales pies deben ser encadenados, tales corazones deben ser destrozados. Porque estas características, aunque compartidas, son de una raza más baja, bestias a las que se les debe exigir la extinción.

Pero yo soy el hijo rechazado durante mucho tiempo de esa línea de Hombres y mente.

Por lo tanto, si nuestros caminos no encuentran paralelo, si ni sus ideales ceñidos por siglos ni mi voluntad de inviernos fatigosos se rinden al otro, entonces entre mis antiguos hermanos y yo no hay nada más que batalla.

Nada, sino un juego de víctimas y vencedores.

Un juego, una apuesta, una batalla para la que preparo todo mi cuerpo.

Pero según mi medida, Ebbe no estaba agobiado por tal resolución. No es de extrañar por qué ahora estaba tan abrumado por esta rápida situación. La batalla, para él, era siempre una celebración de cumpleaños: una ocasión para consumir, devorar y darse un festín con frutos cosechados con esfuerzo por ninguno de sus dedos.

“¡Aa-a-aa! ¡¡Aaaaaahh-!!”

Así gritó ese mismo hombre, trepando hacia mí con la espada levantada dudosamente en alto, el desmoronamiento de un cadáver llorando.

Golpear.

Así tamborileaba el aire seco.

Pasé corriendo junto a él, enviando el *svǫrtaskan* a través de su pecho plateado en el camino. A continuación, la sangre bailó delirantemente desde la terrible costura, empapando a sus hermanos muertos.

“¡Ah, yo, yo... yo... yo...!”

Palabras rotas, cacareando desde el núcleo cada vez más frío de Ebbe, mientras se tambaleaba y caía al suelo. Allí se quedó, hasta que toda la vida lo dejó.

'Yo.'

¿Qué fue lo que quiso decir, me pregunto?

Podría haberle prestado oídos, solo por esta vez. Una miseria final que tal vez se merecía a medias, al menos.

∴

“Rolf...” dijo Lise, “...muchas gracias. Por luchar por mi gente.

Fue después del fin de Ebbe cuando la hija del jarl descendió a la plaza. Y qué palabras tuvo ella primero para mí, un homicida de hombre, sino palabras de agradecimiento.

De hecho, ella no me preguntó si me había decidido por este hecho con la mente clara, ni pidió cuentas por haber subido al carro de la traición.

Sangre fraternal estaba en mis manos y, sin embargo, ella me lo agradeció.

Que alegría me hizo.

“No le hagas caso,” dije. “¿Te has herido?”

—No, cerca, pero tengo que preocuparme por poco más que rasguños, gracias a ti —respondió ella. Pero no os preocupéis por mí; ¡Qué poderío has demostrado, Rolf! ¡Atravesando a los realmers como lo hiciste tú solo!

Un gran elogio, respaldado por el manto de honestidad en sus ojos. Aunque estaba agradecido, encontré tales elogios difíciles de tragar.

“Me temo que podría ser demasiado escaso,” negué con la cabeza. Mira, la espada me ha empapado de hollín.

"¿Mm?" Lise parpadeó, inclinándose con curiosidad. “Empapado, de hecho. Entonces, los viejos cuentos decían la verdad. Pero, ¿por qué 'escaso'?”

Mueve el *svǫrtaskan* y sigue el hollín, uno de los pocos recuerdos de los mitos de la antigüedad. Y fueron precisos, ya que en el curso de la matanza de los Hombres plateados se envió mucho hollín para teñir el aire... y mi persona además.

“Si mi habilidad fuera más aguda, podría haber blandido esta espada sin apenas manchar mi cuerpo”, expliqué. “Mi yo empapado de hollín prueba que todavía estoy más verde que una arboleda”.

“Una... una cosa curiosa la que dices, Rolf. Pero tomaré tu palabra. Aunque si te preocupa mucho, ¿podrías vestirme mejor de ahora en adelante?”

Di un parpadeo por mi cuenta. “A partir de aquí? ¿Me permitirás esta espada? Francamente, siento una afinidad predestinada con él, y por eso me resisto a dejarlo, pero... —Luego me detuve para mirar la hoja deslumbrante—... es una verdadera reliquia. Por derecho, tal tesoro debe permanecer en esta tierra, con su gente, ¿no?”

Debería, de hecho, reliquia venerada que era.

Forjada en los lejanos días del Tívaforfarnár, tenebrosa templada por las llamas de un dragón anciano: la espada de hollín. Sin duda tenía mucho significado para la gente de Nafílim, demasiado para que un hombre tonto lo blandiese.

“Una espada se pierde sin balancear’. Eso, estoy seguro que todos dirán. Mi padre también — me aseguró Lise. Además, ha abrasado y despreciado a todas las manos excepto a la tuya, Rolf. ¿Quién mejor para empuñarlo que aquel al que da la bienvenida?”

Eres muy amable, Lise. Mis agradecimientos. Hablaré sobre este asunto con el jarl, la próxima vez que nos veamos.

Por la forma de sus palabras, Lise parecía indudable que de ahora en adelante haría la guerra bajo la bandera de Nafílim. Su propio padre, el Jarl Alban, y además su húskarlar... aunque sus corazones aún eran refugios de aborrecimiento frente a las lúgubres acciones de los míos, nunca percibí en ellos el mismo odio insensato que ahuecaba los pechos de los Hombres. De

hecho, en sus corazones endurecidos aún se puede encontrar más ternura para esta alma descarriada de lo que se pensaba anteriormente.

Vaya, la propia Berta parecía el símbolo viviente de tal acuerdo. Su calor de reconocimiento fue motivo de mucha seguridad y parentesco.

Un calor, ahora enfriado a toda frialdad.

Me volví hacia los senderos de arriba, donde estaba sentada la figura inmóvil de Berta. Qué mirada de alegría una vez rebotó de esa mujer. Una alegría que se echa mucho de menos.

"...Los valientes de Berta..." Lise habló, siguiendo mis ojos, "...se separaron de su jefe de guerra, para que pudieran cazar a los Hombres que vagaban en las sombras. Fue allí donde se unieron a mi propio destacamento. Dejé el deber a todos ellos... y me separé. La difícil situación de Berta era una preocupación para mí, ya ves. Pero... aunque soy veloz en el corcel, 'rápido' era demasiado lento..."

'Lento', en salvar a Berta.

Qué angustioso debe haber sido.

Lise tuvo hasta un momento antes de una vivacidad en su espíritu. Sin embargo, era verdad que el dolor dolía bajo sus acciones, y al ver el cuerpo sin aliento de Berta una vez más, la niña no pudo contenerlo más.

"Mejor dejemos nuestro lamento para más tarde", le dije en voz baja. "Debemos reunirnos con Volker".

"...Que deberíamos."

Pena, agravio: estos deben salvarse después de que el silencio se asiente en el campo de batalla, porque los luchadores se demoran en el peligro de todo y de todo lo que se esfuerzan por proteger. Deseando ver el puntaje de nuestras apuestas, Lise y yo partimos hacia la refriega en las puertas del oeste.

∴

Al acercarnos al West End devastado por la guerra, sentimos un cambio en el aire. No mucho después, encontramos que las líneas del frente habían sido muy reñidas y, coincidiendo con mi medida anterior, ganadas con esfuerzo. El regimiento de Volker había arrebatado las riendas de la batalla a la Guardia Feudal, cuyos Hombres ahora se retiraban en su derrota.

La formación de una columna profunda parecía haber dado sus frutos: con el jefe de guerra al frente, la falange nafílim luchó y derrotó a las fuerzas de los Hombres una por una, cosechando

constantemente en sus filas, hasta la llegada de los refuerzos tan anhelados. Luego, las mareas rugieron a favor de Hensen cuando sus bravos se unieron y cayeron sobre la Guardia Feudal con una rápida ofensiva.

“¡Eaaa-hhgh!!”

Así gritaba el fracaso y la caída de los Hombres. Poner antorchas les había dado poco resultado; de hecho, las ruinas en llamas de su propia destrucción cerraron todas las vías de escape. La locura los dejó flanqueados y sumariamente vencidos por las lanzas de Volker, los números de los Hombres pronto se rompieron más allá de todos los poderes de la represalia organizada.

Algunos lograron huir del fólkheimr, pero los hermanos que dejaron atrás eran una legión. Muy pronto, Hensen se quedó sin sus agujones, y al sentir su absoluto silencio, Volker encabritó su corcel y alzó la voz.

“¡Deshecho es el enemigo! ¡Victoria para Hensen! ¡Victoria!!”

Después del trueno de sus palabras hubo una tormenta de alegría. Se ganó el día. Hensen conocería otro amanecer.

Sin embargo, el rostro de Volker mostraba un sombrío crepúsculo. Hace apenas unos momentos, la propia Lise le comunicó a sus oídos la noticia de la ruina de Berta. Parecía pesar oscuramente en su corazón, al igual que las muchas muertes de gente pequeña demasiado lenta en su huida de la Guardia Feudal.

Pero a través de los ojos de un cálculo diferente, "muchos" fue un pequeño sacrificio por lo que fácilmente fue un milagro, uno que vio a Hensen golpear a un enemigo repentino que inundó sus calles dormidas, de números nunca antes combatidos dentro de sus muros.

No...

Eliminar el asunto con un término tan fríamente reconfortante como "pequeño sacrificio" atrajo una pesada oscuridad sobre mi propio corazón...

“Ganamos... Ganamos...” murmuró Lise en medio de los gritos de victoria, *“...y estamos a salvo, tal como dijiste, tía...”*

Hasta la noche alta se volvió, susurrando la buena noticia a Berta. Bueno, de hecho, porque todos y cada uno de los que estaban a cargo del difunto jefe de guerra estaban sanos y salvos.

"Rolf", llamó Volker, descendiendo de su corcel. *“Mucha deuda contigo”*.

Gratitud, tan conciso como era su semblante vacío de expresión. No es que tuviera motivo de queja. La suya era una reticencia que yo compartía, e iluminada a ella, entonces vi en él algo así como un espíritu afín.

Y en cuanto al "por qué" de sus palabras, aventuré una conjetura: mi consejo para el abandono de los bienes materiales como cebo, así como para convertir las llamas de la Guardia del Feudo en su desventaja.

"A decir verdad, confío a medias en tu truco", confesó el jefe de guerra. "Aunque yo fui el engañado, porque confiaba muy poco en que los hombres fueran mal destetados de la leche de mamón, incluso en medio de una batalla".

Los movimientos del Fiefguard le parecían un rompecabezas.

"Son un montón lujurioso, ves", le expliqué. "La redada de la aldea de hace cinco meses, las ganancias mal habidas allí llenaron sus arcas... y sus antojos aún más. Bestias anhelando otro bocado de su cebo: eso es lo que han hecho de sí mismos. Uno necesita poco más que un ingenio superficial para atarlos".

"Palabras de mucho peso..." comentó Volker en voz baja.

"Pero de poco sirvió," continué con gravedad, "fueron los vasallos de la Orden los que intentaron esta invasión. Si piensas competir con los caballeros, necesitarás mucho más que tácticas insignificantes.

Una conjetura desagradable en los oídos de Volker y Lise, porque ahora se volvieron hacia mí con caras de solemnidad. Y por qué razón más que mi insinuación de hostilidades con la Orden.

"Rolf", dijo Volker con firmeza. "Un peso diferente tienen esas palabras..."

Tengo un plan, uno para los oídos del jarl. Admíteme ante él lo antes posible, si quieres.

"¿Un *plan*?" Volker repitió con las cejas inclinadas. ¿Por qué hablar de planes cuando la batalla acababa de terminar, y con sólo un soplo de aire como único socorro para los valientes? Esta parecía ser la pregunta cortada en su mirada de piedra.

"Escuchaste bien. Busca a Balasthea ahora y cosecharás mucho —confirmé, ganándome el silencio de Lise, Volker y todos los Nafílim cercanos. "Mi predecesor se ha puesto enfermo. El comandante interino del fuerte, entonces, no se encuentra dentro de sus muros, sino ante tus propios ojos. Y en sus manos hay sangre, tallada por el mismo segundo al mando.

Ese mismo silencio se convirtió en sorpresa. Pero su interés colectivo estaba bien despertado ya que ambos se mantuvieron callados y atentos.

“El fuerte se cierne en barbecho, cortado de todo mando”, continué. “El hierro brilla al rojo vivo; golpéalo ahora y dóblalo a tu voluntad, antes de que se dé rigor a su restauración. Y yo... —así comenzó mi resolución mientras apoyaba una mano sobre el acero de hollín—, marcharé contigo.

El consuelo y la seguridad fueron siempre efímeros para los Nafilim, mientras Balasthea se mantuviera intacta y los miembros de la Guardia del Feudo restantes de Arbel aún no fueran derrotados. Pero toma el fuerte y estos valientes obtendrán una cabeza de playa vital para una ofensiva sobre el corazón palpitante de Ström. Sólo entonces los de Hensen conocerán un poco de paz.

Y de ahí...

“Rolf...” dijo Volker, acercándose, “... ¿estás decidido?”

Lo miré. "Soy."

¿Estaba realmente dispuesto a marchar con los Nafilim? ¿Tuve el corazón para enfrentarme a mi propia familia? La pregunta del jefe de guerra era pedir mucho con muy poco, para descubrir mi verdadera determinación en esta difícil situación sin precedentes.

Y así despejé sus dudas.

"Londosius caerá".

VI

Ha pasado una semana desde la selección para el puesto de ayudante en jefe, y no pasó un día sin pensar mucho en Rolf... es decir, en la negativa de su mano a que yo la aprovechara. La ira, el dolor, eran como tiranos sobre mi corazón, uno entregando su dominio al otro en cada cambio de día. Fue cuando una semana así comenzaba a dejarme desgastado y cansado que recibí una misiva en particular.

El sello de la Casa Mernessee estaba impreso sobre él. Y firmado dentro: el nombre de cierto sirviente. Y firmado dentro: el nombre de cierto sirviente.

"María".

Por escrito estaba su deseo de reunirse conmigo y confiarme un asunto de cierta importancia. Por supuesto, lo obligué. María era una doncella muy querida para mí, después de todo, un alma sin reemplazo. Aunque mi tiempo como mariscal fue precioso, María lo era más, por lo que le respondí que sería recibida con mucho gusto.

Y de hecho lo era; algunos días después, María llegó a las puertas de la 5ta. Pero para mi asombro, no solo estuvo acompañada no solo cuando entró en mi habitación, sino durante todo el viaje. El camino se extendía mucho entre la residencia de Mernessee y este marquesado de Norden; que la niña que alguna vez fue tan tímida se había convertido rápidamente en una mujer joven y audaz fue una sorpresa sincera para mí.

—Sin embargo, ninguna doncella debería emprender un viaje tan largo sola —le dije. Enviaré por escoltas cuando tengas intención de regresar. Te mantendrán a salvo en el camino”.

“Milady, por favor, ahórrese el problema”, trató de calmar mis preocupaciones. “Seguí el camino sin incidentes; hay seguridad suficiente en una diligencia.

“No, María. Alguien tan querido para mí merece lo mejor —dije, luego suspirando. “Ojalá ese Padre fuera tan precioso contigo como yo...”

Allí, en la cámara del mariscal, nos sentamos en los sofás y compartimos los últimos acontecimientos durante el té. Por sus palabras, Madre y Padre estaban tan sanos como siempre.

Cosas buenas y alegres para mis oídos, pero difícilmente el objetivo del viaje de varios días de María. A medida que avanzaba nuestra charla, su rostro se fruncía cada vez más, como si el propósito de nuestra reunión fuera una espina que le clavaba profundamente la punta de

la lengua. Tanto es así que yo también comencé a sentir su aguijón, y deseando salvar el callejón sin salida, le pregunté al respecto.

La vacilación se apoderó de María por un momento, pero con los ojos nuevamente firmes, comenzó a hablar.

—He oído hablar de Lord Rolf, milady. A saber, su expulsión de la Orden”.

Mis cejas cayeron. “Entonces has oído bien. Fue exiliado... debido a que soltó un caballo más allá de su conocimiento. Fue un regalo de Su Majestad, sin duda, pero... el incidente causó más tumulto de lo que debería”.

Un tema amargo en mi propia lengua. Pero por el bien de María, me importó poco. Así que le conté en su totalidad el escándalo que condujo al despido de Rolf.

“El exilio sea un precio demasiado pesado para un pecado tan ligero. Todo lo que habíamos perdido era un caballo, después de todo, aunque fuera una vez del rey —continué al final—. “No... fue la negativa de Rolf a disculparse lo que inclinó la balanza en su contra. Remordimiento, reflexión... no estaba dispuesto a ninguno de los dos”.

Lo siguiente que brotó en mi corazón fueron los recuerdos del desafío con los labios apretados de Rolf. Y enturbiándolos: su dolorosa ausencia de la proyección hace apenas una semana. Una oportunidad dada y rechazada... Al recordarlo, sentí entonces los dientes demasiado familiares de la ira y el dolor roiéndome.

Suspirando de nuevo, bebí un poco de té.

“Aquel que antes se acobarda que confronta sus faltas, soporta mal la carga de la caballería”, continué. “Tal alma encuentra un pálido propósito en la Orden... Y entonces le pedí que abandonara nuestros salones”.

Terminando mi relato del asunto, encontré entonces en María una mirada abatida, sombría y miserable.

“Lo siento, María”, traté de consolarla. “Ver a un amigo tan querido como Rolf perder el rumbo... Me apena tanto como a ti”.

Rolf fue un rostro familiar para María durante muchos años. No es de extrañar, entonces, que sufriera por el niño prodigio que una vez conoció. Uno enviado lejos, después de haber realizado tan poco de su ambición infantil.

“Sin embargo, la caballería elige al caballero, al final”, llené el silencio. “Solo aquellos que se adaptan a la sobrevesta pueden enarbolar correctamente la bandera caballescá. Era el

sueño más querido de Rolf, de verdad... aunque me temo que algunos sueños son solo para la hora de acostarse.

Dejé mi taza de té. El diminuto *tintineo de porcelana* contra el platillo fue como un golpe contra el aire, sofocado y pesado en su vacío. Tanta quietud raspaba nuestros oídos.

"María... todavía tengo esperanza para él", comencé de nuevo. "Dada la oportunidad, podría cambiar su forma de ser. Una oportunidad que bien le he dado, solo que..."

"No, milady..." Una interrupción, suave pero resuelta.

Parpadeé. "¿M-María?"

"Eso no es todo en absoluto", insistió. "Cuando el caballo desapareció, Lord Rolf estaba lejos de estos salones".

"... ¿Q... qué...?"

Las palabras de María fueron como un relámpago, fulminando todos mis esfuerzos por comprenderlas.

"Mi señora... No fue él quien lo soltó".

†

La consiguiente relación de María conmigo no fue una explicación para Rolf, sino para ella misma. Fue angustioso descubrir que ella figuraba entre las muchas víctimas de los repugnantes pecados de los Albeck. Sin embargo, hubo cierta alegría al saber que se salvó de lo peor, pero que contó su historia con mucho tormento era evidente que, hasta este momento, todo la perseguía terriblemente.

"Oh, María... Qué confusión has conocido... Lo siento".

"Eres siempre amable, milady".

Siempre supe que María era bastante reservada, incluso cuando pasaba los años mejor jugando que haciendo las tareas del hogar. Durante esos días, en ocasiones pude captar algo de sombra que eclipsaba su rostro, por lo demás soleado. Entonces, las piezas encajaron en su lugar, sabiendo ahora que ese pasado estaba arrojando esa oscuridad sobre ella todo el tiempo.

Según sus palabras, fue una coincidencia tras otra lo que la llevó a huir a salvo de las garras de los Albeck hace ocho años. La condenación sufrida por sus otras víctimas fue causa de mucho dolor, por supuesto, pero saber que, al menos, mi querida María estaba viva para contarlo, me hizo merecedor de mi eterna gratitud por esos milagros.

“Y, sin embargo, qué valentía has mostrado, al haber venido al 5 sin un amigo a cuestas. A pesar de las sombras de tu pasado...” Comenté, antes de negar con la cabeza. “No. En ausencia de tales sombras, el camino largo es bastante preocupante, sobre todo para una dama sin guía.

“Le debo mucho a Lord Rolf por mi determinación,” dijo con algo de ligereza en sus palabras. “Sin él, todavía sería un ratón, temblando en un rincón oscuro”.

“María...” dije desvaneciéndose. Las preguntas aún asomaban. “Me temo que no te sigo. Tu pasado fue una situación grave, de hecho, pero... ¿cómo podría tocar el tema de Rolf y el caballo?”

“Sí...” respondió ella. Y luego, después de un respiro, “Lo explicaré en su totalidad, milady”.

A partir de ahí María detalló todo lo que sabía, de principio a fin.

Fue durante una visita hecha a la casa de Mernesse por el vizconde Albeck y su hijo cuando vio sus rostros. Una vista que despertó la vieja pesadilla, por así decirlo, porque al verlos y saber qué maldad ocultaban, María se dio cuenta de que yo también algún día compartiría su desesperación... y más.

Sin embargo, a pesar de ello, no se atrevía a contárselo a papá.

“...En ese tiempo, el maestro estaba sumido en muchas penas, apelando a vizcondes-casas su mano en matrimonio. Y con razón...”, explicó. “Decidió mucho, el matrimonio. De si la Casa Mernesse podría continuar... o desmoronarse en pedazos. Esa misma carga fue totalmente soportada por el maestro. La forma en que pesaba cada hora de su vigilia no se me escapaba ni siquiera a mí. Y para molestarlo aún más... con qué sino un mero recuerdo de mi yo de seis años... yo... yo no podía...”

—Temías que tu padre hubiera hecho caso omiso de tu advertencia, tan tenso como estaba —resumí para ella. “Ahora veo... un dilema, sin duda. Y eso sin hablar de acusar a otra casa noble de maldad. Una chispa para la conmoción, es seguro...”

“De hecho... Así que le rogué a Lord Rolf por su ayuda”.

Y la ayuda que prestó, de su relato. En su hora de mayor necesidad, Rolf le dio a María su confianza inquebrantable. Y de allí se dirigió al vizcondado de Albeck, no sin antes pedir el silencio de María sobre este asunto a todos los demás.

Mi corazón saltó con el descubrimiento. “E-espera, ¿me mantuvieron sordo de todo esto? ¿Por qué?”

La casa Mernessee podría haber conocido la miseria si milady hubiera sido informada del complot. Tal fue el pensamiento de Lord Rolf.

Uno sano, además, pensando en ello...

La esfera aristocrática es siempre voluble. Un mal giro, y una casa noble puede ser rápidamente rechazada de sus buenas gracias, como una daga oculta clavada en el vientre, para dejar allí que la muerte lenta y agonizante siga su curso.

Si yo, un mariscal de una Orden, hubiera sido encontrado involucrado en los procesos judiciales iniciados contra mi propio prometido y su familia ennoblecida, seguramente la Casa Mernessee habría corrido la misma suerte, incluso si los cargos fueran verdaderos y justos.

La misma María dijo lo mismo, que mi matrimonio con una casa vizcondal prometía mucho punto de apoyo y seguridad para la Casa Mernessee. Así como mi padre se esforzó por llevar el matrimonio a buen término, yo me esforcé en mis deberes como mariscal para mantener mi atractivo como novia... todo por mi familia, siempre tambaleándose hacia la ruina como estábamos.

Rolf fue muy sabio en esto, estoy seguro. Y también le pareció impensable tenerme involucrado en todo lo que siguió.

"Es malo que una criada le guarde secretos a su señora", dijo María. "Por favor, perdóname, milady".

"Oh, querida María... No has hecho nada que requiera perdón," le aseguré. "Pero de guardar secretos, ¿Rolf habló más de esto?"

"Sí. Se disculpó por pedirme silencio y prometió que todo lo demás sería suyo".

"Ya veo..." Mis hombros cayeron. Mi corazón se hundió. "...Eso es muy parecido a Rolf... ¿no es así...?"

Fue a partir de ahí que se infiltró en el vizcondado de Albeck y en la mansión del señor. En solo un giro del sol, Rolf llevó al vizconde y al hijo ante la justicia, solo.

"Coqueteo borracho" fue su excusa en la audiencia, un estupor de tal severidad que lo dejó vacío de mucho recuerdo. Incluso hubo algunos entre los líderes que despectivamente propusieron su patrocinio en algún burdel, debido a que él se quedó a pasar la noche en la ciudad.

Pero esa no fue la forma de hacerlo.

No, en absoluto.

Rolf...

Rolf estaba arriesgando su vida para *salvar la mía*.

Había prestado oídos a la historia y la súplica de María, se dirigió al vizcondado esa misma tarde y, antes del anochecer siguiente, puso fin a esta tragedia.

Uno que había aguantado demasiado tiempo en las sombras.

Uno que tan innecesariamente había tomado innumerables vidas.

Todo ello, desentrañado y deshecho en un solo día.

Rolf... Siempre nuestro modelo.

Siempre galante más allá de toda medida.

... Siempre anónimo a pesar de todos sus sacrificios.

†

"Milady", llamó María en medio de mis pesados pensamientos. Fue aquí, en el cuartel general, donde me quedé, la misma noche en que Lord Rolf partió hacia el vizcondado de los Albeck.

"Que yo recuerde, sí", afirmé.

"Y después del anochecer, de buena gana visité los establos, para poder contemplar tu corcel real".

...Supe entonces a qué conclusión me estaba llevando María. Una conclusión atestiguada, pero oculta durante muchos meses por mi bien. Una verdad, repentina como un relámpago y más fría que el hielo.

"...Y vi que lo hiciste, ¿no es así? Como... verdaderamente descansó en los establos... — dije, cada vez más arrepentido—... después de que Rolf ya se había puesto en camino.

María asintió suavemente. "Hice. Mis ojos no me engañaron; claramente recuerdo su grandeza como si fuera ayer por la noche: el corcel era un corpulento caballo de guerra, de la raza Reuscher.

Entonces todo quedó en silencio.

Sin palabras por el momento, por la *revelación*, sentí a continuación un dolor sordo y opresivo en el pecho. Palpitaba con el martillo de la culpa; retorció con dedos de arrepentimiento.

Rolf...

No había hecho nada malo.

Ninguno en absoluto.

No... es más que eso. Su conducta era justa, de hecho, y su corazón era virtuoso: había elegido el camino más correcto, incluso para su propio sufrimiento.

¡Oh, cuántas multitudes han conocido la liberación por este único acto suyo! Un hecho hecho... todo para salvarme de cierta miseria.

¿Y yo qué?

Qué he *hecho* por Rolf? ¿Qué palabras *le* he dado?

...Un "débil".

Esa era mi medida anterior de él: un debilucho demasiado arreglado para enfrentar sus defectos. E incluso llegué a sermonearlo sobre la conducta más digna de un caballero... porque me convencí de que después de largos años de discriminación, abuso y burla, se había convertido en un cobarde.

Pero no solo eso.

Cuando comenzaron a llegar noticias de sus logros en Ström, pensé que Rolf estaba recuperando la galantería de sus días anteriores, que se estaba despojando de esa vergonzosa cáscara que tenía, por fin.

¡Qué mal había en mí!

Qué *vergüenza* que legítimamente debería haber sido *mía*.

Rolf no tenía nada que recuperar, nada que arrojar. Desde siempre ha sido el Rolf que he conocido, el Rolf que he amado... desde nuestros primeros días juntos aquí en la Orden.

El oír...

Fue entonces cuando Rolf negó la culpa, que el caballo fue soltado por sus manos. En verdad, guardó silencio sobre su paradero antes y después de la desaparición del caballo, sí, pero ese mismo silencio fue un escudo que me protegió del peligroso conocimiento del incidente de Albeck.

Sin embargo, eso no quiere decir que tal coartada fuera necesaria alguna vez. No teníamos ni una pizca de prueba de su fechoría, y el propio Rolf negó rotundamente toda participación. Es más, fue un hecho durante su licencia, en un día en que el caballo no estaba a su cargo. Por derecho, la culpa nunca debería haber recaído en él, un detalle que claramente había enfatizado ante todos nosotros.

Incluso entonces, a pesar de la solidez de su razonamiento, no presté atención a Rolf como debería haberlo hecho. De hecho... no le di nada de mi confianza.

Mi regalo, en cambio, fue el repudio. De aflojar las correas del liderazgo mientras lo aullaban y lo acosaban, de mirarlo desde mi alto asiento y exigirle una disculpa indebida.

Puedo escucharlo de nuevo, ese momento, resonando como un clarín en los rincones de mi mente.

*'...Rolf...
...Deberás disculparte de inmediato...'*

La voz de la autoridad.

Fría y cortante.

Rolf es un alma virtuosa. No está en su brújula disculparse por un pecado que no es suyo. Pero tal vez... tal vez, podría haber vacilado, creo.

Solo por un momento.

Sólo para mí.

Podría haberse dado cuenta de que la conmoción era más un ruido vacío que otra cosa, que solo tenía que doblar la rodilla e inclinar la cabeza, y entonces todo volvería a ser como antes. Que sus días pasados a mi lado aún podrían durar.

Pero tal vacilación no lo engañó.

Porque Rolf Buckmann es siempre un alma puesta en su camino.

*'...Por la presente te despido de tu servicio...
...y te exilio de nuestra Orden...'*

Sin embargo, con una mirada, uno nunca debe volverse hacia un amado...

Con un timbre que nunca tuvo la intención de golpear oídos queridos...

...envié esa misma alma al exilio.

“...”

Volviendo al momento, me encontré encorvado, con ambos brazos fuertemente envueltos alrededor de mí.

Tan frío.

Sin Rolf, era oh, tan frío...

“Milady... Por favor, perdóname...” María miró con todo el dolor en sus ojos. “...!Es que estoy centrado en este círculo enfermo. Con la esperanza de ayudarte, solo arrojé a Lord Rolf lejos de tu lado...”

“...No...” Negué con la cabeza, casi temblando. “No... María. La culpa no es tuya. De nada...”

De hecho, María solo había elegido el camino más correcto, y yo tenía mi vida para agradecerse. Enfrente estaba yo. Claramente, porque en todo este asunto me he comprometido solo con el más equivocado de los caminos. Un camino que seguramente se cortarían si los Albeck aún se dejaran a su suerte. Ya no me quedaba ninguna duda: las tragedias que habían infligido a sus víctimas fácilmente habrían sido más para sufrir.

Sin embargo, era un hecho que la criminalidad de los Albeck dependía del recuerdo de un niño de ocho años atrás, una pluma de recuerdo contra el impulso incesante de un matrimonio

aristocrático... Y el motor principal de ese impulso: mi propio padre, esforzándose cada día para que Podría estar casado con una familia más arraigada y reconocida que la nuestra.

De ahí la decisión de María de buscar la ayuda de Rolf. Seguramente fue su única opción... y más seguro de nuevo lo mejor que pudo haber hecho, porque Rolf confió en su memoria y se convirtió en un aliado, fiel y de todo corazón. Heredando la causa de María, pasó a la acción con la esperanza de que yo me librara de un final lamentable, de acobardarme en algún rincón oscuro de una mazmorra, despojado de toda dignidad.

Y después de que los villanos fueron llevados ante la justicia, Rolf no se regodeó de sus actos, no. Guardó silencio. La verdad, la intención, la circunstancia, todo estaba oculto, y seguramente él estaba en lo correcto.

Pero supongamos que me hubieran informado. Solo el conocimiento en sí habría sido lo suficientemente peligroso, incluso si me hubiera abstenido de toda participación. Y supongamos que luego salió a la luz que lo había sabido todo el tiempo. Seguramente mucho mal nos habría acosado a mi familia ya mí.

Sin embargo, no fue así. Me mantuvieron sin ser informado, y por mi propio bien.

Aun así... sin saberlo todo, todavía podría haber *confiado* en Rolf.

Confiado en su silencio. Confiado en su desafío. Confiado en su carácter. Entonces seguramente él todavía estaría aquí a mi lado, con este incidente solo una sombra antes de que toda la luz brillara frente a nosotros.

Pero no lo hice... y ahí estaba mi error.

"Confianza" era en cambio "duda", convenciéndome antes de que Rolf solo tenía que inclinar la cabeza, y todo estaría arreglado y perdonado.

"¿Qué... qué debo hacer...?" susurré, dando aire a mi desesperación.

Fue hace apenas unos meses que Rolf estuvo en esta misma habitación.

Pero ahora... ahora, se ha ido.

El que más deseo que esté aquí a mi lado...

... ahora había desaparecido de toda vista y tacto.

La mirada de María era de querida preocupación cuando yo bajé la mía, cargada con el peso de todas las revelaciones, las realizaciones... el arrepentimiento.

Fue entonces cuando se oyó un rápido golpe en la puerta de la cámara.

"¡Señora! ¡Una urgencia!" gritó una voz apagada. Una ráfaga de acción y en la habitación entró un oficial.

"¿Qué pasa?" Pregunté, poniéndome de pie. Miré más de cerca y vi que el oficial estaba acalorado por el pánico. Parecía haber corrido todo el camino hasta aquí, porque su respiración era rápida y áspera. "¡Vaya, jadeas por la prisa! Tranquilo, mis oídos son tuyos.

—P... perdón, señora —respondió—. En medio momento, habló de nuevo. "Mareschal, es Central".

A continuación, transmitió la noticia. En ellos había palabras más allá de la comprensión inmediata. No, era simplemente que me negaba a creer lo que escuchaba.

"...¿Qué?" Jadeé. "...¿Cómo? Eso no..."

"Los detalles son escasos", continuó el oficial. Pero Central está segura, muy segura.

Fue absurdo. Tal cosa nunca debería ser.

'...Balasthea ha caído...'

Perdido todo mi juicio, temblé de terror hasta que por fin, mi mente pronto buscó razones, causas, cualquier cosa que pudiera dar fe de lo contrario.

¿Qué le había sucedido a Balasthea? ¿Sobre Ström mismo?

¿La ventaja no era de ellos? ¿El momento? ¿Las victorias de los últimos tiempos?

¿Y el margrave? ¿Su feudo? Tenían suficientes números; ¿Qué estaban haciendo?

...Y Rolf.

¿Qué le ha pasado a Rolf?

Si el fuerte realmente cayó, entonces, como su comandante, Rolf ciertamente no habría salido ileso. Ojalá lo hubieran hecho prisionero, pero... conociéndolo, podría haber desenvainado la espada y unirse a la refriega. Y si es así... sin olor y mal emparejado como es, sus últimos momentos podrían haber sido sin piedad.

Final...

... ¿Está muerto, entonces?

¿Rolf... está muerto...?

¿Todo por mi culpa? ¿Porque yo lo envié allí?

El solo pensamiento fue un golpe para todos mis nervios. Apreté mi pecho de inmediato, para calmar las ganas de llorar y vomitar.

No, está bien.

Rolf todavía está vivo. Es cierto.

Él debe ser. tiene *que* ser El destino no sería tan cruel. No después de todo lo que ha sufrido.

No, no está solo. Felicia también está allí. Hace una semana, poco después de la proyección, se despidió para dirigirse a Ström. Es la más fuerte de nuestras hechiceras, una campeona de la 5ta. Con ella, todo está bien. Lo sé.

Rolf y Felicia aún están sanos. Ellos deben ser.

Al tratar de convencerme de ello, sacudí la cabeza vigorosamente para expulsar los malos pensamientos que me asaltaban.

—Señora —volvió a hablar el oficial—. "Se convoca una conferencia sobre este mismo asunto; supongo que los magister de Central pronto solicitarán su presencia".

"...Sí," respondí. "Por supuesto que lo harán".

Abrumado como estaba, no podía saber que en ese mismo momento, las cortinas se habían corrido, revelando una lucha de escala terrible. Los tiempos eran ahora como un río violento, rugiendo mientras nos tragaba a todos y cada uno de nosotros. De hecho, éramos como barcos de papel a la deriva en los rápidos, apenas capaces de elegir nuestro rumbo.

Sin embargo, había un alma que se oponía a esa marea. Un alma que hasta ahora ha mantenido su propio rumbo contra viento y marea.

Con mi corazón lleno de pensamientos para él, miré hacia la ventana alta y más allá.

Los cielos de acero oscuro rodaron y retumbaron, como para augurar todo lo que estaba por venir.

†

Era la luz violeta de la víspera cuando llegué a Arbel, habiendo dejado atrás a Balasthea al encontrar a Hermano ausente de sus almenas. Mientras paseaba por las calles, con destino a su morada, mis pensamientos se dirigieron a la querida Emilie.

Oh, tal miseria que ella permanece. Recuerdo muy bien ese semblante nublado suyo, visto hace una semana, justo cuando mi carruaje se dirigía a Ström. Como mariscal, el suyo es un puesto que deja todo recurso para el regreso de mi hermano: aunque Emilie lo desea, no puede quererlo. La realidad la retuerce con tristeza. El dolor está pintado desnudo sobre su porte.

¿Cómo se llegó a esto?

¿Cómo podría repararse?

Atrapada en un rincón, Emilie tiene poco consuelo para estas dolorosas preguntas.

Un alma muy gentil ella es. Aunque no hace falta decirlo. Porque aunque Brother es como es, Emilie aún se preocupa por su bienestar y futuro. Por lo tanto, resolví cargar con sus preocupaciones sobre las mías y apresurarme a llegar a este margravato, para poder reunirme con el hermano y preguntarle a sus oídos sordos por la llamada de Emilie.

“Rolf Buckmann” sea su nombre, ese hermano mío.

Firme y firme como una montaña, siempre es la niña de los ojos puestos sobre él... Érase una vez. Pues los últimos años han sido testigos de un cambio en él. Oh, el cambio nos llega a todos, por supuesto Incluso las montañas se pueden mover, *deshacer* con el paso de muchas eras. Pero el cambio que vi en ese hombre fue uno que apenas podía sufrir.

Somos de los vivos, nacidos y bendecidos con aliento. A medida que los árboles crecen alimentados y nutridos, nosotros también crecemos con el paso de las estaciones. Pero así como un árbol joven puede codornices al brotar, así un hombre puede fallar en su madurez. Un hombre como mi hermano. Emilie y yo hemos hecho nuestra parte justa, de sacarnos los dientes y llegar a ser lo nuestro. Qué aflicción sabíamos cuando el tercero entre nosotros seguía siendo el niño.

Un prodigio a los diez, un príncipe a los quince, un plebeyo a los veinte.

Palabras que un alma nostálgica dijo una vez; 'parecería de tales brotes precoces, muchos encuentran nota solo en sus años más tempranos que en los últimos.

Pero el de mi hermano, el de ese hombre, es un daño más lamentable de lo que un simple modismo puede resumir. La suya es una caída, pero un expósito sin logros, sin reconocimiento, sin valor. Cada uno de nosotros desafiamos el embate de nuestras muchas lunas e inviernos, para que podamos florecer y alcanzar nuestra máxima belleza. Así sea nuestro camino, precioso y compartido. Nuestras vidas son demasiado largas para ser definidas por las hazañas y fallas de nuestros años más fugaces. Y así deben ser recordados como son: meros recuerdos, de poco significado en cualquier medida.

Ojalá ese Hermano enfrentara sus defectos y probara algo dentro de sus posibilidades. Pero, en cambio, siguió siendo el cachorro que perseguía un sueño más rápido.

Sé bien que sus amaneceres y atardeceres, de todos los días de todos los años, están llenos de los chasquidos de sus golpes de espada. Aunque detesto menospreciar su disciplina, no es más que una broma, un juego de niños lo que finge, del mismo modo que un niño gira una ramita y se proclama asesino de algún poderoso monstruo ficticio. ¿No ha sido siempre así últimamente? ¿La espada de ese hermano parece más un juguete que una herramienta de guerra? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que su ventaja forjó la victoria? ¿Cuánto tiempo desde la última vez que alcanzó algo más que aire? Una espada que se desgasta con cada golpe: tal es el arma que empuña.

Mi hermano, en resumen, mantiene los ojos cerrados ante los imperativos de su difícil situación. Que saboreara sólo un amargo silencio en la comunión con Yoná fue de lo más miserable y desafortunado, sí... pero ese no tiene por qué ser un ímpetu tan poderoso para perecer toda esperanza, para hundirse aún más en la locura.

Reflexiona, y con el coraje reunido para dar el primer paso, comienza de nuevo el gran viaje: una prueba difícil, cierto, pero una prueba que mi hermano ha abandonado, a pesar de las maravillas que le esperan. Así perdura su vida, perdiendo toda posibilidad de logro.

¿Porqué entonces? ¿Por qué no elige el camino más brillante? ¿Son las sombras como hollín tanto consuelo para él? Ha conocido muchas pérdidas, por supuesto, pero no todo está perdido. Oh, ¿por qué no se da cuenta de esto?

Y eso es tocar nada de la audiencia.

Qué desesperación conocí ese día... Desesperación terrible y severa.

Si hubiera confesado y hecho las paces, no habría sufrido ningún dolor, ningún castigo. Porque Emilie estaba decidida, no, muy *dispuesta* a perdonar todos sus agravios, pasara lo que pasara.

Una palabra.

Sólo una palabra.

Una palabra genuina de disculpa habría sido suficiente. Y entonces todo habría sido como el viento. Pero obstinado en sus caminos, el hermano despreció la solución y sembró su propia perdición.

Para la mujer que amaba, no entregó en su único deseo.

Para su amada, no pronunció la única palabra que ella más deseaba escuchar.

Una mujer a la que debería haber amado y apreciado por encima de todo.

Pero ese hermano mío ahora es sólo un hombre que no ama la fuerza ni ama la sabiduría. Es una realidad muy amarga y lamentable la que debo tragar y, sin embargo...

"Este parece el lugar", pensé en voz alta.

'Parecería que mi paso se hizo rápido por toda esta frustración, porque ahora me encontré llegando a la morada de mi hermano antes de lo previsto. Y así, tomando un respiro, llamé a la puerta.

"... Mm...?" Parpadeé un momento después.

No había llegado ninguna respuesta. ¿Estaría en otra parte, tal vez?

Qué espléndido. Siete días de viaje hasta el límite mismo del reino, y ni aquí ni en el fuerte pude encontrarlo.

Apaciguando la frustración familiar de echarme a perder, rebusqué en mi bolso y saqué una llave, duplicada y prestada de Balasthea.

En la cerradura se fue. Con un giro, la puerta se abrió. Un silencio suspiró desde dentro.

"Su casa..." me susurré a mí mismo, "...su hogar."

entré

Las tablas del suelo emitieron un gemido de madera, haciendo eco a través del claro silencio de una morada deshabitada. Las lámparas estaban apagadas. La penumbra de la tarde se atrevía a asentarse, pero había suficiente brillo del crepúsculo para iluminar el interior.

Profundicé más, mirando a mi alrededor con respiraciones sin palabras. Era una casa considerable, apropiada para los aposentos de un comandante. Y además impecable: los

mostradores estaban bien equipados, los muebles bien dispuestos, las superficies bien limpiadas. Aunque no es extraño: si hubo algo que sus años de galantería han perfeccionado en mi hermano, fue la calidad de su limpieza, debo admitirlo.

"¿Hm...?" Allí en la mesa del comedor: dos sillas. Y en los estantes: más receptáculos y utensilios de los que podría necesitar un residente solitario. "... Para los invitados ocasionales, sin duda".

Apenas podía concebir qué alma desearía su compañía, pero supongo que incluso un comandante en funciones debe estar listo para recibir al visitante errante.

Sacudiendo mi cabeza brevemente, me aventuré más adentro, llegando al dormitorio.

"Y... aquí duerme. Todas las noches..." Observé en voz baja.

A diferencia de Emilie y de mí, el Hermano se acostó en el cuartel cuando todavía estaba en la Orden. Es una curiosa ironía que el destierro le brinde la bendición de alojamiento y comida privados.

Y hablando de camas, la suya era de sábanas onduladas sin apenas arrugas, al mirarlas más de cerca. No demasiado extraño, pensando en ello. La suya es una mente escrupulosa, la de mi hermano. Aunque... me pregunto si es propio de un hombre hacer su cama con tanta pulcritud.

"...Él no se atrevería."

Fue durante la audiencia cuando surgieron dudas sobre si el hermano podría haberse comprado una doncella de burdel para una noche. Pensé en preguntarle también este mismo asunto a él, pero la verdad sea dicha, no dudé de su castidad. Después de todo, Emilie sigue preocupándose por él hasta este momento, un gran dolor sin provecho, porque su compromiso hace poco que se rompió, es seguro.

Por lo tanto, horroriza a la razón que patrocine tan descaradamente una casa de prostitución cuando su amada todavía derrama sudor y lágrimas por su bienestar. De hecho, ni entonces, ni ahora. Por muy tonto y torpe que pueda ser, todavía creo que el Hermano está por encima del vicio de la coqueteo, como mínimo.

...En medio de mis propias preocupaciones inútiles, mi molestia por ese hombre hirvió aún más burbujeantemente.

"Haa..."

Suspirando en voz alta, me dejé caer abruptamente sobre su cama...

"...S.S..."

...y enterrando mi cara en sus mantas, respiré con toda profundidad.

Oh, ¿dónde ha ido?

Si sus vacaciones son hoy y en adelante, al menos estuvo aquí hasta ayer por la noche.

Aquí en esta casa... en esta misma cama.

"...Por qué...?"

¿Por qué no había venido?

¿Vienes a contestar la llamada de Emilie?

Ella había preparado el mismo puesto para él. El asiento del ayudante en jefe, todo suyo para tomar.

Sin embargo, no lo hizo. Vamos, no lo hizo.

No para Emilia.

No para mí.

"... mm..." murmuré de nuevo, mirando las mantas que se volvían azules con el brillo uniforme de la claraboya de arriba. Un color que Brother sin duda había saboreado muchas veces hasta su sueño.

Hermano...

Por muy débil que se haya vuelto, por muy tonto que se haya hecho a sí mismo, ese hombre no se gana nada de mi enemistad, nada de mi desprecio.

Ninguno...

Ese hombre, ese hermano mío...

No me atrevo a odiarlo, no. Y tampoco deseo abandonarlo.

Somos familia, después de todo.

Hermanos, unidos por la misma sangre.

Un vínculo que no se romperá. Un lazo que nunca se puede romper.

"Hermanos... hermanos, somos..."

... Entonces seré la hermana paciente y hablaré con él debidamente. Sé todo lo que debo hacer: preguntarle por su ausencia en la proyección, discutir con él largamente los muchos asuntos que nos hieren, y luego...

...y luego, lo traeré de regreso.

Volvamos a Emilie, porque ahora es dueña de su propia casa y baronía. La casa de Valenius, floreciente con una influencia y un prestigio cada vez mayores. Toma su mano, y seguramente el hermano conocerá un hogar muy bienvenido, más que cualquier otro.

"Y sin embargo... él no está aquí. Donde entonces...?"

Susurrando eso, rodé hasta quedar de cara al techo. Allí divisé las ramas de una gran haya más allá de la claraboya, una muy parecida a otra que se alzaba en las brumas de mi infancia.

Érase una vez, trepé a un árbol, demasiado alto, para mi miedo. El suelo debajo parecía estirarse vertiginosamente. Qué pérdida, qué sola me sentía. Y entonces hice lo que había hecho a menudo en esos años incipientes: lloré y lloré, temblando en medio de mis muchos resfriados y lloriqueos.

Pero entonces, vino el hermano.

Y subió al árbol que trepó, grande e imponente como era su tronco. Arriba y arriba hasta las altas ramas de mi encalladura. Y con su socorro, su consuelo, todo volvió a estar bien.

Dondequiera que yo estuviera, él estaría.

Mi...

"...Querido hermano..."

Volviéndome hacia otra ventana al otro lado de la habitación, mi vista se posó en un escritorio cercano. Era del tipo más bien pequeño, prolijamente surtido con pergaminos, papeles y manuales de defensa militar, una señal de que se había encomendado sus deberes, incluso aquí en su hogar, donde el deber debería encadenarlo poco.

Algún atisbo de seriedad aún lo perduraba, entonces, por lo que parecía. Por su puesto de comandante interino, por el bienestar de Balasthea. A la guerra también le estaba yendo bien aquí, por lo que he oído.

Me pregunto: ¿por qué no dedica las mismas energías, la misma experiencia a la Orden? Después de todo, los rigores a los que se enfrenta aquí son poco diferentes de los de un ayudante en jefe. ¿Porqué entonces?

Aún así, finalmente se unió a la refriega de nuestra guerra santa, la batalla largamente librada para poner fin a los Nafílim. Conoció algo de alegría en eso, al menos. Y él también, estoy seguro. Aunque sería mejor que ese hermano mío no dejara que sus éxitos repentinos afectaran su coronilla. Todavía es débil, demasiado débil para blandir la espada donde la refriega arde más ferozmente. Empújalo, y él maneja su propia ruina.

Entonces se me ocurrió una idea.

Aunque uno de los más absurdos.

Y si...

... ¿y si mi hermano y yo midiéramos nuestro valor el uno contra el otro?

Una farsa de duelo, sin duda sería. ¿Qué valor tiene él en él?

“...Mmm...”

De hecho, debería darle una bofetada o tres. Revélale esta realidad, recuérdale a dónde pertenece realmente...

“...O tal vez no.”

No. La locura está en mí.

Puede que Brother sea un tonto torpe, pero ¿de qué serviría? ¿De dejarlo fuera de sí?

En ese mismo momento. No es más que un capricho fugaz luchar contra él. Nada más que una fantasía.

“Sí... una fantasía. Un futuro que nunca fructificará...”

Encima de su cama estaba el frío.

Sábanas como un viento invernal, calor olvidado hace mucho tiempo.

No importa lo mucho que busque...

...no importa donde toque...

...su calor no me encontró.

Que cansada estaba.

Todo gracias a él, seguramente, porque poderosamente me mueve con miríadas de preocupaciones.

Incapaz de contener las mareas de sueño, me entregué al frío energético de su cama y dejé que mis ojos se cerraran.



Extra

El aire de Norden repicaba con el canto de los pájaros mientras paseaba bajo la sombra verde. Las avenidas estaban barridas y limpias, pero igualmente llenas de vida. Todo un soplo de aire fresco de las cuidadas canchas de Central, de las que me había marchado alegremente hace un rato.

El marquesado se alejó del camino de regreso a casa, por supuesto, pero yo apenas estaba aquí por negocios. No, sufrir la citación de Central ya era bastante aburrido. Más bien, simplemente pensé en tener un respiro antes de mi serio regreso a casa.

Hablando de casas, fue en este mismo marquesado donde se basó el quinto. Los rumores abundaban: no hace mucho tiempo que uno dentro de sus filas fue exiliado, los mismos rumores que despertaron mi interés, lo suficiente como para que quisiera profundizar más. ¿Y dónde mejor para mis ojos y mis oídos que las mismas calles chismosas? Después de todo, hay una miríada de cosas de las que estar al tanto más allá de los sofocantes salones de una Orden.

“Mademoiselle, está claro incluso para mis propios ojos cansados que tiene la intención de meter la nariz en los asuntos del 5. ¡Desde el principio, debería decir! Hablas de recorrer la ciudad por un ápice de diversión, pero no, sé que esa lengua tuya es *demasiado* honesta para decir una buena mentira.

Las palabras de Francis, ventiladas con un suspiro aquí y allá mientras caminaba a remolque.

Pero los sacudí a la ligera, porque la carga sobre mis hombros era todo *menos* ligera: el peso sobre ellos, entre muchas otras cosas, era el alto cargo de Londosius mismo. ¡Ay!, no podía atender sólo a mi propia Orden; Siempre debo vigilar los tejemanejes dentro del reino.

En efecto. *Ciertamente* no estaba aquí por un capricho del corazón.

†

La comidilla de la ciudad era casi cálida para la Dama Mareschal del 5to. Sean doncellas que hacen recados, artesanos que perfeccionan artesanías, pilluelos que hacen travesuras, vendedores ambulantes que trafican con ruedas o caballeros que pierden el día, todos los habitantes del pueblo estaban enamorados de su nueva heroína. No importa que la suya fuera una casa de una provincia completamente diferente.

Sin duda, había salido a la luz que Lady Emilie ya no era de la Casa Mernesse, pero por la gracia de Central, se le dio tierra y una nueva pizarra para su nuevo comienzo. Valenius era ahora su apellido, además del título de baronesa.

Emilia Valenius. El mismo retrato de la 5ta. Pregúntele a esa Orden, y seguramente la imagen de ella será lo primero que venga a mi mente, porque ciertamente ese fue el caso con toda la gente local a la que me acerqué. Curioso entonces, que la propia Aureola de la 5ta no deseara nada de esta fama. Qué apetito tienen los destinos por la ironía, si nada más.

Fue entonces...

"... ¿Hm?"

Una ventana. El de una tienda por la que me pasé en el transcurso de mi paseo lleno de pensamientos. A través del cristal deshilachado lo espí... .

Y así, como un pétalo arrastrado por una fuerte ráfaga, entré en la tienda. Misceláneas y curiosidades estaban a la vista, pero lo que atrapó mis ojos estaba más adentro.

Allá. Descansando sobre un mostrador.

"Vaya, ¿qué tenemos aquí...?"

Un gato.

Siempre tuve un amor por las cosas adorables. Adecuado, ¿no le parece? Soy *una* chica, después de todo. ¡Ah, pero para los queridos bichos, qué cariño! El gato en cuestión, ¡cómo me conmovió tanto!

Una mirada más cercana reveló el carácter marchito del felino. De su cuerpo no salió ni un movimiento; sólo cuando su mirada ceñuda se encontró con la mía apartó los bigotes. Y lo más repentino, además.

Ah... Qué atrevimiento. que *pompa* Tanto en puerto como en apariencia. ¡Irresistible, te lo digo!

Y así, resistir no lo hice. Mi mano inestable se extendió, todo por la oportunidad de acariciar la peluda cabeza del felino.

"¡Hhyehh!"

"¡Aah-!"

Mis esperanzas, rotas por un latigazo de su pata.

No sea tan sombría, mademoiselle. Llavea o truene, los felinos nunca dejan de encontrar la tuya una mala compañía. ¡Es seguro! instó Francisco.

Palabras que muerden con mucha verdad. Siempre fue mi destino adular a los bichos y no ser correspondido en especie. Así como los gatos golpearían si yo los acariciara, los cachorros

huirían al encontrarme a los ojos. Los alados también se portaban mal conmigo, ondeando sus plumas asustadas cada vez que me acercaba.

Mis hombros se hundieron. "Haa..."

Oh por qué...?

'Era mi deseo pero acariciar la cosa preciosa...

"Este, por favor, jefe".

Al lado de mi lamentable yo: la brillante voz de un niño. En su palma había un frasco de pomada de color rojo óxido, presentado al tendero.

"Bien, lo que tenemos aquí, ¿eh?" Luego, después de una rápida pero desconcertada mirada, "¡Vaya, eso es pomada, pequeño maestro! No para un muchachito como tú, ¡no, no!

"¡E-es para mi mamá! Ella se va a trabajar todos los días, lo es. Hasta mucho después de la puesta del sol...", explicó el niño con creciente tristeza. "Esta pomada es el regalo adecuado, ¿no? ¿Para una mujer trabajadora como yo, mamá?

De hecho, muy bien lo fue. Destilada de la fragante flor ixora, la pomada era una elección de moda para las mujeres de negocios. Aunque uno apenas vale una moneda bonita. Aunque para su edad, el chico seguramente debe haber ahorrado muchos centavos para pagarlo. Y como para confirmar mi medida, en su otra mano había un puñado de monedas de cobre, también presentadas.

"¡Aquí estamos! ¡Lo encuentro!" vino un grito desde atrás. Era un hombre de ancha cintura y garganta áspera quien, sin una pizca de reserva, arrebató el vial de la palma del niño. "Esto, ¿qué vale entonces, eh jefe?"

—Ése será el último de sus existencias, ser —respondió el tendero—. "¿Puedo interesarte en uno diferente? Este muchacho tenía razón en comprarlo, ¿sabes?

"¡Vamos, buen jefe! Conoces bien mi oficina: yo compro del bolso del marqués, ¡lo hago!

ah Un corredor de recados. Para quién más sino para el mismísimo Marqués Norden.

No contra el mismo dueño de esta tierra y sus subordinados podría esta tienda sin pretensiones hacer otra cosa que colapsar. Y así fue el tendero atenazado por el silencio, el chico que miraba hacia arriba por la pena, y el sinvergüenza de un corredor con autosuficiencia. De hecho, parecía el tipo exacto que obtenía alegría de jugar al señor mismo, con esos labios torcidos.

Deja que el muchacho se salga con la suya, ¿quieres? Interrumpí. “Devuélveme eso ahora mismo”.

“... ¿Eh? ¿Qué es esto, ahora? siseó el chico de los recados, inclinándose hacia él. —¿La cera te tapó demasiado los oídos, amor? ¡Soy un hombre del marqués, repito! ¡El señor Marqués Norden! ¡Yo alabado maestro!”

—Y vuelvo a decir: dale al pobre principito su pomada y, ya que estás, algo de dinero para las molestias del tendero —repliqué, hasta que entrecerré los ojos, inspirado de nuevo—. “...No. Vacía tus bolsillos, con pelusa y todo, y sigue tu camino alegre, ¿por qué no lo haces?”

“Mi buena señora, pareces un bandolero brutal, si es que te conozco menos”, comentó Francis, mientras apoyaba firmemente sus manos sobre los hombros del niño y apartaba los ojos del joven. Una consideración por lo que estaba por venir.

Violencia.

“¡Ja! ¡Tu canto es una locura, mujer! el corredor resopló, antes de que sus cejas se arquearan mientras miraba mis rasgos con más dureza. “¿Ah...? ¡Pues lo estaré! ¿No eres una cara florida? Diría que serías toda una amante para el marqués— *¿iAck!?*”

Nunca tuve la caridad para argumentos infructuosos. Mi puño fue lo que resolvió este, azotado directamente en la cara viscosa del hombre. Up vomitó un arco de sangre de su nariz; hasta el suelo se derrumbó.

“*¡Oufh...!*” Y de su crujiir de dientes, un alboroto. “¡M-zorra vil, tú...! Levantó una mano contra el buen nombre del marqués, ¡usted tiene!

Una mano en resistencia a la autoridad injusta, eso es. Nada mas. Por supuesto, nada bueno vendría de golpear a un hombre así, debido a una conducta ridícula. Solo que la suya era demasiado ridícula para mi gusto.

"¡Oye!" siguió ladrando. "¡Será mejor que me mires mientras hablo, mujer!"

"¿De qué se trata todo este alboroto?" vino una nueva voz, esta desde la entrada de la tienda. "¿Por qué bajo su vigilancia un recado tan simple debe volverse tan..."

Ahora en la puerta había otro hombre, recién llegado, como si la conmoción lo hubiera atado. Sus anchos hombros implicaban un físico construido, mientras que sus ropas traicionaban su noble posición. Y por sus palabras, 'parecería que él era el señor del corredor, todo este tiempo esperando allí para que se hiciera el recado.

Un aristócrata, de tal estatus que sufre los humildes confines de una tienda de baratijas.

Alta arrogancia, entonces. Apropiado para el amo de esta tierra.

“¡M-Marqués! ¡M'lieja! Esta mujer-”

"*Esta mujer... es la dama-héroe en sí misma*", dijo el jactancioso marqués mientras deslizaba su mirada sombría hacia mí. "Dama Mareschal de la 1ra Orden de Caballería—Su Majestad, Lady Estelle Tiselius. Toda una agradable sorpresa, debo decir.

Hacia mí estaba la mirada del corredor ahora amplia.

“¿¡Qué... Ti- *Tiselius!*? ¡Cielos!”

†

"Oh, perezca el pensamiento", se burló el marqués. "Ningún alma de mi lugar, ya sea padre o sirviente, debería dignarse despojar a un niño de esa manera. ¿Debería, mi buen yeoman?"

“¡No-nn-en absoluto, m'liege! ¡Lo siento mucho, en verdad!”

Con solo una mirada fija del señor de Norden, el corredor se hizo correr. Salió volando de la tienda, tropezando consigo mismo en el camino. Era un hecho que de su rostro con la nariz ensangrentada y las mejillas sudorosas brotaba una disculpa nada menos que para mí. Desafortunadamente, fuera de lugar, pero estaba claro que una vista tan lamentable no habría sido buscada por la verdadera víctima: el niño. Y así lo dejé ser.

"Mi querido mareschal", el marqués se volvió hacia mí, "¿puedo conocer su agradable negocio aquí en mis calles?"

"Central me extrañó, al parecer", respondí sin calidez. "La tarea ha terminado, y también me dirijo a casa. Pero luego pensé en estirar las piernas aquí, en el camino. Espero que no le importe, querido marqués.

“Oh, en absoluto, Su Majestad. Esta es una reunión alegre, de hecho”, comenzó su doble discurso. “Ya es un honor y un placer verlos en la capital real, pero nunca podría haber imaginado la oportunidad de entretenerlos aquí en mis propias tierras. Yoná siempre es juguetona con sus corderos, ¡hm! A Ella, mil gracias, porque ahora puedo presumir ante mis súbditos esta noche de encontrarme aquí con la espada más afilada del reino”.

De sus palabras: un olor desagradable de sospecha ante mi visita inesperada. Este marqués, más seductor y despiadado de nuevo que la mayoría de los de su calaña. Era un león, siempre olfateando la nuca sin protección. El hedor a hierro de una bestia de sangre tampoco pasó desapercibido para las propias facultades de Francis, ya que su vigilancia aumentó mientras protegía al niño.

El suyo era un olor a hedor prolongado, el marqués y el 5to. A mi propia nariz, desde el principio. Vamos, deshágase del tema del exilio reciente, y no habría querido menos buscar la fuente de su hedor.

“Su elogio es profuso, marqués. Pero diría que últimamente, hojas más afiladas aún han salido recientemente de los yunques de Central —repliqué—. "Si tengo que decir lo que pienso, es mejor dejar ese elogio para dicho acero".

“¿Uno con el nombre de Emilie Valenius, tal vez? De hecho, la Dama ha causado una gran impresión al recibir un feudo propio a una edad tan temprana. Sin embargo, su filo es... suave, sin templar; Debo decir que entre las espadas de los últimos tiempos, su mordisco es contundente en comparación con su propio y heroico corte, Lady *Estelle Tiselius*.

Un elogio meloso, dulce solo para el oído poco exigente.

“¡Ay, ay, perdón! ¿No era el mariscal del 5º al que te referías? Permítame otra suposición, entonces, de un metro más con su medida. Allí: una sonrisa en el rostro aterrador. "...Ah, sí. ¿Qué hay de *Brandt*? ¡Bo Brandt! ¡Ahora hay un galán de espada!”

—No, buen marqués. No me *refiero* a nadie en particular.

"¿Es eso así? Bien."

Concisión, seguida de una mirada sin párpados sobre la mía, merodeando en busca de algún secreto o falla sobre la cual abalanzarse. El silencio pasajero, hormigueando con púas y zarzas entre nosotros, ocupó solo un momento, hasta que por fin los labios del marqués se abrieron de nuevo.

“Oh, la hora crece. Llamadas de negocios; Debo estar apagado. Que te vaya bien, mi hermoso mariscal. Que nos volvamos a encontrar en otro día agradable —terminó el marqués antes de acercarse al mostrador. Tendero, una miseria para el pandaemonium. Que se adapte a tu bolso.

De mano del marqués: un reugol de oro, ahora brillando sobre el polvoriento mostrador. Entonces se despidió.

Si fuera una moneda de respeto, rápidamente se encontraría como un hombre en bancarrota. Sin embargo, era la dolorosa verdad que el marqués no avergonzaba su manto de dignidad: ni el tendero ni el muchacho se atreverían a aplicar una retribución vana.

Esto lo consideraré como el encuentro no buscado llevado a su final bien buscado.

“¡H-ha-hola! ¡Buena señorita!” Un brillante saludo del chico de ojos brillantes. Estábamos todos todavía en la tienda, ahora liberados de la compañía del señor, y el muchachito miró hacia mí. “¿¡T-podrías ser realmente la Lady Estelle Tiselius, por favor dime!?”

Brillante de verdad. Su timbre brillante fue suficiente para dejarme avergonzado.

“Eso soy yo, mi principito”, afirmé, inclinándome para encontrar su mirada. ¡Tú bien sabes mi nombre! Es un honor. Y uno que alegra, además.

—Que no se olvide su amabilidad, mademoiselle —observó Francis. “¡'Señorita', dijo! Aunque apenas coincides con el significado.

"Y tu forma de hablar apenas coincide con el momento, *Francis*".

¡Qué contundente, este mayordomo! *Todavía* soy una señorita.

Fue entonces, en medio de mi indignación interior, que el muchacho volvió a hablar.

“¿Puedo preguntarle algo, milady?”

"Puedes, mi pequeño maestro", le dije suavemente.

“... ¿Realmente no tienes a nadie en mente? ¿Cuándo dijiste lo que hiciste?”

ah Mis palabras anteriores al marqués. Los niños ciertamente están interesados en conocer en los momentos más inesperados.

"¡Oh! ¡Lo siento! No quise entrometerme. Simplemente, me hizo cosquillas cuando escuché tus palabras. Parecías muy enamorado de algo... o de alguien. Me gustaría saber más sobre esta alma especial, si le place a mi señora.

“Lo haría mucho, pero me temo que es un nombre del que no conoces ni una letra”, respondí con algo de pesadez. “Pero de nombres, debería escuchar el tuyo, mi amor.”

“¡C-Connie! ¡Me llamo Connie!

“¿'Connie'? ¡Qué nombre tan encantador tienes, Connie! Más encantador de nuevo que mantengas a tu madre tan querida en tu corazón.

“Mi mamá... ella trabaja duro todos los días; Pensé en darle algo, ya sabes, para poner una rara sonrisa en su rostro”, describió, antes de que se le ocurriera un pensamiento. “¡Oh, eso es todo! ¿Le importaría si le pregunto una cosa más, milady?”

De nada, querida Connie.

Los hombros del chico se levantaron mientras tomaba una respiración profunda, como para reunir algo de coraje.

Luego, con seriedad en sus ojos, “¡Quiero ser grande y fuerte cuando sea grande! Así que mi mamá no debería preocuparse tanto por mí. Pero... yo, er... no sé cómo, ves. ¿Quizás pueda enseñarme algún secreto, milady? ¿Entonces puedo ser fuerte como tú algún día?

¿Cuántas veces es ahora? ¿Que mis oídos han respondido a esta pregunta? Más de lo que me importa contar, la verdad sea dicha. Así tengo una respuesta siempre lista.

Ten convicción. Ten humildad. Aprende de los demás. Aplícate.

Una respuesta elaborada para las mil mismas preguntas.

"... No debes perder".

"¿Oh?"

Pero no hoy.

El que más mete con mi medida.

El más merecedor de condecoración.

Mis palabras con el marqués de hecho habían despertado el recuerdo de esa 'alma especial', y 'fue quizás el tirón de la pregunta de Connie lo que provocó que saliera a la luz.

“Nunca debes perder. Ni una sola vez. El que camina el camino invicto llegará a la verdadera fuerza. Mientras no pierda...” Respondí distante. Luego, como si me estuviera deteniendo, miré al chico que tenía delante una vez más. Escucha bien, querida Connie. No pierdas ni una vez, ni nunca, y la fuerza será tuya.

El rostro juvenil se arrugó con confusión. Por supuesto que sí. Lo admito, demasiado embriagador fue mi respuesta honesta para esa mente verde primaveral suya.

“Pero... pero yo... no puedo”, reflexionó con dificultad. “...Nada me va bien—nunca, de verdad...”

Entonces lo invadió un mal humor cuando Connie bajó la mirada, abatida. “Los fuertes nacen así”, seguramente una noción grabada en él desde el principio, y que lo encerró hasta este momento.

—Sin embargo, eso importa poco, Connie —repliqué, con una firmeza edificante. Así que no has ganado. Sin embargo, ¿has perdido? No es tan simple. Es posible que lo derriben, lo

derriben, una y otra vez, y no tenga un alma a su lado para decir el valor que ha mostrado. Pero eso está bien. Levántate, y no te rindas a la pérdida. Entonces conocerás la fuerza, justo como esa 'alma especial' de la que hablé.

"...Oh..."

¿Qué tontería era esta? ¿Que se deslizó de mis labios para tamborilear los oídos de un niño pequeño?

¿Qué era yo? ¿En los ojos muy abiertos de la querida pequeña Connie?

"No se preocupe, mi buena señora", susurró Francis. "Tus palabras han llegado a su corazón".

Alegría, si es así.

Mi fe que tienen.

†

A partir de entonces, Connie se separó de mi compañía, pero no antes de una lluvia de agradecimientos. Salió del polvo de la tienda y salió al sol de las calles. Seguro en su palma: la compra de la pomada ixora.

Su madre.

Que bendecida fue.

Pero a su vez, cuán desafortunadas deben ser sus vidas, que ella debe trabajar hasta tan tarde en la noche...

Un consuelo, entonces.

Saber que en su corazón y en su hogar aguarda un hijo manso para su regreso diario. Esperando, para consolar a su madre cansada.

No tan diferentes, ella y yo, mujeres trabajadoras como éramos. Solo que no tenía a nadie en quien confiar. Ninguno en quien pudiera encontrar consuelo.

Al verme atrapado en la autocompasión, pensé en levantarme el ánimo y regalarme alguna baratija. Mis ojos se volvieron hacia la exhibición de mercancías. Y allí, exhibido en una minúscula, había un peine que despertó mi imaginación. Me agaché y lo tomé a mano.

Aquí, también, mi medida no falló: era un pequeño tesoro modesto, esto. Simple, formado con cuidado, y...

... *pit-pat*.

"... ¿Mmm?"

Un toque o dos en mi paté. Miré hacia arriba. Allí me encontré con el gato anciano, aún recostado sobre el mostrador de arriba, con su pata delantera estirada y acariciando mi coronilla.

De mis labios, suave risa.

Desde el momento, algo de felicidad.

"¿Me consolarías?"

Gracias.

Estoy muy contento.

Pareces anciano, pero tan sabio como marchito. ¿Quizás has vislumbrado mis pensamientos? Entonces espero que no te importe escuchar mi corazón por este tiempo.

Aunque parezco la damisela delicada, soy bastante fuerte, si lo digo yo mismo. Es por eso que a veces soy bastante dado a la soledad.

Muchos son los que me prodigarían elogios y aplausos, como aquel niño hace unos momentos. Sin embargo, de los que compartirían algún cuidado y consuelo, no tengo ninguno.

Lo que tienen para mí es asombro y admiración. Y nada más Semillas para la soledad, de verdad.

¿Qué es esto, ahora?

¿'La tristeza no es propia de los fuertes', dices?

Por qué, incluso los fuertes no son ajenos a la aflicción. Yo mismo, especialmente.

He salvado muchas almas. En eso, me enorgullezco.

Pero, ¿quién, entonces, me salvará?

Algún día...

Algún día, habrá un alma más fuerte que yo.

Un alma que diría:

—Lo hiciste bien, Estelle.

Un día que anhelo alcanzar.

Palabras que deseo escuchar.

Un alma que anhelo conocer.

Del felino no cantó ni un sonido. En cambio, su mirada estaba fija en mí, inmóvil. Las palabras parecían fluir de su mirada anciana.

Deja atrás tus fantasías infantiles.

O quizás...

Ármate de valor para salvarte a ti mismo.

O incluso...

¿Qué mal hay? ¿En aferrarse a la esperanza?

Estos, parecía decir. Y así para mí mismo, me dije:

“... 'Esperanza', entonces. Para mañana y en adelante.

Entonces volví a levantarme, en mi palma no un peine, sino una pomada mía. Un vial azul, rebosante de la esencia de los sabios azules, popular como celebración del nuevo viaje por delante.

En efecto. Una fragancia justa, llena de júbilo por el futuro.

“Bienaventuranza sobre una palma”

Créditos

EPUB/PDF:

<https://cosasanimadas.me/>

Traducción:

<https://lightnovelstranslations.com/>

Telegrama:

<https://t.me/animestuff2023>